SOBRE EL DESARROLLO DE LA PERSONALIDAD

CARL GUSTAV

JUNG

OBRA COMPLETA
VOLUMEN 17
EDITORIAL TROTTA

C. G. JUNG
OBRA COMPLETA
VOLUMEN 17
EDITORIAL TROTTA

SOBRE EL DESARROLLO DE LA PERSONALIDAD

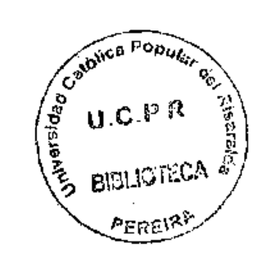
ISBN 978-84-9879-149-5
9 788498 791495



C. G. Jung

Obra Completa

Volumen 17





SOBRE EL DESARROLLO DE LA PERSONALIDAD

C. G. JUNG

Traducción de Jorge Navarro Pérez

EDITORIAL TROTTA



La edición de esta obra se ha realizado con la ayuda de Pro Helvetia, Fundación suiza para la cultura, y de Stiftung der Werke von C.G. Jung

CARL GUSTAV JUNG
OBRA COMPLETA

TÍTULO ORIGINAL: ÜBER DIE ENTWICKLUNG DER PERSÖNLICHKEIT

FERRAZ, 55. 28008 MADRID
TELÉFONO: 91 5430361
FAX: 91 5431488
E-MAIL: EDITORIAL@TROTTA.ES
HTTP//: WWW.TROTTA.ES

DISEÑO DE COLECCIÓN
GALLEGO & PÉREZ-ENCISO

ISBN: 978-84-8164-298-8 (obra completa, edición en rústica)
ISBN: 978-84-9879-149-5 (volumen 17, edición en rústica)
DEPÓSITO LEGAL: S-639/2010

ISBN: 978-84-8164-344-2 (obra completa, edición en tela)
ISBN: 978-84-9879-150-1 (volumen 17, edición en tela)
DEPÓSITO LEGAL: S-638/2010

IMPRESIÓN
GRÁFICAS VARONA, S.A.

CONTENIDO



PRÓLOGO DE LAS EDITORAS



C. G. Jung presentó la personalidad (entendida como la expresión de la totalidad del ser humano) como un ideal de la vida adulta cuya realización consciente mediante la individuación es la meta final del desarrollo humano durante la segunda mitad de la vida. En sus últimas obras, Jung centró su atención en el estudio y la descripción de esta meta. Pero es evidente que el yo surge y se consolida en la infancia y la juventud. Sería impensable ocuparse del proceso de individuación sin abordar esta fase inicial del desarrollo.

Este volumen es una colección de los trabajos de Jung sobre la psicología infantil. El núcleo lo forman las tres lecciones sobre *Psicología analítica y educación*. Jung piensa que la psicología de los padres y los educadores es determinante en el proceso de crecimiento y maduración del niño, especialmente en el caso del niño superdotado. Jung subraya la importancia de una relación psicológica insatisfactoria entre los padres como la causa de trastornos psicógenos en la infancia. Por tanto, era razonable incluir en este volumen el artículo de Jung *El matrimonio como relación psicológica*, así como conectar la problemática infantil con la problemática del sí-mismo en el adulto mediante el ensayo *Sobre el devenir de la personalidad*, que por su título y su contenido conforma el tema de este volumen.

El prejuicio, todavía muy extendido, de que la psicología de C. G. Jung sólo se refiere a la segunda mitad de la vida o sólo es válida para ésta es refutado por este volumen. En una época que ha puesto en cuestión todos los principios educativos, el lector que se ocupe de alguna manera de problemas pedagógicos leerá

con provecho estos textos de Jung. Educar a otros sin educarse a uno mismo es tan inalcanzable como la madurez humana sin consciencia.

Agradecemos de todo corazón a la señora Elisabeth Imboden-Stahel y a la señora Lotte Boesch-Hanhart que hayan elaborado los índices onomástico y de materias.

Enero de 1972

LILLY JUNG-MERKER Y ELISABETH RÜF

1

SOBRE CONFLICTOS DEL ALMA INFANTIL*

* Publicado por primera vez en *Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschungen* (Wien/Leipzig), II (1910), pp. 33-58; reimpresión como separata en 1910 y 1916. Nueva edición con el mismo título, pero con un prólogo nuevo, en la editorial Rascher, Zürich, 1939. Reeditado ligeramente ampliado, junto con los textos 4 y 5 de este volumen, en el libro *Psychologie und Erziehung*, Rascher, Zürich, 1946, 1970.



PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Este pequeño trabajo se publica ahora, sin modificaciones, en su segunda edición. Aunque desde que publiqué estas observaciones por primera vez en 1910 mis interpretaciones han cambiado considerablemente y se han ampliado, los cambios posteriores no me autorizan a calificar de falsos a los puntos de vista que expuse en la primera edición, como me han sugerido ciertas personas. Conservan su valor no sólo las observaciones expuestas, sino también las interpretaciones. Pero una interpretación no puede abarcarlo todo, pues siempre está dominada por el punto de vista. El punto de vista defendido en este trabajo es psicobiológico. Naturalmente, no es el único punto de vista posible, pues hay uno o varios aspectos más. Así, en consonancia con el espíritu de la psicología de Freud, este fragmento de la psicología infantil se podría estudiar desde un punto de vista puramente hedonista, es decir, desde una concepción del proceso psicológico como un movimiento dominado por el principio de placer. Entonces, los motivos serían el deseo y la búsqueda de una actividad de la fantasía lo más placentera y satisfactoria posible. O también se podría, de acuerdo con la propuesta de Adler, estudiar el mismo material desde el punto de vista del principio de poder, lo cual es un enfoque tan posible para la psicología como el principio hedonista. O también se podría aplicar un enfoque puramente lógico con la intención de exponer el desarrollo del proceso lógico en el niño. O incluso se podría establecer un punto de vista de psicología de la religión y destacar los rudimentos para el desarrollo de un concepto de Dios. Me he conformado con adoptar una posición intermedia que se mantiene en la línea de un enfoque psicobiológico sin intentar someter el material a este

o aquel principio hipotético. Por supuesto, de este modo no pongo en cuestión la posibilidad de esos principios, todos los cuales están contenidos en la naturaleza humana, pero sólo a un especialista unilateral se le puede ocurrir declarar que el principio heurístico que es especialmente valioso para su disciplina o para su enfoque individual es válido universalmente. Debido precisamente a que varios principios son posibles, la esencia de la psicología humana no se puede comprender desde uno solo de estos principios, sino desde la totalidad de los diversos aspectos.

La suposición fundamental de la interpretación elaborada en este trabajo es que el *interés sexual* desempeña una función causal no irrelevante en el proceso de surgimiento del pensamiento infantil, una suposición a la que no se puede contradecir en serio. Demasiados hechos bien observados se opondrían a una suposición contraria, y además es extraordinariamente inverosímil que un impulso fundamental importantísimo para la psicología humana no se haga notar al menos rudimentariamente en el alma infantil.

Por otra parte, en este trabajo subrayo el significado del *pensamiento* y la importancia de la formación de interpretaciones para solucionar los conflictos anímicos. Creo haber mostrado con suficiente claridad que el interés sexual inicial que actúa como una causa no aspira a una meta sexual inmediata, sino más bien a un desarrollo del pensamiento, pues de lo contrario el conflicto sólo se podría solucionar alcanzando una meta sexual y no mediante una interpretación intelectual. Esto último es el caso, y por tanto podemos afirmar que la sexualidad infantil no es igual a la posterior sexualidad adulta, ya que la sexualidad adulta no se puede satisfacer mediante la formación de interpretaciones, sino en cada caso sólo mediante la obtención de la meta sexual real, a saber, del tributo de función sexual normal que corresponde a la naturaleza. Sabemos gracias a la experiencia que los rudimentos infantiles de la sexualidad pueden conducir a la función sexual real, al onanismo, cuando los conflictos no se solucionan. Mediante la formación de interpretaciones se le abre a la libido un camino que es capaz de desarrollarse, lo cual le asegura a la libido su activación constante. Si el conflicto alcanza cierta intensidad, la ausencia de la formación de interpretaciones actúa como un obstáculo que hace retroceder a la libido a los rudimentos de la sexualidad, de modo que estos inicios o gérmenes conducen prematuramente a un desarrollo anormal. Surge así una neurosis infantil: los niños superdotados cuyas exigencias de pensamiento empiezan a crecer pronto como consecuencia de su disposición inteligente corren un serio peligro de activar su sexualidad demasiado pronto como

consecuencia de la opresión educativa de su curiosidad «inadecuada».

Como muestra esta reflexión, yo no entiendo la función de pensamiento como una mera perplejidad de la sexualidad que, al verse impedida en su activación placentera, se ve forzada a pasar a la función de pensamiento, sino que veo en la «sexualidad de la primera infancia» los rudimentos de la futura función sexual, pero también el germen de las funciones espirituales superiores. A favor de esto hablan el hecho de que los conflictos infantiles se pueden solucionar mediante la formación de interpretaciones y el hecho de que en la edad adulta los restos de la «sexualidad infantil» son el germen de funciones espirituales importantes. Que también la sexualidad adulta se desarrolle a partir de este *germen polivalente* no demuestra en absoluto que la sexualidad de la primera infancia signifique «sexualidad» *tout court*. Por esta razón niego la justificación del concepto freudiano de la disposición *polimorfo-perversa* del niño. Es una disposición *polivalente*. Si formáramos conceptos a la manera de Freud, en embriología tendríamos que decir que el ectodermo es el cerebro, ya que a partir de él se desarrollará el cerebro. Pero además del cerebro, a partir de aquí se desarrollan también los órganos sensoriales y otras cosas.

Diciembre de 1915

C. G. JUNG

PRÓLOGO A LA TERCERA EDICIÓN

Desde que este pequeño trabajo se publicó por primera vez ya han pasado casi treinta años. Pero parece ser que durante este tiempo no ha perdido su vida propia, sino que sigue siendo deseado por el público. En cierto sentido no ha envejecido, pues expone un decurso sencillo de hechos que se puede repetir en cualquier lugar de una manera más o menos similar. Por otra parte, este trabajo contiene una referencia importante (tanto desde el punto de vista teórico como desde el punto de vista práctico) al peculiar esfuerzo de la fantasía infantil por superar su «realismo» y poner la interpretación «simbólica» en lugar del racionalismo científico. Este esfuerzo se revela una manifestación natural y espontánea que no se deriva de una «represión». Subrayé este punto particular en el prólogo a la segunda edición, y tampoco esta observación ha perdido actualidad, pues la mayoría de los especialistas siguen creyendo a pies juntillas en el mito de la «sexualidad» polimorfa del niño. La teoría de la represión sigue siendo sobrevalorada desmesuradamente, mientras que los *fenómenos naturales de transformación del alma* son infravalorados o incluso ignorados. En 1912 dediqué a este fenómeno un amplio estudio que todavía hoy no ha conseguido ser comprendido en general por los psicólogos*. Ojalá este modesto informe sobre unos hechos consiga estimular la reflexión del lector. Las teorías son devastadoras en el campo de la psicología. Ciertamente, necesitamos puntos de vista teóricos porque tienen un valor orientador y heurístico. Pero no han de ser más que unas ideas que nos ayuden y que en cualquier momento podamos

* Cf. OC 5. (*N. del T.*)

dejar de lado. Pues sabemos muy poco del alma y sería ridículo que creyéramos que hemos avanzado tanto que ya podemos establecer teorías generales. Ni siquiera conocemos la extensión empírica de la fenomenología del alma; en estas circunstancias, ¿cómo vamos a soñar con teorías generales? En todo caso, la teoría es el mejor escudo para quienes carecen de experiencia y de conocimiento. Las consecuencias de esto son desoladoras: cerrilidad, superficialidad y sectarismo científico.

Aplicar al germen polivalente del niño una terminología sexual que procede del nivel de la sexualidad plenamente desarrollada es una empresa problemática: incluye en la interpretación sexual todas las demás cosas que hay germinalmente en el niño, de modo que el concepto de sexualidad se hincha exageradamente y los factores espirituales aparecen como meras atrofias de instintos. Estas ideas desembocan en un racionalismo que es completamente incapaz de hacer justicia a la esencia de la polivalencia del germen infantil. El hecho de que un niño se plantee unas cuestiones que para los adultos tienen un significado indudablemente sexual no significa que el modo en que el niño se ocupa de ellas también sea sexual. Para un examen precavido y concienzudo, la aplicación de la terminología sexual a fenómenos infantiles es si acaso una manera peculiar de hablar. Sobre su oportunidad hay muchas dudas.

Aparte de unas pocas correcciones, vuelvo a publicar este trabajo sin cambios.

Diciembre de 1938

C. G. JUNG

PRÓLOGO A LA CUARTA EDICIÓN

Por los prólogos a las ediciones anteriores el lector sabrá ya que este trabajo es un producto que no se puede separar de la época en que surgió y de las condiciones de la misma. Ha tenido que quedarse en la forma de la experiencia única, como un hito en el largo camino de los conocimientos que van madurando poco a poco. Ya que las observaciones que este trabajo contiene también pueden ser de interés para el educador, lo he incluido en este libro. Y como los hitos y los mojones no se pueden trasladar, no he cambiado nada en este trabajo desde que lo publiqué por primera vez hace treinta y cinco años.

Junio de 1945

C. G. JUNG

1 En la época en que Freud dio a conocer su análisis del «pequeño Hans»[1] recibí de un padre conocedor del psicoanálisis una serie de observaciones sobre su hijita de cuatro años.

2 Estas observaciones son tan afines y complementarias a las de Freud sobre el «pequeño Hans» que no he podido evitar presentar este material a un público amplio. La incomprensión, por no decir indignación, con que «el pequeño Hans» fue recibido es una de las razones por las que he publicado mi material, que no es tan amplio como el del «pequeño Hans». Pero algunos de sus contenidos pueden confirmar cuántas cosas típicas hay en el «pequeño Hans». La crítica «científica», en la medida en que ha tomado nota de estas importantes cosas, ha acelerado demasiado una vez más, pues todavía no ha aprendido a examinar primero y juzgar después.

3 La niña a cuya sagacidad y viveza intelectual debemos las siguientes observaciones es una niña sana y temperamental. Nunca ha estado enferma de gravedad; tampoco en su sistema nervioso se han apreciado «síntomas».

4 Los intereses sistemáticos despertaron en ella durante su tercer año de vida; empezó a preguntar y a manifestar deseos fantasiosos. Por desgracia mi exposición no puede ser coherente, pues se trata de unas anécdotas que describen una vivencia única que forma parte de un ciclo de vivencias semejantes, por lo que no las expongo con sistematicidad científica, sino de una manera novelísti-

1. Freud, *Analyse der Phobie eines fünfjährigen Knaben*. [*Análisis de la fobia de un niño de cinco años*, 1909, en S. Freud, *Obras completas*, ed. de J. Strachey, trad. de J. L. Etcheverry, Amorrortu, Buenos Aires, 1980, vol. 10, pp. 1-118. *N. del T.*]

ca. En el estado actual de nuestra psicología no podemos prescindir de este modo de exposición, pues todavía estamos muy lejos de poder separar en cada caso con seguridad infalible lo curioso de lo típico.

5 En cierta ocasión, cuando la niña (a la que vamos a llamar Ana) tenía tres años de edad, tuvo lugar entre ella y su abuela la siguiente conversación:

Ana: «Abuela, ¿por qué tienes unos ojos tan marchitos?».
Abuela: «Porque soy vieja».
Ana: «Pero volverás a ser joven, ¿verdad?».
Abuela: «No, cada vez seré más vieja, y al final me moriré».
Ana: «¿Y qué pasará entonces?».
Abuela: «Me convertiré en un ángel».
Ana: «¿Y entonces volverás a ser una niña pequeña?».

6 La niña encuentra aquí una oportunidad magnífica para solucionar provisionalmente un problema. Desde hace mucho tiempo le pregunta a su madre si no recibirá alguna vez una muñeca viva, un niño, por ejemplo un hermanito*, tras lo cual pregunta naturalmente de dónde vienen los niños pequeños. Como estas preguntas aparecían de una manera espontánea y poco llamativa, los padres de Ana no les dieron mayor importancia, sino que las tomaron tan a la ligera como la niña parecía plantearlas. Así que un día le contestaron en broma que la cigüeña trae los niños. Ana conocía otra versión más seria: los niños son unos angelitos que viven en el cielo y que las cigüeñas bajan a la Tierra. Esta teoría parece ser el punto de partida de la actividad investigadora de la niña. La conversación con su abuela muestra que esta teoría tiene muchas aplicaciones; con ella se puede no sólo anular la dolorosa idea de la muerte, sino también resolver el enigma del origen de los niños. Ana parece decirse: «Cuando una persona muere, se convierte en un ángel, y a continuación en un niño». Las soluciones de este tipo, que matan al menos dos pájaros de un tiro, no sólo son aferradas tenazmente por la ciencia, sino que además no se les pueden quitar a los niños sin causarles ciertos quebrantos. En esta idea tan sencilla se encuentran los elementos de la doctrina de la reencarnación, que (como se sabe) todavía vive en millones de personas.

7 Así como en la historia del «pequeño Hans» el punto de inflexión fue el nacimiento de una hermanita, en este caso lo fue la *llegada de un hermanito*, que se produjo cuando Ana acababa de

* La expresión «recibir un niño», que a continuación aparecerá muchas veces y que en español suena rara, se utiliza en alemán cuando una mujer da a luz un hijo. (*N. del T.*)

cumplir cuatro años. De este modo se volvió actual el problema del origen de los niños, que antes no había interesado a Ana. Al principio, el embarazo de su madre no pareció llamarle la atención, es decir, nunca se observó una manifestación de la niña relacionada con él. La víspera del nacimiento, cuando la madre ya tenía contracciones, la niña se encontraba en la habitación de su padre. Éste la sentó en sus rodillas y le preguntó: «Dime, ¿qué te parecería que esta noche recibieras un hermanito?». Ana respondió en el acto: «Lo mataría». La palabra «matar» parece muy peligrosa, pero en el fondo es inofensiva, pues para los niños «matar» y «morir» significan simplemente «eliminar» de una manera activa o pasiva, como Freud ha mostrado. En cierta ocasión traté a una chica de quince años durante cuyo análisis sucedió varias veces que le venía a la memoria *La canción de la campana* de Schiller; ella nunca había leído este poema, sino que sólo lo había hojeado una vez, y recordaba haber leído algo de una «catedral». No recordaba más detalles. Ese pasaje dice así:

Desde la catedral,
pesada y asustada,
la campana dobla
por los difuntos, etc.
¡Ay, es por la esposa, la queridísima!
¡Ay, es por la *madre fiel*,
que el negro príncipe de las sombras
arranca de los brazos de su marido!, etc.*.

8 Naturalmente, la hija ama a su madre y no piensa ni por asomo en su muerte; lo que sucede es esto: la hija va a partir de viaje con su madre para visitar a unos parientes durante cinco semanas; el año anterior la madre fue sola, y la hija (que no tiene hermanos y está mimada) se quedó sola en casa con su padre. Por desgracia, este año «la pequeña esposa» es «arrancada» de los brazos de su marido, mientras que la hijita preferiría que la «madre fiel» se alejara de su hija.

9 Por tanto, en boca de un niño «matar» es algo inofensivo, especialmente si sabemos que Ana utiliza la palabra «matar» para referirse a todo tipo de destrucción, eliminación, etc. En todo caso, la tendencia que se expresa aquí merece ser tomada en consideración[2].

* Cf. J. W. von Goethe, W. von Humboldt y J. Burckhardt, *Escritos sobre Schiller, seguidos de una breve antología lírica*, ed. y trad. de M. Zubiría, Hiperión, Madrid, 2004, pp. 194-195. (*N. del T.*)

2. Véase el análisis del «pequeño Hans».

10 El nacimiento se produjo a primera hora de la mañana. Una vez que los restos del parto y las huellas de sangre habían sido eliminados, el padre acudió a la habitación en que Ana dormía. La niña se despertó cuando él entró. Su padre le comunicó la noticia del nacimiento de su hermanito, que Ana acogió con una expresión facial sorprendida y tensa. Su padre la tomó en brazos y la llevó a la habitación de la parturienta. La pequeña miró antes que nada a su pálida madre, luego mostró algo así como una mezcla de confusión y desconfianza, como si estuviera pensando: «¿Qué va a pasar ahora?». No manifestó alegría por tener un hermano, y este frío recibimiento decepcionó a sus padres. Durante toda la mañana la niña se mantuvo lejos de su madre, lo cual era llamativo porque Ana le tenía mucho apego. Pero cuando su madre se quedó sola, Ana entró en su habitación, la abrazó y le susurró a gran velocidad: *«¿No vas a morir ahora?»*.

11 Ahora vemos claramente una parte del conflicto en el alma infantil; la teoría de la cigüeña nunca surtió efecto, pero sí la hipótesis del renacer, de acuerdo con la cual una persona muere y hace nacer a un niño. Si su madre iba a morir, ¿cómo podía Ana alegrarse del nacimiento de su hermano, que de todos modos provoca los celos infantiles? Por eso, la niña tiene que averiguar en un momento propicio si su madre va a morir o no. No murió. Este final feliz es un duro revés para la teoría del renacer. ¿Cómo explicar a partir de ahora el nacimiento del hermanito, el origen de los niños? Ya sólo quedaba la teoría de la cigüeña, que Ana nunca rechazó explícitamente, pero sí implícitamente al aceptar la teoría del renacer[3]. Por desgracia, los padres de Ana no conocieron los siguientes intentos de explicación, pues su hija pasó a continuación varias semanas en casa de su abuela. Según contó ésta, Ana mencionó varias veces la teoría de la cigüeña, naturalmente con la aprobación de su entorno.

12 De vuelta en casa de sus padres, en el momento de reencontrarse con su madre Ana mostró de nuevo el mismo comportamiento confuso y desconfiado de después del parto. La impresión era clara para sus padres, pero no sabían cómo interpretarla. El comportamiento de Ana frente a su hermano recién nacido era muy amable. Entretanto, sus padres habían contratado a una enfermera que con su uniforme causaba una impresión muy fuerte a la niña, al principio negativa, pues Ana le ofrecía la mayor resistencia en todo. Por ejemplo, Ana no quería que por la noche la enfermera la desnudara y la metiera en la cama. A qué se debía esta resistencia quedó claro poco tiempo después en una escena de ira junto a la cuna del bebé, donde Ana le gritó a la enfermera: «No es tu hermanito, es mi hermanito». Pero Ana se reconcilió poco a poco con ella y empezó a jugar a ser una enfermera: se ponía una cofia y un delantal y cuidaba a su hermanito y a sus muñecas. Era evidente un estado de ánimo elegíaco, soñador, a diferencia de antes. A menudo, Ana se sentaba bajo la mesa y se ponía a cantar largas historias que o eran incomprensibles, o contenían deseos fantasiosos sobre el tema «enfermera» («Soy una enfermera de la Cruz Verde») o eran claramente sentimientos dolorosos que luchaban por expresarse.

13 Aquí nos encontramos con una novedad importante en la vida de la pequeña: se producen ensueños, rudimentos de poemas, arrebatos elegíacos. Todas estas cosas suelen aparecer en una fase muy posterior de la vida, en esa época en la que una persona joven se dispone a romper los lazos de la familia, a salir por su cuenta a la vida, pero interiormente está retenida por sentimientos dolorosos de nostalgia hacia el calor del hogar paterno. En esa época la persona empieza a crear lo que le falta con fantasía poética para compensar la pérdida. A primera vista podría parecer paradójico aproximar la psicología de una niña de cuatro años a la de la pubertad, pero la afinidad no radica en la edad, sino en el mecanismo. Los ensueños elegíacos dicen que una parte del amor que antes pertenecía (y debería pertenecer) a un objeto real se ha *introvertido*, es decir, se ha girado hacia dentro, hacia el sujeto, donde produce una actividad intensificada de la fantasía[4]. ¿A qué se debe esta

3. Podemos preguntarnos aquí qué justificación tiene la suposición de que a los niños de esa edad les interesan esas teorías. La respuesta es que los niños sienten un interés muy intenso por todas las cosas perceptibles sensorialmente que suceden en su entorno. Este interés se muestra también en sus preguntas sin fin sobre el «por qué» y el «para qué» de todo tipo de cosas. Por otra parte, si queremos entender la psicología del niño tenemos que quitarnos por un momento las lentes de la cultura: el nacimiento de un niño es el acontecimiento más importante para una persona. Ahora bien, para el pensamiento civilizado el nacimiento ya apenas es algo biológicamente único, igual que la sexualidad. El espíritu tiene que haber conservado en algún lugar las valoraciones biológicas correctas que los milenios le han inculcado. Es muy probable que el niño aún las tenga y las muestre antes de que el velo de la civilización se haya depositado sobre el pensamiento primitivo.

4. Este fenómeno es muy típico. Si la vida se tropieza con un obstáculo, si una adaptación no se puede llevar a cabo y la transferencia de la libido a lo real se paraliza, tiene lugar una introversión; es decir, en lugar de la actuación en la realidad surge una actividad intensificada de la fantasía cuya tendencia es eliminar ese obstáculo o, al menos, producir en la fantasía una eliminación, de donde se podrá desprender tras algún tiempo una solución práctica. De ahí las exageradas fantasías sexuales de los neuróticos, que intentan dominar la represión específica; de ahí las fantasías típicas de los tartamudos de que poseen un gran talento oratorio. (Que pueden tener ciertas esperanzas a este respecto lo sugieren los importantes estudios de Adler sobre la inferioridad orgánica.)

introversión? ¿Es un fenómeno psicológico propio de esta edad o una consecuencia de un conflicto?

14 Esto nos lo aclaran los siguientes acontecimientos. A menudo sucede que Ana no obedece a su madre. Es obstinada y dice: «¡Me vuelvo a casa de la abuela!».

La madre: «Si te vas, me pondré muy triste».

Ana: «¡Pero si tienes al hermanito!».

15 El efecto que estas palabras surten en la madre muestra qué pretendía la pequeña con su amenaza de marcharse: quería saber qué piensa su madre de su proyecto, es decir, qué piensa su madre de ella, si el hermanito no le habrá hecho perder el amor de su madre. No hay que hacer mucho caso a esta amenaza. La niña ha podido ver y sentir que no ha perdido nada esencial del amor de su madre pese a la existencia de su hermanito. El reproche que Ana le hace a su madre no tiene justificación, y el oído experto lo percibe en su tono afectado. Unos tonos parecidos se oyen a menudo en los adultos. Este tono inconfundible no espera ser tomado en serio, y por esta razón se presenta con mucha fuerza. La madre no ha de tomar en serio el reproche, pues sólo es el precursor de otras resistencias más fuertes. Poco tiempo después de esa conversación se produjo esta escena:

La madre: «Ven, salgamos al jardín».

Ana: «Estás mintiendo; ten cuidado en no decir la verdad».

La madre: «¿De qué vas? Te estoy diciendo la verdad».

Ana: «No, no estás diciendo la verdad».

La madre: «Vas a ver que estoy diciendo la verdad: salgamos al jardín».

Ana: «¿De verdad? ¿No me mientes?».

16 Hubo varias escenas de este tipo. En esta ocasión el tono era violento y apremiante, y además el énfasis en la mentira delataba algo especial que los padres de Ana no comprendieron cuando al principio dieron demasiada poca importancia a las manifestaciones espontáneas de su hija. De este modo hacían simplemente lo que la educación en general hace *ex officio*. En general se presta demasiada poca atención a los niños, se les trata en todas las cosas esenciales como personas irresponsables, y en las cosas inesenciales se les adiestra para que alcancen la perfección de los autómatas. Tras las resistencias hay siempre una cuestión, un conflicto, y en otro momento y en otra ocasión el niño hablará de esto. Se suele olvidar relacionar lo que el niño dice con las resistencias. Así, en otro momento Ana planteó a su madre unas preguntas difíciles:

Ana: «De mayor quiero ser enfermera».

La madre: «Yo también quería ser enfermera cuando era pequeña».

Ana: «¿Y por qué no lo eres?».

La madre: «Ahora soy una mamá y cuido a mis hijos».

Ana (pensativa): «¿Yo seré una mujer diferente de ti? ¿Viviré en otro lugar? ¿Hablaré todavía contigo?».

17 La respuesta de la madre muestra una vez más qué pretendía su hija con su pregunta[5]: a Ana le gustaría tener un bebé que cuidar, igual que la enfermera. De dónde tiene la enfermera el bebé está muy claro; también Ana, cuando sea mayor, podrá recibir un bebé. ¿Por qué su madre no se ha convertido en una enfermera trasparente? Es decir, ¿de dónde tiene el niño si no lo ha obtenido igual que la enfermera? Así como la enfermera tiene un niño, también Ana podría tener uno, pero no sabe cómo cambiará esto en el futuro, cómo podrá parecerse a su madre en el asunto de recibir hijos. De aquí se desprende la pensativa pregunta «¿Yo seré una mujer diferente de ti?», ¿seré diferente desde todos los puntos de vista? La teoría de la cigüeña es falsa, la teoría de la muerte también, así que los niños se reciben tal como la enfermera los recibe. De este modo natural los podría recibir también Ana, pero ¿qué sucede con su madre, que no es enfermera y sin embargo tiene hijos? Así pues, Ana pregunta desde su punto de vista: «¿Por qué no eres enfermera?», es decir, ¿has recibido un hijo de una manera clara? Esta curiosa manera indirecta de preguntar es típica y parece estar relacionada con la falta de claridad del planteamiento del problema, a no ser que supongamos que mediante la «imprecisión diplomática» la niña evita la pregunta directa. Más adelante veremos una prueba a favor de esta posibilidad.

18 Así pues, nos encontramos ante la pregunta: «¿De dónde viene el niño?». La cigüeña no lo ha traído, la mamá no ha muerto, y tampoco ha recibido el niño de la misma manera que la enfermera. Ana ya había preguntado antes, y su padre le había dicho que la cigüeña trae los niños; pero esto no es así, Ana no se ha dejado

5. La idea, que tal vez parezca paradójica, de que la meta de la pregunta de la niña se percibe en la respuesta de la madre necesita algunas explicaciones. Uno de los mayores méritos psicológicos de Freud es haber sacado a la luz el carácter problemático de los motivos *conscientes*. Como consecuencia de la represión de los impulsos, se atribuye un significado muy exagerado al pensamiento consciente para la actuación. Freud establece como criterio de la psicología de la actuación no el motivo consciente, sino el *resultado* (este último tomado en sentido no físico, sino psicológico). Esta idea presenta la actuación en una luz nueva, significativa desde el punto de vista biológico. Renuncio a mencionar ejemplos y me conformo con indicar que esta idea es extremadamente valiosa para el psicoanálisis desde los puntos de vista esencial y heurístico.

engañar al respecto. Así pues, papá y mamá mienten, y los demás también. Esto explica la desconfianza de Ana cuando nació su hermanito y sus reproches a su madre; también explica otro punto, la ensoñación elegíaca que hemos derivado de una introversión parcial. Ahora sabemos de qué objeto real Ana retiró su amor para introvertirlo: de sus *padres*, que le *mienten* y no quieren decirle la verdad. (¿Qué será eso que no se puede decir? ¿Qué está pasando? Éstas serán más adelante las preguntas parentéticas de la niña. La respuesta dice así: tiene que ser algo que hay que ocultar, tal vez algo peligroso.) Los intentos de Ana de hacer hablar a su madre y sonsacarle la verdad con preguntas (capciosas) fracasan, la resistencia contesta a la resistencia, y entonces comienza la introversión del amor. Comprensiblemente, la *capacidad de sublimación* de una niña de cuatro años apenas está desarrollada, por lo que sólo presta unos pocos servicios sintomáticos. El ánimo recurre a otra compensación, a una de las formas infantiles de obtener el amor, la preferida de las cuales es gritar de noche y llamar a la madre. Ana había practicado y explotado a menudo este recurso durante su primer año de vida. Ahora volvió a servirse de él; y en consonancia con su edad, bien motivado y engalanado con impresiones recientes.

19 Poco tiempo antes se había producido el *terremoto de Messina*, y durante las comidas la familia hablaba de él. Ana se interesaba muchísimo por el terremoto e hizo que su abuela le contara varias veces cómo el suelo tembló, las casas se vinieron abajo y muchas personas murieron. Desde ese momento Ana tenía *miedo* por la noche, no quería quedarse sola, mamá tenía que acompañarla, pues Ana temía que el terremoto viniera y la casa se desmoronara y la matara. También durante el día Ana piensa en estas cosas; cuando pasea con su madre, la atormenta con preguntas: «¿Nuestra casa seguirá en pie cuando volvamos? ¿Papá todavía estará vivo? ¿No habrá habido un terremoto en casa?». O cada vez que Ana veía una piedra en su camino preguntaba: «¿Es del terremoto?». Una casa en construcción era para ella una casa destruida por un terremoto, etc. Por último, Ana gritaba muchas veces durante la noche que el terremoto venía, que ella ya lo oía tronar. Antes de que se fuera a dormir, sus padres tenían que prometerle solemnemente que no vendría ningún terremoto. Intentaron calmarla de varias maneras, por ejemplo diciéndole que sólo se producen terremotos donde hay volcanes. Pero entonces tuvieron que demostrarle que las montañas de los alrededores no eran volcanes. Estos razonamientos provocaron en la niña poco a poco unas ansias de saber muy fuertes, impropias de su edad, que se manifestaron en que su

padre tuvo que entregarle todos los atlas y las láminas de geología de su biblioteca. Ana los examinaba durante horas, buscando reproducciones de volcanes y terremotos, y hacía preguntas sin fin.

20 Nos encontramos aquí ante un intento enérgico de sublimar el miedo en el «impulso de conocer», que en esta edad es demasiado precoz. Como algunos niños superdotados que padecen el mismo problema, Ana insistió en esta sublimación precipitada, lo cual no le ayudó mucho. Pues si en esta edad se favorece la sublimación, se fomenta la neurosis. La raíz del impulso de conocer es el *miedo*, el cual es la expresión de una *libido convertida*, es decir, de una *introversión que se ha vuelto neurótica* y que en esta edad no es ni necesaria ni favorable para el desarrollo del niño. Lo que este impulso de conocer buscaba en última instancia queda claro mediante una serie de preguntas que Ana planteaba casi cada día: «¿Por qué S. (su hermana menor) es más joven que yo? ¿Dónde estaba antes Fede (su hermanito)?, ¿estaba en el cielo?, ¿qué hacía ahí? ¿Por qué ha bajado ahora y no antes?».

21 Así las cosas, el padre de Ana llegó a la conclusión de que su esposa debía aprovechar la primera ocasión para explicarle a la niña la *verdad sobre el origen de su hermanito*.

22 Esta ocasión se presentó cuando, poco tiempo después, Ana volvió a preguntar por la cigüeña. Su madre le dijo que la historia de la cigüeña no es verdad, sino que Fede había crecido en mamá igual que las flores en la tierra; al principio era muy pequeño, y poco a poco fue creciendo, como las plantas. La niña escuchó con atención, sin asombrarse, y preguntó:

«Bueno, ¿y salió por sí mismo?».

La madre: «Sí».

Ana: «¡Pero si no puede andar!».

La hermana menor: «Habrá salido arrastrándose».

Ana (sin hacer caso a la respuesta de su hermanita): «¿Ahí (señalando al pecho) hay un *agujero*? ¿O *salió por la boca*? ¿Quién ha salido de la enfermera?».

23 Ana se interrumpió a sí misma: «No, ya sé, la cigüeña ha traído al hermanito del cielo». Antes de que su madre pudiera contestar a todas estas preguntas, Ana cambió de tema y pidió de nuevo ver reproducciones de volcanes. La noche que siguió a esta conversación fue tranquila. La explicación repentina inspiró a la niña toda una serie de ocurrencias, lo cual se manifestaba en la precipitación de las preguntas. Se abrieron perspectivas nuevas, inesperadas; Ana se acercó a gran velocidad a un problema fundamental, a la pregunta: *«¿Por dónde salió el niño? ¿Por un agujero del pecho o por la boca?»*. Ambas conjeturas son aptas para convertirse en teorías

sólidas. Hay incluso mujeres recién casadas que todavía creen en la teoría del agujero en la pared abdominal y de la cesárea, lo cual expresa una inocencia especialmente grande. Naturalmente, lo que tenemos en estos casos no es inocencia, sino activaciones sexuales infantiles que posteriormente las «vías naturales» desacreditarán.

23a Deberíamos preguntarnos de dónde procede en el niño la idea absurda de que hay un agujero en el pecho, o que el parto sucede a través de la boca; ¿por qué no a través de una de las aberturas naturales del vientre ya existentes, por las que cada día salen cosas? La explicación es sencilla: todavía no está lejos la época en que nuestra pequeña desafió a las artes educativas de su madre mediante un interés intenso, y no siempre adecuado a las exigencias de la higiene y la decencia, por las dos aberturas del vientre y sus curiosos productos. Ana conoció en ese momento las leyes de excepción que gobiernan esa región del cuerpo y, siendo una niña sensible, comprendió que ahí hay un «tabú». Por tanto, esa zona no puede formar parte de ninguna explicación; un pequeño error de pensamiento que podemos disculpar a una niña de cuatro años si pensamos en todas las personas que, pese a unas lentes agudísimas, son incapaces de descubrir algo sexual. Ana reacciona mucho más dócilmente que su hermana menor, que también hizo grandes cosas en el campo de los intereses por los excrementos y la orina y tenía unos modales similares al comer. Sus excesos le parecían «divertidos», pero su madre le decía: «No, eso no es divertido», y le prohibía la broma. La niña se sometió en apariencia a estas incomprensibles manías educativas, pero al poco tiempo se vengó. Una vez que un plato nuevo apareció en la mesa, Ana se negó categóricamente a comerlo diciendo: «Esto no es divertido». Desde ese momento, la niña rechazó todas las comidas raras diciendo que no eran divertidas.

24 La psicología de este negativismo es típica y fácil de comprender. La lógica sentimental dice así: «Si mis artes no os parecen divertidas y me obligáis a renunciar a ellas, yo tampoco encontraré divertidas vuestras artes, que tanto alabáis, y no participaré en ellas». Como todas las compensaciones infantiles de este tipo, que son muy frecuentes, ésta se atiene a un importante principio infantil: «Os está bien empleado por hacerme sufrir».

25 Volvamos tras esta digresión a nuestro caso. Ana es tan dócil y se ha adaptado tanto a la exigencia cultural que, a juzgar por sus palabras, lo más sencillo es lo último en lo que piensa. Las teorías incorrectas, que ocupan el lugar de las correctas, se mantienen durante años, hasta que desde fuera llega de repente una explicación. Por tanto, no es asombroso que estas teorías, cuyo

surgimiento y conservación es incluso promovido por los padres y los educadores, se conviertan más adelante en determinantes sintomáticos importantes de una neurosis o en ideas delirantes de una psicosis[6]. Lo que ha existido durante años en el alma sigue ahí de algún modo, aunque esté oculto bajo unas compensaciones que parecen diferentes.

26 Pero antes de que se resuelva la cuestión de por dónde sale el niño se impone un nuevo problema: de mamá salen niños, ¿y de la enfermera? Tras esta pregunta se produce la interrupción: «No, no, la cigüeña ha traído al hermanito del cielo». ¿Qué tiene de particular que de la enfermera no haya salido nadie? Recordemos que Ana se ha identificado con la enfermera y desea ser enfermera de mayor, pues quiere tener un niño, y ella podría recibirlo igual que la enfermera. Pero ¿qué pasa ahora que sabe que su hermanito ha crecido en mamá?

27 La niña se aparta rápidamente de esta difícil pregunta volviendo a la teoría de la cigüeña y del ángel, en la que nunca creyó y que pronto abandonará definitivamente. Dos cuestiones quedan pendientes; la primera dice así: «¿Por dónde sale el niño?». La segunda es mucho más difícil: «¿Cómo es que mamá tiene hijos, pero no la enfermera ni las criadas?». Todas estas preguntas desaparecieron de momento.

28 El día siguiente, durante la comida, Ana declaró de repente: «Mi hermano está en Italia y tiene una casa de tela y cristal que *no se derrumba*».

29 Como siempre, tampoco esta vez se puede pedir una explicación, pues las resistencias son tan grandes que Ana no se deja fijar. Esta declaración única, que casi parece oficiosa, es muy significativa. Desde hace unos meses las niñas tienen una fantasía estereotipada de un «hermano mayor» que lo sabe todo, lo tiene todo, es capaz de todo, ha estado y está en todos los lugares en que las niñas no han estado y tiene permiso para hacer todo lo que a ellas se les ha prohibido. Cada una de las niñas tiene un hermano mayor así, que posee grandes vacas, ovejas, caballos, perros, etc.[7]. La fuente de esta fantasía no hay que buscarla muy lejos; su modelo es el padre, que parece ser algo así como un hermano de la madre. También las niñas quieren tener un «hermano» poderoso. Este hermano es muy valiente, ahora está en la peligrosa Italia y vive en una casa muy frágil que no se derrumba. Se realiza así un deseo

6. He mostrado esto en mi ensayo *Sobre la psicología de la* dementia praecox [OC 3,1].

7. Una definición primitiva de la divinidad.

importante para Ana: *el terremoto ya no es peligroso*. Por tanto, el miedo y la fobia ya pueden desaparecer, como sucedió efectivamente. Ana dejó de tener miedo a los terremotos. En vez de llamar a su padre durante la noche para que le quite el miedo, la pequeña se muestra muy cariñosa y le pide a su padre que la bese. Para poner a prueba la nueva situación, su padre enseñó a la pequeña nuevas reproducciones de volcanes y de consecuencias de terremotos. Ana contempló las imágenes con indiferencia: «¡Eso son muertos! Ya lo he visto muchas veces». Tampoco la fotografía de la erupción de un volcán le resultó atractiva. Su interés por el conocimiento se apagó y desapareció tan repentinamente como había llegado. Los días posteriores a la explicación Ana tenía cosas más importantes que hacer; difundió por su entorno los conocimientos que acababa de adquirir: primero constató minuciosamente que Fede había crecido en mamá, igual que ella y su hermanita menor; también papá en su mamá, mamá en su mamá y las criadas en sus respectivas madres. Preguntando una y otra vez, Ana examinó si la verdad de este conocimiento duraba, pues la pequeña se había vuelto muy desconfiada, de modo que hicieron falta muchos esfuerzos para disipar todas sus dudas. Varias veces las dos niñas plantearon de nuevo la teoría de la cigüeña y el ángel, pero de una manera poco creíble, con canciones y muñecas.

30 Por lo demás, el nuevo conocimiento dio buenos resultados, pues la fobia desapareció.

31 Sólo una vez la seguridad amenazó hacerse pedazos. Aproximadamente ocho días después de la explicación, el padre de Ana pasó la mañana en la cama debido a una gripe. Las niñas no lo sabían. Ana entró en el dormitorio de sus padres y vio a su padre en la cama; puso de nuevo cara de asombro y evitó acercarse a la cama, tímida y desconfiada. De repente soltó esta pregunta: «¿Por qué estás en la cama? ¿Tienes una planta en la tripa?».

32 Naturalmente, su padre se echó a reír y la tranquilizó diciéndole que en papá no pueden crecer niños, que los hombres no tienen hijos, sólo las mujeres; Ana recuperó la confianza de inmediato. Pero mientras la superficie estaba en calma, los problemas seguían trabajando en la oscuridad. Unos días después, Ana dijo durante la comida: «Anoche soñé con el arca de Noé». Su padre le preguntó en qué había consistido el sueño, y Ana contó cosas absurdas. En estos casos hay que esperar y prestar atención. Unos minutos después Ana le dijo a su abuela: «Anoche soñé con el arca de Noé, y había muchos animalitos dentro». Se produjo una pausa y Ana comenzó su relato por tercera vez: *«Anoche soñé con el arca de Noé, y había muchos animalitos dentro. Abajo había una tapa que*

se abría, y los animalitos caían fuera». El experto entiende esta fantasía. Las niñas tienen realmente un arca, pero la abertura es una tapa en el tejado, no abajo. De este modo se indica sutilmente que la historia del nacimiento a través de la boca o del pecho no es correcta; la niña intuye la verdad: los niños salen por abajo.

33 Pasaron varias semanas sin acontecimientos importantes. En cierta ocasión Ana tuvo este sueño: *«He soñado con papá y mamá, que pasaban mucho tiempo en el estudio, y los niños también estábamos»*.

34 En la superficie hay un deseo muy habitual en los niños: poder quedarse levantados tanto tiempo como sus padres. Este deseo se realiza aquí o, más bien, es utilizado para enmascarar un deseo mucho más importante: *estar presentes por la noche cuando sus padres están solos*, inocentemente en el *estudio*, donde Ana consultó todos los interesantes libros con que sació su sed de conocimiento, es decir, en que intentó responder a la inquietante pregunta de dónde vino el hermanito. Si los niños estuvieran presentes ahí, lo sabrían.

35 Pocos días después Ana tuvo una pesadilla de la que se despertó gritando: «El terremoto viene, la casa ya está temblando». Su madre acude, tranquiliza a la niña y la consuela diciéndole que no viene ningún terremoto, que todo está en calma, que todos duermen. Y Ana dice con un tono imperioso: «Me gustaría ver la primavera, cómo salen las florecitas y la pradera está llena de flores. Me gustaría ver a Fede, que tiene un rostro precioso. ¿Qué hace papá? ¿Qué dice?». (Su madre responde: «Papá está durmiendo y no dice nada»). Y entonces la pequeña dice con una sonrisa burlona: «Mañana volverá a estar enfermo».

36 Este texto hay que leerlo al revés. La última frase no está dicha en serio, pues Ana la pronunció con un tono burlón: la última vez que su padre estuvo enfermo, Ana sospechó que tenía «una planta en la tripa». La burla significa: ¿mañana papá tendrá un hijo? Pero Ana no dice esto en serio, papá no tendrá un hijo, pues sólo mamá tiene hijos; tal vez mañana mamá tenga uno, pero ¿de dónde? «¿Qué hace papá?». Esto es una formulación clarísima del difícil problema: ¿qué hace el padre si no tiene hijos? A la pequeña le gustaría tener una explicación para todos sus problemas, le gustaría saber cómo vino su hermanito al mundo, le gustaría ver las florecitas que en primavera salen de la tierra, y estos deseos se esconden tras el miedo a los terremotos.

37 Tras este episodio, Ana durmió tranquilamente hasta la mañana. Entonces su madre le preguntó: «¿Qué te ha pasado esta noche?». La pequeña ha olvidado todo, y cree haber tenido sim-

plemente un sueño: «He soñado que *yo podía hacer el verano, y entonces alguien arrojó un títere al retrete*».

38 Este peculiar sueño tiene dos escenarios diferentes, separados por la palabra «entonces». La segunda parte toma su material del deseo reciente de poseer un títere, es decir, un muñeco masculino, igual que mamá tiene un bebé. Alguien arroja un títere al retrete, pero normalmente se tiran otras cosas por ahí. El niñito sale igual que esa otra cosa cuando estamos sentados en el retrete. Tenemos aquí la analogía con la teoría del calcetín del «pequeño Hans»*. Cuando en un sueño hay varias escenas, cada una de ellas suele ser una variante de la elaboración del complejo. Así, en este caso la primera parte es sólo una variante de un tema común con la segunda parte. Ya hemos visto antes qué significa «ver la primavera» o «ver cómo salen las florecitas». Ahora Ana sueña que puede hacer el verano, es decir, conseguir que las florecitas salgan; Ana puede hacer un niñito, y la segunda parte del sueño dice: igual que se hace de vientre. Aquí tenemos el deseo egoísta que se esconde tras los intereses aparentemente objetivos de la conversación nocturna.

39 Unos días después la madre de Ana recibió la visita de una señora a la que le faltaba poco para dar a luz. Aparentemente, las niñas no se fijaron en esta circunstancia. Pero el día siguiente se divirtieron, dirigidas por la mayor, con un juego particular: tomaron todos los periódicos viejos de la papelera de su padre y se los metieron debajo de la ropa, a la altura del vientre, de modo que la intención imitativa era evidente. Durante la noche Ana volvió a soñar: «*He soñado con una mujer en la ciudad que tenía un vientre muy gordo*». El actor principal de un sueño es siempre el propio soñante desde un punto de vista determinado; ahora, el juego infantil de la víspera ya está interpretado por completo.

40 No mucho tiempo después Ana asombró a su madre con el siguiente espectáculo. Había metido una muñeca bajo su ropa, y poco a poco la sacó con la cabeza hacia abajo, diciendo: «Mira, el niñito está saliendo, ya está completamente fuera». Era como si Ana le dijera a su madre: «Mira, yo entiendo el nacimiento así. ¿Qué te parece?, ¿es correcto?». Este juego es una pregunta, pues (como veremos más adelante) esta idea todavía necesitaba una confirmación oficial.

41 Que Ana no había acabado aún de rumiar el problema lo muestran unas ocurrencias ocasionales durante las siguientes semanas. La niña repitió el juego unos días después con su oso de peluche, que desempeña la función de una muñeca especialmente querida.

* Cf. S. Freud, *Análisis de la fobia de un niño de cinco años*, p. 46. (*N. del T.*)

En otra ocasión le dijo a su abuela señalando a una rosa: «Mira, la rosa recibe un hijito», pero su abuela no comprendió lo que Ana le quería decir, por lo que la niña señaló al cáliz ligeramente hinchado: «Mira, aquí la rosa ya está muy gorda».

42 En cierta ocasión Ana se peleó con su hermanita, y ésta gritó enfadada: «¡Te voy a matar!». Ana respondió: «Si me muero, estarás sola y tendrás que pedirle a Dios que te envíe un hijito vivo». La escena cambió: Ana era un ángel y su hermanita tenía que arrodillarse ante ella y rogarle que le regalara un hijito vivo. Ana se convirtió de esta manera en la madre que dona hijos.

43 En otra ocasión había naranjas de postre, y Ana las pidió con impaciencia diciendo: «Tomo una naranja y me la trago, y cuando llegue a la tripa, abajo del todo, recibiré un hijito».

44 ¿Cómo no pensar aquí en los cuentos en que mujeres sin hijos se quedan por fin embarazadas al comer fruta, pescado o cualquier otra cosa[8]? Ana intentó resolver así el problema de cómo entran los niños en la madre. Nunca había planteado esta pregunta con tanta agudeza. La solución sucede en forma de una *parábola*, y esto es peculiar del pensamiento arcaico del niño. (El pensamiento en parábolas lo posee también el adulto en la capa que está justo por debajo de la consciencia. Los sueños sacan las parábolas a la superficie, al igual que la demencia precoz.) Es significativo que estas comparaciones infantiles sean habituales en los cuentos de todos los países. Los cuentos son, según parece, los mitos de los niños, por lo que contienen (entre otras cosas) la mitología que el niño elabora sobre los procesos sexuales. El hechizo de los cuentos, que también surte efecto en los adultos, tal vez se deba en cierta medida a que en nuestro inconsciente viven aún algunas de las viejas teorías. Nos sentimos especialmente bien cuando un trozo de nuestra juventud más remota despierta de nuevo sin llegar a la consciencia, emitiendo simplemente un destello de su fuerza sentimental.

45 El problema de cómo el niño entra en su madre es difícil de resolver. En el cuerpo sólo entra lo que atraviesa la boca; por tanto, cabe presumir que la madre comió algo así como una fruta que a continuación creció en el cuerpo. Pero a esto se añade otra dificultad: sabemos qué produce la madre, no de qué sirve el padre. Una vieja regla de ahorro del espíritu recomienda conectar dos incógnitas e incluir a una en la solución de la otra.

46 Así se consolida rápidamente en el niño la convicción de que el padre participa de algún modo en este asunto, en especial por-

8. Cf. Riklin, *Wunscherfüllung und Symbolik im Märchen*.

que en el problema del surgimiento de los niños todavía está pendiente la cuestión de cómo entra el niño en su madre.

47 ¿Qué hace el padre? Esta cuestión ocupaba ahora a Ana exclusivamente. Una mañana la pequeña entró en el dormitorio de sus padres, que se estaban arreglando, saltó a la cama de su padre, se tumbó boca abajo y se puso a pedalear con las piernas mientras exclamaba: «¿A que esto es lo que hace papá?». Sus padres se echaron a reír y no contestaron a la pregunta, pues en ese momento no comprendieron el significado de la escena. La analogía con el caballo del «pequeño Hans», que «hace barullo» con las patas, es sorprendente*.

48 Con esta última acción el problema parecía resuelto por completo; al menos, los padres de Ana no hicieron nuevas observaciones. No es sorprendente que el problema se detuviera aquí, pues este lugar es realmente el más difícil. Además, sabemos por experiencia que pocos niños atraviesan esta frontera tan pronto. Este problema es casi demasiado difícil para el entendimiento infantil, pues todavía le faltan muchos conocimientos imprescindibles para resolverlo. El niño no sabe nada del esperma y del coito. La única posibilidad es que la madre coma algo, pues sólo así puede entrar algo en el cuerpo. ¿Y qué hace el padre? Las frecuentes comparaciones con la enfermera y con otras personas solteras tenían sentido; Ana llegó así a la conclusión de que la existencia del padre es importante. Pero ¿qué hace? El pequeño Hans y Ana piensan que tiene que tratarse de algo con las piernas.

49 La detención duró aproximadamente cinco meses, y durante este tiempo no hubo síntomas de fobia ni otros indicios de elaboración de complejos. Una vez transcurrido este plazo se produjeron presagios de acontecimientos. La familia de Ana vivía por entonces en el campo, junto a un río en el que los niños se bañaban con su madre. Como a Ana le daba miedo que el agua la cubriera por encima de las rodillas, su padre la metió una vez en el agua, lo cual provocó un gran griterío. Esa noche, al irse a dormir, Ana le preguntó a su madre: «¿Verdad que papá ha querido ahogarme?».

50 Pocos días después hubo otro gran griterío. Ana importunó durante un buen rato al jardinero, que finalmente la metió de broma en un pequeño hoyo que acababa de cavar. Ana se puso a gritar lastimeramente, y después afirmó que el jardinero había querido enterrarla.

* Cf. S. Freud, *Análisis de la fobia de un niño de cinco años*, p. 43. *(N. del T.)*

51 Por último, Ana se despertó en medio de la noche con gritos de pánico. Su madre se la llevó a otra habitación y la calmó. Ana había soñado que *un tren pasa por arriba y se cae*.

52 También conocemos la historia del carruaje del «pequeño Hans»*. Estos acontecimientos mostraban suficientemente que volvía a haber miedo en el aire, es decir, que volvía a elevarse un obstáculo contra la transferencia a los padres, de modo que buena parte del amor se convertía en miedo. Esta vez, la desconfianza de Ana no se dirigía contra su madre, sino contra su padre, que tenía que saber la respuesta, pero no la decía. Los pensamientos de Ana se ocupan de lo que su padre trama o hace. El misterio le parece a la niña algo muy peligroso, por lo que se teme lo peor de su padre. (En los adultos, este miedo infantil al padre lo vemos claramente en pacientes con demencia precoz, ya que esta enfermedad mental quita la tapa de muchos procesos inconscientes, como si actuara de acuerdo con principios psicoanalíticos.) De ahí la conjetura de Ana, aparentemente absurda, de que su padre la quiso ahogar.

53 Ana ha crecido un poco más, y su interés por su padre ha adoptado un tono particular que es difícil de describir. Al lenguaje le faltan las palabras con que describir el tipo muy peculiar de curiosidad cariñosa que brilla en los ojos de la niña.

54 No puede ser una casualidad que en ese momento las niñas jugaran a una cosa peculiar. Convirtieron a sus dos muñecas más grandes en sus *abuelas* y jugaron con ellas al «hospital», utilizando para ello un cenador del jardín. Allí llevaron a las abuelas, las internaron y las abandonaron durante una noche. En este caso, la «abuela» recuerda desesperadamente al «hermano mayor» del pasado. Parece muy probable que la «abuela» represente a la madre. Así pues, la pequeña está empezando a eliminar a su madre[9]. Esta intención le resulta fácil porque su madre ha vuelto a darle ocasión para el desprecio.

55 Esto sucedió de la siguiente manera. El jardinero preparó una superficie grande y la sembró con césped. Ana le ayudó en este trabajo divirtiéndose mucho, al parecer sin intuir el significado profundo del «juego infantil». Unas dos semanas después, Ana observa-

* Cf. *Ibid.*, pp. 39 ss. *(N. del T.)*

9. La tendencia a eliminar a la madre se había mostrado ya en esta ocasión: las niñas se habían ido a vivir al cenador con sus muñecas. Una habitación importante en toda casa es, como se sabe, el retrete, que no podía faltar. Por tanto, las niñas hicieron sus necesidades en un rincón del cenador. Naturalmente, su madre no pudo evitar destruir esta ilusión prohibiéndoles estos juegos. Poco tiempo después escuchó esta declaración: «Cuando mamá haya muerto, mearemos todos los días en el cenador y nos pondremos todos los días la ropa de los domingos».

ba a menudo con alegría cómo crecía la hierba. Y en una ocasión buscó a su madre y le preguntó: «Dime, ¿cómo entraron los ojos en la cabeza?».

56 Su madre le contestó que no lo sabía. Ana le preguntó si Dios y papá lo sabían y por qué Dios y papá lo sabían todo. Su madre le dijo que le preguntara a su padre cómo entran los ojos en la cabeza. Unos días después toda la familia estaba reunida tomando el té, y a continuación se separaron. El padre se quedó leyendo el periódico, y Ana estaba con él. De repente Ana se acercó a su padre y le preguntó: «Dime, ¿cómo entran los ojos en la cabeza?».

El padre: «Los ojos no entran en la cabeza, sino que desde el principio están ahí».

Ana: «¿Los ojos no se ponen (plantan)?».

El padre: «No, están en la cabeza, igual que la nariz».

Ana: «¿Y la boca y las orejas también han estado siempre en la cabeza? ¿El pelo también?».

El padre: «Sí, todos».

Ana: «¿También el pelo? Los ratoncitos vienen al mundo completamente desnudos. ¿De dónde sale el pelo? ¿No hay que poner semillitas?».

El padre: «No, mira, el pelo sale de unos granitos pequeños como semillitas que ya estaban en la piel, nadie los ha sembrado».

57 El padre de Ana estaba en apuros. Se imaginaba dónde quería llegar la pequeña; por tanto, evitó rechazar la teoría de la semilla (que ella había introducido diplomáticamente, tomándola de manera afortunada de la naturaleza) simplemente porque ella la había aplicado mal una vez, pues Ana hablaba con una seriedad inusual que imponía respeto.

58 Ana (visiblemente decepcionada, con tono afligido): «¿Y cómo entró Fede en mamá? ¿Quién lo pegó ahí dentro? ¿Y quién te pegó a ti en tu mamá? ¿Por dónde salió?».

59 De esta tormenta de preguntas desatadas de repente, el padre de Ana empezó contestando la última: «Piensa un poco: Fede es un niño, los niños se convierten en hombres, y las niñas se convierten en mujeres. Sólo las mujeres pueden tener hijos, los hombres no. Ahora dime de dónde habrá salido tu hermanito».

60 Ana (señala riendo y feliz a sus propios genitales): «¿Salió de aquí?».

El padre: «Sí, naturalmente, esto ya lo habías pensado, ¿verdad?».

Ana (sin prestar atención a la pregunta, con prisa): «Pero ¿cómo entró Fede en mamá? ¿Lo pusieron (plantaron) ahí? ¿Pusieron semillitas?».

Su padre ya no pudo esquivar esta pregunta extraordinariamente precisa. Le explicó a la niña, la cual le escuchaba con mucha atención, que la madre es como la tierra y el padre es como el jardinero; el padre da las semillitas, y éstas crecen en la madre, y así surge un niñito. Esta respuesta satisfizo por completo a Ana, que buscó a su madre y le dijo: «Papá me lo ha contado todo, ahora lo sé todo». Pero la niña no le contó a nadie lo que sabía.

61 El día siguiente Ana sacó partido a su nuevo conocimiento. Buscó a su madre y le dijo: «Mamá, papá me ha contado que Fede era un angelito y que una cigüeña lo bajó del cielo». Su madre se quedó muy sorprendida y le dijo: «Papá no puede haberte dicho eso». La niña se marchó riendo.

62 Ésta había sido su venganza. Su madre no sabía cómo entran los ojos en la cabeza, ni siquiera sabía cómo entró Fede en ella. Por eso, Ana le cuenta la vieja historia. Tal vez su madre todavía crea en ella.

63 La niña estaba ahora tranquila, pues sabía más cosas y había resuelto un problema difícil. Más importante todavía era la circunstancia de que Ana había establecido una relación más íntima con su padre, que no perjudicaba a su independencia intelectual. Por supuesto, su padre estaba preocupado, se preguntaba si había acertado al contar a una niña de cuatro años y medio un secreto que otros padres guardan cuidadosamente. En especial lo inquietaba qué haría Ana con ese conocimiento. ¿Sería indiscreta?, ¿lo explotaría? Le resultaría muy fácil instruir a sus amiguitas o hacer de *enfant terrible* ante los adultos. Pero los temores se revelaron completamente infundados. Ana no dijo una palabra al respecto. Además, con las explicaciones de su padre el problema se había calmado, y Ana ya no tenía preguntas. Pero lo inconsciente no perdió de vista los enigmas de la creación humana. Unas semanas después Ana contó este sueño: *Está en el jardín, y hay varios jardineros junto a los árboles, meando, también está su padre.*

64 Aquí está el problema todavía por resolver: ¿cómo lo hace el padre?

65 En esa misma época acudió a la casa un carpintero para arreglar un cajón díscolo; Ana estaba presente y contemplaba cómo el carpintero cepillaba el cajón. Esa noche Ana tuvo este sueño: *El carpintero le cepilla los genitales.*

66 Este sueño se puede interpretar diciendo que Ana se pregunta: «¿La cosa funcionará conmigo? ¿Habrá que hacer algo parecido a lo del carpintero para que la cosa funcione?». Esto implica que el problema está siendo elaborado inconscientemente porque algo en él no está claro. Que esto era así se confirmó en la siguien-

te oportunidad, la cual se produjo varios meses después, cuando Ana se aproximaba a su quinto cumpleaños. Entretanto, también su hermanita Sofía había empezado a plantearse estas preguntas. Sofía estaba presente cuando a Ana le dieron explicaciones en la época de su fobia a los terremotos, e incluso hizo una observación aparentemente inteligente (véase *supra*). Pero no había entendido lo que esas explicaciones significaban. Esto quedó claro poco tiempo después. A veces Sofía era muy cariñosa con su madre, no se alejaba de ella y al mismo tiempo era muy maleducada y traviesa. Uno de estos días malos intentó volcar la cuna de su hermanito. Su madre se lo impidió, y Sofía se puso a gritar. En medio de sus sollozos dijo de repente: «Yo no sé de dónde vienen los niños pequeños». Naturalmente, le dieron las mismas explicaciones que antes a su hermana mayor. El problema se calmó en Sofía durante varios meses. Pero luego hubo de nuevo días en que lloriqueaba y estaba de mal humor. En cierta ocasión preguntó de repente a su madre: «¿Fede estuvo en tu tripa?».

La madre: «Sí».

Sofía: «¿Lo empujaste?».

La madre: «Sí».

Ana (interviniendo en la conversación): «¿Hacia abajo del todo?».

67 Ana utilizó un término infantil que se refiere tanto a los genitales como al ano.

Sofía: «¿Y entonces lo echaste fuera?».

68 La expresión «echar fuera» procede del mecanismo del retrete, que interesa mucho a las niñas, ya que en él «echamos fuera» los excrementos.

Ana: «¿A Fede lo vomitaste?».

69 Como consecuencia de un pequeño trastorno digestivo, Ana había tenido por la noche *vómitos*.

70 Tras una pausa de varios meses, Sofía volvió a la carga y se cercioró de las explicaciones que le habían dado. Esto parece indicar que tenía dudas sobre las explicaciones de su madre. De acuerdo con el contenido de las preguntas, las dudas se debían a que el nacimiento no estaba explicado suficientemente. El verbo «empujar» lo usan los niños para referirse al acto de defecar; muestra qué camino tomará la teoría también en Sofía. Su observación de que su madre «echó fuera» a Fede muestra una identificación plena del hermanito con el excremento que roza lo cómico. Ana hace a continuación la peculiar pregunta de si Fede fue «vomitado». Sus vómitos de la víspera la habían impresionado mucho. Ana no había vuelto a vomitar desde sus primeros meses de vida. Esto era

un camino por el que las cosas pueden abandonar el interior del cuerpo en el que hasta ahora Ana no había pensado en serio. (Por primera vez en aquel momento, cuando estaban hablando de la abertura del cuerpo y ella pensó en la boca.) Con esta observación, Ana se aparta decididamente de la teoría del excremento. ¿Por qué no se dirige directamente a los genitales? El último de los sueños que ella cuenta nos expone las razones probables: en los genitales hay algo que Ana no comprende; hay que hacer algo para que «la cosa funcione». ¿Y si no son los genitales? La semilla de los niños tal vez entre en el cuerpo por la boca, igual que los alimentos, y el niño sale por la boca como un «vómito».

71 Así pues, el mecanismo detallado del nacimiento todavía es enigmático. Su madre le había explicado a Ana que el niño sale por abajo. Un mes después, Ana contó de repente este sueño: «*He soñado que estaba en el dormitorio del tío y la tía. Estaban tumbados en la cama. Bajé la manta del tío, me senté en su tripa y cabalgué** *sobre ella*».

72 Este sueño se produjo de una manera aparentemente repentina. Los niños estaban pasando unas semanas de vacaciones, y su padre, al que los negocios retenían en la ciudad, los había visitado ese día. Ana estaba muy cariñosa con él. Su padre le preguntó en broma: «¿Quieres venir esta noche conmigo a la ciudad?». Ana: «Sí, ¿y podré dormir contigo?». Al mismo tiempo se colgó delicadamente del brazo de su padre, exactamente de la misma manera que su madre hacía a veces. Pocos instantes después le contó el sueño. Unos días antes Ana había visitado a la tía que el sueño menciona[10]. A Ana le hacía ilusión visitarla, pues en su casa podría ver a esos dos primitos por los que sentía un interés sincero. Por desgracia, sus primos no estaban en casa, lo cual decepcionó mucho a Ana. Algo en la situación actual tiene que ser afín al contenido del sueño para que éste sea recordado de repente. Está clara la afinidad entre el contenido manifiesto del sueño y la conversación de Ana con su padre. Su tío es un señor mayor que la niña sólo ha visto unas pocas veces. En el sueño sustituye al padre de Ana *lege artis*. El propio sueño compensa la decepción de la víspera: Ana está en la cama de su padre. Esto es el *tertium comparationis* con el presente. De ahí que Ana recuerde el sueño de repente. En el sueño se repite un juego que Ana ha ejecutado muchas veces en la cama (vacía) de su padre: cabalgar y pedalear sobre el colchón. De

* La expresión dialectal que Ana emplea aquí (*uf- und abgjuckt*) es intraducible; significa: ejecutar un movimiento de subida y bajada. (*N. del T.*)

10. El sueño se había producido ya varios días antes.

este juego procede la pregunta: «¿A que esto es lo que hace papá?» (véase *supra*). La decepción actual es que su padre contestó así a su pregunta: «Dormirás sola en la habitación de al lado». Entonces Ana recuerda el sueño que ya la había consolado en otra ocasión ante una decepción erótica. Al mismo tiempo, el sueño proporciona una aclaración esencial de la teoría: la cosa sucede en la cama y mediante el movimiento rítmico antes descrito. Todavía no es evidente si la observación de que Ana se sienta sobre el vientre de su tío tiene algo que ver con el vómito.

73 Hasta aquí llegan las observaciones. Ana tiene ya algo más de cinco años y conoce, como hemos visto, muchos de los hechos sexuales más esenciales. No se han detectado repercusiones graves de este conocimiento sobre su moral y su carácter. Ya hemos hablado del efecto terapéutico beneficioso. De lo que sabemos se desprende también que la hermana menor de Ana necesitará unas explicaciones adecuadas a ella cuando plantee el problema. Si el problema todavía no está maduro, no sirve de nada hablarle de él.

74 No soy partidario de la educación sexual de los niños en el colegio ni de las explicaciones mecánicas generales. Por tanto, no estoy en condiciones de dar un consejo positivo y universal. Sólo puedo extraer *una* conclusión de todo el material que he presentado: hay que ver cómo son los niños realmente, no cómo nos gustaría que fueran, y al educarlos hay que seguir las líneas de desarrollo de la naturaleza, no prescripciones muertas.

APÉNDICE

75 Tal como he indicado en el prólogo, desde la primera edición de este trabajo mis interpretaciones han cambiado considerablemente. En especial, no presté la suficiente atención a un punto de las observaciones: al hecho de que estas niñas, aunque les hubieran explicado las cosas, mostraban una tendencia clara a preferir una explicación fantástica. Desde que publiqué este trabajo, esta tendencia se ha reforzado en contra de mis expectativas: las niñas han seguido prefiriendo una teoría fantástica. A este respecto cuento con unas observaciones indudables, también de los hijos de otros padres. La hijita de cuatro años de un amigo mío al que no le gusta guardar secretos inútiles en la educación ayudó el año pasado a su madre a adornar el árbol de Navidad. Pero este año la niña le dijo a su madre: «El año pasado lo hicimos *mal*. Este año no estaré presente y tú cerrarás la puerta con llave».

76 Como consecuencia de esta y otras observaciones similares, me pregunto si la explicación fantástica o mitológica que el niño prefiere indudablemente no será por esta razón más adecuada que la explicación científica, que es correcta desde el punto de vista de los hechos, pero amenaza con hacer callar a la fantasía. Tal como muestra este caso, la fantasía hizo frente a la amenaza y dejó a la ciencia de lado.

77 ¿Las explicaciones han hecho daño a las niñas? No se ha observado nada de esto. Las niñas se han desarrollado de una manera sana y normal. Los problemas abordados en aquel momento han pasado a segundo plano, seguramente como consecuencia de los variados intereses exteriores de la asistencia al colegio, etc. La actividad de la fantasía no se ha visto afectada en absoluto y no ha tomado unas vías a las que se pueda calificar de anormales. Las observaciones de naturaleza delicada son expuestas abiertamente, sin secretos.

78 Por consiguiente, he llegado a la conclusión de que el hecho de hablar muy pronto de estos temas con libertad descargó a la fantasía e impidió que se desarrollara una fantasía que los buscara en secreto, la cual habría sido un obstáculo para el desarrollo libre del pensamiento. La circunstancia de que la fantasía dejara de lado la explicación correcta me parece un indicio importante de que el pensamiento que se desarrolla en libertad tiene la necesidad ineludible de emanciparse de la realidad de los hechos y construir un mundo propio.

79 Por tanto, no me parece recomendable ni dar a los niños explicaciones falsas que sembrarían la desconfianza ni obligarles a aceptar la explicación correcta. Pues esta coherencia intransigente oprimiría la libertad del desarrollo del pensamiento e impondría al niño un concretismo del pensamiento que excluiría todo desarrollo ulterior. Junto a lo biológico, también lo espiritual tiene sus derechos inviolables. No puede ser casualidad que los pueblos primitivos hagan, hasta en la edad adulta, unas afirmaciones fantásticas sobre los procesos sexuales, como por ejemplo que el coito no tiene nada que ver con el embarazo. Desde aquí se ha llegado a la conclusión de que estas personas no conocen siquiera esta conexión. Pero unas investigaciones más precisas han mostrado que ellas saben muy bien que en los *animales* el apareamiento tiene como consecuencia el embarazo. Sólo lo niegan para los *seres humanos*; no es que no lo sepan, sino que lo *niegan* porque prefieren una explicación mitológica que se ha liberado del concretismo. Es evidente que en estos hechos tan fáciles de observar en los primitivos se encuentran los inicios de la *abstracción*, que es muy impor-

tante para la cultura. Tenemos razones de sobra para suponer que esto también vale para la psicología infantil. El hecho de que ciertos indios de Sudámerica piensen real y verdaderamente que son unos papagayos rojos y rechacen expresamente una interpretación figurada de esto no tiene nada que ver con una represión sexual «moral», sino con la ley de la emancipación del pensamiento respecto del concretismo de las ideas sensoriales (una ley inherente a la función de pensamiento). Hay que atribuir a la función de pensamiento un principio particular que sólo en el germen infantil polivalente confluye con los inicios de la sexualidad. Basar el pensamiento en un sexualismo unilateral es una empresa que contradice a los hechos fundamentales de la psicología humana.



2

INTRODUCCIÓN AL LIBRO DE FRANCES G. WICKES *ANÁLISIS DEL ALMA INFANTIL**

* Los tres primeros párrafos y medio de este texto se publicaron como introducción a: Frances G. Wickes, *The Inner World of Childhood*, New York, 1927. Para la edición alemana de este libro, *Analyse der Kindesseele*, Stuttgart, 1931), C. G. Jung amplió la introducción en la forma que reproducimos aquí. El libro de Wickes lo volvió a publicar en alemán, con una traducción nueva, en 1969 la editorial Rascher, Zürich. Frances G. Wickes trabajó durante muchos años en América como psicóloga escolar. Vio su material casuístico a una luz nueva gracias a las teorías de C. G. Jung, y al mismo tiempo las confirmó y amplió.



80 Este libro no quiere dar teoría, sino experiencia. Esto le da su valor especial para quien se interese por la psicología real de los niños. No podemos comprender plenamente ni la psicología del niño ni la psicología del adulto si sólo las entendemos como un asunto subjetivo del individuo, pues casi más importante aún es su carácter relacional. En todo caso, con éste empezamos por la parte de la vida espiritual infantil más fácil de alcanzar y más importante en la práctica. El niño está conectado tan estrechamente con la actitud psicológica de sus padres que no es asombroso que la mayor parte de los trastornos nerviosos que se producen durante la infancia se deriven de una atmósfera anímica trastornada de los padres. Este libro muestra mediante una serie de ejemplos interesantes que la influencia de los padres sobre su hijo puede ser funesta. Ningún padre y ninguna madre leerán este capítulo sin ver sus verdades estremecedoras. *Exempla docent*, el ejemplo es el mejor maestro. Esto se confirma aquí una vez más como una verdad vieja y al mismo tiempo implacable. Lo fundamental no son los discursos buenos y sabios, sino la actuación, la vida real de los padres. Tampoco basta con seguir los valores morales reconocidos, pues cumplir las costumbres y las leyes puede ser simplemente la tapadera de una mentira que es demasiado sutil para que nuestros prójimos puedan percibirla. Ciertamente, de este modo tal vez podamos sustraernos a toda crítica e incluso engañarnos creyendo que somos muy honrados. Pero por debajo de la superficie de la conciencia moral habitual una voz muy suave nos dice: «Algo falla»; da igual que la opinión pública o el código moral corroboren que somos correctos. Ciertos casos de este libro demuestran muy claramente

que existe una ley terrible, una ley que se encuentra más allá de las costumbres y los conceptos jurídicos humanos, una ley a la que no podemos engañar.

81 Junto al problema de la influencia del entorno, este libro subraya unos factores psíquicos que tienen más que ver con los valores anímicos irracionales del niño que con su psicología racional. Esta última puede ser objeto de investigaciones científicas, mientras que los valores espirituales, las propiedades del alma, se sustraen a un tratamiento puramente intelectual. No sirve de nada tener ideas escépticas sobre esto (a la naturaleza no le importan nuestras ideas); sólo podemos encontrarnos con el alma humana en su propio terreno, y esto tenemos que hacerlo cuando nos confrontamos con los problemas reales y avasalladores de la vida.

82 Me alegro de que la autora no haya tenido reparos en abrir la puerta a la crítica intelectual. La experiencia real no ha de tener miedo a las objeciones justificadas o injustificadas, pues siempre tiene la posición más fuerte.

83 Este libro no se las da de científico, pero es científico en un sentido superior, pues presenta una imagen verdadera de las dificultades reales de la educación. Merece ser tomado en serio por todas las personas que tengan que ver con los niños por vocación o por deber. Pero también interesará a quienes quieran saber más sobre los comienzos de la consciencia humana ni por deber ni por inclinación educativa, sino por afán de conocer. Aunque para el médico y el educador psicológico muchas de las ideas y experiencias que este libro expone no son nada nuevo, el lector curioso conocerá varios casos que son infrecuentes y dan que pensar al entendimiento crítico; casos y hechos que la autora no ha estudiado con todas las consecuencias teóricas, ya que su actitud es esencialmente práctica. Por ejemplo, ¿qué dirá el lector capaz de pensar sobre el hecho oscuro, pero innegable, de la identidad del estado anímico del niño con lo inconsciente de sus padres? Aquí se intuye un campo lleno de posibilidades inmensas, un monstruo de problemas con muchas cabezas que concierne al biólogo y al psicólogo igual que al filósofo. Para quien conoce la psicología de los primitivos, la relación de la «identidad» con el concepto de *participation mystique* de Lévy-Bruhl es evidente. Extrañamente no pocos etnólogos siguen oponiéndose a esta idea genial, y el desdichado término «mística» tiene buena parte de la culpa de esto. Esta palabra es un refugio para todos los espíritus impuros, aunque originalmente no tenía esta intención, sino que ha sido degradada a esto por un uso impuro y generalizado. La identidad no tiene nada «místico», igual que el metabolismo común a la madre

y al embrión no es místico. La identidad se deriva esencialmente de la notoria inconsciencia del niño pequeño. Aquí está la conexión con el primitivo, que es tan inconsciente como un niño. La inconsciencia causa la ausencia de diferenciación. Todavía no existe un yo claramente diferenciado, sino sólo acontecimientos que pueden pertenecerme a mí o a otro. Basta que alguien esté afectado por ellos. La extraordinaria contagiosidad de las reacciones emocionales se encarga de que involuntariamente todas las personas que están cerca se vean afectadas. Cuanto más débil es la consciencia de yo, menos se repara en quién está afectado y menos capaz es el individuo de protegerse de verse afectado. Esto último sólo lo podría conseguir quien dijera: «Estás nervioso o furioso, pero yo no, pues yo no soy tú». Esto es también la situación del niño en la familia, el cual está afectado en la misma medida y del mismo modo que todo el grupo.

84 Lo esencial aquí para todo amante del conocimiento teórico es que por lo general las influencias más fuertes sobre los niños no proceden del estado de consciencia de sus padres, sino de su trasfondo inconsciente. Para el ser humano ético que es padre o madre, esto representa un problema terrible. Pues lo que tenemos más o menos en nuestra mano (la consciencia y sus contenidos) es ineficaz, por más que nos esforcemos, en comparación con estos efectos incontrolables de trasfondo. Nos asalta una sensación de inseguridad moral extrema cuando tomamos en serio este hecho de las influencias inconscientes. ¿Cómo vamos a proteger a los niños de nosotros mismos si la voluntad consciente y el esfuerzo consciente fallan? Indudablemente es muy provechoso para los padres estudiar los síntomas de su hijo a la luz de sus propios problemas y conflictos. Hacer esto es un deber de los padres. Su responsabilidad a este respecto llega tan lejos como su poder para configurar su propia vida de tal modo que no cause ningún daño a sus hijos. En general se subraya demasiado poco que el modo de vida de los padres es muy importante para su hijo, pues sobre los niños influyen los hechos, no las palabras. Por tanto, los padres deberían ser siempre conscientes de que, dado el caso, han sido la fuente primera y principal de la neurosis de sus hijos.

85 Pero no debemos exagerar el significado de este hecho de las influencias inconscientes, aunque resulta peligrosamente satisfactorio para la necesidad causal de nuestro espíritu. No debemos exagerar el significado de las causas. Sin duda hay causas, pero el alma no es un mecanismo que reaccione con necesidad y siguiendo una ley a un estímulo específico. También aquí, como en otros lugares de la psicología práctica, hacemos una y otra vez la experiencia

de que en una familia con varios hijos sólo uno u otro reacciona a lo inconsciente de los padres con una identidad acentuada, pero los demás no. La disposición específica del individuo desempeña también aquí la función casi decisiva. Por esta razón, el psicólogo de tendencia biológica alude al hecho de la herencia orgánica y recurre como factor explicativo mucho más a la masa hereditaria del árbol genealógico que a la causalidad psíquica momentánea. Este punto de vista, aunque resulte satisfactorio en general, es irrelevante en el caso individual, ya que en la práctica no ofrece ningún punto de apoyo para el tratamiento psicológico del caso. Es verdad que hay causalidad psíquica entre los padres y los hijos aun al margen de las leyes de la herencia; sí, el punto de vista de la herencia, pese a su innegable justificación, hace (con consecuencias muy dañinas) que el interés educativo o terapéutico pase por alto el hecho práctico de la influencia de los padres y desemboque en una consideración general más o menos fatalista de la masa hereditaria, de cuya sucesión no hay escapatoria.

86 Por una parte, para los padres y los educadores sería una omisión grave pasar por alto la causalidad psíquica, y por otra parte sería un error funesto echar toda la culpa a este hecho. En todo caso, ambos factores desempeñan una función, sin que uno excluya al otro.

87 Lo que por lo general influye sobre el niño con la mayor fuerza psíquica es esa vida que sus padres (y sus antepasados, pues se trata del fenómeno psicológico básico del pecado hereditario)* no han vivido. Esta constatación sería demasiado sumaria y superficial si no añadiéramos una limitación: esa vida que posiblemente los padres habrían podido vivir si ciertos pretextos más o menos gastados no se lo hubieran impedido. Se trata de una vida que, para decirlo claramente, los padres han evitado, tal vez con una mentira piadosa. Esto inocula los gérmenes más virulentos.

88 Así pues, la exhortación de nuestra autora a conocernos claramente a nosotros mismos es muy oportuna. La naturaleza del caso individual tiene que decidir cuánta culpa debemos atribuir realmente a los padres. No olvidemos nunca que se trata del «pecado hereditario», de un pecado contra la vida, no de una infracción de la moral humana, por lo que tenemos que entender a los padres como los hijos de los abuelos. La maldición de los Atridas no es un tópico vacío.

* «Pecado hereditario» es la traducción literal de *Erbsünde*, que es el concepto teológico «pecado original». (*N. del T.*)

89 Tampoco hay que incurrir en el error de que el tipo o la intensidad de la reacción infantil depende *eo ipso* de la peculiaridad de la problemática de los padres. A menudo, esta última actúa más bien como un catalizador que produce unos efectos que se explican mejor a partir de la masa hereditaria que a partir de la causalidad psíquica.

90 Entenderíamos mal el significado causal de la problemática de los padres para el alma del niño si lo viéramos de un modo demasiado personal como una cuestión moral. Se trata más bien de un *ethos* con forma de destino que se encuentra más allá del juicio humano consciente. Las tendencias proletarias de los descendientes de familias antiguas y nobles, los arrebatos criminales de los hijos de personas excelentes, la holgazanería paralizadora o apasionada de los descendientes de personas enérgicas y exitosas, no tienen que ver sólo con la elección consciente de la vida no vivida, sino que son compensaciones con forma de destino, la función de un *ethos* natural que rebaja lo demasiado alto y eleva lo demasiado bajo. Contra esto no sirven ni la educación ni la psicoterapia. Ambas, aun aplicadas de la manera más inteligente, sólo pueden contribuir a que la tarea vital planteada por el *ethos* natural sea realizada correctamente. La culpa impersonal de los padres la tiene que redimir el hijo de una manera igualmente impersonal.

91 La influencia de los padres se convierte en un problema moral cuando se trata de condiciones que los padres podrían cambiar, pero que no tocan por indolencia ruda, temor neurótico o convencionalidad sin alma. Aquí, los padres cargan con una responsabilidad grave. Y contra la naturaleza no vale la excusa de que yo no lo sabía.

92 No saber actúa igual que la culpa.

93 Otro problema que este libro de Wickes le propone al lector capaz de pensar es la cuestión que expongo a continuación. La psicología del estado de identidad que precede a la consciencia de yo muestra qué es el niño en virtud de sus padres. Pero qué es el niño en tanto que individualidad diferenciable de sus padres no se puede explicar a partir de la relación causal con ellos. Casi se podría afirmar que los verdaderos progenitores de los niños no son sus padres, sino sus árboles genealógicos, sus antepasados, y que éstos explican la individualidad de los niños mejor que los padres inmediatos (casuales). De este modo, la verdadera individualidad anímica del niño es algo nuevo en relación con sus padres, y no se puede derivar de la psique de éstos. Es una combinación de factores colectivos que en la psique de los padres sólo están presentes potencialmente y que a menudo son invisibles. No sólo el cuerpo

del niño, también su alma procede de la serie de antepasados, y es distinguible individualmente del alma colectiva de la humanidad.

94 El alma del niño antes del nivel de la consciencia de yo dista mucho de estar vacía, de carecer de contenido. En cuanto el lenguaje aparece, ya está presente la consciencia, que con sus contenidos actuales y sus recuerdos pone freno a los contenidos colectivos anteriores. Que estos contenidos están presentes en el niño que todavía no tiene consciencia de yo es un hecho demostrado. Lo más significativo a este respecto son algunos sueños de niños de tres o cuatro años que están tan repletos de mitología y de significado que los consideraríamos sueños de adultos si no supiéramos quién era el soñante. Tenemos aquí los últimos restos de un alma colectiva que desaparece y que repite soñando los contenidos eternos fundamentales del alma humana. De esta fase proceden algunos miedos infantiles, algunos presentimientos oscuros (y nada infantiles) que, redescubiertos en niveles posteriores de la vida, forman la base de la fe en la reencarnación. Desde esta esfera llegan también los conocimientos y las claridades que dan lugar al refrán: «Los niños y los locos dicen la verdad».

95 Debido a su difusión universal, el alma colectiva que todavía está cerca del niño pequeño percibe no sólo las condiciones de trasfondo de los padres, sino más aún los abismos de bondad y maldad del alma humana. El alma inconsciente del niño tiene un alcance enorme y una antigüedad igualmente enorme. Con todo el respeto a los padres y a las madres, tras el anhelo de volver a ser un niño o tras las pesadillas del niño hay algo más que el placer de la cuna o la educación errónea.

96 Muchos pueblos primitivos creen que el alma del niño es el espíritu encarnado de un antepasado, por lo que es peligroso castigar a los niños y ofender así al espíritu de un antepasado. Esta creencia no es más que una formulación plástica de las ideas que acabo de exponer.

97 La infinitud del alma infantil preconsciente desaparece o se conserva con ella. Por tanto, los restos del alma infantil en el adulto son lo mejor y lo peor en él, y en todo caso forman el *spiritus rector* secreto de nuestras acciones y nuestros destinos más significativos, ya seamos conscientes o no de esto. Ellos son los que confieren a las figuras humanas insignificantes que aparecen en el tablero de ajedrez de nuestra vida la dignidad de rey o de peón, ellos son los que convierten a un pobre diablo de padre irrelevante en un tirano o a una tonta de madre involuntaria en una diosa. Pues tras cada padre único se encuentra la imagen eterna del padre, y tras el fenómeno fugaz de la madre personal se encuentra la figura mágica

de la madre en tanto que tal. Estos arquetipos del alma colectiva, cuyo poder está glorificado en obras inmortales del arte y en fórmulas fervorosas de fe de las religiones, son también las potencias que dominan el alma preconsciente del niño y que mediante su proyección confieren a los padres humanos una fascinación que a menudo roza lo monstruoso. De aquí procede también esa etiología falsa de las neurosis que en Freud se petrifica como un sistema: el complejo de Edipo. Por eso, en la vida posterior del neurótico las imágenes de sus padres se podrán criticar, corregir y reducir a una medida humana, pero seguirán operando como potencias divinas. Si el padre humano tuviera realmente este poder inquietante, los hijos deberían matar a los padres o, mejor aún, renunciar a ser padres. Pues ¿qué ser humano ético podría cargar con esta responsabilidad colosal? Sería mejor dejar este poder enorme a lo divino, donde siempre estuvo hasta que comenzó la Ilustración.

3

EL SIGNIFICADO DE LA PSICOLOGÍA ANALÍTICA PARA LA EDUCACIÓN*

* Conferencia dictada durante el Congreso Internacional de Educación celebrado en 1923 en Territet-Montreux. Publicada en *Contributions to Analytical Psychology*, London/New York, 1928. La versión alemana original se publicó por primera vez en el volumen *Der Einzelne in der Gesellschaft*, Olten, 1971.



98 Comparezco con muchas dudas ante ustedes para exponer en una breve conferencia las conexiones entre los acontecimientos de la Psicología Analítica y las cuestiones de la educación. Por una parte, se trata de un campo grande y amplio de la experiencia humana que no se puede abrazar con unas pocas frases rimbombantes; por otra parte, la Psicología Analítica es tanto un método como un pensamiento que no podemos presuponer conocidos, por lo que no es fácil exponerlos como si fueran aplicables a las cuestiones de la educación. Una introducción histórica en el desarrollo de esta ciencia psicológica (la más reciente) sería casi imprescindible, pues gracias a ella podríamos comprender algunas cosas que hoy nos resultan difíciles de entender cuando nos encontramos directamente frente a ellas.

99 Surgido a partir de las experiencias del hipnotismo, el psicoanálisis de Freud era un método específicamente médico para investigar las causas anímicas de los trastornos nerviosos funcionales (no orgánicos), y en especial las causas sexuales de los mismos; también era un método de tratamiento, pues se presuponía que hacer conscientes las causas sexuales tiene un importante efecto curativo. Toda la escuela de Freud sigue entendiendo hoy el psicoanálisis de este modo y no quiere oír hablar de otras causas de los trastornos nerviosos que las sexuales. Yo también me basé al principio en este método y en esta teoría, y a lo largo de los años he desarrollado el concepto de la Psicología Analítica, el cual expresa el hecho de que la investigación psicológica ha abandonado el marco angosto de una técnica de tratamiento médico y su limitación a ciertos presupuestos teóricos y ha pasado al campo general de la psicología

normal. Así pues, al hablarles de la conexión de la Psicología Analítica con la educación dejo de lado el análisis freudiano. Como éste no es nada más que una psicología de las ramificaciones del impulso sexual, mencionarlo sólo estaría justificado si nos hubiéramos propuesto hablar exclusivamente de la psicología sexual del niño. Pero es importante para mí dejar claro que no apruebo esas ideas de acuerdo con las cuales la relación del niño con sus padres, con su maestro, con sus hermanos y con sus condiscípulos hay que explicarla a partir de los inicios inmaduros de la función sexual. Estas ideas, que ustedes sin duda conocen, son en mi opinión unas generalizaciones precipitadas y unilaterales que han dado pie a los malentendidos más absurdos. Cuando en un niño se presentan esos fenómenos patológicos que justifican una explicación en términos de psicología sexual, la responsabilidad no es de la psicología de ese niño, sino de la psicología trastornada sexualmente de sus padres, pues el niño tiene una psique influenciable y dependiente que todavía se mueve en la atmósfera de la psique de sus padres, de la que se liberará relativamente tarde.

100 Voy a intentar exponerles brevemente los puntos de vista fundamentales de la Psicología Analítica que hay que tomar en consideración para juzgar la psique del niño, y en especial del niño en edad escolar. Por favor, no esperen de mí una serie de consejos aplicables inmediatamente en la práctica. Lo que puedo proporcionarles es sólo un conocimiento más profundo de las leyes generales a las que el desarrollo psíquico del niño está sometido. Por tanto, tengo que conformarme con la esperanza de que ustedes obtengan una impresión del misterioso decurso de la facultad humana suprema. La alta responsabilidad con la que ustedes cargan como educadores de la generación futura les librará de llegar a conclusiones precipitadas. Hace falta haber cultivado durante mucho tiempo ciertos puntos de vista para llegar a ver dónde puede ser útil aplicarlos en la práctica. Un maestro de escuela nunca debería descargar su conocimiento psicológico directamente sobre el niño, como por desgracia sucede, sino que este conocimiento ha de servirle sobre todo para adoptar una actitud inteligente hacia la vida anímica del niño, pues se trata de un conocimiento para adultos, no para niños, los cuales de momento sólo necesitan cosas elementales.

101 Una de las conquistas más importantes de la Psicología Analítica es, sin duda, el conocimiento de la estructura biológica del alma. No es fácil exponer con pocas palabras lo que nos ha costado muchos años descubrir. Por tanto, tengo que empezar desde lejos, para a continuación volver al alma infantil.

102 Como ustedes saben, antes la psicología (representada en primera línea por la escuela de Wundt) se ocupaba exclusivamente de la psicología de la consciencia normal, como si el alma estuviera formada sólo por fenómenos de consciencia. La psicología médica, en especial la francesa, no tardó en familiarizarse con los fenómenos anímicos inconscientes. Hoy suponemos que la consciencia está formada simplemente por esos complejos de representaciones que están asociados inmediatamente con el yo. Con el yo están conectados los contenidos psíquicos que poseen cierta intensidad. Todos los contenidos que no alcanzan la intensidad necesaria o ya la han perdido son subliminales y pertenecen a la esfera de lo inconsciente. Lo inconsciente se puede comparar debido a su extensión indeterminable con el mar, mientras que la consciencia sería una isla que sobresale sobre el mar. No debemos continuar esta comparación, pues la relación de la consciencia con lo inconsciente es esencialmente diferente de la relación de la isla con el mar. No es una relación estable, sino un intercambio incesante y un desplazamiento constante de los contenidos; pues al igual que la consciencia, lo inconsciente no es algo en reposo y detenido, sino algo vivo que mantiene una interrelación continua con la consciencia. Los contenidos de la consciencia que han perdido su intensidad o actualidad se sumergen en lo inconsciente. A este proceso lo llamamos «olvidar». Desde lo inconsciente emergen nuevas representaciones y tendencias que pasan a la consciencia; en este caso hablamos de «ocurrencias» e «impulsos». Lo inconsciente es en cierto sentido el suelo en que crece la consciencia. Pues la consciencia se desarrolla a partir de unos inicios y no se presenta en el mundo como algo ya terminado.

103 Este desarrollo de la consciencia tiene lugar en el niño. Durante los primeros años de la vida no hay consciencia que constatar, aunque desde muy pronto es clara la existencia de procesos psíquicos. Pero estos procesos no se refieren a un yo, no tienen ni centro ni continuidad, y sin ésta la consciencia es imposible. De ahí que el niño tampoco tenga lo que nosotros llamamos «memoria», pese a la plasticidad e impresionabilidad de su órgano psíquico. Una vez que el niño empieza a decir «yo», se produce una continuidad perceptible (pero de momento interrumpida muchas veces) de la consciencia. Entre medias se intercalan muchos períodos de inconsciencia. En los primeros años de la vida de un niño se ve muy bien cómo la consciencia surge mediante la conjunción paulatina de fragmentos. Este proceso no se detiene en toda la vida. Pero desde la post-pubertad se ralentiza cada vez más, de modo que cada vez menos partes nuevas de la esfera inconsciente se suman a la

consciencia. En el período que va del nacimiento al final de la época psíquica de pubertad, que en el hombre de nuestro clima y de nuestra raza se puede extender normalmente hasta los veinticinco años, mientras que en la mujer acaba antes, con diecinueve o veinte años, en este período tiene lugar el desarrollo más amplio de la consciencia. Este desarrollo establece unas conexiones firmes entre el yo y unos procesos psíquicos que hasta entonces habían sido inconscientes, a los que separa de lo inconsciente. De este modo la consciencia emerge de lo inconsciente, igual que una isla nueva del mar. Apoyamos este proceso mediante la educación de los niños. La escuela no es más que un medio para apoyar adecuadamente el proceso de formación de la consciencia. Y la cultura es la máxima consciencia posible.

104 Si nos preguntamos qué sucedería si no existiera la escuela y los niños estuvieran abandonados a sí mismos, tendremos que contestar que los niños serían inconscientes en buena medida. ¿Y cómo sería ese estado? Sería un estado primitivo, es decir: cuando esos niños llegaran a ser adultos, serían pese a su inteligencia natural unos primitivos, unos «salvajes», los miembros de una tribu inteligente de negros o indios. No serían estúpidos, sino inteligentes instintivamente, serían ignorantes, por lo que no tendrían consciencia ni de sí mismos ni del mundo. Empezarían su vida en un nivel cultural muy bajo y se diferenciarían poco de las razas primitivas. Este descenso a un nivel inferior se puede observar a gran escala en los emigrantes españoles y portugueses en Sudamérica y en los bóeres holandeses en Sudáfrica. Esta posibilidad de retroceder al nivel primitivo se basa en el hecho de que la ley biogenética fundamental rige no sólo el desarrollo del cuerpo, sino también el desarrollo del alma.

105 Como se sabe, de acuerdo con esta ley el desarrollo de la especie se repite en el desarrollo embrionario del individuo. Así, el ser humano recorre en cierto grado durante su existencia embrionaria las formas anatómicas del pasado más remoto. La misma ley rige el desarrollo espiritual del ser humano. Por tanto, el niño se desarrolla desde un estado inconsciente y semejante al animal hacia la consciencia: primero hacia una consciencia primitiva, poco a poco hacia una consciencia civilizada.

106 El estado inconsciente de sí mismo de los dos o tres primeros años de vida se puede comparar con el estado psíquico del animal. Es un estado de fusión completa con las condiciones ambientales. Así como en el estado embrionario el niño casi no es nada más que una parte del cuerpo materno y depende por completo del estado de éste, la psique del niño pequeño es en cierto modo sólo una par-

te de la psique materna, y pronto también una parte de la psique paterna, debido a la atmósfera común. El primer estado psíquico es una fusión con la psicología de los padres. Una psicología propia apenas está presente rudimentariamente. De ahí que los trastornos nerviosos y psíquicos de los niños hasta bien entrada la edad escolar se deban exclusivamente a trastornos de la esfera psíquica de sus padres. Las dificultades en la relación entre los padres se reflejan sin falta en la psique del niño, donde pueden provocar unos trastornos patológicos. Además, el contenido de los sueños de los niños pequeños se refiere a menudo más a los padres que al propio niño. [Hace mucho tiempo observé unos sueños muy interesantes de la primera infancia, por ejemplo los primeros sueños que los pacientes podían recordar. Eran «sueños grandes», y su contenido no solía ser infantil, por lo que al principio yo estaba convencido de que se podrían explicar mediante la psicología de los padres. Un caso era el de un niño que soñaba todo el problema erótico y religioso de su padre. Éste no recordaba sus propios sueños, por lo que durante algún tiempo lo analicé mediante los sueños de su hijo de ocho años. Finalmente, el padre empezó a soñar, y los sueños de su hijo cesaron. Más adelante comprendí que los sueños extraños de los niños pequeños son auténticos, ya que contienen arquetipos que son la causa de su carácter aparentemente adulto.]*.

107 Se produce cierto cambio cuando el niño empieza a desarrollar su consciencia de yo, lo cual se documenta exteriormente en el hecho de que el niño empieza a decir «yo». Este cambio aparece normalmente entre el tercero y el quinto año de vida, pero también puede suceder antes. Desde este momento podemos hablar de la existencia de una *psique individual*. Pero normalmente la psique individual alcanzará una autonomía relativa después de la pubertad; hasta ese momento es en buena medida una pelota con la que juegan los impulsos y las condiciones ambientales. Por tanto, del niño hasta la pubertad se podría decir que propiamente todavía no existe psíquicamente. El niño que con seis años entra en el colegio todavía no es más que un producto de sus padres, si bien está dotado de una consciencia germinal de yo, pero todavía no es capaz de afirmar su individualidad en alguna medida. A menudo nos sentimos tentados a pensar que los niños especialmente peculiares o

* El texto que figura entre corchetes procede de la versión inglesa, que es un poco más amplia. Los intentos de que C. G. Jung publicara más textos sobre su colección de sueños infantiles no tuvieron éxito debido a la falta de tiempo. En cambio, entre 1935 y 1940 Jung impartió en la universidad de Zúrich cuatro seminarios sobre sueños infantiles, cuyo resumen se ha publicado en 1987: *Seminare. Kinderträume*, ed. de Lorenz Jung y Maria Meyer-Grass, Walter, Düsseldorf/Zürich, 1987. (*N. de las E.*)

testarudos, desobedientes o difíciles de educar, son muy individuales y poseen una voluntad propia. Pero esto es una ilusión. En estos casos habría que estudiar el entorno familiar y sus condiciones psicológicas, y casi siempre se descubriría en los padres las únicas causas válidas de las dificultades del niño. Las peculiaridades molestas de un niño son mucho menos la expresión de su propio ser que el reflejo de influencias perturbadoras por parte de sus padres. Cuando un médico se encuentra ante el trastorno nervioso de un niño de esta edad, lo correcto será que trate primero a los padres [y preste una atención seria a su estado psíquico: a sus problemas, a la manera en que viven o no viven, a las aspiraciones que han realizado o desatendido, así como a la atmósfera familiar y al método educativo. Todas estas condiciones psíquicas ejercen una influencia muy profunda sobre el niño. Durante sus primeros años de vida, el niño vive en un estado de *participation mystique* con sus padres. Una y otra vez se puede constatar que el niño reacciona de manera inmediata a los desarrollos importantes en la psique de sus padres. Es innecesario decir que tanto los padres como los hijos son inconscientes de lo que está sucediendo. Que los complejos de los padres son muy contagiosos se ve en la influencia de sus peculiaridades sobre sus hijos. Aunque los padres se esfuercen con éxito por dominarse, de modo que ningún adulto podría descubrir la huella de un complejo, sus hijos lo detectarán de algún modo. Recuerdo el caso interesantísimo de tres chicas que tenían una madre muy abnegada. Cuando llegaron a la pubertad, se confesaron avergonzadas unas a otras que durante años habían padecido unos sueños horribles sobre ella. Soñaban que su madre era una bruja o un animal peligroso, y no podían entenderlo, ya que su madre era muy cariñosa y desprendida con ellas. Años después su madre padeció una enfermedad mental, y en su locura se arrastraba a cuatro patas como una especie de animal salvaje e imitaba los gruñidos de los cerdos y los ladridos de los perros*.] Los ejemplos que les presento a continuación muestran una aproximación extraordinaria del hábito psicológico de los miembros de una familia que casi llega a ser identidad.

107a Esto es una expresión de la identidad primitiva, de la cual la consciencia individual se libera poco a poco. La escuela desempeña una función muy importante en esta lucha de liberación, pues es el primer entorno que el niño encuentra fuera de la familia. Los

* El manuscrito y la traducción inglesa contienen la indicación de que el autor improvisó en este lugar de la conferencia una exposición del experimento de asociación (véase OC 2). Sobre el texto entre corchetes, véase la nota anterior. (*N. de las E.*)

condiscípulos sustituyen a sus hermanos, el maestro a su padre, la maestra a su madre. No es inesencial que el maestro sea consciente de esta función. El maestro no sólo tiene que hacer aprender unas materias a los niños, sino que además tiene que influir sobre ellos mediante su personalidad. Esta última función es tan importante como la actividad docente, o incluso más importante todavía, al menos en ciertos casos. Aunque para un niño sea una desgracia no tener padres, es peligroso que esté demasiado unido a su familia. Un vínculo fuerte con los padres es un obstáculo para la adaptación posterior al mundo. La persona en crecimiento está destinada para el mundo, no ha de ser siempre un hijo de sus padres. Por desgracia, muchos padres tratan a sus hijos siempre como unos niños porque éstos no crecen y aquéllos no quieren renunciar a su autoridad y su poder. De este modo los padres ejercen sobre sus hijos una influencia funesta, pues les quitan toda oportunidad de adquirir responsabilidad individual. Este método perjudicial genera unas personas que o son dependientes o sólo pueden alcanzar la independencia por caminos retorcidos. En cambio, otros padres son incapaces, debido a su debilidad, de contraponer al niño esa autoridad que el niño necesita para poder adaptarse posteriormente en el mundo de una manera correcta. De ahí que el maestro tenga, como personalidad, la delicada tarea de no ejercer una autoridad oprimente y de representar esa cantidad de autoridad que la personalidad adulta y con conocimiento ha de tener frente al niño. Esta actitud no se puede establecer artificialmente, ni aun con la mejor intención, sino que sólo puede surgir naturalmente cuando el maestro, como persona y ciudadano, cumple con su deber. El maestro tiene que ser una persona recta y sana; éste es el mejor método de enseñanza: el buen ejemplo. El método más perfecto no sirve de nada si la persona que lo aplica no se encuentra por encima de él gracias al valor de su personalidad. La situación sería diferente si la escuela sólo tuviera la función de hacer aprender metódicamente a los niños unas materias. Pero esto es como mucho la mitad del significado de la escuela. La otra mitad es la educación psicológica real, que es obra de la personalidad del maestro. La tarea de esta educación es trasladar al niño al mundo y completar así la educación de sus padres. Esta última, por esmerada que sea, no puede evitar ser unilateral, pues el entorno es siempre el mismo. Por el contrario, la escuela es el primer trozo del mundo real y exterior que se presenta al niño y le ayuda a despegarse hasta cierto punto del entorno familiar. El niño le ofrece naturalmente al maestro un tipo de adaptación que ha aprendido de su padre; proyecta su imagen de su padre al maestro, como se dice técnicamente, con la

tendencia a asimilar la personalidad del maestro a la imagen del padre. Por tanto, es necesario que el maestro se relacione con el niño como una persona o al menos le dé la oportunidad de encontrar un acceso personal a él. Si la relación personal del niño con el maestro es buena, no importa mucho que el método de enseñanza del maestro responda o no a las exigencias más modernas. Pues el éxito de un maestro no depende de su método. Y la meta exclusiva de la escuela no es llenar las cabezas de conocimientos, sino formar a los niños como personas reales. Lo fundamental no es que los niños salgan de la escuela cargados con mucho saber, sino que la escuela consiga sacar al joven de la identidad inconsciente con la familia y hacerlo consciente de sí mismo. Sin esta consciencia de sí mismo, el joven nunca sabrá qué quiere realmente, sino que siempre dependerá de otros y simplemente los imitará, con la sensación de ser ignorado y oprimido.

108 Con lo que les he dicho hasta ahora he intentado proporcionarles una visión general de la psique infantil desde el punto de vista de la Psicología Analítica. Pero me he quedado en la superficie de los fenómenos psíquicos. Podemos profundizar mucho más si nos servimos de ciertos métodos de investigación de la Psicología Analítica. La aplicación práctica de estos métodos no corresponde en general al maestro, y hay que desaconsejar un uso diletante o incluso juguetón de los mismos, aunque sería deseable que el educador los conociera, pero no para educar a los niños, sino para educarse a sí mismo. Su propia educación beneficiará indirectamente a los niños.

109 A ustedes tal vez les sorprenderá que yo hable de la educación de los educadores. Tengo que decirles que pienso que alguien que ha ido al colegio y a la universidad todavía no está educado. Deberíamos tener cursos de formación continua no sólo para jóvenes, sino también para adultos. Educamos a las personas sólo para que puedan ganarse la vida y casarse. Entonces se acaba la educación, como si las personas ya estuvieran terminadas. La solución de las demás cuestiones complejísimas de la vida queda a cargo del individuo, con su opinión y su ignorancia. Innumerables matrimonios fracasados y desdichados, innumerables decepciones laborales, se deben únicamente a las carencias educativas de los adultos, que a menudo viven en una ignorancia profundísima sobre las cosas más importantes. Hay quien cree incluso que las travesuras infantiles son propiedades inmutables del carácter porque se dan también en los adultos, que ya están educados y ya no son educables. Esto es un gran engaño. También el adulto es educable: puede ser incluso un objeto agradecido del arte individual de educar. Pero el adulto

ya no es educable con los mismos métodos que el niño, pues ha perdido la extraordinaria plasticidad de la psique infantil, tiene una voluntad propia, convicciones propias, una consciencia de sí mismo más o menos determinada, y por tanto el adulto es mucho menos influenciable esquemáticamente. También hay que tener en cuenta que el niño recorre en su desarrollo espiritual la serie de sus antepasados y sólo es educado hasta que alcanza aproximadamente el nivel moderno de cultura o de consciencia. El adulto se encuentra ya en este nivel y se ve como el portador de la cultura actual. Por tanto, no está dispuesto a reconocer (como un niño) a un educador por encima de sí. Y es importante que el adulto no lo haga, pues de lo contrario retrocedería a un estado infantil de dependencia.

110 El método educativo válido para un adulto no puede ser directo, sino indirecto, es decir, hay que proporcionarle los conocimientos psicológicos que le permitan educarse a sí mismo. Esto no podemos esperarlo de un niño, pero sí de un adulto, en especial si es un educador. Un educador no debe ser sólo un portador pasivo de la cultura, sino que ha de desarrollar activamente la cultura mediante la auto-educación. Su cultura no puede detenerse, pues de lo contrario el educador empezará a corregir en los niños los errores que no corrige en sí mismo. Naturalmente, esto es lo contrario de la educación.

111 Si a continuación les hablo de los métodos de investigación de la Psicología Analítica, lo hago para mostrarles personalmente las posibilidades de la auto-educación. Pero, como tengo que subrayar una vez más, sería absurdo aplicar estos métodos directamente al niño. La auto-educación tiene una base imprescindible: el auto-conocimiento. El auto-conocimiento lo obtenemos mediante el estudio crítico de nuestras acciones y mediante el enjuiciamiento de nuestras acciones por otros. El juicio propio suele estar sometido a prejuicios propios, y el juicio ajeno puede ser erróneo, o simplemente no lo aceptamos. En todo caso, el auto-conocimiento que fluye de estas dos fuentes es defectuoso y turbio, como todos los juicios humanos, que rara vez están libres de la falsificación del deseo y el temor. ¿Hay en algún lugar un criterio objetivo que nos diga cómo somos?, ¿tenemos un equivalente del termómetro, que le muestra al enfermo el hecho innegable de que tiene exactamente 39'5 grados de fiebre? En la esfera corporal no dudamos de la existencia de criterios objetivos. Aunque, por ejemplo, estemos convencidos de que nosotros, como cualquier otra persona, podemos comer fresas sin sufrir daños, nuestro cuerpo tal vez reaccionará con una molesta erupción cutánea, un hecho que nos indica im-

placablemente que, al contrario de lo que creíamos, no soportamos las fresas.

112 Pero en lo psíquico todo nos parece que es arbitrario y que está sometido a nuestro capricho. Este prejuicio general se debe a que confundimos demasiado lo psíquico con la consciencia. Pero hay innumerables procesos psíquicos importantes que son inconscientes o sólo indirectamente conscientes. De lo inconsciente no podemos saber nada directamente, pero indirectamente recibimos unos influjos que llegan a nuestra consciencia. Si en la consciencia todo nos parece arbitrario, no podremos descubrir un criterio objetivo del conocimiento de nosotros mismos. Y sin embargo hay un criterio objetivo que con independencia del deseo y el temor nos presenta infaliblemente como un producto de la naturaleza la verdad sobre nosotros mismos. Esta constatación objetiva la encontramos en un producto de la actividad psíquica que es el último al que atribuiríamos ese significado: el *sueño*.

113 ¿Qué es el sueño? El sueño es un producto de la actividad anímica inconsciente mientras dormimos. En este estado, el alma está sustraída en gran medida a nuestra arbitrariedad consciente. Con el pequeño resto de consciencia que nos queda en el sueño sólo podemos percibir lo que sucede; pero ya no somos capaces de dirigir a nuestro gusto el curso de los acontecimientos psíquicos, y por tanto estamos privados de la posibilidad de engañarnos. El sueño es un proceso automático que reposa en la actividad independiente de lo inconsciente y que está tan sustraído a nuestra arbitrariedad como, por ejemplo, el proceso fisiológico de la digestión. Por tanto, se trata de un proceso psíquico absolutamente objetivo, desde cuya naturaleza podemos extraer conclusiones objetivas sobre el estado psíquico real.

114 Admitido todo esto, ustedes me preguntarán cómo es posible extraer del caos confuso y casual de los sueños una conclusión fiable. Tengo que responderles que el sueño es confuso y casual sólo en apariencia. Mirando mejor, descubrimos una llamativa coherencia interior en los contenidos de los sueños, no sólo entre sí, sino también con los contenidos de la consciencia despierta. A este descubrimiento se llegó mediante un procedimiento relativamente sencillo: se divide el texto del sueño en sus frases o imágenes y se recopilan cuidadosamente todas las ocurrencias libres sobre cada una de las partes del sueño. Mediante este trabajo no tardamos en percibir una conexión muy íntima entre los contenidos de los sueños y las cosas de las que nos ocupamos interiormente mientras estamos despiertos, pero no vemos claramente cómo debemos entender esta conexión. Recopilando estas ocurrencias hemos hecho

la parte preparatoria del análisis del sueño, que es muy importante: hemos obtenido el *contexto* del sueño, que saca a la luz todas las variadas relaciones del sueño con los contenidos de la consciencia y nos muestra cómo el sueño está enredado con todas las tendencias de la personalidad.

115 Una vez que hemos iluminado todos los aspectos del sueño, podemos pasar a la segunda parte de nuestra tarea: *interpretar* el material. Como sucede siempre en la ciencia, tenemos que proceder con el menor número de prejuicios posible. Por decirlo así, tenemos que hacer hablar al material. En muchos casos basta echar un vistazo al contenido del sueño y al material recopilado para imaginarse el significado del sueño. En estos casos no hace falta pensar mucho para apoderarse del sentido del sueño. En otros casos hace falta un trabajo laborioso de interpretación para el que tenemos que pedir ayuda a la experiencia científica. Por desgracia, en este lugar no puedo abordar la cuestión extraordinariamente prolija del simbolismo de los sueños. Sobre esto ya se han escrito libros voluminosos. En la práctica no podemos prescindir de la experiencia depositada en estos libros, pero en muchos casos basta el sentido común.

116 Para ilustrar lo que les acabo de decir, voy a presentarles un pequeño ejemplo práctico de un sueño y su interpretación.

117 El soñante es un hombre de formación universitaria de unos cincuenta años de edad. Yo sólo lo había tratado en reuniones sociales, y nuestra conversación ocasional solía estar condimentada por su parte con alusiones burlonas a mi «manía» de interpretar los sueños. En cierta ocasión él me preguntó riendo si yo todavía interpretaba sueños. Como siempre, le dije que él tenía unas ideas muy incorrectas sobre la naturaleza de los sueños, y él replicó que recientemente había tenido un sueño que le gustaría que yo interpretara. Acepté, y él me contó este sueño: *Estaba haciendo solo una excursión por las montañas. Quería escalar una montaña muy alta y escarpada que se elevaba ante él. Al principio la ascensión fue fatigosa, pero a medida que iba subiendo se sentía más impulsado hacia la cumbre. Subía cada vez más rápido, y poco a poco cayó en una especie de éxtasis. Se sentía como si volara hacia arriba, y cuando llegó a la cumbre tuvo la sensación de que había perdido su peso y avanzó más allá de la cumbre hacia el aire vacío.* Entonces despertó.

118 El soñante me preguntó qué pensaba de este sueño. Yo sabía que él era un montañero no sólo experto, sino además entusiasta. Por eso no me sorprendió que su sueño confirmara una vez más la vieja regla de que el sueño suele expresarse en la lengua del soñan-

te. Como yo sabía que escalar montañas era muy importante para él, le pedí que me hablara de esto. Aceptó encantado y me contó que le gustaba hacer excursiones solo, sin guía, pues el peligro era entonces muy atractivo. También me habló de algunas excursiones muy peligrosas cuya audacia me impresionó mucho. Yo me preguntaba en silencio qué podía moverle a buscar esas situaciones peligrosas, con las que parecía disfrutar. El soñante debió de pensar algo parecido, pues añadió con semblante serio que el peligro no le daba miedo, pues morir en las montañas sería algo bello para él. Esta observación arrojó una luz significativa sobre su sueño. El soñante buscaba el peligro, tal vez con el motivo no confesado del suicidio. ¿Por qué buscaba la muerte? Para esto debía de tener razones especiales. Así que le dije que un hombre de su posición no debería exponerse a esos peligros. Y él respondió con decisión que no estaba dispuesto a renunciar a las montañas, que él *tenía* que ir allí, salir de la ciudad, alejarse de su familia. Vivir en casa no valía la pena. Ya estaba despejado el camino a las razones íntimas de su pasión. Oí decir que su matrimonio estaba roto y que no le gustaba estar en casa. También parecía estar más o menos harto de su trabajo. Su preocupante pasión por las montañas ya tenía explicación: las montañas lo liberaban de una existencia que le resultaba insoportable.

119 También su sueño tenía explicación. Como el soñante todavía le tiene apego a la vida, la ascensión de la montaña le resulta difícil al principio. Pero cuanto más se entrega a su pasión, más es arrastrado por ella. Su pasión lo conduce finalmente más allá de sí mismo, el soñante pierde su peso, su cuerpo, y asciende más allá de las montañas, sale al aire vacío. Esto es la muerte en las montañas.

120 Tras unos momentos de silencio, el soñante dijo de repente: «Hemos hablado de cosas completamente diferentes. Usted quería interpretar mi sueño. ¿Qué piensa de él?». Le dije sinceramente mi opinión: él buscaba la muerte en las montañas, y con esta actitud corría el serio peligro de morir realmente.

121 El soñante contestó riendo: «Eso es absurdo. Al contrario, yo busco el esparcimiento en las montañas».

122 Fue inútil explicarle la gravedad de la situación. Medio año después, mientras descendía de una cumbre muy peligrosa, el soñante pisó literalmente en el vacío, cayó sobre un guía que estaba debajo de él y al que arrastró, y ambos murieron.

123 Mediante este sueño ustedes pueden ver cuál es la función del sueño. El sueño reproduce ciertas tendencias fundamentales de la personalidad: o unas cuyo significado se extiende por toda la vida,

o unas cuya importancia es momentánea. Sobre esto el sueño hace una constatación objetiva que no se preocupa por los deseos y las convicciones conscientes. A la vista de este sueño, ustedes estarán de acuerdo conmigo en que en ciertas circunstancias estudiar el sueño en la vida consciente puede ser importantísimo, aunque no se trate de una cuestión de vida o muerte.

124 ¡Cuántos beneficios morales para su vida práctica habría podido extraer el soñante del conocimiento de su peligrosa desmesura!

125 Ésta es la razón por la que los psiquiatras recurrimos al arte antiquísimo de la interpretación de los sueños. Tenemos que educar a unos adultos a los que no podemos dirigir (como a los niños) mediante la autoridad, cuya vida es tan individual que ni el consejero más competente podría indicarles el camino adecuado para ellos. Por tanto, tenemos que hacer hablar al alma de la persona para que ésta entienda desde dentro cómo es.

126 En la medida de lo posible en el marco de una conferencia, espero haberles mostrado el mundo de pensamientos de la Psicología Analítica. Me doy por satisfecho si ustedes toman de lo que les he dicho un estímulo que pueda serles útil en su trabajo.

4



PSICOLOGÍA ANALÍTICA Y EDUCACIÓN*

* Tres conferencias dictadas durante el Congreso Internacional de Educación celebrado en Londres en 1924. Publicadas por primera vez como *Analytische Psychologie und Erziehung*, Kampmann, Heidelberg, 1926. Reedición en Rascher, Zürich, 1936. Versión corregida y aumentada, junto con los textos 1 y 5 de este volumen, en el libro *Psychologie und Erziehung*, Rascher, Zürich, 1946.

PRÓLOGO DE LA TERCERA EDICIÓN

Estas lecciones fueron impartidas por primera vez en Londres en mayo de 1924 en lengua inglesa y a continuación traducidas al alemán. La publicación se produjo en una época en la que yo, como consecuencia de largos viajes, pasaba poco tiempo en casa y tuve que hacer mucho trabajo en poquísimo tiempo. La nueva edición me ha proporcionado la oportunidad de revisar, corregir y renovar el texto, lo cual ya era urgente. Muchas de las cosas que en aquel momento eran actuales las he eliminado y sustituido por otras mejores. La extensión del libro es aproximadamente la misma.

Junio de 1945

C. G. Jung

I

Señoras y señores:

127 La psicología es una de las ciencias más jóvenes. Como ustedes saben, la palabra «psicología» existe desde hace mucho tiempo, pero antes sólo era el título de un capítulo determinado de la filosofía, a saber: el capítulo en que el filósofo establecía más o menos las leyes sobre lo que el alma humana tenía que ser de acuerdo con las premisas de su filosofía. Recuerdo que siendo un estudiante tuve la oportunidad de oírle decir a un profesor que sabemos muy poco de la naturaleza real de los procesos anímicos, y a otro profesor qué tiene que ser el alma humana necesariamente. Si ustedes estudian los inicios de la psicología empírica moderna, les impresionará la lucha que los primeros investigadores tuvieron que llevar a cabo contra el poderosísimo modo escolástico de pensar. El pensamiento en el ámbito filosófico, fuertemente influenciado por la teología (la «reina de las ciencias»), tenía una tendencia deductiva muy marcada, así como unos presupuestos idealistas e ingenuos que naturalmente provocaron una reacción. Ésta dio paso a la época materialista del siglo XIX, de cuya mentalidad todavía no estamos liberados por completo. El éxito del principio empírico es tan innegable que la irradiación de su victoria generó incluso una filosofía materialista que es más una reacción psicológica que una teoría científica justificada. La cosmovisión materialista es una reacción exagerada contra el idealismo medieval y no tiene nada que ver con la esencia del empirismo.

128 Así pues, la psicología experimental moderna nació con toda naturalidad en una visión básicamente materialista. Era una psicología fisiológica, completamente empírica y de base experimental,

que estudiaba el proceso psíquico exclusivamente desde fuera e incluso principalmente desde el punto de vista de sus manifestaciones fisiológicas. Este estado de cosas resultó más o menos satisfactorio mientras la psicología perteneció al ámbito de la filosofía o al de las ciencias naturales. Mientras se limitó al laboratorio psicológico, la psicología pudo ser puramente experimental y abordar el proceso anímico exclusivamente desde fuera. En lugar de la vieja psicología dogmática, ahora teníamos una nueva psicología que no era menos filosófica. Pero la paz del laboratorio académico no tardó en verse alterada por la exigencia de quienes necesitan la psicología para aplicarla en la práctica. Estos intrusos eran los médicos. Tanto el neurólogo como el psiquiatra se ocupan de trastornos psíquicos, por lo que consideran muy urgente la necesidad de una psicología aplicable en la práctica. Al margen del desarrollo de la psicología académica, los médicos encontraron una vía de acceso al espíritu humano y a un tratamiento psicológico de sus trastornos: el *hipnotismo*, que se desarrolló a partir de lo que a finales del siglo XVIII se denominaba «mesmerismo» y a principios del siglo XIX «magnetismo animal». El desarrollo del hipnotismo pasó por Charcot, Liébault y Bernheim hasta llegar a una psicología médica representada por Pierre Janet. Un discípulo vienés de Charcot, Freud[1], utilizó al principio el método hipnótico de un modo muy similar que Janet, pero pronto tomó otro camino. Mientras que Janet era básicamente descriptivo, Freud fue más allá y profundizó en lo que a la ciencia médica de aquella época no le parecía digno de ser estudiado: las fantasías patológicas del paciente y su actividad en el campo del espíritu inconsciente. Sería injusto decir que Janet no vio este último hecho, pues sucedió exactamente lo contrario. Janet tiene el gran mérito de haber llamado la atención sobre la existencia y el significado de los procesos inconscientes en la estructura psicológica de los trastornos nerviosos y espirituales. Y el mérito de Freud no es haber descubierto la existencia de la actividad inconsciente, sino haber desvelado la naturaleza real de esta actividad y, sobre todo, haber elaborado un método práctico para investigar lo inconsciente. Con independencia de Freud, yo me acerqué al problema de una psicología práctica primero desde el lado de la psicopatología experimental, al emplear el método de asociación, y luego desde el lado de la investigación de la personalidad[2]. Mientras que Freud

1. Freud tradujo al alemán la obra de Bernheim *La sugestión y sus aplicaciones a la terapia*.

2. Cf. mi tesis doctoral *Acerca de la psicología y patología de los llamados fenómenos ocultos* [OC 1,1].

hizo de la fantasía patológica del paciente (hasta entonces poco estudiada) el campo particular de sus investigaciones[3], yo presté una atención especial a las causas de los trastornos inesperados que se producían en el curso del experimento de asociación. Al igual que las fantasías del histérico, los trastornos del experimento de asociación también eran considerados unos fenómenos sin valor ni sentido, puramente casuales: *materia vilis*. Pero yo descubrí que estos trastornos proceden de unos procesos inconscientes que forman parte de *complejos con carga sentimental*[4], como los denominé. Ya que había descubierto el mismo mecanismo psicológico que Freud, fue natural que me convirtiera durante muchos años en su discípulo y colaborador. Pero mientras que siempre reconocí la verdad de las conclusiones de Freud relativas a los hechos, no oculté mis dudas sobre la validez de sus puntos de vista teóricos. El lamentable dogmatismo de Freud fue la razón principal por la que mi camino se separó del suyo. Mi conciencia científica no me permitía respaldar una convicción que convertía la interpretación unilateral de las experiencias en un dogma.

129 El mérito de Freud no es en absoluto pequeño. El descubrimiento de lo inconsciente para la etiología y la estructura de las neurosis y las psicosis lo comparte con otros, pero en mi opinión su mérito fundamental e incomparable consiste en haber descubierto un método para investigar lo inconsciente y en especial el sueño. Freud fue el primero que se atrevió a abrir las puertas secretas del sueño. El descubrimiento de que el sueño tiene un significado y que hay una vía para comprenderlo es tal vez el elemento más significativo y valioso de las investigaciones de Freud. No pretendo reducir lo más mínimo sus méritos, pero pienso que tengo que hacer justicia a todos los que lucharon con el gran problema de la psicología médica y que con su trabajo sentaron unos cimientos sin los cuales ni Freud ni yo mismo habríamos sido capaces de llevar a cabo nuestra tarea. Así, Pierre Janet, Auguste Forel, Théodore Flournoy, Morton Prince y Eugen Bleuler se merecen que los recordemos con agradecimiento cada vez que hablamos de los inicios de la nueva psicología médica.

130 Los trabajos de Freud han mostrado que las neurosis funcionales se basan causalmente en *contenidos inconscientes* cuya naturaleza

3. Cf. *Sammlung kleiner Schriften zur Neurosenlehre*.

4. Los resultados a los que llegaron mis colaboradores y mis propios experimentos están presentados en los dos volúmenes de *Diagnostische Assoziationsstudien*. La «teoría de los complejos» la apliqué a la psicopatología de la esquizofrenia; cfr. *Sobre la psicología de la* dementia praecox [OC 3,1]. Una exposición de esa teoría se encuentra en mi artículo «Consideraciones generales sobre la teoría de los complejos» [OC 8,3].

nos permite comprender cómo surgió la enfermedad. El valor de este descubrimiento es tan grande como el descubrimiento de la causa específica de la tuberculosis y de otras enfermedades infecciosas. Además, junto al significado terapéutico de la psicología analítica también se ha enriquecido enormemente la psicología del normal, pues la comprensión de los sueños nos ha permitido contemplar el desarrollo de la consciencia desde las profundidades más lejanas y oscuras de lo inconsciente, y la aplicación práctica del método analítico nos ha capacitado para analizar y distinguir funciones y actitudes típicas en el comportamiento del individuo normal. Mientras que el psicoanálisis, en la medida en que es psicología médica, sólo se ocupa de casos anormales y debería estar reservado al médico, la psicología del sueño y la psicología del comportamiento humano serán de interés general en especial para las personas que tienen que educar. En efecto, sería deseable que el pedagogo que quiera comprender realmente la mentalidad de sus discípulos tome en consideración los resultados de la psicología analítica. Pero esto presupone muchos conocimientos de psicopatología, pues el niño normal no es difícil de comprender, pero el niño anormal sí. La anormalidad y la enfermedad no están lejos una de otra, y así como un educador bien formado tiene ciertos conocimientos de las enfermedades corporales de los niños, también debería tener ciertos conocimientos de sus trastornos anímicos.

131 Hay cinco grupos fundamentales de trastornos anímicos en los niños:

El niño defectuoso espiritualmente. El caso más frecuente es la imbecilidad, que se caracteriza por una inteligencia baja y una incapacidad general para entender.

132 El tipo más llamativo es el niño flemático, lento, obtuso y estúpido. Algunos de estos niños se distinguen, en medio de su gran pobreza de espíritu, por la riqueza de su corazón, es decir, por la lealtad, el cariño, la entrega y el sacrificio. El caso de imbecilidad menos frecuente y más difícil de diagnosticar es el niño fácil de irritar. Su incapacidad espiritual es tan indudable como en el primer caso, pero a menudo es marcadamente unilateral.

133 De estas formas innatas, incurables, pero educables, hay que distinguir al niño con un desarrollo espiritual atrasado. Su desarrollo es muy lento, a veces casi imperceptible, y en muchas ocasiones hace falta el diagnóstico de un psiquiatra experto para aclarar si se trata de idiocia o no. Muy a menudo estos niños reaccionan sentimentalmente como imbéciles. En cierta ocasión fui consultado sobre un niño de seis años que padecía unos ataques violentos de ira

durante los cuales destruía sus juguetes y amenazaba a sus padres y a la niñera de una manera casi peligrosa; además, «no quería hablar», como decían sus padres. Era un niño pequeño, bien alimentado, pero extraordinariamente desconfiado, malvado, testarudo y negativo. Era sin duda idiota y no *podía* hablar. Nunca lo había aprendido. Pero su idiocia no era tan grave como para explicar su defecto de habla. Su comportamiento general indicaba una neurosis. Si un niño pequeño presenta los síntomas de una neurosis, no hay que perder mucho tiempo investigando su inconsciente. Hay que comenzar las pesquisas en otro lugar: primero en la madre, pues el padre y la madre son casi siempre o los causantes directos de la neurosis de su hijo o al menos los componentes más importantes de la misma. En este caso, el niño era el único varón de los ocho hijos. Su madre era una mujer ambiciosa y obstinada que se sintió ultrajada cuando le dije que su hijo no era normal; reprimía deliberadamente el conocimiento del defecto de su hijo. El chico *tenía* que ser inteligente, y si no podía era porque no quería, por mala voluntad y obstinación malvada. Naturalmente, el niño no aprendía nada, mucho menos de lo que habría sido capaz si hubiera tenido la suerte de que su madre fuera sensata; además, se convirtió servicialmente en lo que la ambición de su madre le imponía: en un ser malvado y testarudo. Como nadie lo comprendía y estaba aislado en sí mismo, sus ataques de ira se desarrollaron por mera desesperación. Otro chico de catorce años que vivía en unas circunstancias muy parecidas mató en un ataque de ira a su padrastro con un hacha: también de él habían exigido demasiado.

134 El atraso en el desarrollo espiritual no es infrecuente en primogénitos o en niños cuyos padres están alejados uno de otro por divergencias anímicas. El atraso también puede ser consecuencia de enfermedades de la madre durante el embarazo, de un parto demasiado largo o de una deformación del cráneo y de una hemorragia durante el parto. Si la ambición de sus educadores no echa a perder a estos niños, con el paso del tiempo suelen alcanzar una madurez espiritual relativa, pero más tarde que los demás niños.

135 El segundo grupo es el de los *niños defectuosos moralmente*. En los casos de debilidad moral, el trastorno o es innato o está causado por el deterioro orgánico de partes del cerebro como consecuencia de lesiones o enfermedades. Estos niños son incurables, y a veces se convierten en criminales; aquí tenemos los inicios infantiles del delincuente habitual.

136 De este grupo hay que distinguir cuidadosamente al niño con un desarrollo moral detenido, el *tipo patológicamente auto-erótico*.

Estos niños muestran una cantidad casi inquietante de egocentrismo, frialdad, mala fe, inhumanidad, falsedad, actividad sexual precoz, etc., y son a menudo hijos ilegítimos o adoptados que nunca o sólo de manera incompleta han tenido la suerte de ser alimentados por la atmósfera anímica de sus padres reales. Estos niños adolecen realmente de una carencia casi orgánica de algo que todo niño necesita para vivir: la atención psíquicamente «nutritiva» de sus padres, en especial de su madre. Como consecuencia de esta circunstancia, los hijos extra-matrimoniales siempre están más o menos en peligro anímicamente, y la esfera moral es la primera que sufre y la que más sufre. Algunos niños consiguen adaptarse a sus padrastros, pero no todos: los que no lo consiguen desarrollan, con la meta inconsciente de obtener por sí mismos lo que sus padres les negaron, una actitud sumamente egocéntrica y cruel, despiadadamente egoísta. Estos niños no siempre son incurables. En cierta ocasión observé a un chico que a los cinco años violó a su hermana de cuatro años, a los nueve años intentó matar a su padre y a los dieciocho años se desarrolló hasta la normalidad satisfactoria pese al diagnóstico «debilidad moral incurable». Si la libertad aventurera a la que estos niños tienden va unida a la inteligencia buena y no se ha producido una ruptura incurable con la sociedad, estos pacientes pueden renunciar por racionalidad a su criminalidad posible. Pero hay que tener en cuenta que la racionalidad es una pared muy fina con lo patológico.

137 El tercer grupo es el de los *niños epilépticos*. Por desgracia, estos casos no son infrecuentes. Es muy fácil reconocer un ataque epiléptico manifiesto; pero lo que se denomina *petit mal* es a menudo un estado muy oscuro y complejo, ya que no se producen ataques visibles, pero sí unas modificaciones de la consciencia muy peculiares y casi imperceptibles que acaban pasando a la mentalidad característica del epiléptico, con su irritabilidad, crueldad y avidez, su sentimentalidad pegajosa, su amor patológico a la justicia, su egoísmo y su círculo estrecho de intereses. Naturalmente, aquí no puedo enumerar todas las variadas formas del estado epiléptico, pero para ilustrar la sintomatología voy a mencionar el caso de un niño que a los siete años empezó a volverse raro. Lo primero que sus padres observaron fue que desaparecía durante algún tiempo; se escondía en el sótano o en algún rincón oscuro. Era imposible obtener de él una explicación de por qué se había marchado de repente y se había escondido. A veces dejaba de jugar y escondía su rostro en el regazo de su madre. Al principio esto sucedía tan rara vez que sus padres no prestaron

atención a esta extraña conducta, pero cuando el niño empezó a hacer esto mismo en el colegio, donde de repente abandonaba su pupitre y corría hacia el maestro, sus padres se preocuparon. Nadie pensaba en la posibilidad de una enfermedad grave. A veces el niño dejaba de jugar durante unos segundos o incluso interrumpía una frase, sin dar explicaciones y en apariencia sin conocer el hecho de su eclipse. El niño desarrolló poco a poco un carácter bastante desagradable e irritable. Tuvo varios ataques de ira, durante uno de los cuales arrojó con tanta fuerza unas tijeras a su hermana pequeña que le perforó el cráneo por encima del ojo y casi la mató. Como a sus padres no se les ocurrió consultar a un psiquiatra, el caso no se diagnosticó y fue tratado como un niño malo. A los doce años el chico tuvo el primer ataque de epilepsia observado objetivamente, y entonces su enfermedad fue comprendida. Pese a las grandes dificultades, pude averiguar que el chico había sido invadido de repente a los seis años por el miedo a un ser desconocido. Cuando estaba solo, tenía la sensación de que había alguien más. Tiempo después vio a un hombre pequeño con barba al que no había visto antes, pero cuyas facciones describió con todo lujo de detalles. Este hombre apareció de repente y asustó tanto al niño que éste salió corriendo y se escondió. Fue difícil averiguar por qué ese hombre le daba tanto miedo. El chico estaba visiblemente desconcertado por algo que él trataba como un secreto terrible. Necesité muchas horas para ganar su confianza y que él pudiera confesarme: «Ese hombre intentó entregarme algo terrible. No puedo decir qué era, pero era terrible. El hombre se acercaba cada vez más e insistía en que yo lo tomara. Pero yo tenía tanto miedo que salí corriendo y no lo tomé». Mientras decía esto, el niño palideció y se puso a temblar de miedo. Cuando finalmente conseguí tranquilizarlo, dijo: «Ese hombre intentó *entregarme una culpa*». «¿Qué culpa?», pregunté. El chico se levantó, miró con desconfianza a su alrededor y dijo casi susurrando: «Un asesinato». Cuando tenía ocho años, el niño casi había matado a su hermana, como ya he contado. Los ataques de miedo se repitieron, pero la visión cambió. El hombre terrible no volvió a aparecer, y fue sustituido por la figura de una monja, una especie de enfermera, primero con el rostro cubierto, pero luego descubierto, un rostro pálido como la muerte cuya expresión daba mucho miedo. A la edad de entre siete y ocho años el niño fue perseguido por esta figura. Los ataques de ira cesaron pese a una irritabilidad creciente, y ahora empezaron los ataques de epilepsia manifiestos. La visión de una monja significaba sin duda la transformación de la tendencia criminal incom-

patible (simbolizada por el hombre barbudo) en la enfermedad manifiesta[5].

138 A veces estos casos son funcionales y todavía no orgánicos, de modo que mediante el tratamiento psíquico se puede hacer algo por ellos. Por esta razón he mencionado tantos detalles de este caso, el cual muestra qué sucede entre los bastidores del espíritu de un niño.

139 El cuarto grupo está formado por los *niños neuróticos*. Naturalmente, en el marco de una lección no puedo exponer todos los síntomas y las formas de una neurosis infantil, que se extienden desde el comportamiento anormalmente maleducado hasta los ataques y estados claramente histéricos. El trastorno puede ser en apariencia corporal, por ejemplo fiebre histérica o temperatura anormalmente baja, espasmos, parálisis, dolores, trastornos digestivos, etc., o puede ser espiritual y moral en forma de excitación o depresión, mentiras, perversiones sexuales, robos, etc. Yo vi el caso de una niña que desde su primer año de vida padecía un estreñimiento muy desagradable. La habían sometido a todo tipo de tratamiento corporal. Pero fue en vano, pues el médico había pasado por alto el único factor importante en la vida de la niña: su madre. En cuanto la vi comprendí que ella era la causa real, y le propuse tratarla, y al mismo tiempo le recomendé que se alejara de la niña. Otra persona ocupó el lugar de la madre, y un día después el trastorno de la niña ya había desaparecido. La solución del problema era muy sencilla. La niña era la hija menor, la favorita de una madre neurótica. Ésta había proyectado todas sus fobias a la niña y la había rodeado con tantas atenciones temerosas que la niña no podía salir del estado de tensión, el cual como se sabe no es beneficioso para las funciones digestivas.

140 El quinto grupo lo componen las formas de la *psicosis*. Estos casos no son frecuentes en los niños, pero en ellos sí se dan al menos los primeros estadios de ese desarrollo espiritual patológico que más adelante, tras la pubertad, conducirá a la esquizofrenia, con todas sus variadas formas. Estos niños suelen mostrar un comportamiento extraño; son incomprensibles, a menudo inaccesibles, hipersensibles, reservados, anormales en sus sensaciones; o apáticos o extremadamente emocionales por causas insignificantes.

141 Observé el caso de un chico de unos quince años en el que la actividad sexual había empezado de repente, precozmente y de una

5. Es interesante cómo el asesinato presente subliminalmente y que intenta unirse con el paciente en la edad adulta (el hombre barbudo) es compensado por la enfermedad (la enfermera). La enfermedad lo protege en cierto sentido del crimen.

manera bastante inquietante, perjudicando a su capacidad de dormir y a su estado de salud general. El trastorno empezó cuando el chico acudió a un baile en el que una chica lo rechazó. Se enfadó y se marchó. Cuando llegó a casa, intentó hacer los deberes, pero no pudo por culpa de una emoción indescriptible y en crecimiento continuo, miedo, ira y desesperación todo en uno, que se fue apoderando de él hasta el punto de que salió corriendo al jardín y se revolcó en el suelo en un estado casi inconsciente. La emoción desapareció al cabo de unas horas. Esto es una emoción típicamente patológica que es característica de los niños con mala herencia. Entre los antepasados de este chico había varios casos de esquizofrenia.

142 En mi opinión, todo educador que quiera aplicar los principios de la psicología analítica ha de prestar atención a la psicopatología del niño y a todos los peligros de esos estados. Por desgracia, hay ciertos libros de psicoanálisis que le hacen creer al lector que la aplicación es muy sencilla y que los éxitos están al alcance de la mano. El psiquiatra competente no puede compartir estas ideas superficiales: tiene que advertir contra los intentos insuficientes y frívolos de analizar a los niños. Indudablemente, para el educador es valiosísimo saber qué aporta la psicología moderna al conocimiento del espíritu infantil, pero quien quiera aplicar sus métodos a los niños tiene que conocer a fondo los estados patológicos de los que se va a ocupar. Tengo que confesar que no comprendo cómo alguien que no sea un médico responsable puede atreverse a analizar a un niño sin conocimientos especiales ni consejo médico.

143 Además, analizar a niños es una empresa sumamente difícil y peculiar; se trabaja en unas circunstancias muy diferentes que cuando se analiza a adultos. El niño tiene una psicología peculiar. Así como su cuerpo es durante la vida embrionaria una parte del cuerpo de su madre, su espíritu es durante muchos años una parte de la atmósfera espiritual de sus padres. Esto explica por qué tantas neurosis infantiles son más síntomas de las condiciones espirituales de los padres que una enfermedad genuina del niño. El niño tiene una psicología propia sólo en parte, y en su mayor parte su psicología depende de la psicología de sus padres. Esta dependencia es normal, y trastornarla es perjudicial para el crecimiento natural del espíritu infantil. Por tanto, es comprensible que unas explicaciones prematuras y bruscas sobre las cuestiones sexuales puedan ejercer una influencia perjudicial sobre la relación del niño con sus padres, y estas consecuencias serán casi inevitables si aceptamos el dogma de que las relaciones entre los padres y los hijos son por naturaleza sexuales.

144 Tampoco tiene justificación que se otorgue al «complejo de Edipo» la dignidad de un hecho causal. El complejo de Edipo es un síntoma. Así como se puede designar «matrimonio» al cariño fuerte a una persona o a una cosa, y así como el espíritu primitivo expresa muchas cosas mediante metáforas sexuales, la concepción sexualista designa «deseo incestuoso de la madre» a la tendencia regresiva de un niño. Pero esto sólo es una manera figurada de hablar. La palabra «incesto» tiene un significado determinado y designa una cosa determinada que en general sólo se puede aplicar a un adulto que sea psicológicamente incapaz de conectar su sexualidad con su objeto adecuado. Aplicar la misma palabra a las dificultades del desarrollo de la consciencia infantil induce a error.

145 Esta constatación no niega el hecho de la precocidad sexual. Pero estos casos son unas excepciones anormales, y nada autoriza al médico a extender los conceptos de la patología al ámbito de los hechos normales. No está permitido decir que el rubor es una enfermedad de la piel, ni que la alegría es un ataque de locura; la crueldad no es necesariamente sadismo, el placer no es necesariamente lujuria, la firmeza no es necesariamente represión sexual, etcétera.

146 Al estudiar la historia del espíritu humano nos impresiona una y otra vez el hecho de que el desarrollo del espíritu está acompañado por una ampliación del alcance de la consciencia y que cada paso hacia delante es una conquista extremadamente dolorosa y ardua. Casi se podría decir que lo que el ser humano más odia es renunciar a una parte (por pequeña que sea) de su inconsciente. El ser humano tiene un miedo profundo a lo desconocido. Preguntemos a las personas cuya tarea es fomentar ideas nuevas. Si hasta el adulto supuestamente maduro tiene miedo a lo desconocido, ¿cómo no iba a vacilar un niño en dar un paso hacia lo desconocido? El *horror novi* es también una propiedad muy llamativa del primitivo. Esto es un obstáculo normal, mientras que la adhesión desproporcionada a los padres es innatural y patológica, pues el miedo excesivo a lo desconocido también es patológico. Desde aquí no se debería llegar unilateralmente a la conclusión de que vacilar en avanzar equivale necesariamente a depender sexualmente de los padres: muchas veces equivale a *reculer pour mieux sauter* [recular para saltar mejor]. Incluso en los casos en que los niños presentan síntomas sexuales, en los que la tendencia incestuosa es evidente, yo recomendaría una investigación minuciosa de la psique de los padres. Se pueden descubrir cosas sorprendentes, por ejemplo un padre que está enamorado inconscientemente de su hija, o una madre que flirtea inconscientemente con su hijo, de modo que ambos atribuyen su mentalidad adulta a sus hijos con la cobertura de lo inconsciente, y a su vez los hijos actúan inconscientemente de acuerdo con el papel que se les ha asignado. Naturalmente, los hijos no lo harían si no fueran forzados inconscientemente por la actitud de sus padres a representar este papel extraño e innatural.

147 Voy a describirles un caso de este tipo. Se trata de una familia con cuatro hijos, dos chicas y dos chicos. Los cuatro son neuróticos. Las chicas mostraron rasgos neuróticos desde antes de la pubertad. Dejando de lado los detalles, voy a contarles a grandes rasgos el destino de esta familia.

148 La hija mayor se prometió a los veinte años de edad con un joven muy adecuado desde todos los puntos de vista, con estudios universitarios. Mientras la boda se posponía por razones exteriores, ella empezó, como hipnotizada, una relación con un empleado del negocio de su padre. Parecía amar a su prometido, pero era tan mojigata con él que éste ni siquiera podía besarla, mientras que ella fue muy lejos con el otro, y sin titubear. Era extremadamente ingenua e inocente, y al principio completamente inconsciente. Pero de repente tomó consciencia con horror de lo que estaba haciendo. Se vino abajo y sufrió durante muchos años una histeria pertinaz. Rompió de inmediato no sólo la relación con el empleado, sino también la relación con su prometido, y sin explicar a nadie su comportamiento.

149 La segunda hija se casó, al parecer sin dificultades, pero con un hombre inferior espiritualmente a ella. Era frígida y no tuvo hijos, y todavía no había pasado un año cuando se enamoró tan apasionadamente de un amigo de su marido que surgió una relación amorosa que duró varios años.

150 El hijo mayor, un joven de talento, mostró las primeras indecisiones neuróticas cuando tuvo que elegir profesión. Finalmente tomó la decisión de estudiar química; al poco tiempo de empezar, sintió tanta nostalgia que abandonó la universidad y volvió a casa con su madre. En casa cayó en un estado peculiar de confusión con alucinaciones; cuando seis semanas después este estado desapareció, el joven tomó la decisión de estudiar medicina. Acabó la carrera. Y poco tiempo después se prometió. En cuanto el compromiso fue un hecho, empezó a dudar si había elegido bien, luego se produjeron estados de miedo, el compromiso fue anulado. E inmediatamente después el joven contrajo una grave enfermedad mental que duró varios meses.

151 El segundo hijo es un neurótico psicasténico, un misógino que se prepara a fondo para vivir como un solterón y se adhiere a su madre de una manera muy sentimental.

152 Traté como médico a los cuatro hijos. La historia de cada caso remitía indudablemente a un secreto de la madre. Descubrí lo siguiente: la madre era una mujer con talento y vivaz, pero en su juventud recibió una educación severa, muy unilateral y de miras estrechas. Muy rigurosa consigo misma y dotada de una gran fuerza de carácter, conservó durante toda su vida los principios que le habían implantado y no permitió excepciones. Pero no llevaba mucho tiempo casada cuando conoció a un amigo de su marido del que se enamoró perdidamente. Ella sabía que su amor era correspondido plenamente por ese hombre. Pero como este caso no estaba previsto en sus principios, no podía existir. Ella se comportó siempre como si no estuviera pasando nada, y representó este papel durante más de veinte años hasta que ese hombre murió, sin hablar nunca de esto. Su relación con su marido era distante y correcta. En sus últimos años sufrió de melancolía periódica.

153 Naturalmente, un estado así crea en una familia una atmósfera sofocante, y nada influye más sobre los hijos que estos secretos de los que nadie habla. Los hechos como éstos son muy contagiosos para la actitud de los hijos. Las hijas imitaron inconscientemente la actitud de su madre[6], y los hijos la compensaron convirtiéndose en una especie de amantes inconscientes y sobre-compensando el amor inconsciente mediante el rechazo consciente de las mujeres.

154 Ya se imaginarán que en la práctica no es fácil tratar un caso así. El tratamiento debería haber empezado por la madre, o mejor por la relación entre el padre y la madre. Pienso que haber hecho consciente la situación y sus implicaciones habría tenido un efecto curativo. Hacer consciente impide que no se hable, que no se piense, que no se reflexione sobre el objeto doloroso: impide la represión del contenido penoso; en apariencia el individuo sufre más, pero ahora sufre con sentido y por algo auténtico. La represión tiene la ventaja aparente de que libera a la consciencia de las preocupaciones y exime al espíritu de los esfuerzos, pero provoca un padecimiento indirecto por lo inauténtico, una neurosis. Una dolencia neurótica es un engaño inconsciente y no tiene ningún mérito moral, como sí lo tiene padecer por las cosas auténticas. La causa reprimida del sufrimiento tiene, aparte de provocar una neurosis, otros efectos: irradia en secreto sobre el entorno e infecta también a los hijos (si los hay). De este modo los estados neuróticos se arrastran durante generaciones, como la maldición de los Atridas. La infección de los hijos sucede de manera indirecta cuando

6. Véase mi ensayo «Los aspectos psicológicos del arquetipo de la madre» [OC 9/1,4], así como «Alma y tierra» [OC 10,2].

éstos toman instintivamente posición frente al estado espiritual de sus padres: o se defienden de él con una protesta silenciosa (pero a veces muy ruidosa) o incurren en la coacción paralizadora de imitar. En ambos casos los hijos están obligados a hacer, sentir y vivir lo que *ellos* no son, sino sus padres. Cuanto más «impresionantes» son los padres y cuanto menos estudian su propia problemática (a menudo por el bien de sus hijos), tanto más tienen que cargar los hijos con la vida no vivida de sus padres y realizar forzosamente lo que éstos mantienen reprimido e inconsciente. La cuestión no es que los padres deberían ser perfectos para no dañar a sus hijos. Si fueran realmente perfectos, esto sería una catástrofe para sus hijos, pues éstos estarían condenados a la inferioridad moral, salvo que paguen a sus padres con la misma moneda, es decir, imitándolos. Este truco aplaza el arreglo de cuentas, pero sólo a la tercera generación. La problemática reprimida y el sufrimiento ahorrado engañosamente producen un veneno secreto que atraviesa hasta las paredes más gruesas del silencio y hasta el blanqueamiento más malvado de los sepulcros por una indiferencia engañosa y entra en el alma del niño. El niño está desamparado ante la influencia anímica de sus padres y copia el auto-engaño, la falsedad, la hipocresía, la cobardía y la auto-justificación egoísta igual que la cera copia el sello que estampamos con ella. Lo único que puede salvar a un niño de sufrir un daño innatural es el esfuerzo de sus padres por no esquivar las dificultades anímicas de la vida mediante maniobras de distracción y mediante una inconsciencia artificial, sino aceptar esas dificultades como tareas con la mayor sinceridad posible ante uno mismo e iluminando cuidadosamente los rincones oscuros. Siempre es beneficioso confesarse ante un oído inteligente. Si no es posible (por razones exteriores o interiores), esto será un agravante, pero no perjudicial; al contrario, a menudo será beneficioso, pues entonces la persona no tiene más remedio que enfrentarse sola a las dificultades. Las confesiones públicas, como las que se practican en el Ejército de Salvación y en otros lugares, pueden ser muy eficaces para un alma sencilla que lo haga *ex profundis*. Pero estas almas no frecuentan los salones de moda, y además en ellos no se dan esas confesiones, ni siquiera las indiscretas. Como se sabe, la confesión se puede utilizar para engañarse a uno mismo. Cuanto más inteligente y culta es una persona, más refinadamente puede mentirse a sí misma. Ninguna persona inteligente se considera una santa o una pecadora. Ambas cosas serían mentiras conscientes. Esa persona guardará un silencio pudoroso sobre sus cualidades morales, y siempre tendrá presente su pecaminosidad y su conocimiento loablemente humilde de este hecho desesperado.

Todo lo que Blumhardt* le contestó a un conocido mío que le había confesado sus pecados fue: «¿Acaso crees que Dios se interesa por tu mierda?». Sin duda, Blumhardt conocía la artimaña que hace tan recomendable la confesión de salón.

155 La cuestión no es que los padres no cometan errores (eso sería imposible para seres humanos), sino que reconozcan sus errores. No tenemos que detener la vida, sino nuestra inconsciencia; ante todo la del educador, es decir, la de cada cual, pues todos educamos a nuestros prójimos para bien o para mal. Pues los seres humanos estamos conectados moralmente de tal modo que un guía conduce a la gente y la gente confunde al guía.

II

Señoras y señores:

156 La psicología científica era al principio o psicología fisiológica o una acumulación bastante inorgánica de investigaciones y experimentos sobre hechos y funciones aislados. Por esta razón, la hipótesis unilateral de Freud fue un empujón liberador hacia una psicología de los nexos anímicos. La obra de Freud es propiamente una psicología de las ramificaciones del instinto sexual en el alma humana. Pero a pesar de la innegable importancia de la sexualidad no se puede aceptar que todo dependa de este instinto. Esta hipótesis de aplicabilidad universal funciona al principio como una ilusión óptica: difumina todo lo que es de otro color, y sólo vemos el color rojo. Por eso, es un hecho muy significativo que el primer discípulo de Freud, Adler, estableciera una hipótesis completamente diferente y de aplicabilidad igualmente universal. Los freudianos no suelen hablar de los méritos de Adler, pues convierten la hipótesis sexual de Freud en una fe fanática. Pero el fanatismo siempre es una compensación de una duda secreta. Las persecuciones religiosas sólo tienen lugar donde hay herejes. En el ser humano no hay ningún instinto al que otro instinto no le haga de contrapeso. La sexualidad no tendría freno en el ser humano si no hubiera un factor equilibrador en forma de un instinto igualmente importante que está destinado a impedir el funcionamiento ilimitado y destructivo del instinto sexual. La estructura anímica no tiene sólo un polo. La sexualidad es una fuerza que inunda al ser humano con unos impulsos apremiantes, pero en él también hay una fuerza de auto-

* Christoph Blumhardt (1842-1919), teólogo protestante y político socialdemócrata alemán. (*N. del T.*)

afirmación que le ayuda a resistirse a las explosiones emocionales. Esto se puede ver ya en los primitivos, que tienen un gran número de restricciones estrictas no sólo de la sexualidad, sino también de otros instintos, sin los Diez Mandamientos y sin las máximas de la catequesis. Toda restricción de la actuación ciega de los instintos sexuales procede del instinto de auto-conservación y auto-afirmación, al que se refiere la hipótesis de Adler. Por desgracia, también Adler va demasiado lejos y comete, al dejar casi por completo de lado el punto de vista de Freud, el mismo error de unilateralidad y exageración. Su psicología es la psicología de todas las tendencias de auto-afirmación. Admito que una verdad unilateral tiene la ventaja de la simplicidad, pero habrá que ver si podemos considerarla una hipótesis suficiente. Deberíamos ser capaces de ver que en el alma muchas cosas dependen realmente de la sexualidad, en ocasiones incluso todo; pero que en otros momentos pocas cosas dependen de ella y casi todas están dominadas por la auto-conservación o por el instinto de poder. El error común a Freud y Adler consiste en suponer la actuación continua de un mismo instinto, como si éste fuera un elemento químico que siempre está presente y siempre en la misma cantidad, como los dos átomos de hidrógeno en el agua. Si esto fuera así, el ser humano sería básicamente sexual según Freud y básicamente auto-afirmativo según Adler. Pero el ser humano no puede ser las dos cosas a la vez. Todo el mundo sabe que los instintos cambian de intensidad. A veces predomina la sexualidad, otras veces la auto-afirmación u otros instintos. Éste es el hecho sencillo que ambos investigadores han pasado por alto. Cuando la sexualidad predomina, todo queda sexualizado, pues todo expresa la intención sexual o está a su servicio. Cuando el hambre predomina, todo hay que explicarlo desde este punto de vista. ¿Por qué decimos «No lo toméis en serio, tiene un mal día»?: porque sabemos que a veces un mal humor puede cambiar por completo la psicología de una persona. Esto sucederá más aún si se trata de instintos poderosos. Podemos unir fácilmente a Freud y Adler si nos tomamos la molestia de entender el alma no como un sistema rígido e inmutable, sino como un acontecer móvil y fluido que, al ser influenciado alternativamente por diversos instintos, cambia calidoscópicamente. Por tanto, puede suceder que tengamos que explicar a una persona antes de casarse sobre la base de Freud y después de casarse sobre la base de Adler[7], como el sentido común lleva haciendo mucho tiempo. Esta combinación nos conduce a una

7. O, por citar a un filósofo: «Antes de cenar soy kantiano, después nietzscheano».

situación bastante incómoda. En vez de disfrutar de la seguridad aparente de una verdad sencilla, nos sentimos arrojados a un mar ilimitado de condiciones cambiantes sin cesar que lanzan al individuo desamparado de una represión a otra. La vida eternamente cambiante del alma es una verdad más grande, pero también más incómoda, que la rigidez segura del único punto de vista. Esto no simplifica el problema de la psicología. Pero ya estamos liberados de la pesadilla del «nada más que», el inevitable *leitmotiv* de toda unilateralidad.

157 En cuanto la discusión aborda el problema del instinto, las cosas se vuelven penosamente confusas e intrincadas. ¿Cómo podemos distinguir los instintos? ¿Cuántos instintos hay? ¿Qué son los instintos? Llegamos así a la biología, y entonces estamos más confundidos que nunca. Por tanto, yo recomendaría que nos limitáramos al campo psicológico, sin hacer suposiciones sobre la naturaleza del proceso biológico subyacente. Tal vez algún día el biólogo (y no sólo él, sino también el fisiólogo) le dé la mano al psicólogo en el punto de encuentro del túnel que cada uno ha excavado desde un lado de la montaña de lo desconocido[8]. De momento tenemos que aprender a ser más modestos frente a los hechos psicológicos: en vez de saber exactamente que ciertas cosas no son «nada más que» sexualidad o voluntad de poder, deberíamos estudiarlas desde el punto de vista de su valor de aparición. Veamos, por ejemplo, la religión. ¿La ciencia puede estar segura de que no existe el «instinto religioso»? ¿Podemos suponer realmente que el fenómeno religioso es siempre una función secundaria sobre la base de la represión de la sexualidad? ¿Dónde están esos pueblos y esas razas normales que están libres de esa estúpida represión? Pero si por casualidad no somos capaces de mencionar esa raza o al menos esas tribus que están completamente libres de los fenómenos religiosos, no sé cómo justificaremos la suposición de que el fenómeno religioso no es genuino, sino una mera represión de la sexualidad. Y además, ¿no contiene la historia muchos casos en los que la sexualidad es incluso un elemento integrante de la experiencia religiosa? Lo mismo sucede con el arte, que según dicen también procede de la represión sexual, mientras que hasta los animales tienen instintos estéticos y artísticos. La exageración ridícula y casi patológica del punto de vista sexual es en sí un síntoma de un trastorno espiritual contemporáneo que se debe principalmente a que nuestra época no comprende correctamen-

8. Unas ideas muy prometedoras a este respecto se encuentran en la excelente obra de Walter H. von Wyss, *Psychophysiologische Probleme in der Medizin*.

te la sexualidad[9]. Siempre que se infravalora un instinto, la consecuencia es una sobrevaloración anormal. Y cuanto más injusta sea la infravaloración, más insana será la sobrevaloración subsiguiente. En realidad, ninguna condena moral podría volver tan odiada a la sexualidad como la obscenidad y el mal gusto de su sobrevaloración. La grosería intelectual de la interpretación sexualista hace imposible hasta la valoración correcta de la sexualidad. De este modo, y probablemente en contra de la intención personal de Freud, cierta bibliografía que se adhiere a él prosigue con gran eficacia la obra de represión. Antes de Freud nada podía ser sexual, y ahora todo es de repente «nada más que» sexual.

158 La psicoterapia aborda la sexualidad, en primer lugar, porque supone que el vínculo con las *imagines* de los padres es de naturaleza sexual y, en segundo lugar, porque es un hecho que en muchos pacientes predominan las fantasías sexuales o al menos las fantasías que aparecen como tales. La doctrina freudiana explica todo esto a su célebre manera sexualista con el fin de sacar al paciente del vínculo con las *imagines* de sus padres (entendido sexualmente) y trasladarlo a una vida «normal». Como se ve, esta doctrina habla el lenguaje del paciente[10], lo cual es beneficioso al principio en un caso adecuado, pero en el curso ulterior es perjudicial porque el lenguaje y los conceptos sexualistas retienen el problema en ese nivel en el que se ha revelado irresoluble. Los padres no son unos meros objetos «sexuales» o «de placer» que podemos despedir, sino que son (o representan) unas fuerzas de vida que acompañan al niño por la intrincada senda del destino como factores favorables o peligrosos y a cuya influencia el adulto apenas se puede sustraer, ya esté analizado o no. Lo sepamos o no, sustituimos a nuestro padre y a nuestra madre por algo equivalente si no conseguimos despegarnos de ellos. Y esto sólo lo podemos conseguir si pasamos al siguiente nivel. El lugar del padre, por ejemplo, lo ocupa el médico, un fenómeno que Freud ha denominado «transferencia». Y en lugar de la madre aparece la sabiduría de la doctrina. El gran modelo de la Edad Media es despegarse de la familia mediante la comunidad en la Iglesia. En los últimos tiempos las asociaciones mundanas han sustituido a la organización espiritual de la sociedad, pues quedarse para siempre en la familia tiene unas consecuencias psíquicas muy perjudiciales, por lo que las iniciaciones lo vuelven imposible ya en el nivel primitivo. La persona necesita una comunidad más amplia que la familia, en cuyo abrazo

9. «Sigmund Freud como fenómeno histórico-cultural» [OC 15,3].
10. Cuando esto no sucede, el paciente tiene (según la doctrina) «resistencias».

demasiado estrecho se atrofia espiritual y moralmente. Si para una persona su familia es una carga excesiva, es decir, si todavía está demasiado vinculada a sus padres, transferirá ese vínculo a la familia que ella cree (si es que llega tan lejos), y de este modo creará para sus hijos un entorno anímicamente tan pobre como el que ella misma tuvo.

159 La pertenencia anímica a una organización mundana, del tipo que sea, no puede satisfacer las pretensiones espirituales y sentimentales que en el pasado se dirigieron a la pareja de padres. Además, a la organización mundana no le resulta beneficioso tener unos miembros que le planteen esas pretensiones. Esto se ve con toda claridad en las expectativas estúpidas que las personas espiritualmente menores de edad tienen en relación con el papá-Estado; y adónde conducen estos deseos extraviados lo muestran los países cuyos dirigentes han conseguido, utilizando hábilmente las esperanzas infantiles de una masa sugestionable, adueñarse de la fuerza del padre: el empobrecimiento espiritual, el entontecimiento y la degeneración moral sustituyen a las metas espirituales y morales y crean una psicosis de masas que sólo puede conducir a la catástrofe. Ni siquiera el sentido biológico de la vida humana se puede realizar correctamente si al ser humano sólo se le expone éste. Al margen de cómo un ilustrado miope y doctrinario entienda la esencia de la cultura, es un hecho que hay un espíritu creador de cultura. Este espíritu es un espíritu vivo, no un intelecto razonador. De ahí que utilice un simbolismo religioso que supera a la razón; y si éste no existe o ha sido víctima de la incomprensión, las cosas irán mal. Una vez perdida la orientación de las verdades religiosas, ya no queda nada que pueda liberar al ser humano de su vinculación biológica inicial con la familia, pues transferirá sin correcciones sus principios infantiles al mundo exterior, encontrando así un padre que no lo guía, sino que lo extravía. Aunque sea importante que una persona pueda ganarse la vida y alimentar a una familia, de este modo no ha realizado todavía el sentido de su vida. Ni siquiera podrá educar correctamente a sus hijos, e incluso desatenderá su crianza, que es un ideal biológico indudable. Una meta espiritual que vaya más allá del ser humano meramente natural y de su existencia mundana es una exigencia incondicionada de la salud del alma; pues es el punto arquimédico desde el que se puede levantar el mundo y se puede transformar un estado natural en un estado cultural.

160 Nuestra psicología toma en consideración tanto al ser humano natural como al ser humano cultural; por consiguiente, en sus explicaciones ha de incluir ambos puntos de vista, el biológico y

el espiritual. En tanto que psicología médica, ha de estudiar al ser humano completo. Como el médico recibe una educación exclusivamente científica y está acostumbrado a considerar «natural» todo lo que sucede, es comprensible que vea el fenómeno psíquico desde el punto de vista biológico. Este enfoque tiene un gran valor heurístico y proporciona conocimientos de los que carecieron todos los siglos anteriores a nosotros. Gracias a su actitud empírica y fenomenológica, hoy conocemos hechos reales; sabemos qué sucede y cómo, a diferencia de tiempos pasados, cuando casi sólo había dogmas sobre hechos desconocidos. El planteamiento científico-biológico es valiosísimo; ha aguzado la mirada del psiquiatra hacia lo existente realmente y ha hecho posible una descripción que corresponda aproximadamente a la realidad. Esto, que parece una obviedad, no era obvio, pues en ningún campo de la experiencia la mirada hacia lo real está tan enturbiada como en la auto-percepción de lo psíquico. En ningún otro lugar los prejuicios, los malentendidos, los juicios emocionales, las idiosincrasias y las proyecciones se ofrecen tan descaradamente como en este campo, al margen de que uno se observe a sí mismo o a otro. El observador no altera más el experimento en ningún otro lugar que en la psicología. De ahí que nunca haya bastantes hechos, pues la experiencia psíquica es muy delicada y está sometida a innumerables influencias perturbadoras.

161 También hay que mencionar que, a diferencia de otros campos de las ciencias naturales, un proceso físico no es observado por un proceso psíquico, sino que la psique se observa a sí misma, directamente en el sujeto, indirectamente en las otras personas. Es inevitable recordar la historia de la coleta del barón de Münchhausen*, y dudar de la posibilidad del conocimiento psicológico. También en este punto el médico se siente ligado con agradecimiento a las ciencias naturales: no tiene que filosofar, sino que disfruta del conocimiento vivo *dentro de lo psíquico*. Es decir: la psique no puede saber nada más allá de la psique (¡esto sería el barón de Münchhausen!), pero dentro de lo psíquico pueden reunirse dos extraños. Nunca sabrán qué son en sí y para sí, sino sólo cómo aparecen el uno al otro. La cuestión del «qué» es respondida en las demás

* El barón de Münchhausen fue un personaje real (1720-1797) y de vida aventurera sobre el que se contaban todo tipo de anécdotas sorprendentes; todavía vivía cuando sus aventuras se publicaron en libros y revistas. Una de estas aventuras consistió en que se estaba hundiendo en un pantano y consiguió salir de él tirando de su propia coleta. Cf. Gottfried August Bürger, *Las aventuras del barón de Münchhausen*, trad. de M. Sáenz, Alianza, Madrid, 2003. (*N. del T.*)

ciencias naturales mediante un conocimiento *sobre ello*, mediante una reconstrucción psíquica del proceso físico. Pero ¿con qué o en qué habría que repetir el proceso psíquico? Sólo en lo psíquico; con otras palabras, no hay conocimiento *sobre* lo psíquico, sino sólo *en* lo psíquico.

162 Cuando el psicólogo médico refleja lo psíquico en lo psíquico, permanece en el marco de las ciencias naturales y emplea el método empírico y fenomenológico, pero se diferencia de las ciencias naturales en que lleva a cabo su reconstrucción (conocimiento y explicación) no en otro medio, sino en el mismo. Las ciencias naturales conectan dos mundos, el físico y el psíquico. La psicología hace esto sólo en la medida en que es psicofisiología. En tanto que psicología «pura», explica *ignotum per ignotius* [lo desconocido mediante lo más desconocido todavía], pues sólo puede reconstruir el proceso observado en el mismo medio por el que está formado. Es como si el físico no pudiera hacer otra cosa que repetir el proceso físico (con todas las variantes posibles), sin *theoria*. Pero todo proceso psíquico que pueda ser observado como tal ya es *theoria*, es decir, «visión», y su reconstrucción es en el mejor de los casos sólo una *variante de la misma visión*. De lo contrario será un intento compensador (un mejoramiento, una reprimenda, etc.) o un ataque (una crítica); en ambos casos, una supresión del proceso a reconstruir. Este modo de proceder en el campo psicológico es exactamente tan científico como la paleontología del siglo XVIII, que interpretó la salamandra gigante como un ser humano ahogado en el diluvio universal. Este problema se vuelve agudo cuando se trata de contenidos difíciles de entender, como las imágenes oníricas, las ideas delirantes, etc. Aquí, la interpretación no ha de emplear otros puntos de vista que los que están dados de manera manifiesta por el contenido. Si alguien sueña con un león, la interpretación correcta estará en la dirección del león, es decir, será esencialmente una *amplificación* de esta imagen. Cualquier otra interpretación sería inadecuada o incorrecta, pues la imagen «león» es en sí misma inequívoca y suficientemente positiva. Cuando Freud afirma que el sueño significa otra cosa que lo que dice, esta idea «ataca» a la visión que el sueño tiene espontáneamente de sí mismo como fenómeno natural, y por tanto no es válida. Una interpretación científica que se mueva por la línea de la imagen a interpretar no es una tautología, sino que amplía el sentido hasta llegar a una visión general (amplificación). Una versión matemática de lo psíquico (suponiendo que fuera posible) no sería otra cosa que una ampliación del sentido expresada de manera algebraica. La psicofísica de Fechner es un contra-ejemplo de esto: una acrobacia que intenta saltar por encima de su propia cabeza.

163 En este punto decisivo la psicología está más allá de las ciencias naturales. Tiene en común con éstas el método de la observación y el establecimiento empírico de los hechos, pero le falta el punto arquimédico fuera y, por tanto, la posibilidad de una medición objetiva. En este sentido, la psicología está indiscutiblemente en desventaja frente a las ciencias naturales. En una situación similar sólo se encuentra la física nuclear, donde el proceso a observar es modificado por la observación. Como la física ha de referir sus mediciones a los objetos, se ve forzada a distinguir los medios de observación del objeto a observar[11], y esto vuelve relativas a las categorías de espacio, tiempo y causalidad.

164 Esta extraña coincidencia de la física nuclear con la psicología tiene para esta última la ventaja inestimable de que al menos nos proporciona la intuición de la posibilidad de un punto arquimédico para la psicología. El mundo nuclear microfísico presenta rasgos cuya afinidad con lo psíquico también ha llamado la atención del físico[12]. De aquí se desprende, al parecer, una posibilidad de «reconstruir» el proceso psíquico en otro medio, en la microfísica de la materia. Pero hoy estamos muy lejos de poder indicar cómo sería esa reconstrucción. Es evidente que sólo la puede llevar a cabo la naturaleza; presumiblemente sucede de una manera tan continua como la psique percibe el mundo físico. El pleito de la psicología contra las ciencias naturales no está completamente perdido, aunque esté fuera del alcance del conocimiento actual.

165 La psicología puede plantear la pretensión de ser una *ciencia del espíritu*. Todas las ciencias del espíritu se mueven dentro de lo psíquico, si empleamos este concepto tal como lo delimitan las ciencias naturales. Desde este punto de vista el «espíritu» es un fenómeno psíquico[13]. Pero también en tanto que ciencia del espíritu la psicología es una excepción. La jurisprudencia, la historia, la filosofía, la teología, etc., están caracterizadas y delimitadas por su objeto. El objeto es un sector del espíritu determinado conceptualmente y que expone fenomenológicamente un producto psíquico. En cambio, la psicología era considerada en el pasado una disciplina de la filosofía, pero hoy es una ciencia natural, y su objeto no es

11. Debo esta formulación a la amabilidad del profesor Markus Fierz.

12. Véase a este respecto la bibliografía hasta 1935 recopilada por C. A. Meier, *Moderne Physik - Moderne Psychologie*, y en especial los artículos de Niels Bohr mencionados ahí (publicados en *Die Naturwissenschaften*, 16/245 (1928), y 17/483 (1929). Desde entonces véase en especial P. Jordan, *Die Physik des 20. Jahrhunderts; Positivistische Bemerkungen über die paraphysischen Erscheinungen*, pp. 3 ss.; *Anschauliche Quantentheorie*, pp. 271 ss.; *Die Physik und das Geheimnis des organischen Lebens*, pp. 114 ss.

13. Véase mi artículo «Espíritu y vida» [OC 8,12].

un producto del espíritu, sino un fenómeno natural, el fenómeno psíquico. Este fenómeno es uno de los fenómenos elementales de la naturaleza orgánica, que frente a la naturaleza inorgánica forma la otra mitad de nuestro mundo. La psique es, como las demás figuras naturales, un dato irracional. Parece ser un caso especial del fenómeno de la vida y tener en común con los cuerpos vivos que ella, como éstos, produce estructuras con sentido y adecuadas a los fines y se propaga y desarrolla con ayuda de ellas. Y así como la vida llena la Tierra de animales y plantas, la psique crea un mundo más grande todavía: la consciencia del universo.

166 La psicología empírica moderna pertenece por su objeto natural y por su método a las ciencias naturales, y por su modo de explicar a las ciencias del espíritu[14]. Esta «duplicidad» ha suscitado dudas sobre la cientificidad de la psicología, tanto en relación con su *ambivalencia* como en relación con su *arbitrariedad*. Por cuanto concierne a esta última, no debemos olvidar que hay personas que entienden sus procesos psíquicos como puras arbitrariedades. Están convencidas ingenuamente de que todo lo que piensan, sienten, quieren, etc., es producido por su voluntad, de modo que es arbitrario. Estas personas se imaginan que piensan su pensamiento y quieren su voluntad, pues no hay otro sujeto de estas actividades. Les resulta imposible admitir que la actividad psíquica se podría ejercer sin el sujeto (en este caso, sin el yo). No pueden imaginarse que el contenido psíquico que creen producir también se puede encontrar y que parece ser el producto de sí mismo o de otra voluntad, más que del yo.

167 Se trata de una ilusión a favor del yo muy popular y difundida. En francés se dice incluso: *J'ai fait un rêve* [«Yo he hecho un sueño»], mientras que el sueño es el último contenido psíquico del que se puede afirmar que lo hemos querido, buscado o hecho. Por el contrario, en alemán contamos con el precioso concepto *Einfall* [«ocurrencia»][15], y nadie que haya tenido una buena ocurrencia se atribuirá esta suerte como un mérito propio, asegurando que él mismo ha hecho la ocurrencia. El concepto lingüístico *Einfall* indica claramente que eso no es lo que ha sucedido, pues se da una incapacidad manifiesta del sujeto y una espontaneidad intensa de la psique trans-subjetiva. Por eso, en alemán (al igual que en inglés

14. Cf. T. Wolff, «Einführung in die Grundlagen der komplexen Psychologie», en *Studien zu C. G. Jungs Psychologie.*

15. En inglés y francés sólo se puede parafrasear pálidamente esta palabra como *idea*, *idée* o *a certain idea*; y *witziger Einfall* [ocurrencia ingeniosa] algo mejor como *sally of wit*, *saillie* (de *saillir*, «brotar»).

y en francés) se dice «Me ha venido una buena idea», y esto es correcto, pues lo activo no ha sido el sujeto, sino la ocurrencia; la ocurrencia se le ha caído encima al sujeto*.

168 Estos ejemplos muestran la objetividad de la psique, la cual es un fenómeno, no algo arbitrario. También la voluntad es un fenómeno. La «libertad de la voluntad» no es un fenómeno natural porque en sí misma no es un fenómeno observable, sino que sólo es objeto de observación en forma de una opinión, de una convicción o de una creencia. Por tanto, pertenece a la problemática de una ciencia pura del espíritu. La psicología tiene que limitarse a la fenomenología natural si no quiere invadir otros campos. Constatar la fenomenología psíquica no es sencillo, como demuestra el ejemplo de esta ilusión generalizada sobre la arbitrariedad del proceso psíquico.

169 Hay efectivamente contenidos psíquicos que son producidos o causados por un acto de voluntad precedente, de modo que podemos entenderlos como productos de una actividad intencionada, consciente y dirigida a una meta. Por tanto, una parte esencial de los contenidos psíquicos es *producto del espíritu*. Pero la voluntad (y el propio sujeto volitivo) es en sí un fenómeno que reposa en un trasfondo inconsciente, de modo que la consciencia aparece como la función intermitente de una psique inconsciente. El yo como sujeto de la consciencia nos lo encontramos en el curso del desarrollo como una magnitud compleja cuyos componentes son la disposición heredada (los constituyentes del carácter) y las impresiones adquiridas inconscientemente y sus secuelas. La psique misma preexiste y transciende a la consciencia. Con Du Prel podríamos denominarla «sujeto transcendental»[16].

170 La psicología *analítica* o, como también la llamamos, *compleja* se distingue de la psicología *experimental* en que no intenta aislar unas funciones (funciones sensoriales, emociones, procesos de pensamiento, etc.) y someterlas a un experimento para estudiarlas, sino que se ocupa del fenómeno global de la psique que sucede naturalmente, es decir, de un fenómeno muy complejo que mediante la investigación crítica podemos descomponer en complejos parciales más sencillos. Pero estas partes también son muy complicadas y representan en sus rasgos fundamentales unas magnitudes opacas. La audacia de nuestra psicología al operar con estas incógnitas sería arrogancia si una necesidad superior no exigiera la existencia de

* La palabra alemana *Einfall* significa literalmente «caer encima», «caer dentro». (*N. del T.*)

16. Carl du Prel, *Das Rätsel des Menschen*, pp. 27 ss.

esta psicología y le ayudara. Los médicos estamos obligados, debido a la situación de los enfermos, a tratar cosas difíciles de comprender o incluso incomprensibles con unos medios insuficientes o de éxito dudoso, lo cual requiere coraje y sentido de la responsabilidad. Nuestra profesión nos obliga a ocuparnos de las cuestiones más difíciles y oscuras y a ser conscientes de las posibles consecuencias de un paso equivocado.

171 La diferencia frente a toda concepción anterior consiste en el hecho de que la psicología analítica no evita ocuparse de los procesos más difíciles y complejos. Otra diferencia está en el método y el funcionamiento de nuestra ciencia. No tenemos un laboratorio con aparatos sofisticados. Nuestro laboratorio es el mundo. Nuestros experimentos son acontecimientos reales de la vida humana cotidiana, y nuestros sujetos de experimentación son nuestros pacientes, discípulos, parientes, amigos y (*last not least*) nosotros mismos. El destino representa el papel del experimentador. No hay pinchazos, *shocks* artificiales ni luces sorprendentes, no hay ninguna de las variadas condiciones experimentales artificiales del laboratorio, sino que el material de observación que necesitamos nos lo proporcionan las esperanzas y los peligros, los sufrimientos y las alegrías, los errores y los aciertos de la vida real.

172 Nuestra intención es *comprender lo mejor posible la vida* tal como se expone en el alma del ser humano. Espero sinceramente que lo que aprendamos mediante esta comprensión no se petrifique en forma de una teoría intelectual, sino que sea un instrumento que mediante la aplicación práctica mejorará sus cualidades y alcanzará su meta de la manera más perfecta posible. Su intención es que el modo humano de vida se adapte mejor, en concreto en dos direcciones diferentes (la enfermedad es una adaptación disminuida). El ser humano tiene que adaptarse en dos sentidos diferentes: a la vida exterior (el trabajo, la familia, la sociedad) y a las exigencias vitales de su propia naturaleza. Menospreciar una u otra necesidad puede conducir a la enfermedad. Aunque toda persona cuya inadaptación haya alcanzado un grado elevado se pone enferma y acaba fracasando en la vida exterior, no todas las personas se han puesto enfermas porque no han estado a la altura de las exigencias de la vida exterior, sino porque no han sabido servirse de la adaptación exterior para ayudar a su desarrollo personal e íntimo a abrirse paso correctamente. Unos se vuelven neuróticos por razones exteriores, otros por razones interiores. Es fácil imaginarse que las formulaciones psicológicas serán muy diferentes para hacer justicia a estas diferencias diametrales. Nuestra psicología estudia las causas de esa disminución de la adaptación que nos hace enfermar y recorre las intrincadas sendas del pensamiento y del sentimiento neuróticos para encontrar el camino que nos devuelva del extravío a la vida. Por tanto, nuestra psicología es una ciencia práctica. No investigamos por investigar, sino con la intención inmediata de ayudar. También podríamos decir que la ciencia es un producto secundario de nuestra psicología, pero no su intención principal, lo cual es una gran diferencia frente a lo que se entiende por ciencia «académica».

173 Está claro que la intención de esta nueva psicología es tanto médica como educativa. Ya que cada individuo es una combinación nueva y única de elementos psíquicos, la investigación de la verdad tiene que comenzar de nuevo con cada caso, pues cada «caso» es individual y no se puede derivar de unas fórmulas generales y presupuestas. Cada individuo es un nuevo experimento de la vida cambiante y un intento de elaborar una nueva solución y una nueva adaptación. Ignoraríamos el sentido de una psique individual si la interpretáramos sobre la base de ideas preconcebidas, por mucho que tendamos a esto. Para el médico esto significa el estudio individual de cada caso; para el pedagogo, el estudio individual de cada alumno. Naturalmente, no estoy diciendo que la investigación de cada caso tenga que partir de cero. En la medida en que ya entendemos, no necesitamos investigar. Pero sólo hablo de comprensión cuando el paciente o el alumno puede estar de acuerdo con nuestra interpretación. Comprender al margen del paciente es algo inseguro para ambos. Puede tener cierto éxito con un niño, pero no con un adulto de cierta madurez espiritual. Si no se da la concordancia, el psicólogo tiene que estar dispuesto a renunciar a sus argumentos y buscar la verdad. Por supuesto, también puede suceder que el médico vea algo que existe indudablemente, pero que el paciente no admite o no puede admitir. Como a menudo la verdad le está oculta al médico igual que al paciente, se han desarrollado varios métodos para abrir una vía de acceso a los contenidos *desconocidos*. Digo intencionadamente «desconocidos» y no «reprimidos» porque me parece un error suponer de antemano que lo desconocido no es nada más que represión. Si el médico pensara realmente así, causaría la impresión de que ya lo sabe todo. Esta suposición se adelanta al paciente y muy probablemente impedirá que éste confiese la verdad. En todo caso, la anticipación le quita al paciente su iniciativa, lo cual muchas veces le resulta agradable, pues de este modo puede ocultar su secreto, y para él es mucho más cómodo que el médico le diga la verdad que tener que conocerla y confesarla por sí mismo. Pero esto no es bueno para nadie. Además, con su superioridad el médico socava

la independencia espiritual del paciente, que es un bien valiosísimo que no debemos dañar. Nunca seremos suficientemente cuidadosos, pues el ser humano tiene una tendencia peligrosa a librarse de sí mismo.

174 Hay cuatro métodos para investigar lo desconocido en un paciente.

175 El primero y más sencillo es el *método de asociación*. No creo que haga falta que entre en detalles, pues este método se conoce desde hace veinte años. Su principio es la búsqueda de los complejos principales, que se delatan mediante perturbaciones en el experimento de asociación. El método de asociación es muy recomendable para los principiantes como introducción en la psicología analítica y en el conocimiento de la sintomatología de los complejos[17].

176 El segundo método, el *análisis de los síntomas*, sólo tiene valor histórico y fue abandonado por el propio Freud, su creador. Mediante la *sugestión* hipnótica se intentaba que el paciente reprodujera los recuerdos que están a la base de ciertos síntomas patológicos. Este método se puede aplicar en todos los casos en que la causa de la neurosis es un *shock*, una herida anímica o un trauma. Freud basó en este método su primera teoría traumática de la histeria. Pero como la mayor parte de los casos de histeria no son de origen traumático, esta teoría cayó pronto en desuso, junto con el método de investigación. Si ha habido un *shock*, este método puede ser eficaz para la terapia mediante la «abreacción» del contenido traumático. Durante y tras la Primera Guerra Mundial se usó este método para tratar los *shocks* causados por granadas y otros trastornos similares[18].

177 El tercer método, el *análisis anamnésico*, es muy importante como terapia y como método de investigación. En la práctica está formado por una anamnesis cuidadosa, es decir, una reconstrucción del desarrollo histórico de la neurosis. El material que se obtiene de este modo es una serie de hechos más o menos coherentes que el paciente le cuenta al médico en la medida en que consigue recordarlos. Naturalmente, el paciente omite algunos detalles que o no le parecen importantes o ha olvidado. El analista experto, que conoce el curso habitual de un desarrollo neurótico, le plantea al paciente unas preguntas con cuya ayuda se pueden llenar algunos huecos y corregir algunas conexiones defectuosas. A menudo este

17. Cf. *Diagnostische Assoziationsstudien* [los artículos de Jung están en OC 2] y «Consideraciones generales sobre la teoría de los complejos» [OC 8,3].
18. Véase a este respecto la obra clásica de Breuer y Freud, *Studien über Hysterie*, así como Jung, «El valor terapéutico de la abreacción» [OC 16,10].

simple procedimiento ya tiene valor terapéutico, pues capacita al paciente para comprender los factores principales de su neurosis y puede incluso ayudarle a modificar decisivamente su actitud. Naturalmente, es inevitable y necesario que el médico no sólo haga preguntas, sino que además dé algunas indicaciones y explicaciones para mostrarle al paciente las conexiones importantes de las que éste no es consciente. Durante mi actividad como médico militar tuve muchas ocasiones de aplicar esta forma de método anamnésico. Por ejemplo, un recluta de diecinueve años se había puesto enfermo; cuando lo vi, me dijo que tenía nefritis y que el dolor se lo causaba esta enfermedad. Me sorprendió que este joven conociera tan bien su diagnóstico, y él me explicó que un tío suyo tenía la misma enfermedad y los mismos dolores en la espalda. La exploración no encontró indicios de ninguna enfermedad orgánica. Se trataba claramente de una neurosis. Así que le pedí que me contara los antecedentes. Lo más importante era que este joven había perdido muy pronto a sus padres y vivía en casa de su tío, que era su tutor. El chico lo quería mucho. El día antes de ponerse enfermo había recibido una carta en la que su tío le comunicaba que debido a su nefritis volvía a guardar cama. La carta era desagradable, y el chico la tiró en seguida a la basura, sin comprender la causa real de su emoción, que él quería reprimir. Tenía mucho miedo a que su tío muriera, y esto le recordó todo el dolor por la pérdida de sus padres. Cuando comprendió esto, el chico se echó a llorar, con el resultado de que a la mañana siguiente ya se sentía bien. La anamnesis había sacado a la luz su identificación con su tío. Captar los sentimientos oprimidos tuvo un efecto terapéutico.

178 Un caso similar fue el de otro recluta que, cuando lo vi por primera vez, ya llevaba varias semanas sometido a tratamiento médico debido a unos trastornos estomacales. Yo sospechaba que era un neurótico. La anamnesis descubrió el hecho de que su trastorno empezó cuando el recluta recibió la noticia de que su tía (que hacía las veces de su madre) había sido operada debido a un cáncer de estómago. También aquí el descubrimiento de la conexión tuvo éxito curativo. Estos casos sencillos son frecuentes y están al alcance de un análisis anamnésico. Además de hacer conscientes las conexiones inconscientes, lo cual es muy beneficioso, el médico suele dar un buen consejo, una sugerencia o una reprimenda.

179 Este método es en la práctica el adecuado para tratar a los niños neuróticos. En los niños no se puede aplicar el método del análisis de los sueños, que se adentra mucho en lo inconsciente. En la mayor parte de los casos basta con eliminar ciertos obstáculos, lo cual se puede hacer sin grandes conocimientos técnicos. La neurosis de

un niño sería una cosa muy sencilla si por lo general no estuviera conectada con una actitud errónea de los padres. Esta conexión apoya a la neurosis del niño contra las medidas terapéuticas.

180 El cuarto método es el *análisis de lo inconsciente*. Aunque el análisis anamnésico puede sacar a la luz ciertos hechos de los que el paciente no es consciente, no es lo que Freud habría llamado «psicoanálisis». En realidad hay una diferencia notable entre ambos métodos. El método anamnésico se ocupa, como he mostrado, de contenidos conscientes y listos para la reproducción, mientras que el *análisis de lo inconsciente comienza cuando los materiales conscientes están agotados*. Por favor, fíjense en que no denomino «psicoanálisis» a este cuarto método, ya que cedo esta palabra a la escuela de Freud. Lo que éste entiende por psicoanálisis no es simplemente una técnica, sino un método que está conectado dogmáticamente con la teoría sexual de Freud, en la cual se basa. Cuando Freud declaró públicamente que el psicoanálisis y la teoría sexual son inseparables, tuve que tomar otro camino, ya que no consideraba correcta la concepción unilateral de Freud. Por esta razón prefiero denominar a este cuarto método «análisis de lo inconsciente».

181 Antes he subrayado que este método sólo se puede aplicar una vez que los contenidos conscientes están agotados. Esto no quiere decir que el análisis de lo inconsciente sólo es posible una vez que todos los contenidos conscientes han sido estudiados sin obtener una explicación satisfactoria y una solución de la situación de conflicto. El método anamnésico es a menudo una introducción al cuarto método. Mediante un estudio cuidadoso de la consciencia, el médico conoce al paciente y establece con él lo que los viejos magnetizadores y posteriormente los hipnotizadores denominaban *rapport*. El contacto personal es importantísimo, pues es la única base desde la que podemos atrevernos a abordar lo inconsciente. Este factor se pasa muchas veces por alto, y entonces se convierte en una fuente de errores. Como ni siquiera el mejor conocedor de la psicología humana puede conocer la psique de todos los individuos, tiene que confiar en la buena voluntad, es decir, en el buen contacto con el paciente y en que éste informe al médico cuando algo vaya mal. Muy a menudo se producen al principio del tratamiento unos malentendidos de los que el médico no tiene la culpa. La propia esencia de la neurosis implica que el paciente tiene todo tipo de prejuicios que han causado su neurosis y la mantienen viva. Si estos malentendidos no se aclaran rápidamente, queda un resentimiento que arruinará todos los esfuerzos posteriores. Si empezamos el análisis con una fe determinada en una teoría que pretende

haber comprendido por completo la esencia de la neurosis, esto es en apariencia una ayuda ante la difícil tarea, pero de este modo nos arriesgamos a pasar por alto la psicología real del paciente y su individualidad. He visto no pocos casos en que el éxito curativo fue impedido por los presupuestos teóricos; sin excepción, el fracaso se debió a la falta de contacto. Sólo el cumplimiento escrupuloso de la regla de esmerarse en el contacto puede impedir las catástrofes imprevistas. Mientras se perciba el contacto, la atmósfera de confianza natural, no hay peligro; incluso cuando haya que enfrentarse al horror de la locura o a la sombra del suicidio, seguirá existiendo esa esfera de fe humana, esa certeza de comprender y ser comprendido, aunque la noche sea muy oscura. No es en absoluto sencillo establecer ese contacto, y la única manera de conseguirlo es la comparación cuidadosa de los dos puntos de vista y la mayor ausencia posible de presupuestos. La desconfianza mutua o unilateral es un mal comienzo, al igual que la eliminación más o menos violenta de las resistencias mediante la persuasión u otros modos de forzamiento. También es un error la sugestión consciente dentro del procedimiento analítico, ya que el paciente tiene que conservar la sensación de que puede tomar decisiones con libertad. En cuanto descubro el menor indicio de desconfianza o resistencia, lo tomo muy en serio y le doy al paciente la oportunidad de restablecer su contacto. El paciente debería poseer siempre una base segura en su relación consciente con el médico, y a su vez éste necesita el contacto para estar bien informado sobre la consciencia actual del paciente. El médico necesita este conocimiento por razones prácticas importantes: sin él, el médico no sería capaz de comprender correctamente los sueños de su paciente. De ahí que no sólo al principio, sino durante todo el transcurso de un análisis el contacto personal deba ser el objeto principal de la observación, pues sólo el contacto personal impide (en la medida de lo posible) los descubrimientos desagradables y sorprendentes y los finales fatales. Además, el contacto es el medio para corregir la actitud errónea del paciente de modo que éste no tenga la sensación de estar siendo persuadido o incluso engañado contra su voluntad.

182 Me gustaría ilustrar esto con un ejemplo. Un hombre de unos treinta años, muy inteligente e intelectual, vino a mi consulta no para que yo lo tratara, según me dijo, sino para plantearme una pregunta. Me entregó un texto muy amplio que, según me dijo, contenía la historia y el análisis de su caso. Diagnosticó su caso como una neurosis obsesiva, acertadamente, según vi cuando leí su texto, el cual era una especie de biografía psicoanalítica, escrita de una manera muy inteligente y con una introspección notabi-

lísima. Era un auténtico tratado científico, basado en la lectura atenta de buena parte de la bibliografía. Felicité a su autor por haber escrito este texto y le pregunté para qué había venido a verme. El hombre contestó: «Bueno, usted ha leído lo que he escrito. ¿Puede decirme por qué, con todo mi conocimiento, sigo igual de neurótico que antes? De acuerdo con la teoría, yo ya debería estar curado, pues he traído a mi memoria hasta mis recuerdos más antiguos. He leído muchos casos que se curaron con muchísimo menos conocimiento del que yo tengo, ¿por qué soy una excepción? Por favor, dígame qué he pasado por alto o qué estoy reprimiendo aún». Le dije que en ese momento no comprendía por qué su neurosis no se había visto afectada por sus conocimientos realmente sorprendentes. «Pero», continué, «permítame que le pida un poco más de información sobre usted». «Adelante», contestó. Yo dije: «Usted menciona en su biografía que suele pasar el invierno en Niza y el verano en Sankt Moritz. Supongo que sus padres tienen mucho dinero». «¡Qué va!», replicó, «no son ricos». «¿Entonces usted habrá ganado una fortuna por sí mismo». «¡Tampoco!», contestó riendo. «Entonces, ¿de dónde sale el dinero?», pregunté titubeando. «Es muy sencillo: el dinero procede de una mujer que tiene treinta y seis años y es maestra de escuela. Tenemos una relación, ¿sabe usted?», añadió. Esta mujer, unos años mayor que él, vivía con estrecheces y no tenía más dinero que el de su modesto sueldo de maestra. Ahorraba el dinero con la esperanza de casarse algún día con este magnífico *gentleman*, que por supuesto no pensaba ni remotamente en esto. Dije: «¿No piensa usted, mientras explota económicamente a esa mujer, que esto podría ser una de las razones esenciales de por qué usted todavía no está curado?». El hombre se rió de mi, según dijo, absurda alusión moral, que en su opinión no tenía nada que ver con la estructura científica de su neurosis. «Además», dijo, «he hablado de esto con ella, y los dos estamos de acuerdo en que no es importante». Yo repliqué: «Así pues, usted supone que el hecho de haber hablado de esta situación elimina el otro hecho (que usted es mantenido por una mujer pobre). ¿Usted cree que de este modo el dinero del que usted dispone se ha convertido en un bien adquirido legalmente?». El hombre se levantó indignado, murmuró algo sobre los prejuicios morales y se despidió. Es una de las numerosas personas que creen que la moral no tiene nada que ver con la neurosis y que un pecado intencionado no es un pecado mientras se pueda eliminar intelectualmente.

183 Está claro que tuve que comunicar a este señor mis ideas. Si hubiéramos estado de acuerdo en ellas, habría podido tratarlo. Pero si hubiéramos empezado a trabajar dejando de lado la base impo-

sible de su vida, no habríamos llegado a ninguna parte. Con las ideas de este hombre, una persona sólo se puede adaptar a la vida si es un criminal. Pero este paciente no era un criminal, sino un «intelectual» que tenía tanta fe en la fuerza de la inteligencia que creía que una injusticia cometida se puede eliminar mediante el pensamiento. Yo también creo en la fuerza y la dignidad del intelecto, pero sólo si no atenta contra los valores sentimentales. Éstos no son sólo resistencias infantiles. Este ejemplo muestra que el contacto es un factor decisivo.

184 Si en el estadio anamnésico del análisis el material consciente (recuerdos, preguntas, dudas, resistencias conscientes, etc.) ha sido tratado suficientemente, ya se puede pasar al análisis de lo inconsciente. Entramos así en una nueva esfera. A partir de ahora nos ocupamos del proceso anímico vivo, de los *sueños*.

185 Los sueños no son ni meras reproducciones de acontecimientos ni abstracciones de vivencias. Son las manifestaciones sin falsificar de la actividad creativa inconsciente. Frente a la idea de Freud de que los sueños son realizaciones de deseos, mi experiencia con los sueños me hace pensar en una *función compensadora*. Cuando en el análisis la discusión de los contenidos conscientes llega a su fin, empiezan a avivarse las posibilidades hasta entonces inconscientes, y éstas pueden por ejemplo crear los sueños. Voy a poner un ejemplo: una señora mayor, de cincuenta y cuatro años pero bien conservada, me consultó debido a una neurosis que comenzó aproximadamente un año después de la muerte de su marido, desde la cual ya habían transcurrido doce años. Padecía diversas fobias. Naturalmente, me contó una larga historia de la que sólo menciono el hecho de que desde la muerte de su marido ella vive sola en su bella casa del campo. Su única hija está casada desde hace varios años y vive lejos. La paciente es una mujer de cultura superficial y de horizonte espiritual estrecho, y en los últimos cuarenta años no ha aprendido nada nuevo. Sus ideales y convicciones proceden de la célebre época entre 1870 y 1880. Es una viuda fiel que en la medida de lo posible prosigue su matrimonio sin su marido. No tiene ni idea de cuál puede ser la causa de sus fobias; no puede ser una cuestión moral, ya que ella es un miembro digno de la Iglesia. Las personas de este tipo sólo suelen creer en las causas corporales: las fobias tienen que ver con el corazón, el estómago o los pulmones; pero los médicos habían llegado a la conclusión de que a esta señora no le pasaba nada. Ella ya no sabía qué pensar de su enfermedad. Le dije que íbamos a intentar ver qué podían aportar los sueños a la cuestión de sus fobias. Sus sueños tenían en esa época el carácter de instantáneas: un gramófono toca una canción de amor, ella es

joven, se acaba de prometer, su marido es un médico, etc. Estaba claro a qué se refería el sueño. Al explicar este problema evité cuidadosamente denominar a estos sueños «realizaciones de deseos», ya que la paciente tendía a decir esto de sus sueños: «Oh, no son nada más que fantasías, a menudo se sueñan tonterías como éstas». Era muy importante que ella comprendiera que este problema le afectaba personalmente. Los sueños contenían sus intenciones reales, que había que añadir a los demás contenidos de la consciencia para equilibrar su ciega unilateralidad. Digo que los sueños son compensadores porque contienen las ideas, los sentimientos y los pensamientos cuya ausencia en la consciencia deja un agujero relleno de miedo, no de conocimiento. La paciente no quería conocer el sentido de sus sueños porque creía que no sirve de nada pensar en una cuestión a la que no se puede responder de inmediato. Al igual que muchas otras personas, no se daba cuenta de que al reprimir pensamientos desagradables estaba creando algo así como un vacío psíquico que poco a poco se iba llenando de miedo. Si se hubiera atormentado conscientemente con sus pensamientos, habría sabido qué le pasaba y no habría necesitado sentir miedo para sustituir con él el sufrimiento consciente que le faltaba.

186 Está claro que el médico tiene que conocer bien el punto de vista consciente del paciente para tener una base sobre la que comprender la intención compensadora del sueño.

187 Como muestra la experiencia, el significado y el contenido de los sueños siempre están relacionados estrechamente con la situación de la consciencia. Los sueños que se repiten se corresponden a situaciones de consciencia que también se repiten. En este caso es fácil ver a qué aluden los sueños. Pero supongamos que una chica joven y prometida tiene estos sueños; su significado será completamente diferente. Por tanto, está claro que hay que conocer muy bien la situación de la consciencia, pues los mismos motivos oníricos pueden significar en una ocasión una cosa y en otra ocasión lo contrario. Es casi imposible (o no recomendable) interpretar los sueños sin conocer personalmente al soñante. Pero a veces hay sueños comprensibles, especialmente en personas que no saben nada de psicología, sueños cuya interpretación no requiere conocer al soñante. Una vez coincidí en el comedor de un tren con dos extraños. Uno era un señor mayor de muy buen aspecto, y el otro era un hombre de mediana edad y en apariencia inteligente. Averigüé por su conversación que eran militares, probablemente un viejo general y su ayudante. Tras un largo silencio, el hombre mayor le dijo de repente a su acompañante: «¿No es curioso lo que soñamos a veces? Anoche tuve un sueño interesante: soñé *que estaba*

en fila con muchos tenientes jóvenes, y un general nos examinaba. Finalmente llegó mi turno, pero en vez de plantearme una pregunta técnica el general me pidió una definición de la belleza. Intenté sin éxito encontrar una respuesta satisfactoria, y me sentí abochornado cuando el general pasó al siguiente hombre, un comandante muy joven, para plantearle la misma pregunta. El comandante le dio en seguida una respuesta acertada, la misma que yo habría dado si no hubiera sido incapaz de encontrarla. Esto me causó un shock tan fuerte que me desperté». El militar se dirigió de repente e inesperadamente a mí, un desconocido, y me preguntó: «¿Usted cree que los sueños tienen sentido?». «Bueno», dije, «sin duda hay sueños que lo tienen». «Pero ¿qué cree usted que un sueño así puede significar?», me preguntó enérgicamente, con un temblor nervioso en el rostro. Dije: «¿Notó usted algo especial en ese joven comandante? ¿Qué aspecto tenía?». «Tenía el mismo aspecto que yo cuando era un joven comandante». «Pues entonces», dije, «parece que usted ha olvidado o perdido algo de lo que todavía era capaz cuando era un joven comandante. El sueño le llama la atención sobre esto». El militar reflexionó un poco, y dijo: «Eso es, usted tiene razón. Cuando yo era un joven comandante, me interesaba el arte. Pero después estos intereses sucumbieron a la rutina laboral». El militar enmudeció por completo, y nadie más habló. Tras la comida tuve la oportunidad de hablar con el señor que yo creía su ayudante. Éste confirmó mi conjetura sobre el rango del soñante y me contó que yo había puesto el dedo en la llaga, pues el general era conocido y temido como un formalista cuadriculado que se interesaba hasta por menudencias que no le incumbían.

188 Para la actitud general de este hombre habría sido mejor que hubiera conservado y cultivado algunos intereses fuera de su trabajo para no hundirse en la mera rutina, lo cual no era bueno ni para él ni para su trabajo.

189 Si el análisis de este caso hubiera proseguido, yo le habría mostrado al general que es sensato y recomendable adoptar el punto de vista del sueño; él habría comprendido así su unilateralidad y habría podido corregirla. Los sueños tienen un valor enorme a este respecto, pero hay que abstenerse de toda anticipación teórica, pues con ella sólo se despertarían resistencias innecesarias en el paciente. Uno de estos presupuestos teóricos es la idea de que los sueños son siempre realizaciones (reprimidas) de deseos sobre todo de carácter erótico. Es mejor no presuponer nada en el caso concreto, ni siquiera que los sueños son necesariamente compensadores. Cuantos menos presupuestos apliquemos al sueño y a lo que el soñante dice sobre él, más fácilmente llegaremos a su

sentido. Hay sueños sexuales, igual que hay sueños de hambre, de fiebre, de miedo y muchos otros tipos de sueños somatógenos. Estos sueños son claros, y no hace falta mucho trabajo de interpretación para descubrir sus bases instintivas. Basándome en mi amplia experiencia, adopto el punto de vista de que un sueño expresa lo que quiere decir, y que por tanto toda interpretación que presente un sentido no expresado en el propio sueño es errónea. Los sueños no son invenciones premeditadas y arbitrarias, sino fenómenos naturales que no son otra cosa que lo que representan. Los sueños no engañan, no mienten, no manipulan, no disimulan, sino que proclaman ingenuamente lo que son y quieren decir. Sólo son enojosos y desconcertantes porque no los comprendemos. No hacen trucos con los que ocultar algo, sino que dicen su contenido tan claramente como les resulta posible. También sabemos por qué los sueños son tan peculiares y difíciles: la experiencia muestra que los sueños intentan expresar algo que el yo ni sabe ni comprende. Su incapacidad para ser más claros todavía corresponde a la incapacidad de la consciencia para comprender o querer comprender el punto en cuestión. Si, por ejemplo, el general se hubiera concedido durante su, sin duda, agotador trabajo el ocio necesario para reflexionar sobre qué le movía a fisgonear en las mochilas de sus soldados (un asunto que debería haber cedido al suboficial), habría descubierto la causa de sus irritaciones y de sus malos humores y se habría ahorrado el disgusto que mi inocente interpretación le causó. Con un poco de reflexión, el general habría podido comprender por sí mismo el sueño, que era todo lo sencillo y claro que se puede desear. Pero el sueño tiene la propiedad desagradable de que apunta a la mancha ciega; es la propia mancha ciega quien habla en el sueño.

190 Es indiscutible que los sueños le plantean problemas difíciles al psicólogo, hasta el punto de que no pocos psicólogos prefieren pasarlos por alto y sumarse al prejuicio de los legos de que los sueños son disparates. Igual que un mineralogista se equivocará si se deshace de sus piezas porque sólo son unos guijarros sin valor, el psicólogo y médico perderá los conocimientos más profundos de la vida anímica de sus pacientes si con prejuicios e ignorancia desprecia las manifestaciones del alma inconsciente, por no hablar de la solución de la tarea científica que los sueños le plantean al investigador.

191 Como los sueños no son fenómenos patológicos, sino sólo fenómenos normales, la psicología del sueño no es una prerrogativa del médico, sino del psicólogo. Pero en la práctica será sobre todo el médico quien se ocupe de los sueños, pues la interpretación de

éstos es la clave de lo inconsciente. Esta clave la necesita sobre todo el médico que tiene que tratar trastornos neuróticos y psicóticos. Naturalmente, los enfermos tienen un motivo más fuerte para investigar lo inconsciente que los sanos, por lo que tienen una ventaja de la que los sanos no disponen. Muy pocas veces un adulto normal llega a la conclusión de que le falta una parte importante de la educación y dedica su tiempo y su dinero a obtener un conocimiento más profundo y un equilibrio mayor. A las personas cultas de hoy les faltan tantas cosas que es difícil distinguirlas de los neuróticos. Junto a los casos de este tipo, que necesitan decididamente la ayuda médica, hay muchos otros casos a los que les podría ayudar un psicólogo práctico.

192 El tratamiento mediante el análisis de los sueños es una actividad eminentemente educativa cuyos principios y resultados serían importantísimos para curar los males de nuestra época. Por ejemplo, sería muy beneficioso que al menos cierto porcentaje del pueblo conociera el hecho de que no vale la pena acusar a otras personas de los defectos de uno mismo.

193 El material con el que trabajamos al analizar lo inconsciente no son sólo los sueños. Hay unos productos de lo inconsciente a los que denominamos «fantasías». Estas fantasías son o una especie de sueños que tenemos mientras estamos despiertos o una especie de visiones o inspiraciones. Podemos analizarlas del mismo modo que los sueños.

194 Hay dos posibilidades de interpretación, que usamos según la naturaleza del caso a tratar. En primer lugar, el *método reductivo*, cuya intención principal es descubrir los impulsos instintivos que están a la base del sueño. Tomemos como ejemplo los sueños de la señora mayor que he mencionado antes. En este caso es muy importante que la soñante vea y comprenda los hechos instintivos. Por el contrario, en el caso del general sería muy artificial hablar de represión de instintos biológicos, ya que es muy poco probable que él reprimiera sus intereses estéticos; más bien, se dejó apartar de ellos por la fuerza de la costumbre. En su caso, la interpretación de los sueños tendría una intención *constructiva*, ya que intentamos añadir algo a su actitud consciente y hacerla así más rica. Empantanarse en la rutina corresponde a una indolencia y comodidad que es propia del ser humano natural y primitivo que hay en nosotros. El sueño intenta sacarlo de ahí a sustos. Pero en el caso de la señora mayor la comprensión del factor erótico conduce al reconocimiento de la naturaleza femenina primitiva, cuya consciencia es para la paciente más importante que esa ilusión de inocuidad inverosímil y respetabilidad mezquina.

195 Así pues, adoptamos un punto de vista básicamente reductivo en todos los casos en que se trata de ilusiones, ficciones y exageraciones. Por su parte, el punto de vista constructivo lo adoptamos en todos los casos en que o la actitud consciente es más o menos normal, pero puede perfeccionarse o refinarse, o las tendencias inconscientes y desarrollables de lo inconsciente son malentendidas y oprimidas por la consciencia. La interpretación freudiana se caracteriza por el punto de vista reductivo, que conduce a lo primitivo y elemental. En cambio, el punto de vista constructivo intenta sintetizar, construir y dirigir la mirada hacia delante. Es menos pesimista que el punto de vista reductivo, que siempre barrunta ineptitud y quiere disgregar lo complejo en lo sencillo. En ciertos casos puede ser necesario destruir mediante la terapia una forma patológica; pero otras tantas veces o incluso más a menudo convendrá reforzar y proteger lo sano, lo digno de ser conservado, para quitarle de este modo su base a lo patológico. No sólo todo sueño, también toda enfermedad, todo carácter y toda manifestación vital se puede considerar desde el punto de vista reductivo y encontrar al menos la posibilidad de un juicio negativo. Si la investigación se remonta lo suficiente, todos descendemos de ladrones y asesinos, y no es difícil mostrar que la humildad tiene su origen en la arrogancia espiritual, igual que cada virtud en el vicio correspondiente. La decisión a favor de uno u otro punto de vista de la interpretación está reservada al conocimiento y a la experiencia del analista. Sobre la base del conocimiento del carácter y de la situación de consciencia de su paciente, el analista se servirá ora de un punto de vista, ora del otro.

196 En este contexto no están de más unas palabras sobre el simbolismo de los sueños y las fantasías. El simbolismo ha crecido tanto hoy en día que ya tiene el alcance de una ciencia y no se puede explicar mediante unas interpretaciones sexuales más o menos fantasiosas. He intentado situar el simbolismo sobre la única base científica posible: la investigación comparada[19]. Los resultados de este método me parecen significativos.

197 El simbolismo onírico tiene en principio un carácter personal que se puede aclarar mediante las ocurrencias del soñante. Interpretar al margen del soñante no es recomendable, aunque es posible en relación con ciertos simbolismos[20]. Pero para averiguar el significado exacto y matizado personalmente de un sueño es imprescindible contar con la ayuda del soñante. Las imágenes oníricas son equívocas, y nunca debemos suponer que significan lo mismo en otro sueño o en otro soñante. Cierta constancia del significado sólo se da en las imágenes *arquetípicas*[21].

198 El trabajo práctico de la interpretación profesional de los sueños requiere, por una parte, una habilidad y empatía específica y, por otra parte, unos amplios conocimientos de historia de los símbolos. Como sucede en toda actividad psicológica práctica, no basta con el mero intelecto, sino que también hace falta el sentimiento, pues de lo contrario se pasan por alto los importantísimos valores sentimentales del sueño. Y sin ellos es imposible interpretar los sueños. Como el sueño es soñado por el ser humano completo, quien intente interpretarlo habrá de abordarlo con el ser humano completo. *Ars totum requirit hominem* [«El arte requiere al hombre completo»], dice un viejo alquimista. La inteligencia y el conocimiento tienen que participar, pero no deben imponerse al corazón, que a su vez no debe sucumbir al sentimentalismo. En resumen, la interpretación de los sueños es (como el diagnóstico, la cirugía y la terapia) un arte difícil, pero aprendible por las personas idóneas y predestinadas.

III

Señoras y señores:

199 Mediante el análisis de los sueños y las fantasías intentamos comprender las tendencias de lo inconsciente. Cuando digo «tendencias de lo inconsciente», esto suena casi como una personificación de lo inconsciente, como si lo inconsciente fuera un ser que quiere conscientemente. Pero desde el punto de vista científico lo inconsciente no es más que una propiedad de ciertos fenómenos psíquicos. Y no se pueden establecer categorías de unos fenómenos psíquicos que tienen siempre y en todas las circunstancias la propiedad de ser inconscientes. Todo puede ser o volverse inconsciente. Todo lo que una persona olvida o a lo que deja de prestar atención y acaba olvidando se vuelve inconsciente. En general, todo lo que pierde cierta tensión energética se vuelve subliminal. Si sumamos a los recuerdos olvidados las numerosas percepciones, pensamientos y sentimientos subliminales, podemos hacernos

19. Véase mi libro *Transformaciones y símbolos de la libido* [nueva edición: *Símbolos de la transformación*, OC 5]; así como Jung y Kerényi, *Introducción a la esencia de la mitología* [los textos de Jung son OC 9/1, 6 y 7].

20. Véase a este respecto *Psicología y alquimia*, segunda parte: «Símbolos oníricos del proceso de individuación» [OC 12].

21. Véase a este respecto mi artículo «Sobre los arquetipos de lo inconsciente colectivo» [OC 9/1,1].

una idea de cómo son, por decirlo así, las capas superiores de lo inconsciente.

199a De este tipo es el material con el que empezamos ocupándonos en el análisis práctico. Algunos de estos contenidos inconscientes tienen la propiedad peculiar de ser reprimidos por la consciencia. Mediante un acto más o menos intencionado de dejar de prestar atención a ciertos contenidos conscientes y mediante una resistencia activa contra ellos, esos contenidos son expulsados finalmente de la consciencia. La oposición persistente de la consciencia mantiene artificialmente a esos contenidos por debajo del umbral de la capacidad consciente. Este caso particular es un fenómeno habitual sobre todo en la histeria. Es el comienzo del desdoblamiento de la personalidad, que es uno de los rasgos sobresalientes de esta enfermedad. Al margen del hecho de que la represión también se da en personas más o menos normales, la pérdida total de los recuerdos reprimidos es un síntoma patológico. Habría que distinguir conceptualmente de la represión [*Verdrängung*] la *opresión* [*Unterdrückung*]. Si se quiere apartar la atención de un objeto para dirigirla a otro objeto, hay que oprimir los contenidos presentes de la consciencia, pues de lo contrario, si no se les deja de prestar atención, el objeto de interés no cambiará. Normalmente, se puede volver en cualquier momento a los contenidos oprimidos conscientemente; siempre son reproducibles. Pero si se oponen a ser reproducidos, puede tratarse de un caso de represión. En este caso tiene que haber un interés que prefiere el olvido. La opresión no causa olvido, pero la represión sí. Por supuesto, hay un olvido normal que no tiene nada que ver con la represión. La represión es una pérdida artificial de memoria, una amnesia provocada por uno mismo. De acuerdo con mi experiencia no está justificado suponer que lo inconsciente está formado en su totalidad o en su mayor parte por material reprimido. La represión es un proceso excepcional y anormal que resulta especialmente llamativo cuando se trata de la pérdida de unos contenidos con carga sentimental de los que se podría suponer que están adheridos a la consciencia o son fáciles de reproducir. La represión puede tener unas consecuencias similares que las conmociones y otras lesiones del cerebro (¡venenos!) que también provocan una pérdida llamativa del recuerdo. Pero mientras que éstas afectan a todos los recuerdos de un espacio-tiempo determinado, la represión provoca una amnesia *sistemática*, es decir, sólo se sustraen a la memoria unos recuerdos determinados. En estos casos se da una actitud o tendencia de la consciencia que consiste en la intención directa de eludir la mera posibilidad de volver a recordar, por la convincente razón de que

sería penoso o doloroso. En estos casos es adecuado el concepto de represión. Este fenómeno se puede observar muy fácilmente en el *experimento de asociación*, en el que ciertas palabras-estímulo dan con complejos con carga sentimental. En estos puntos tiene lugar muy habitualmente durante la «reproducción» una pérdida o falsificación del recuerdo (amnesia y paramnesia). Los complejos suelen ser cosas desagradables que la persona prefiere olvidar y que no le gusta que le recuerden; además, suelen brotar de unas vivencias e impresiones penosas o dolorosas.

200 Pero esta regla tiene ciertas restricciones. A veces unos contenidos importantes desaparecen de la consciencia sin dejar la menor huella de represión. Desaparecen automáticamente, con gran pesar del afectado y no como consecuencia de un interés consciente que haya provocado esta pérdida o incluso se alegre de ella. No estoy hablando del olvido normal, que no es más que un descenso natural de la tensión energética, sino de los casos en que un motivo, una palabra, una imagen o una persona desaparecen del recuerdo sin dejar rastro y reaparecen más adelante en un lugar significativo como *criptomnesias*[22]. Recuerdo, por ejemplo, una conversación con un escritor que posteriormente éste describió detalladamente en su autobiografía. Pero en su descripción falta el plato fuerte: una pequeña conferencia que le di sobre el surgimiento de ciertos trastornos anímicos. Este recuerdo le faltaba al escritor. Pero reapareció muy adecuadamente en otro libro suyo dedicado a este tema. Al fin y al cabo, no estamos determinados sólo por el pasado, sino también por el futuro, que con mucha antelación ya está depositado en nosotros y se va desarrollando poco a poco desde nosotros. Esto sucede muy especialmente en una persona creativa que no conoce sus numerosas posibilidades, aunque todas están listas en ella. Por eso, es fácil que una de estas disposiciones todavía inconscientes sea tocada por una observación «casual» o por algún acontecimiento, sin que la consciencia sepa que algo ha despertado y qué es eso. El resultado saldrá a la luz tras mucho tiempo de incubación. Muchas veces, el motivo original queda sumergido para siempre. El contenido todavía no consciente se comporta exactamente igual que un complejo habitual. Irradia sobre la consciencia y provoca que los contenidos de la consciencia que están relacionados de alguna manera con él o adquieran demasiado valor (es decir, se mantengan en la consciencia demasiado tiempo) o se vean expuestos a una desaparición repentina, pero no me-

22. He descrito un caso de este tipo en Nietzsche en mi tesis doctoral *Acerca de la psicología y la patología de los llamados fenómenos ocultos* [OC 1,1].

diante la represión desde arriba, sino mediante la atracción desde abajo. Incluso se descubren unos contenidos inconscientes gracias a la existencia de «agujeros» o eclipses en la consciencia, como podríamos llamarlos. Por tanto, vale la pena fijarse bien cada vez que se tiene la sensación de haber pasado por alto u olvidado algo. Si suponemos que lo inconsciente está formado básicamente por represiones, no podemos imaginarnos una actividad creativa en lo inconsciente, y llegamos lógicamente a la conclusión de que los eclipses no son nada más que efectos secundarios de una represión. Pero de este modo nos estamos extraviando: la explicación mediante la represión se extiende indebidamente, y lo creativo no es tomado suficientemente en consideración. Se exagera el causalismo, y la creación cultural es interpretada como una actividad sustitutiva e impropia. Esta idea no es sólo desabrida, sino que además deja sin valor a lo bueno de la cultura. Se produce la impresión de que la cultura sólo es un largo lamento sobre la pérdida del paraíso, con su infantilismo, barbarie y primitividad. De manera neurótica se conjetura que en tiempos inmemoriales un padre malvado prohibió mandar a los hijos bajo la pena de castración. El mito de la castración se convierte así, de una manera un poco demasiado drástica y con muy poco tacto psicológico, en el mito etiológico de la cultura. Surge así una pseudo-explicación del «malestar» en la cultura[23], y se barrunta constantemente un lamento por un paraíso perdido que tuvimos alguna vez. Quien esté cansado de Europa se habrá podido convencer en los últimos años de que la estancia en ese jardín de infancia, con su ruda barbarie, es mucho más desagradable que la cultura hasta 1933. Sospecho que el «malestar» en la cultura tiene unas causas muy personales. También mediante teorías es posible cerrarle el paso al conocimiento. En la práctica, la doctrina de la represión de la sexualidad infantil o del trauma infantil ha servido innumerables veces para apartar la atención de las causas reales de la neurosis[24]: de esas comodidades, negligencias, omisiones, deseos, maldades y otros egoísmos para cuya explicación no hace falta una compleja teoría sexualista de la represión. Hay que saber que no sólo el neurótico, sino toda persona prefiere naturalmente (es decir, mientras carezca de conocimiento) no buscar en sí misma las causas de un problema, sino apartarlas espacial y temporalmente lo más posible de sí misma; de lo contrario correría el peligro de tener que corregir algo. Frente

23. Cf. Freud, *El malestar en la cultura.*

24. Véase el caso antes mencionado del joven que veraneaba en la Riviera y Engadina.

a este riesgo parece mucho más beneficioso echar la culpa a otros o, si no puedo negar que soy culpable, suponer que la culpa surgió en mi primera infancia sin que yo me enterara. No recuerdo cómo fue, pero suponemos que si yo lo recordara mi neurosis desaparecería. Los esfuerzos por recordar tienen todo el aspecto de una actividad intensa y además tienen la ventaja de que nos apartan del auténtico tema. De ahí que también desde este punto de vista parezca recomendable proseguir la caza de un posible trauma.

201 Este argumento tan agradable no exige revisar la actitud actual ni abordar los problemas que se plantean hoy. Es indudable que muchas neurosis se anuncian ya en la infancia con vivencias traumáticas y que la nostalgia de la irresponsabilidad infantil es para ciertos pacientes una tentación cotidiana, pero también es verdad que (por ejemplo) la histeria fabrica vivencias traumáticas si no existen, y de este modo el paciente se engaña a sí mismo y al médico. Además, hay que explicar por qué la misma vivencia es traumática para un niño y no para otro.

202 La ingenuidad no es conveniente en la psicoterapia. El médico, al igual que el educador, ha de tener siempre presente la posibilidad de ser engañado consciente o inconscientemente, y no sólo por sus pacientes, sino sobre todo por sí mismo. La tendencia a vivir en ilusiones y a creer en una ficción de sí mismo (ya sea buena o mala) es casi irresistible. El neurótico es una persona que es víctima de la ilusión. Pero quien es engañado se engaña a sí mismo. Todo puede servir de camuflaje y de escapatoria. El psicoterapeuta tiene que saber que, si cree en una teoría y en un método determinado, puede ser engañado por ciertos casos, a saber: por los casos que tienen la habilidad de esconderse tras los ornamentos de la teoría y que utilizan el método para ocultar su escondrijo.

203 Como no hay nada de lo que no se pueda hacer un mal uso, las teorías de la neurosis y los métodos de tratamiento son una cosa problemática. Me echo a reír cada vez que un médico de balneario con un sentido comercial muy agudo dice que trata a sus pacientes a la manera de «Adler», «Künkel», «Freud» o incluso «Jung». Estas cosas no existen ni pueden existir; y si suceden, son un camino seguro hacia el fracaso. Si trato al señor X, estoy obligado a emplear el método X, y con la señora Z el método Z. Es decir, los caminos y los medios del tratamiento los determina sobre todo la naturaleza del enfermo. Todas las experiencias y los puntos de vista psicológicos, procedan de una u otra doctrina, pueden ser útiles en algún caso. Un sistema doctrinal como el de Freud o el de Adler está formado por reglas prácticas y por ideas favoritas (de acuerdo con su temperamento) de los autores. Siguiendo la vie-

ja patología, que inconscientemente veía con Paracelso las enfermedades como *entia* (seres)[25], pareció posible describir la neurosis como un cuadro clínico preciso y específico. También se abrigó la esperanza de atrapar la esencia de la neurosis con las categorías de una doctrina y expresarla con unas fórmulas sencillas. Como este intento salió bien, se puso en primer plano todo lo que en una neurosis es inesencial y se ocultó el único aspecto importante de esta enfermedad: que siempre es un fenómeno individual. La terapia real y eficaz para la neurosis es siempre individual, por lo que empecinarse en utilizar una teoría o un método determinado es un error muy grave. Si en algún lugar ha quedado claro que no hay enfermedades, sino individuos enfermos, es en las neurosis. Aquí encontramos los cuadros clínicos más individuales, y además en las neurosis descubrimos a menudo contenidos (partes de la personalidad) que caracterizan individualmente al enfermo mejor que su presencia pública, tal vez demasiado insulsa. Como las neurosis son muy individuales, formularlas teóricamente es una tarea casi imposible, pues la teoría sólo puede hablar de los rasgos colectivos, es decir, comunes a muchos individuos. Y esto es lo menos importante o incluso lo irrelevante en la enfermedad. Junto a esta dificultad hay otra: que a toda frase psicológica, a toda verdad relativa a la psique, para que sea completamente verdadera, hay que darle de inmediato la vuelta. Así, una persona puede ser neurótica porque reprime o porque no reprime; porque su cabeza está llena de fantasías sexuales infantiles o porque no las tiene; porque está inadaptada infantilmente al entorno o porque está demasiado (es decir, exclusivamente) adaptada al entorno; porque vive de acuerdo con el principio de placer o porque no vive de acuerdo con él; porque es demasiado inconsciente o porque es demasiado consciente; porque es egocéntrica o porque apenas se presta atención a sí misma, etc. Estas antinomias, que podríamos seguir enumerando, muestran claramente que la tarea de elaborar teorías en este campo es muy difícil e ingrata.

204 Yo mismo he renunciado desde hace mucho tiempo a elaborar una teoría unitaria de la neurosis, y la he reducido a unos pocos puntos de vista muy generales, como disociación, conflicto, complejo, regresión y *abaissement du niveau mental*, que son componentes imprescindibles de una neurosis; es decir, toda neurosis se caracteriza por la disociación y el conflicto, posee complejos y muestra los fenómenos de la regresión y el *abaissement*. A estas frases no

25. Cf. Jung, «Paracelso como fenómeno espiritual» [OC 13,4].

se les puede dar la vuelta, según la experiencia. Pero ya con el frecuente fenómeno de la represión empieza la antinomia, pues a la frase «El mecanismo principal de la neurosis es la represión» se le puede dar la vuelta, ya que en vez de la represión sucede a menudo lo contrario, un *alejamiento* que corresponde al fenómeno, frecuente en los primitivos, de la «pérdida del alma»[26], la cual no es una represión, sino claramente un asalto que se intenta explicar mediante la magia. Estos fenómenos de orden originalmente mágico no han desaparecido en el «hombre civilizado».

205 Una teoría de las neurosis es una empresa precipitada además porque todavía no hemos acabado de captar los hechos. Por ejemplo, la investigación comparada de lo inconsciente apenas está empezando.

206 Las teorías precipitadas son peligrosas. Así, la teoría de la represión, cuya validez en un marco patológico determinado es indiscutible (hasta llegar a dar la vuelta a la frase), ha sido extendida al campo de los procesos creativos, de modo que el producto cultural ha quedado relegado al segundo plano de los productos sustitutivos. Al mismo tiempo, algo tan sano como lo creativo cae en la penumbra de la neurosis, que en muchos casos es sin duda un producto de la represión. Al final, lo creativo ya no se puede distinguir de lo patológico. El ser humano creativo sospecha que está enfermo, y últimamente el neurótico se imagina que su neurosis es un arte o al menos una fuente del arte. Estos «artistas» desarrollan un síntoma característico: evitan la psicología porque temen que este monstruo devore su «fuerza creativa». ¡Como si un tropel de psicólogos pudiera hacer algo contra un dios! La verdadera productividad es una fuente que no se puede tapar. ¿Hay alguna artimaña en la Tierra con cuya ayuda se pueda impedir producir a los grandes maestros, a Mozart o a Beethoven? La fuerza creativa es más fuerte que el ser humano. Y si no lo es, es débil y alimenta en condiciones favorables a un pequeño talento. Pero si la fuerza creativa es una neurosis, a menudo basta una sola palabra, una sola mirada, para disolver la ilusión. Entonces, el presunto poeta ya no puede escribir poemas, al pintor se le ocurren menos cosas y peores que antes, ¡y toda la culpa es de la psicología! Ya me gustaría a mí que el conocimiento psicológico tuviera este efecto desinfectante y acabara con el elemento neurótico que hace del arte de hoy un problema poco placentero. La enfermedad nunca es beneficiosa para lo creativo; al contrario, es su obstáculo más fuerte.

26. En Sudamérica, «pérdida de la gana». Cf. Hermann Keyserling, *Südamerikanische Meditationen*, pp. 153 ss.

Disolver una represión no puede destruir lo realmente creativo, y tampoco se puede agotar lo inconsciente.

207 Lo inconsciente es la madre creativa de la consciencia. A partir de lo inconsciente se desarrolla la consciencia en la infancia, igual que surgió en los tiempos más remotos de la primitividad cuando el ser humano llegó a ser tal. Me han preguntado muchas veces cómo surgió la consciencia a partir de lo inconsciente. Tengo que decir que el único camino para responder consistiría en hacer una inferencia desde las experiencias actuales a los acontecimientos que están ocultos en el abismo del pasado, más allá del ámbito de la ciencia. No sé si esta inferencia está permitida. Pero tal vez en esos tiempos remotos la consciencia surgió de la misma manera que sigue surgiendo hoy. Hay dos caminos diferentes por los que la consciencia surge: uno es un momento de gran tensión emocional, comparable a esa escena de la ópera de Wagner *Parsifal* en la que Parsifal, en el instante de la mayor tentación, comprende de repente el significado de la herida de Amfortas. El otro camino es un estado contemplativo en el que las ideas se mueven como las imágenes oníricas. De repente se produce entre dos ideas aparentemente inconexas y lejanas una asociación que libera una tensión latente. Este momento opera como una revelación. La consciencia parece surgir siempre como consecuencia de la descarga de una tensión energética de naturaleza exterior o interior. Muchos de los recuerdos infantiles más antiguos, pero no todos, conservan las huellas de este encendido repentino de la consciencia. Al igual que las leyendas de los primeros tiempos de la historia, algunos de ellos son restos de hechos reales, y otros son puramente mitológicos; con otras palabras: unos son de origen exterior, otros de origen interior. Estos últimos son a menudo muy simbólicos y tienen mucha importancia para la vida psicológica posterior del individuo. La mayor parte de las primeras impresiones de la vida se olvidan rápidamente y forman la capa infantil de lo *inconsciente personal*, como yo lo llamo. Tengo ciertas razones para dividir así lo inconsciente. Lo inconsciente personal contiene todo lo olvidado o reprimido y todo lo que se ha vuelto subliminal de otra manera y que el individuo había adquirido consciente o inconscientemente. Estos materiales tienen una marca inequívocamente personal. Pero también hay otros contenidos que parecen ajenos al individuo y que a menudo apenas tienen huellas de propiedades personales. Estos materiales se encuentran a menudo en los enfermos mentales, donde contribuyen no poco a la confusión y desorientación del paciente. También en los sueños de

los normales aparecen a veces estos contenidos ajenos. Cuando se analiza a un neurótico y se compara su material inconsciente con el de un esquizofrénico, se percibe en seguida una diferencia considerable. En el neurótico, el material es sobre todo de origen personal. Sus pensamientos y sus sentimientos se mueven en la esfera de su familia y de su sociedad; pero en el caso de la enfermedad mental la esfera personal desaparece muy a menudo tras las ideas colectivas. El enfermo oye la voz de Dios, su visión le muestra unos movimientos cósmicos, y es como si hubiera desaparecido el velo que hasta entonces había ocultado a su espíritu un mundo de ideas y emociones. Casi de inmediato el enfermo empieza a hablar de espíritus, demonios, hechicería, persecuciones mágicas secretas, etc. No es difícil adivinar de qué mundo se trata: es el mundo del espíritu primitivo, que es profundamente inconsciente mientras todo va bien, pero que asciende desde esta profundidad cuando la consciencia se tropieza con algo funesto. A esta capa impersonal del alma la denomino «lo inconsciente colectivo». Es colectivo porque no es algo adquirido individualmente, sino el funcionamiento de la estructura cerebral heredada, que en términos generales es la misma en todos los seres humanos, en cierto sentido incluso en todos los mamíferos. El cerebro heredado es el resultado de la vida ancestral. Está formado por los sedimentos o las correspondencias estructurales de esas actividades psíquicas que se repitieron innumerables veces en la vida de los antepasados. A la inversa, el cerebro heredado también es el tipo y autor existente *a priori* de la actividad correspondiente. No me atrevo a decidir qué fue primero, el huevo o la gallina.

208 Nuestra consciencia individual es una superestructura sobre lo inconsciente colectivo, de cuya existencia aquélla no suele tener la menor idea. Lo inconsciente colectivo influye sólo ocasionalmente sobre nuestros sueños, y cuando esto sucede se producen unos sueños extraños y maravillosos de belleza peculiar, o de terror demoníaco o de sabiduría enigmática, unos sueños «grandes», como ciertos primitivos los llaman. La gente suele ocultar estos sueños como un secreto precioso, y hacen bien. Estos sueños tienen una importancia enorme para el equilibrio psíquico del individuo. A menudo van mucho más allá de su horizonte espiritual y adquieren así validez para muchos años como una especie de mojón espiritual, aunque nunca sean entendidos por completo. No sirve de nada interpretar reductivamente estos sueños, pues su valor y sentido real está en ellos mismos. Son una especie de vivencias espirituales que se resisten a todo intento de racionalización. Para ilustrar lo

que quiero decir, voy a contarles el sueño de un joven estudiante de teología[27]. No conozco personalmente al soñante, por lo que mi influencia está excluida. Este hombre soñó que *se encuentra ante una figura excelsa y sacerdotal denominada «el mago blanco», aunque está vestido con una larga túnica negra. Acababa de concluir un largo discurso con las palabras: «Y para esto necesitamos la ayuda del mago negro». Entonces se abrió de repente una puerta, y otro anciano entró, el «mago negro», que llevaba una túnica blanca. También él era bello y excelso. El mago negro quería decirle algo al mago blanco, pero no se atrevía a hacerlo en presencia del soñante. Entonces el mago blanco le dijo, señalando al soñante: «Habla, él es inocente». El «mago negro» empezó a contar una extraña historia sobre cómo había encontrado las llaves perdidas del paraíso y añadió que no sabía cómo usarlas. Dijo que había venido aquí para que el mago blanco le explicara el misterio de las llaves. El mago negro le contó al mago blanco que el rey del país en que vivía buscaba una tumba adecuada para sí mismo. Por casualidad sus súbditos habían desenterrado un viejo sarcófago que contenía los restos mortales de una doncella. El rey abrió el sarcófago, sacó los huesos y ordenó que enterraran de nuevo el sarcófago vacío para usarlo más adelante. Pero en cuanto los huesos quedaron a la luz del día, la persona a la que pertenecieron (la doncella) se transformó en un caballo negro que huyó al desierto. El mago negro lo persiguió por el desierto y más allá de él, y tras muchas vicisitudes y dificultades encontró las llaves perdidas del paraíso.* Así acabó su historia, y con ella por desgracia también el sueño.

209 Pienso que este sueño puede aclarar la diferencia entre el sueño habitual, personal, y el sueño «grande». Sin necesidad de analizarlo, cualquier persona puede comprender el significado de este sueño, y todo el mundo estará de acuerdo conmigo en que ese sueño procede de «otra capa» que el sueño habitual, de todas las noches. Tocamos en este sueño problemas de gran importancia, y casi nos sentimos tentados a permanecer durante algún tiempo en este objeto. Nuestro sueño nos sirve aquí sólo de ejemplo de la actividad de unas capas más profundas que lo inconsciente personal. El propio sentido manifiesto del sueño adquiere un aspecto muy particular cuando tomamos en consideración que el soñante es un joven teólogo. Como vemos, la relatividad del bien y el mal se le presenta de una forma impactante. Por tanto, sería conveniente que le preguntáramos sobre este problema, y sería interesante averiguar qué tiene que decir un teólogo sobre esta cuestión eminentemente psicológica. También interesaría mucho al psicólogo saber cómo se enfrenta un teólogo al hecho de que lo inconsciente, pese a la distinción de dos mitades contrapuestas, muestra claramente la identidad de las mismas. No es probable que un joven teólogo haya pensado conscientemente algo tan herético. ¿Quién piensa esos pensamientos? Si recordamos que en no pocos sueños aparecen motivos mitológicos que el soñante desconoce por completo, tendremos que plantearnos varias preguntas: ¿de dónde procede ese material que el soñante nunca se ha encontrado en su vida consciente?, ¿quién o qué piensa esos pensamientos en ese lenguaje, unos pensamientos que van más allá del horizonte del soñante[28]? En los sueños y en ciertas psicosis nos encontramos a menudo con material arquetípico, es decir, con ideas y conexiones cuyas correspondencias exactas están en los mitos. A partir de estos paralelos he llegado a la conclusión de que hay una capa de lo inconsciente que funciona exactamente igual que esa psique arcaica que produjo los mitos.

210 Aunque los sueños con correspondencias mitológicas no son infrecuentes, la aparición de lo inconsciente colectivo (como yo denomino a esta «capa» mítica) es uno de esos acontecimientos insólitos que sólo se producen si se dan unas condiciones particulares. Lo inconsciente colectivo aparece en los sueños de fases importantes de la vida. Muchos de los sueños infantiles más antiguos que las personas pueden recordar contienen unos mitologemas sorprendentes; los arquetipos también se observan en la literatura y el arte; y (*last not least*) tanto la experiencia religiosa como los dogmas son ricos en imágenes arquetípicas.

211 Lo inconsciente colectivo no es un problema práctico en el caso de los niños, ya que en ellos lo más importante es la adaptación al entorno. Su conexión con la inconsciencia primitiva se tiene que disolver, ya que es un obstáculo importante para el desarrollo de la consciencia, y los niños necesitan sobre todo este desarrollo. Pero si aquí yo tuviera que hablar de la psicología del ser humano en la segunda mitad de la vida, tendría que decir muchas cosas más sobre el significado de lo inconsciente colectivo. Hay que tener en cuenta que nuestra psicología cambia no sólo en correspondencia con el predominio momentáneo de unos impulsos instintivos determinados o de ciertos complejos, sino también en correspon-

27. Véase también Jung, «Sobre los arquetipos de lo inconsciente colectivo» [OC 9/1,1]; «Acerca de la fenomenología del espíritu en los cuentos populares» [OC 9/1,8] y *Las relaciones entre el yo y lo inconsciente* [OC 7,2].

28. No quiero ofender al soñante de este sueño, al que no conozco. Pero pienso que este joven de veintidós años no podía ser consciente en todo su alcance del problema planteado en su sueño.

dencia con la edad individual. No cometamos el error de atribuir a un niño la psicología de un adulto, de tratar a un niño como a un adulto. Sobre todo, el trabajo con un niño no puede ser tan sistemático como el trabajo con un adulto. El análisis real y sistemático de los sueños apenas es posible, ya que en los niños no se debe subrayar innecesariamente lo inconsciente: se puede provocar una especie de curiosidad malsana o crear una precocidad y una autoconsciencia anormales si se entra en detalles psicológicos que sólo son interesantes para el adulto. Al tratar a niños difíciles, el psicólogo ha de guardarse su conocimiento de la psicología, ya que lo más necesario con los niños es la sencillez y el sentido común[29]. Los conocimientos analíticos han de beneficiar sobre todo a la actitud del educador, ya que es un hecho conocido que los niños tienen un instinto casi inquietante para las deficiencias personales del educador: perciben mejor de lo que nos gustaría si algo es auténtico o falso. Por eso, el pedagogo debería prestar mucha atención a su propio estado anímico y averiguar a qué se debe que las cosas no vayan bien con los niños que le han confiado. El pedagogo puede ser la fuente inconsciente del problema. Naturalmente, no podemos ser ingenuos a este respecto: hay personas (tanto médicos como pedagogos) que piensan en secreto, no públicamente, que una persona con autoridad puede comportarse como le plazca y que el niño tiene que adaptarse por las buenas o por las malas, pues más adelante la vida real tratará de la misma manera al joven. Estas personas están convencidas en secreto, no públicamente, de que lo único que cuenta es el éxito palpable y que el único límite moral realmente convincente es el policía respaldado por el código penal. Si la adaptación incondicionada a los poderes del mundo es el principio de fe supremo, no debemos esperar introspección psicológica de la persona con autoridad y convertir esto en un deber moral. Quien profesa una cosmovisión democrática no puede admitir esa actitud, pues cree en una división justa de las cargas y los beneficios. No es verdad que el educador sea siempre quien educa a otros y que el niño sólo sea quien recibe la educación. Pues también el educador es una persona falible, y el niño que él educa refleja sus errores. Por tanto, conviene que el educador tenga la mayor claridad posible sobre sus propias ideas y en especial sobre sus errores. Tal como una persona es, también serán su verdad última y su influencia más fuerte.

29. Estos últimos no se deben equiparar a la ignorancia. Para, por ejemplo, tratar una neurosis infantil o a un niño difícil de educar, pueden hacer falta conocimientos profundos.

212 Para describir la psicología de las neurosis infantiles no sirve de mucho una sistemática general, ya que con excepción de unas pocas formas de enfermedad predominan los estados incomparables, individuales, como también sucede en las neurosis de los adultos. Tanto en uno como en otro caso los diagnósticos y las clasificaciones importan poco frente a la peculiaridad individual de cada paciente. En vez de una descripción general, prefiero exponerles unos ejemplos de casos que debo a la valiosa colaboración de mi discípula la señora F. Wickes, que fue maestra y psicóloga del colegio Santa Ágata de Nueva York[30].

213 El primer caso es el de un niño de siete años. Un médico lo diagnosticó como defectuoso espiritualmente. El niño presenta trastornos de coordinación al andar, desvía un ojo y tartamudea. Tiene unos ataques repentinos de ira con los que revoluciona la casa, pues arroja objetos y amenaza con matar a la familia. Le encanta gastar bromas y mostrarse poderoso. En el colegio atormenta a otros niños. No sabe leer, no tiene el nivel de los niños de su edad. Tras haber ido al colegio durante aproximadamente seis meses, los ataques de ira aumentaron, hasta llegar a ser varios en un día. Este niño es el primogénito, fue feliz y amable hasta los cinco años y medio, pero entre los tres y los cuatro años se desarrollaron unos ataques nocturnos de miedo. Aprendió a hablar muy tarde. Su lengua había crecido demasiado, y lo operaron. Pero el niño seguía sin hablar con claridad. A los cinco años y medio se observó que no le habían cortado correctamente los ligamentos; se solucionó este problema. Cuando el niño tenía cinco años, nació su hermano. Al principio estaba encantado, pero después pareció odiarlo en ocasiones. Cuando su hermanito aprendió a andar, lo cual sucedió muy pronto, nuestro paciente empezó a tener ataques de ira. Se mostraba rencoroso, y esto alternaba con humores de amor y arrepentimiento. Como estos ataques de ira parecían provocados por unos hechos insignificantes, nadie pensó en los celos. A medida que los ataques de ira aumentaron, decrecieron los miedos nocturnos. El niño fue sometido a unos exámenes de inteligencia que le acreditaron una capacidad muy alta para pensar. El niño se entusiasmaba con cada éxito y se volvía muy sociable cuando lo animaban, pero los fracasos lo irritaban. Se consiguió hacer comprender a sus padres que los ataques de ira eran unas manifesta-

30. La señora Wickes es la conocida autora de los libros *The Inner World of Childhood* y *The Inner World of Man*. El primero de ellos, que recomiendo especialmente a los padres y los educadores, se ha publicado en alemán con el título *Analyse der Kindesseele*; el segundo, con el título *Von der inneren Welt des Menschen*.

ciones compensadoras de poder que el niño desarrollaba cuando percibía su propia impotencia; primero cuando vio que su hermanito era elogiado y admirado porque hacía con gran facilidad lo que a él le resultaba imposible, y después cuando en el colegio tuvo que competir con los otros niños en condiciones desiguales. Fue feliz mientras fue el único hijo, al que sus padres prestaban una atención especial debido a su desgracia; pero cuando el niño intentó seguir el ritmo de los demás en unas condiciones tan desiguales, se comportó como un animal salvaje que intenta romper sus cadenas. Los ataques de ira, que (como decía su madre) se producían sobre todo «cuando algo iba un poco mal», estaban ligados muchas veces a los instantes en que a su hermanito le pedían que mostrara ante las visitas sus progresos en hablar.

214 La relación del niño con la psicóloga no tardó en ser muy buena, y él la llamaba su «amiga». El niño empezó poco a poco a hablar sin caer en sus ataques de ira. No quería contar sus sueños, pero fantaseaba sobre su intención de matar a todo el mundo y de cortarles la cabeza con una espada grande. Un día se interrumpió de repente y dijo: «Esto lo haré de verdad. ¿Qué le parece a usted?». La psicóloga se echó a reír y contestó: «Yo pienso lo mismo que tú. Eso es un disparate». El niño admiraba un cartel que representaba a san Nicolás. La psicóloga se lo regaló y le dijo: «Tú, san Nicolás y yo sabemos que eso es un disparate». Su madre colocó el cartel en la ventana, y el día siguiente el niño lo vio durante un ataque de ira. Se calmó de repente y dijo: «San Nicolás, eso es un disparate», e hizo lo que antes no quería hacer. Entonces empezó a ver sus ataques de ira como algo de lo que disfrutaba y utilizaba para un fin determinado. Mostró mucha inteligencia al comprender sus motivos. Sus padres y sus maestros se pusieron de acuerdo en elogiar sus esfuerzos, y no sólo lo que alcanzaba. Le hicieron notar que era el «hijo mayor». Prestaron mucha atención a los ejercicios lingüísticos. Lentamente el niño controló sus ataques de ira. Durante algún tiempo los viejos miedos nocturnos fueron más frecuentes y los ataques de ira disminuyeron, pero luego fueron menos frecuentes.

215 No se puede esperar que un trastorno que empezó muy pronto como consecuencia de inferioridades orgánicas se cure de inmediato. Pasarán varios años antes de que se alcance una adaptación completa. Está claro que esta neurosis se basa en un sentimiento intenso de inferioridad. Es un caso típico de la psicología de Adler: el complejo de poder basado en la inferioridad. La sintomatología muestra claramente que la neurosis intenta compensar la falta de talento.

216 El segundo caso es el de una niña de unos nueve años. Durante tres meses tuvo una temperatura inferior a la normal y no pudo ir al colegio. No había otros síntomas, aparte del descenso del apetito y del aumento del cansancio. El médico no encontró una causa de este estado. Su padre y su madre estaban convencidos de poseer la confianza plena de su hija y aseguraban que no sufría ni era infeliz. Finalmente, la madre le contó a la psicóloga que ella y su marido no eran felices juntos, pero que nunca hablaban de sus dificultades ante la niña y que ésta no era consciente de ellas. La madre quería divorciarse, pero no deseaba los cambios que esto implicaría. Así que todo quedó entre los padres como una cuestión abierta. Durante este tiempo no se esforzaron en resolver las dificultades que los hacían infelices. Ambos tenían un cariño inapropiado y posesivo a su hija. Ésta tenía un complejo paterno muy fuerte. Muchas noches dormía en la habitación de su padre, en una camita al lado de la cama de él, y por la mañana pasaba a la cama de su padre. La niña contó este sueño: *«Visité con mi padre a mi abuela, que estaba en un barco grande. Ella quería que yo la besara e intentó abrazarme, pero a mí ella me daba miedo. Mi padre dijo: "Yo besaré a la abuela". Yo no quería que él lo hiciera. Temía que le sucediera algo. Entonces el barco se marchó, y no conseguí encontrar a nadie y me asusté»*.

217 La niña soñó varias veces con su abuela. Una vez, su abuela era como una boca muy abierta: *«Soñé con una serpiente grande. Salió de debajo de mi cama y jugó conmigo»*. La niña hablaba a menudo del sueño de la serpiente y tuvo uno o dos sueños muy parecidos. El sueño de la abuela lo contó de mala gana, pero a continuación confesó que cada vez que su padre se marchaba ella temía que no volviera. La niña había adivinado la situación de sus padres y le contó a la psicóloga que sabía que su madre no quería a su padre; pero prefería no hablar de esto, «pues sería penoso para sus padres». Cada vez que su padre se iba de viaje de negocios, la niña temía que abandonara a la familia. La niña se dio cuenta también de que su madre era más feliz cuando su padre no estaba. Su madre comprendió que de este modo no ayudaba a su hija, sino que el hecho de que la situación no se arreglara la hacía enfermar. Sus padres tenían dos opciones: o se enfrentaban a sus dificultades e intentaban llegar a un acuerdo o, si esto era imposible, se separaban. Finalmente decidieron separarse y explicaron a la niña la situación. La madre estaba convencida de que la separación sería perjudicial para la niña, pero la salud de la niña mejoró en cuanto la situación real se expuso abiertamente. Le dijeron que ella no se iba a separar de ninguno de sus padres, sino que tendría dos casas;

y aunque dividir el tiempo sea una solución defectuosa para cualquier niño, esta niña estaba tan aliviada por haber dejado de ser la víctima de sus miedos e intuiciones que recuperó la salud de antes y la alegría de ir al colegio y jugar.

217a Un caso como éste es a menudo un enigma para el médico práctico, que busca sin éxito una causa orgánica del trastorno y no sabe que debería buscar en otro lugar, ya que ningún libro de medicina indica la posibilidad de que las dificultades psíquicas entre el padre y la madre puedan ser la causa de la temperatura inferior a la normal de una niña. El analista sí que conoce estas causas. Un niño es una parte de la atmósfera psicológica de sus padres, por lo que las dificultades secretas e irresueltas pueden ejercer una influencia considerable sobre su salud. La *participation mystique*, es decir, la identidad inconsciente primitiva, hace que el niño perciba los conflictos de sus padres y sufra como si fueran suyos. El efecto venenoso no lo tiene el conflicto patente, la dificultad visible, sino las dificultades y los problemas de los padres mantenidos en secreto o inconscientes. El instigador de estos trastornos neuróticos es, sin excepción, lo inconsciente. Las cosas que están en el aire y que el niño percibe de manera imprecisa, la atmósfera oprimente de temores y desconcierto, se infiltran lentamente en el alma del niño y la envenenan.

218 Lo que esta niña parecía sentir con más fuerza era lo inconsciente de su padre. Cuando un hombre no tiene una relación real con su mujer, busca naturalmente una solución. Si el hombre no es consciente de esto o reprime fantasías de este tipo, su interés retrocede al recuerdo de su madre y busca inmediatamente a su hija (si ésta existe). A esto se le denomina «incesto inconsciente». No se puede responsabilizar sin más a una persona de su inconsciencia, pero a este respecto la naturaleza no muestra ni paciencia ni compasión, sino que se venga directa o indirectamente con la enfermedad y desdichas de todo tipo. Por desgracia, es casi un ideal colectivo ser lo más inconsciente posible en los delicados asuntos del amor. Tras la máscara de la respetabilidad y la lealtad, el poder desatendido del amor envenena a los niños. Naturalmente, al individuo no se le puede reprochar nada, pues de él no se puede esperar que sepa qué actitud debería adoptar y cómo debería solucionar el problema del amor en el marco de nuestros ideales y convicciones actuales. Por lo general sólo se conocen las medidas negativas de la desatención, el aplazamiento, la represión y la opresión. Y admito que es muy difícil saber algo mejor.

219 El sueño de la abuela muestra cómo la psicología inconsciente del padre impregna el alma de su hija. El padre quiere besar a la

abuela, y en el sueño su hija se siente obligada a hacerlo también. La abuela, que sólo es una boca, sugiere la idea de devorar[31]. Sin duda, la niña corre el peligro de ser devorada por la libido regresiva de su padre. Por esta razón la niña sueña con una serpiente. Ésta es desde antiguo el símbolo del peligro de ser ahogado, devorado o envenenado[32]. Este caso muestra también que los niños tienden a ver muchas más cosas de lo que los padres creen. Naturalmente, es imposible que los padres no tengan ningún complejo. Eso sería sobrehumano. Pero los padres deberían confrontarse conscientemente con ellos. Por el bien de sus hijos, deberían imponerse el deber de no olvidar sus dificultades interiores. No deberían permitirse el lujo de reprimir sin más y evitar unas confrontaciones dolorosas. El problema del amor es uno de los grandes sufrimientos de la humanidad, y nadie debería avergonzarse de tener que pagarle su tributo. Desde todos los puntos de vista, que los padres hablen claramente de sus problemas es mil veces mejor que dejar que sus complejos se propaguen por lo inconsciente.

220 ¿De qué sirve en un caso así hablar con un niño de fantasías incestuosas, etc.? Actuando así le haríamos creer al niño que todo se debe a su propia naturaleza inmoral o al menos estúpida, y le haríamos cargar con un peso que no es suyo, sino que en realidad es de sus padres. Esta niña no sufre porque tiene fantasías inconscientes, sino porque su padre las tiene. Es una víctima de la actitud errónea de sus padres, y su trastorno desaparece en cuanto ellos se deciden a arreglar su propio trastorno.

221 El tercer caso es el de una chica muy inteligente a la que se consideraba asocial, rebelde e incapaz de adaptarse a las condiciones de la escuela. En ocasiones estaba muy distraída y daba unas respuestas absurdas que no quería explicar. Era una chica alta, bien desarrollada y con buena salud. Era varios años más joven que sus compañeras de clase. A los trece años intentaba llevar la vida de una chica de dieciséis o diecisiete años, sin poseer las aptitudes correspondientes. Corporalmente estaba superdesarrollada; su pubertad había empezado con apenas once años. Estaba asustada debido a su excitabilidad sexual y a su deseo de masturbarse. Su madre es una mujer de intelecto brillante y con una intensa voluntad

31. Aquí aparece un arquetipo, el de la madre como una devoradora mortal. Véanse a este respecto los cuentos *Caperucita roja* y *Hänsel y Gretel*, así como el mito de los mares del sur de Maui y la abuela Hine-nui-te-po, que duerme con la boca abierta. Maui entra en la boca y es devorado. (Frobenius, *Das Zeitalter des Sonnengottes*, pp. 66 ss.).

32. Véase a este respecto el simbolismo de la serpiente en mi libro *Transformaciones y símbolos de la libido* [reed. *Símbolos de transformación*, OC 5].

de poder. Decidió muy pronto que su hija tenía que ser un niño prodigio. Estimuló sus capacidades intelectuales y oprimió toda expresión emocional. De acuerdo con su voluntad, su hija tenía que ir al colegio antes que los demás niños. El padre de la chica pasaba poco tiempo en casa porque estaba muy ocupado en su negocio. Parecía tener la naturaleza más de un ideal impreciso que de una personalidad real. La chica sufría por el impulso violento de sus sentimientos estancados. Éstos se alimentaban más de fantasías homosexuales que de relaciones objetivas. La chica confesó que a veces deseaba que una maestra determinada la acariciara, y que se imaginaba que entonces se le caía de repente toda la ropa. A menudo no recordaba lo que le habían dicho; de ahí sus respuestas absurdas. En cierta ocasión soñó esto: «*Vi a mi madre resbalar en la bañera y me di cuenta de que se estaba ahogando, pero no hice nada. Entonces me asusté muchísimo y me eché a llorar porque estaba dejando que se ahogara. Me desperté llorando*». Este sueño ayudó a la chica a sacar a la luz las resistencias sepultadas contra la vida innatural que le estaban obligando a vivir. Reconoció su deseo de una amistad normal. En su casa no se pudo conseguir mucho, pero un cambio del entorno, la comprensión de su problema y la discusión abierta produjeron una mejoría esencial.

222 Este caso es sencillo, pero muy característico. La función de los padres está muy clara. Se trata de uno de esos típicos matrimonios en los que el padre está muy ocupado trabajando y la madre manifiesta su ambición social en su hijo. Éste ha de tener éxito para realizar los deseos y las expectativas de su madre y adular a su vanidad. Una madre así no ve el carácter real de su hijo, su individualidad y sus necesidades. Se proyecta a sí misma en su hijo y lo gobierna con una voluntad de poder despiadada. Naturalmente, un matrimonio así produce una psicología del mismo tipo y la incrementa por el camino del círculo vicioso. En este caso parece haber una distancia considerable entre los padres, ya que una mujer tan masculina no puede comprender los sentimientos de un hombre. Lo único que ella sabe sacar de su marido es el dinero. Él le paga para que ella esté de buen humor. Esta mujer convierte su amor en ambición y voluntad de poder, si no lo hizo ya mucho tiempo antes de la boda, siguiendo inconscientemente el ejemplo de su madre. Los hijos de estas madres tienen en la práctica el significado de unos muñecos a los que se puede vestir y adornar a capricho. No son más que unas piezas mudas en el tablero de ajedrez del egoísmo de sus padres, y todo esto sucede con el pretexto de sacrificarse por los hijos, cuya felicidad es la única meta de la vida de una madre. Pero en realidad a esta chica no se le da amor real. Por esta razón padece unos

síntomas sexuales precoces, como muchos niños desatendidos, y está inundada por el amor «natural». Las fantasías homosexuales muestran claramente que su necesidad de amor real no está satisfecha, de modo que la chica reclama amor de sus maestras, pero de una manera equivocada. Si al sentimiento cordial no se le abre una puerta, la exigencia sexual se abre paso por la fuerza, pues además de amor y ternura un niño necesita comprensión real. Naturalmente, en este caso lo correcto sería tratar a la madre, lo cual mejoraría su matrimonio y apartaría su pasión de su hija, despejándole a ésta el camino hacia el corazón de su madre. Si esto no es posible, hay que poner freno a la perniciosa influencia de la madre respaldando a la hija frente a la madre para que aquélla pueda criticar con justicia los defectos de ésta y hacer conscientes sus propias necesidades individuales. Nada puede alejar más a un niño de sí mismo que los esfuerzos de su madre por encarnarse en él sin tomar en consideración ni una sola vez que un hijo no es un apéndice de su madre, sino un ser nuevo e individual, a menudo dotado de un carácter que no se parece al de sus padres y que a veces es incluso terriblemente diferente. Esto se debe a que los niños son los descendientes de sus padres sólo nominalmente, pues en realidad proceden de la serie de antepasados. Por eso, a veces hay que retroceder siglos para descubrir el parecido familiar.

223 El sueño de esta niña es fácil de comprender: habla de la muerte de su madre[33]. Así responde lo inconsciente de la niña a la ambición ciega de su madre. Si ésta no reprimiera la individualidad de su hija, destruyéndola («matándola»), lo inconsciente no tendría que reaccionar así. En todo caso, no hay que generalizar los resultados de este sueño. Los sueños en que los padres mueren no son infrecuentes, y se podría creer que siempre se basan en condiciones como las que acabo de describir. Pero una imagen onírica no tiene siempre el mismo significado. Por tanto, no se puede estar seguro sobre el sentido de un sueño mientras no se conozca bien la situación de la consciencia del soñante.

224 El último caso que voy a mencionar es el de una niña de ocho años, Margarita, que padece un trastorno que no parece estar relacionado causalmente con sus padres. Es un caso complicado, cuyos detalles no puedo exponer en el marco de una lección. Por tanto, selecciono una fase importante en el desarrollo de este caso. Mar-

33. Como aquí no puedo explicar detalladamente en qué consiste la interpretación de los sueños, tengo que conformarme con la superficial realización de los deseos. Un estudio más preciso de estos sueños muestra que el sueño constata hechos. La madre significa para la hija la base instintiva femenina, que en nuestro caso está quebrantada.

garita fue al colegio durante un año, sin ser capaz de aprender nada, salvo leer un poco. Se movía con torpeza, subía y bajaba las escaleras como un niño que está aprendiendo a caminar. Tenía un control insuficiente de los movimientos de sus miembros. Cuando hablaba, su voz era lastimera, llorosa. Durante las conversaciones participaba al principio con intensidad, pero luego se tapaba la cara con las manos y dejaba de hablar. Cuando intentaba hablar, su lenguaje era incomprensible y estaba formado por palabras inconexas. Cuando intentaba escribir, dibujaba unas letras sueltas que a continuación ocultaba con unos garabatos a los que denominaba «bromas». Por tanto, Margarita no pudo hacer los exámenes de inteligencia de una manera normal. En unos exámenes intelectuales y sentimentales obtuvo los resultados de una niña de once años; en otros, los de una niña de cuatro años. Margarita nunca había sido normal. Cuando tenía diez días de vida, hubo que sacar de su cápsula craneal unos coágulos de sangre procedentes del difícil parto. La niña estuvo en observación día y noche, y su desarrollo fue seguido con mucha atención. Al poco tiempo quedó claro que Margarita utilizaba su incapacidad corporal para tiranizar a sus padres y que no le gustaba que le ayudaran. Sus padres intentaron compensar sus defectos protegiéndola de la realidad y proporcionándole unas ayudas que le impidieron superar sus torpezas y sus dificultades con el esfuerzo de su propia voluntad.

225 El primer intento de aproximación psicológica consistió en una apelación a la imaginación. Como Margarita tenía mucha fantasía, empezó a aprender a leer por interés en un cuento, y avanzó rápidamente. Si tenía que permanecer demasiado tiempo en un objeto, se enfadaba, pero pese a todo progresó de manera constante. Un día Margarita declaró: «Tengo una hermana gemela. Se llama Ana. Es igual a mí, pero lleva vestidos bonitos y no usa gafas. <Las gafas significaban para Margarita sus ojos débiles, que le impedían lanzarse sobre los libros, que ahora le gustaban.> Si Ana estuviera aquí, yo trabajaría mejor». La psicóloga le propuso que invitara a «Ana». Margarita salió y volvió con Ana. A continuación intentó escribir para enseñárselo a Ana. Desde ese momento Ana siempre estuvo presente. Primero escribía Margarita, luego Ana. Un día todo salió mal, y finalmente Margarita exclamó: «Nunca conseguiré escribir, y la culpa es de mi madre. Soy zurda, pero ella no se lo dijo a mi primer maestro. Tuve que intentarlo con la mano derecha, y ahora ya soy mayor y nunca conseguiré escribir por culpa de mi madre». La psicóloga le contó el caso de otro niño que también era zurdo y con el que se cometió el mismo error. Margarita preguntó con mucho interés: «¿Y ahora no sabe escribir?». «Al contrario»,

respondió la psicóloga, «escribe historias y todo tipo de cosas; le costó un poco aprender, eso es todo. Ahora escribe con la mano izquierda. Tú también puedes escribir con la mano izquierda, si quieres». Margarita contestó: «Prefiero la mano derecha». «Entonces la culpa no parece ser de tu madre. Me pregunto quién tendrá la culpa». Margarita apenas dijo: «No lo sé». La psicóloga le pidió que preguntara a Ana. Margarita salió, volvió un rato después y dijo: «Ana dice que yo tengo la culpa y que ahora tengo que trabajar». Antes Margarita no aceptaba hablar sobre su responsabilidad. A partir de ahora se retiraba para hablar con Ana y volvía con el resultado. A veces volvía con gestos de rebelión, pero siempre decía la verdad. En cierta ocasión, tras insultar a Ana, añadió: «Pero Ana insiste y dice: "Margarita, es un error tuyo, tienes que intentarlo"». Desde aquí, Margarita avanzó hasta el conocimiento de sus proyecciones. Un día tuvo un ataque de ira contra su madre. Entró en la habitación gritando: «¡Mi madre es horrible, horrible, horrible!». La psicóloga le preguntó: «¿Quién es horrible?». Margarita contestó: «Mi madre». La psicóloga: «¿Por qué no le preguntas a Ana?». Tras una larga pausa, Margarita dijo: «Creo que sé tanto como Ana: *yo* soy horrible, se lo diré a mi madre». Lo hizo y volvió tranquilamente al trabajo.

226 Como consecuencia del daño grave durante el parto, Margarita no pudo desarrollarse correctamente. Se merecía y recibió muchos cuidados por parte de sus padres. Es casi imposible trazar una frontera determinada que muestre hasta qué punto hay que prestar atención a las deficiencias de un niño. En algún lugar se llega al máximo, y si continuamos estaremos mimando al niño. Tal como muestra el primer caso de esta serie, los niños se dan cuenta de su inferioridad en cierto modo y la compensan mediante una superioridad falsa que a su vez es una inferioridad, pero una inferioridad moral, por lo que nunca es satisfactoria y da inicio a un círculo vicioso. Cuanto más se compensa una inferioridad real mediante una superioridad falsa, menos se corrige la inferioridad, y a ella se añade una inferioridad moral que aumenta el sentimiento de inferioridad. Esto conduce necesariamente a una superioridad incrementada y falsa, y así continúan las cosas *in crescendo*. Esta niña necesitaba muchos cuidados y fue mimada involuntariamente, de modo que fue inducida a aprovecharse egoístamente de la entrega legítima de sus padres. Margarita se quedó atascada en su incapacidad, se impidió a sí misma salir de ahí y permaneció por debajo de su nivel, en un estado más limitado e infantil de lo que hacía falta.

227 Este estado es una condición favorable para el desarrollo de una segunda personalidad. El hecho de que la consciencia no avance

con el tiempo no significa que la personalidad inconsciente también se haya detenido. Con el tiempo esta parte del sí-mismo avanzará; y cuanto más atrasada se quede la parte consciente, mayor será la disociación de la personalidad. Un día, la personalidad más desarrollada aparecerá en escena y desafiará al yo regresivo. Esto le sucedió a Margarita; se vio frente a «Ana», su hermana gemela y superior, que durante algún tiempo representó a su racionalidad moral. Más adelante las dos hermanas se fundieron, lo cual representa un gran progreso. En 1902 publiqué un caso de estructura psicológica similar. Se trataba de una chica de dieciséis años con una disociación extraordinaria de la personalidad. Ustedes pueden leer la descripción de este caso en mi libro *Acerca de la psicología y patología de los llamados fenómenos ocultos* [OC 1,1]. El uso educativo que la psicóloga hizo de la segunda personalidad tuvo un gran éxito y concuerda a la perfección con el significado teleológico de la figura de Ana. La duplicación es un hecho más frecuente de lo que cabría esperar, aunque raras veces alcanza un grado tan alto como para poder hablar de «doble personalidad».

228 El médico tiene poco que decir desde el punto de vista de su ciencia sobre la educación en general y sobre la pedagogía que se practica en las escuelas en particular. Pero en la educación de los niños difíciles o especiales el médico tiene cosas importantes que decir. Gracias a su experiencia práctica, el médico sabe muy bien que las influencias de los padres y de los educadores desempeñan una función muy importante incluso en los adultos. Por eso tiende a buscar la causa de las neurosis infantiles no en el niño mismo, sino en su entorno adulto y especialmente en sus padres. De éstos proceden las influencias más fuertes sobre el niño, y no sólo mediante la herencia de la constitución (que es muy frecuente), sino también mediante la influencia psicológica. La falta de educación y de consciencia de los educadores ejerce una influencia más fuerte que sus consejos, órdenes, castigos e intenciones. Es desastroso que los padres, como sucede no pocas veces, esperen que su hijo haga mejor lo que ellos hicieron mal. Por ejemplo, a menudo los padres imponen a su hijo sus ilusiones y ambiciones no realizadas y le obligan a representar un papel que no es propio de él. En cierta ocasión fui consultado debido a un niño desobediente. Sus padres me explicaron que a los siete años todavía no sabía leer ni escribir, que no quería aprender nada, que se oponía con una obstinación irracional a todas las medidas educativas y que desde hacía dos años desarrollaba unos ataques de ira durante los cuales destruía todo lo que estaba a su alcance. Era inteligente, decían sus padres, pero le faltaba la buena voluntad. En vez de trabajar,

holgazaneaba o jugaba con su viejo oso de peluche, su único juguete desde hacía años. Los demás juguetes, que no le faltaban, los había roto con maldad. Los padres contrataron a una buena educadora, pero por desgracia fracasó con el chico. Tras dos niñas era el único niño, con el que me pareció que la madre estaba obsesionada. Cuando lo vi, el enigma se resolvió: el chico era imbécil en alto grado, pero la ambición de su madre (que no podía aceptar que tenía un hijo atrasado) estimuló y atormentó tanto a este deficiente inofensivo y bondadoso que lo desesperó y lo convirtió en una fiera. Cuando, tras examinar al chico, hablé con su madre, ésta se indignó con mi diagnóstico e insistió en que me equivocaba.

229 El educador tiene que saber ante todo que hablar y ordenar sirve de poco, mientras que el ejemplo es muy útil. Si los educadores se permiten inconscientemente todo tipo de vicios, mentiras y malas maneras, esto ejerce mucha más influencia que las buenas intenciones. Por eso, el médico dice que el mejor método educativo consiste en que el propio educador esté educado y ponga a prueba en sí mismo, para averiguar si son válidas, las ideas psicológicas que su escuela le proporciona. Mientras un educador prosiga estos esfuerzos con inteligencia y paciencia, no será malo.

5

EL NIÑO SUPERDOTADO*

* Conferencia dictada el 4 de diciembre de 1942 en el Sínodo Escolar celebrado en Basilea y publicada en la revista *Schweizer Erziehungs-Rundschau* (Zürich), XVI/1 (abril de 1943), pp. 3-8. Reeditada en 1946 junto con los textos 1 y 4 de este volumen en el libro *Psicología y educación*.

230 Cuando fui por primera vez a Norteamérica, observé con sorpresa que ni en las calles atravesadas por vías de ferrocarril había barreras ni a lo largo de los tramos había vallas de protección. En las zonas más remotas, las vías eran utilizadas incluso como caminos para peatones. Cuando manifesté mi sorpresa, me respondieron esto: «Sólo un idiota no sabe que por las vías circulan trenes a una velocidad de cuarenta a cien millas por hora». También me llamó la atención que nada estaba «prohibido», sino si acaso *not allowed*, «no permitido», o incluso se solicitaba cortésmente: *Please don't*...

231 Estas impresiones y muchas otras impresiones paralelas me permitieron conocer que en América la vida pública apela a la inteligencia y espera inteligencia, mientras que en Europa se dirige a la estupidez. América exige y fomenta la inteligencia, mientras que Europa mira hacia atrás para asegurarse de que los tontos no se han perdido. Peor aún: el continente europeo presupone la mala voluntad, y por eso grita a todos ese imperioso e impertinente «Está prohibido», mientras que América se dirige a la buena voluntad.

232 Por suerte o por desgracia, mis pensamientos retrocedieron hasta mis años de escolar, cuando encontré el prejuicio europeo encarnado en la figura de ciertos maestros. Como escolar de doce años no me sentía indolente ni estúpido, pero a menudo sí aburridísimo mientras el maestro se ocupaba de los alumnos que no podían seguir el ritmo. Al menos tuve la suerte de tener un maestro genial de latín que durante las clases me enviaba a la biblioteca de la universidad para que le trajera unos libros que durante el viaje de vuelta (que yo alargaba lo más posible) hojeaba con placer. Pero el aburrimiento no era lo peor. Tras muchos temas de redacción

poco estimulantes hubo por fin uno interesante. Me lo tomé muy en serio y escribí mi redacción con mucho esmero. Con la feliz expectativa de haber escrito la mejor o al menos una de las mejores redacciones, entregué mi texto al maestro. Éste tenía la costumbre de devolvernos las redacciones empezando por la mejor y descendiendo a continuación hasta la peor. Mi redacción no fue la primera, ni la segunda ni la tercera. A todas las demás les llegó su turno antes que a la mía, y cuando por fin le llegó su turno al último producto, al más débil, el maestro se hinchó amenazando desgracias y dijo estas palabras: «La redacción de Jung es sin duda la mejor, pero Jung se la ha quitado de encima con ligereza e indiferencia. Por eso no se merece ninguna nota». Repliqué al maestro: «No es verdad, nunca había trabajado tanto en una redacción». «¡Eso es mentira!», gritó el maestro, «fíjate en X <el alumno que había escrito la peor redacción>. X sí se ha esforzado. X se abrirá camino en la vida, pero tú nunca lo conseguirás, pues con la habilidad y la charlatanería no se sale adelante». No dije nada más, y desde entonces no volví a trabajar en la clase de alemán.

233 Esta experiencia sucedió hace ya más de medio siglo, y no dudo que desde entonces muchas cosas han cambiado y mejorado en la escuela. Pero esta experiencia me hizo pensar mucho y me causó una sensación amarga que a medida que aumentaba mi experiencia vital dejó su lugar a un conocimiento mejor. Comprendí que la actitud de mi maestro se basaba en el noble principio de ayudar al débil y erradicar el mal. Por desgracia, a menudo les quitamos el alma a estos principios y no reflexionamos sobre ellos, surgiendo así una caricatura lamentable del bien: ayudamos al débil y combatimos al malvado, pero al mismo tiempo corremos el peligro de desatender al superdotado, como si el hecho de sobresalir fuera una insolencia. La persona normal y corriente desconfía y sospecha de lo que su inteligencia no puede comprender. «Es demasiado inteligente»: razón de sobra para sospechar. Bourget describe en una de sus novelas una escena preciosa en la antecámara de un ministro que es paradigmática: un matrimonio de pequeños burgueses critica de la siguiente manera a un erudito célebre, pero que ellos no conocen: «Debe de ser de la policía secreta, tiene un aire malvado».

234 Les ruego que me disculpen si he dedicado demasiado tiempo a detalles autobiográficos. Pero esta verdad no atañe a un caso individual, sino que ha sucedido muchas veces. El niño superdotado es para la escuela una tarea importante que, pese al buen principio de ayudar a los alumnos menos dotados, no se puede pasar por alto. En un país tan pequeño como Suiza no nos podemos permi-

tir el lujo de, por ser caritativos, desatender a los niños superdotados, a los cuales necesitamos especialmente. Pero parece ser que a este respecto seguimos comportándonos de una manera negligente. Hace poco me contaron este caso: un niño inteligente de primaria se convirtió de repente y para sorpresa de sus padres en un mal alumno. Las cosas que este niño contaba del colegio eran tan extrañas que sus padres llegaron a la conclusión de que los niños eran tratados como idiotas, de modo que eran entontecidos artificialmente. La madre fue a hablar con el director, el cual le contó que la maestra de su hijo estaba especializada en la educación de deficientes mentales y que antes había trabajado con estos niños atrasados. No sabía qué hacer con niños normales. Por fortuna, este niño pudo ser entregado a tiempo a una maestra normal, con la que volvió a florecer.

235 La cuestión del niño superdotado no es sencilla, pues a este niño no se le reconoce por el hecho de ser un buen alumno. A veces es un mal alumno. Incluso puede llamar negativamente la atención porque siempre está distraído, hace travesuras, es holgazán, indolente, desobediente, testarudo e incluso puede causar la impresión de que tiene sueño. En algunos casos la observación exterior no permite distinguir al superdotado del deficiente mental.

236 Tampoco hay que pasar por alto el hecho de que los niños superdotados no siempre son precoces, sino que a menudo se desarrollan lentamente, de modo que sus dotes están latentes durante mucho tiempo. En estas circunstancias, es difícil darse cuenta de que el niño es un superdotado. Un educador con demasiada buena voluntad y optimismo puede barruntar unas dotes que más adelante no se confirmarán, como dice aquella biografía: «Hasta su cuadragésimo año de vida no se observaron indicios de su genialidad, y posteriormente tampoco».

237 A menudo, lo único que permite diagnosticar si un niño es un superdotado es un examen preciso de su individualidad en la escuela y en casa que permitirá constatar qué es disposición primaria y qué es reacción secundaria. En el niño superdotado, la distracción es un rechazo secundario de influencias exteriores para poder entregarse a las fantasías interiores sin ser molestado. Ahora bien, la mera constatación de unas fantasías vivas o de unos intereses particulares no demuestra que el niño tenga dotes, pues esta preponderancia de las fantasías desenfrenadas y de los intereses anormales también forma parte de los antecedentes de las neurosis y las psicosis. Las dotes sí se pueden detectar en la *índole* de las fantasías. Para esto hay que distinguir una fantasía sensata de una fantasía estúpida. El juicio ha de guiarse por la originalidad, la coherencia,

la intensidad y la sutileza de la fantasía, así como por su posibilidad latente de realización. También es importante la cuestión de hasta qué punto la fantasía interviene en la configuración exterior de la vida, por ejemplo mediante aficiones cultivadas sistemáticamente y otros intereses. Otro indicio importante es el grado y la calidad del interés. A menudo se hacen descubrimientos sorprendentes en niños problemáticos, que por ejemplo devoran libros en grandes cantidades y sin seleccionarlos, y además durante la noche, cuando lo tienen prohibido, o que poseen unas habilidades prácticas notables. Todos estos signos sólo los puede comprender quien se tome la molestia de preguntar a los alumnos por qué han hecho algo mal y no se conforme con constatar que lo han hecho. De ahí que ciertos conocimientos de psicología (es decir, experiencia de las personas y de la vida) sean un requisito deseable en el educador.

238 La disposición anímica del niño superdotado se mueve en *contrastes amplios*. Rara vez sus dotes se extienden de una manera más o menos uniforme por todos los campos anímicos. La regla es incluso que uno u otro campo está tan desatendido que se puede hablar de un *déficit*. Ante todo, los *grados de maduración* son muy diferentes. En un campo determinado puede llegar a haber una *precocidad anormal*, mientras que fuera de él las funciones espirituales están por debajo del umbral normal de la edad correspondiente. Esto tiene como consecuencia a veces una imagen exterior desconcertante: creemos que nos encontramos ante un niño poco desarrollado, atrasado espiritualmente, y no lo creemos capaz de nada supra-normal. O puede suceder que el intelecto precoz del niño no esté acompañado por un desarrollo correspondiente de la facultad lingüística, de modo que el niño se ve obligado a comunicarse de una manera aparentemente confusa e incomprensible. En este caso, sólo preguntar cuidadosamente por qué y analizar escrupulosamente las respuestas puede proteger al maestro de juzgar equivocadamente. También puede suceder que las dotes se refieran a un campo que está fuera de la escuela: por ejemplo, a asuntos prácticos. Recuerdo niños que en la escuela se caracterizaban por una estupidez considerable, pero que trabajaban muy bien con sus padres en el campo.

239 No puedo menos que mencionar que en relación con las dotes para las matemáticas había al menos antes unas ideas muy incorrectas. Por ejemplo, se decía que la capacidad para el pensamiento lógico y abstracto se encarna en las matemáticas, por lo que éstas son la mejor escuela del pensamiento lógico. Pero las dotes para las matemáticas son, al igual que las dotes para la música (que están emparentadas biológicamente con ellas), una facultad que no es

idéntica ni a la lógica ni al intelecto, sino que se sirve de ellos igual que la filosofía y la ciencia. Se puede ser musical sin poseer ni una huella de intelecto, y hasta los imbéciles pueden llevar a cabo unos cálculos sorprendentes. El sentido musical no se puede inculcar, y el sentido matemático tampoco, pues son unas dotes específicas.

240 El niño superdotado tiene dificultades no sólo en el campo intelectual, sino también en el campo moral, es decir, en el campo de los sentimientos. Las tergiversaciones, las mentiras y las demás negligencias morales que son habituales en los adultos pueden ser un problema para el niño superdotado moralmente. Se pasa por alto o se infravalora no sólo la sensibilidad y precocidad intelectual, sino también la crítica moral y sentimental del niño superdotado. A menudo los dones del corazón no son tan claros y llamativos como las dotes intelectuales y técnicas; y así como estas últimas reclaman ser comprendidas por el educador, los primeros le plantean a menudo la exigencia (mayor aún) de que él mismo esté educado. Estos casos dejan completamente claro que lo que surte efecto no es lo que el educador dice, sino lo que él *es*. Todo educador, en el sentido más amplio de este concepto, debería preguntarse una y otra vez si realiza en su propia vida lo que él enseña a los demás. En la psicoterapia hemos visto que lo que cura en última instancia no es el conocimiento y la técnica, sino la personalidad, y lo mismo sucede en el caso de la educación, la cual presupone la *auto-educación*.

241 No estoy intentando erigirme en el juez de los pedagogos, ya que mis décadas de experiencia docente y educativa me convierten en un pedagogo más que sabe que será juzgado y tal vez condenado. Es sobre la base de mi experiencia en el tratamiento de personas desde donde me atrevo a llamar su atención sobre la gran importancia *práctica* de estas verdades educativas fundamentales.

242 Junto a las dotes de la cabeza también hay dotes del corazón que no son menos importantes, pero que es fácil pasar por alto porque en estos casos la cabeza suele ser más débil que el corazón. Y sin embargo estas personas suelen ser más valiosas para el bienestar de la sociedad que las demás dotes. Pero todos los dones tienen dos lados, también el sentimiento talentoso. Una capacidad grande de empatía, especialmente en el caso de las mujeres, puede adaptarse tan hábilmente al maestro que surja la impresión (sobre la base de méritos considerables) de que la persona tiene unas dotes particulares. Pero en cuanto cesa la influencia personal, también desaparecen las dotes. No ha sido nada más que un episodio entusiasta provocado por la empatía y que se ha apagado rápidamente y ha dejado la ceniza de la decepción.

243 La educación de los niños superdotados es un desafío considerable para la capacidad psicológica, intelectual, moral y artística del educador, y tal vez no sea razonable esperar que el maestro pueda hacer frente a este desafío. El maestro tendría que ser un genio para poder entender adecuadamente a un alumno con dotes geniales.

244 Por fortuna, muchos niños superdotados tienen la peculiaridad de que en buena medida pueden cuidar de sí mismos; y cuanto más genial es un niño, más se comporta su facultad creativa (la propia palabra *genius* lo dice*) como una personalidad que sobresale sobre la edad del niño, como un espíritu divino al que no sólo no se puede educar, sino que hay que proteger de él al niño. Las grandes dotes son los frutos más hermosos y a menudo peligrosos del árbol de la humanidad. Cuelgan de las ramas más finas, que se rompen con facilidad. Como ya he dicho, el desarrollo de las dotes no suele guardar proporción con la madurez del resto de la personalidad, y a menudo se tiene la impresión de que la personalidad creativa crece a costa de la personalidad humana. A veces hay una discrepancia tan grande entre el genio y su humanidad que tenemos que preguntarnos si no habría sido mejor un poco menos de talento. Al fin y al cabo, ¿qué es la inteligencia grande con inferioridad moral? Hay no pocos niños superdotados cuya utilidad es paralizada e incluso pervertida por su ineptitud humana. El talento no es en sí mismo un valor; sólo lo es cuando el resto de la personalidad sigue su ritmo y el talento se puede utilizar con provecho. Por desgracia, una facultad creativa puede tener consecuencias destructivas. Que se dirija hacia el bien o hacia el mal lo decide la personalidad moral. Y si ésta no existe, ningún educador puede proporcionarla o suplirla.

245 El estrecho parentesco de las dotes con las depravaciones patológicas agrava el problema de la educación de estos niños. Las dotes no sólo suelen estar compensadas por una inferioridad en otro campo, sino que a veces hay incluso un defecto patológico. En muchos de estos casos es casi imposible decidir si predomina el talento o la constitución psicopática.

246 Por todas estas razones, pienso que es difícil contestar a la pregunta de si sería beneficioso educar a los niños especialmente dotados en clases aparte, como se ha propuesto. En todo caso, no me gustaría ser el experto que tuviera que hacer la selección de los alumnos apropiados. Aunque esto fomentaría poderosamente a

* Si suponemos que la terminación *-ius* corresponde a un adjetivo en grado comparativo. (*N. del T.*)

los alumnos dotados, hay que tener en cuenta que desde otros puntos de vista espirituales y humanos ese mismo alumno no siempre está a la altura de sus dotes. En una clase de superdotados el niño corre el peligro de desarrollarse como un producto unilateral. Por el contrario, en una clase normal se aburrirá en la asignatura en la que es mejor, pero en las demás asignaturas recordará su atraso, lo cual puede tener un efecto moral beneficioso y necesario. Las dotes tienen la desventaja moral de que provocan un sentimiento de superioridad y, por tanto, una inflación que ha de ser compensada por la humildad. Pero muchos niños superdotados son mimados y esperan ser tratados de una manera excepcional. Esto lo vio mi maestro y me propinó su K.O. moral, pero yo no llegué en aquel momento a las conclusiones deseadas. Desde entonces he comprendido que mi maestro fue un instrumento del destino. Él fue el primero que me hizo barruntar que los regalos de los dioses tienen dos lados, uno luminoso y otro oscuro. Pues quien va por delante acaba siendo apaleado; y si no lo apalea el maestro, lo apaleará el destino, pero más a menudo ambos. El superdotado hace bien en acostumbrarse pronto al hecho de que una capacidad mayor va acompañada por la posición de excepción, con todos sus riesgos, en especial con una autoconsciencia intensa. De esto sólo lo protegerán la humildad y la obediencia, y ni siquiera siempre.

247 Así pues, para la educación del niño superdotado me parece mejor que esté con otros niños en una clase normal, en vez de trasladarlo a una clase especial y subrayar así su posición excepcional. Al fin y al cabo, la escuela forma parte del mundo exterior y contiene a pequeña escala todos los factores con los que el niño se encontrará y a los que tendrá que enfrentarse en la vida posterior. Al menos una parte de esta adaptación necesaria puede y debe suceder ya en la escuela. Los tropiezos ocasionales no son una catástrofe. El malentendido sólo es funesto si es crónico o si el niño es muy susceptible y no es posible cambiar de maestro. Esta medida suele dar buen resultado, pero naturalmente sólo si la causa del trastorno está en el maestro. Esto no sucede siempre, pues a menudo el maestro paga el pato del deterioro que la educación en casa le ha causado al niño. Muchas veces los padres encarnan en su hijo superdotado esa ambición que ellos no pudieron realizar, y de este modo o lo miman o lo incitan a hacer grandes cosas; a veces esto es muy perjudicial para la vida posterior, como se puede comprobar en el caso de algunos niños prodigio.

248 Un talento vigoroso o incluso el peligrosísimo regalo del genio es un factor que marca el destino y que proyecta su sombra desde muy pronto. El *genio* se impondrá a todo, pues lo incondi-

-cionado y lo indomable forman parte de su naturaleza. El «genio incomprendido» es un fenómeno dudoso. Por lo general es un inepto que está buscando una explicación tranquilizadora de sí mismo. En cierta ocasión tuve que plantearle como médico esta pregunta a uno de esos «genios»: «¿Usted no será simplemente un holgazán?». Tras algún tiempo nos pusimos de acuerdo en esta dirección. Por el contrario, el *talento* puede ser estorbado, mutilado y pervertido, o puede ser fomentado, desarrollado y mejorado. El genio es una *rarissima avis*, como un fénix que no sabemos cuándo aparecerá. El genio está presente desde el principio y por la gracia de Dios con toda su fuerza, consciente o inconscientemente. Por el contrario, el talento es una regularidad estadística y no siempre se caracteriza por la dinámica. Al igual que el genio, el talento posee una gran diversidad y forma una diferenciación individual que el educador no debería pasar por alto, pues la personalidad diferenciada y diferenciable es muy importante para el bienestar del pueblo. La nivelación del pueblo como un rebaño mediante la eliminación de la estructura aristocrática o jerárquica natural conduce más tarde o más temprano a la catástrofe. Pues si lo que sobresale es aplanado, se pierden los puntos de orientación, y el deseo de ser guiado se vuelve inevitable. La guía humana es falible; de ahí que siempre haya habido por encima del gobernante unos principios simbólicos, igual que el individuo no cumple el alcance y el sentido de su vida si no es capaz de poner su yo al servicio de un orden espiritual y sobrehumano. Esta necesidad corresponde al hecho de que el yo no es todo el ser humano, sino sólo su parte consciente. La ilimitada parte inconsciente completa al ser humano para formar una totalidad real.

249 El superdotado es biológicamente una desviación de la media; y en la medida en que la sentencia de Lao-Tse «Lo alto está sobre lo bajo» es una verdad eterna, esta divergencia sucede en el mismo individuo y al mismo tiempo hacia arriba y hacia abajo. Esto tiene como consecuencia una tensión de los contrarios que confiere temperamento e intensidad a la personalidad. Aunque un superdotado parezca un mar tranquilo, tiene (como éste) una profundidad enorme. El riesgo del superdotado no es sólo la desviación de la norma (por más favorable que ésta pueda ser), sino también la presencia de los contrarios, que lo predispone para los conflictos interiores. Así pues, lo más útil no es trasladar a los superdotados a clases especiales, sino que el educador les preste una atención personal. Aunque la institución del psiquiatra escolar (con formación psicológica) sea recomendable y no sea simplemente una concesión a la sobrevaloración de la técnica, pienso a la luz de mis experiencias

que *el corazón del educador* desempeña una función muy importante. Recordamos con admiración a los maestros excelentes, pero con agradecimiento a los que hablaban a la persona. La materia de enseñanza es el mineral imprescindible, pero el calor es el elemento vital tanto de la planta que crece como del alma infantil.

250 Ya que algunos alumnos son unas naturalezas superdotadas a las que no hay que limitar y ahogar, la materia de enseñanza de la escuela no debe extraviarse desde lo general y universal a lo demasiado especial. A los jóvenes hay que mostrarles al menos las puertas que conducen a los diversos campos de la vida y del espíritu. Y sobre todo me parece importante, en atención a la cultura general, estudiar la historia en el sentido más amplio de este concepto. Aunque sea importante tomar en consideración lo práctico, lo útil y lo futuro, también es importante volver la mirada al pasado. La cultura es la continuidad, no el progreso desgarrado de las raíces. Precisamente para el niño superdotado es muy importante una formación equilibrada, como una medida «psicohigiénica». La unilateralidad de las dotes contrasta casi siempre, como ya he dicho, con la inmadurez infantil en otros campos del alma. Pero la infancia es un estado del pasado. Así como el cuerpo fetal repite sumariamente en su desarrollo la filogenia, el alma infantil lleva a cabo todo el trabajo de la humanidad anterior. El niño vive en un mundo pre-racional y sobre todo pre-científico, en el mundo de esa humanidad que existió antes de nosotros. En ese mundo están nuestras raíces, y en estas raíces crece cada niño. Su madurez lo aleja de las raíces, y su inmadurez lo liga a ellas. El conocimiento de los orígenes, en el sentido más general, tiende un puente entre el mundo abandonado y perdido del pasado y el mundo todavía incomprensible del futuro. ¿Cómo podríamos comprender el futuro si no poseyéramos esa experiencia de la humanidad que el pasado nos ha legado? Sin esta posesión careceríamos de raíces y de punto de vista y seríamos presa del futuro y de lo nuevo. Una formación puramente técnica y práctica no impide la locura y no tiene nada que oponer a la ceguera. Carece de la cultura, cuya ley es la continuidad de la historia, es decir, de la consciencia humana supra-individual. Esta continuidad, que conecta los contrarios, tiene un significado curativo para la conflictividad que amenaza al superdotado.

251 Lo nuevo siempre es discutible, todavía hay que ponerlo a prueba. Lo nuevo puede ser una enfermedad. Por eso, el verdadero progreso sólo es posible si el juicio es maduro. Un juicio bien ponderado requiere un punto de vista firme, el cual sólo se puede basar en el conocimiento profundo del pasado. Quien, inconsciente del

nexo histórico, pierde la conexión con el pasado corre el riesgo de ser una víctima de la sugestión y la ofuscación que las novedades provocan. La tragedia de todas las innovaciones es que siempre echan a perder, junto con lo malo, algo bueno. Gracias a Dios, el afán de novedades no es el vicio nacional de los suizos, pero vivimos en un mundo que está sacudido por fiebres desconocidas de innovación. Frente a este espectáculo espantosamente grandioso, esperamos de nuestros jóvenes más *estabilidad* que nunca, por el bien tanto de la pervivencia de nuestra patria como de la cultura europea, que no saldrá ganando si las conquistas del pasado cristiano son sustituidas por su contrario.

252 El superdotado es quien lleva la antorcha, y la naturaleza lo ha elegido para esta alta función.

6

EL SIGNIFICADO DE LO INCONSCIENTE PARA LA EDUCACIÓN INDIVIDUAL*

* Conferencia dictada en 1925 en el Congreso Internacional de Educación celebrado en Heidelberg y publicada en *Contributions to Analytical Psychology*, London/New York, 1928. La versión alemana original se publicó por primera vez en 1971 dentro del volumen *Der Einzelne in der Gesellschaft*.

En general se pueden distinguir tres tipos de educación:

253 1. *La educación mediante el ejemplo.* Este tipo de educación puede suceder de una manera completamente inconsciente, por lo que es la forma más antigua y tal vez más eficaz de educar. Este método se basa en el hecho de que el niño es psicológicamente más o menos idéntico a sus padres y a su entorno. Esta peculiaridad es una de las cualidades más sobresalientes de la psique primitiva. El investigador francés Lévy-Bruhl la denominó *participation mystique*. Como la educación inconsciente mediante el ejemplo se basa en una de las peculiaridades psíquicas más antiguas, este método es eficaz cuando todos los métodos directos fracasan; por ejemplo, con los enfermos mentales. Muchos de estos enfermos tienen que ser obligados a trabajar para que no degeneren; darles consejos o incluso órdenes no tiene casi nunca éxito. En cambio, al incluirlos en un grupo de trabajo se contagian del ejemplo de los otros y empiezan a trabajar. Toda educación se basa en última instancia en este hecho fundamental de la identidad psíquica, y el factor eficaz en último término es siempre este contagio automático. Este factor es tan importante que hasta el mejor método consciente de educación puede ser arruinado por un ejemplo malo.

254 2. *La educación colectiva consciente.* Entiendo por «educación colectiva» no la educación en grupos (en la escuela, por ejemplo), sino la educación de acuerdo con *reglas, principios y métodos*. Estos tres conceptos no son necesariamente de naturaleza *colectiva*; se presupone que son válidos y aplicables al menos para una pluralidad de individuos. También se cree que son unos instrumentos eficaces en manos de quienes han aprendido a usarlos. Cabe supo-

ner que esta educación no produce otra cosa que lo que hay en sus propias premisas: individuos formados de acuerdo con unas reglas, principios y métodos generales.

255 En tanto que la peculiaridad individual del alumno se somete a la naturaleza colectiva de la influencia educativa, surge naturalmente un carácter que se parece al de un individuo que al principio era diferente, pero que mostró la misma ductilidad. Si hay varios individuos que tienen esta ductilidad, surge una *uniformidad* equivalente a la del método aplicado. Cuanto mayor sea el número de los individuos formados de una manera similar o igual, mayor será también la obligación inconsciente de seguir el ejemplo para los individuos que hasta entonces se habían opuesto exitosamente (con razón o sin ella) al método colectivo. Como el ejemplo de la multitud ejerce mediante el contagio psíquico inconsciente una influencia coactiva, a la larga esto puede conducir al avasallamiento y la extinción (o al menos a la opresión) de los individuos cuyo carácter no supera la medida normal de fortaleza. Si la calidad de esta educación es sana, se pueden obtener buenos resultados en la adaptación colectiva del alumno. Pero hasta una configuración colectiva ideal del carácter puede causar un daño gravísimo a la peculiaridad individual. Sin duda, educar eficazmente a la persona como ciudadano y miembro útil de la sociedad humana es algo muy importante; pero cuando se rebasa el límite máximo de uniformidad (es decir, cuando ciertos valores colectivos se cultivan a costa de la peculiaridad individual), surge un individuo que corresponde de una manera tal vez ideal a las reglas, los principios y los métodos de su educación y que está adaptado a todas las situaciones y los problemas que caen dentro de sus premisas educativas, pero que se sentirá inseguro en todas las cosas en que la decisión individual es necesaria porque no hay reglas conocidas.

256 La educación colectiva es imprescindible, y nada la puede reemplazar. Vivimos en la colectividad humana y necesitamos normas colectivas, igual que necesitamos una lengua común. No podemos sacrificar el principio de educación colectiva en beneficio del desarrollo de la peculiaridad individual, aunque deseemos que la educación colectiva no ahogue una peculiaridad individual valiosa. Tenemos que recordar que la peculiaridad individual no es valiosa en todas las circunstancias, ni siquiera para el individuo en cuestión. Cuando investigamos qué individuos se oponen a la educación colectiva, son en primer lugar los niños con anormalidades psíquicas de tipo innato o adquirido. Incluyo aquí a los niños mimados y echados a perder. Algunos alumnos de este tipo encuentran su salvación particular apoyándose en una colectividad normal y de-

fendiéndose eficazmente mediante la uniformidad de su propia peculiaridad individual, que es perjudicial para ellos mismos. Yo no pienso que en el fondo el ser humano es bueno y que su maldad es una bondad malentendida. Más bien pienso que muchísimas personas son una combinación tan inferior de componentes heredados que sería mejor tanto para la sociedad como para ellas mismas que renunciaran a su peculiaridad individual. Por tanto, podemos afirmar con la conciencia tranquila que en el fondo la educación colectiva es indudablemente beneficiosa y que para muchísimos individuos es suficiente. Pero no debemos erigirla en el principio único, pues muchos niños necesitan la tercera forma de educación, la educación *individual*.

257 3. *La educación individual.* Este método deja en segundo plano todas las reglas, los principios y los métodos colectivos en beneficio de la intención de cultivar la peculiaridad del individuo, a diferencia de la intención de la educación colectiva de nivelarla y darle uniformidad. Todos los niños o alumnos que se oponen exitosamente a la educación colectiva necesitan atención individual. Naturalmente, entre estos individuos hay elementos muy variados: en primer lugar, los que son incapaces de educarse como consecuencia de una anomalía patológica; éstos forman parte casi siempre de la categoría de los deficientes mentales. En segundo lugar también hay individuos que no son incapaces de educarse, sino que tienen unas dotes peculiares o unilaterales. La peculiaridad más frecuente es la incapacidad de entender las matemáticas cuando no se expresan en cifras pequeñas. Por esta razón, las matemáticas superiores deberían ser voluntarias en la escuela, ya que la formación del pensamiento lógico no tiene nada que ver con ellas. Las matemáticas superiores carecen de sentido y de importancia para esos individuos, son un tormento inútil. Las matemáticas corresponden a una peculiaridad espiritual determinada que no todas las personas poseen y que no se puede aprender. Estas personas sólo pueden aprender las matemáticas de memoria, como una serie de palabras sin sentido. Los individuos de este tipo pueden tener mucho talento en otros aspectos, de modo que o ya poseen la capacidad del pensamiento lógico o la adquieren mediante la enseñanza directa de la lógica.

258 Naturalmente, esta carencia de aptitud matemática no es una peculiaridad individual. Pero muestra claramente cómo un programa escolar puede atentar contra la peculiaridad psicológica de un alumno. Del mismo modo, los principios educativos muy generales pueden resultar muy inútiles o incluso perjudiciales en los casos en que la peculiaridad psicológica del alumno necesita una influencia exclusivamente individual.

258a Sucede relativamente a menudo que no sólo algunas reglas educativas, sino toda la influencia educativa se tropieza con una resistencia insuperable. Suele tratarse de niños *neuróticos*. El maestro o educador tenderá primero a achacar la dificultad a la disposición patológica del alumno. Pero una investigación más precisa mostrará en muchos casos que el niño procede de un entorno doméstico peculiar que explica suficientemente la inadaptación o inadaptabilidad del niño, el cual adquirió en casa una actitud que lo vuelve inservible para la colectividad.

259 Naturalmente, el educador no puede modificar estas circunstancias domésticas, aunque en muchas ocasiones dar unos buenos consejos a los padres puede hacer milagros. Pero por lo general hay que curar el mal en el propio alumno. En este caso hay que abrirse paso hasta su psicología peculiar e influenciarla. Como ya he dicho, lo más necesario aquí es conocer a fondo la vida doméstica del alumno. Ya sabemos mucho cuando conocemos las causas de un fenómeno, pero no todo lo que necesitamos. Lo siguiente que tenemos que saber es qué efectos han provocado las causas exteriores en el alma del niño. Este conocimiento lo obtenemos estudiando pormenorizadamente la biografía psicológica del individuo a partir de los datos que nos proporcionan él mismo y su entorno. Este conocimiento puede servirnos de mucho. Los educadores hábiles han actuado así siempre, de modo que no necesito detenerme en este punto.

260 Cuando tenemos en cuenta que el niño se desarrolla poco a poco desde un estado inconsciente hacia un estado consciente, comprendemos el hecho de que la mayor parte de las influencias del entorno (y en todo caso las más elementales y profundas) son *inconscientes*. Las primeras impresiones de la vida son las más fuertes e influyentes, aunque sean inconscientes, o precisamente porque no eran conscientes y no podían ser modificadas. Pues sólo podemos corregir en la consciencia. Lo que es inconsciente no lo podemos cambiar. Cuando queremos modificar algo, tenemos que alzar estos hechos inconscientes a la consciencia para poder someterlos a una corrección. Esta operación no es necesaria donde el estudio preciso del entorno doméstico y de la biografía psicológica nos proporciona los instrumentos para influir eficazmente sobre el individuo. Pero como hay casos en que esto no basta, el estudio de la psique ha de profundizar más. Esto es una especie de intervención quirúrgica que, sin la preparación técnica suficiente, puede tener unas consecuencias muy graves. Hace falta mucha experiencia médica para saber dónde y cuándo ha de tener lugar esta intervención. Por desgracia, los legos suelen menospreciar los

peligros que estas intervenciones implican: cuando llevamos contenidos inconscientes a la consciencia, provocamos artificialmente un estado que se parece mucho a una enfermedad mental. La mayor parte de las enfermedades mentales, si no son de naturaleza orgánica, se basan en una disgregación de la consciencia provocada por la invasión irrefrenable de contenidos inconscientes. Por tanto, tenemos que saber dónde podemos arriesgarnos a acometer esta intervención sin causar daños. Aunque desde este punto de vista no haya peligro, todavía no hemos anulado todos los riesgos. Una de las consecuencias más habituales de ocuparse de los contenidos inconscientes es lo que Freud denominó *transferencia*. La transferencia es, *sensu stricto*, una proyección de contenidos inconscientes a quien analiza lo inconsciente. Pero el concepto de transferencia es utilizado en un sentido mucho más amplio e incluye todos esos variados procesos que causan una *ligazón* del paciente al analista. Esta ligazón puede convertirse en un obstáculo muy desagradable si es tratada de una manera errónea. En muchos casos ha conducido incluso a suicidios. Una de las causas más habituales por las que esto sucede es que se han vuelto conscientes unos contenidos inconscientes que arrojan una luz completamente nueva y destructiva sobre la situación doméstica. Se pueden volver conscientes unas cosas que transforman el amor y la confianza hacia los padres en resistencia y odio. De este modo, el individuo cae en un vacío insoportable de relaciones y se aferra desesperadamente al analista para mantener mediante él cierto contacto con el mundo. Si en esta situación crítica el médico comete un error técnico y le destruye al individuo esta relación, esto puede conducir directamente al suicidio.

261 Así pues, pienso que la intervención que el análisis de lo inconsciente representa necesita al menos el control y la colaboración de un médico con formación psiquiátrica y psicológica.

262 ¿De qué modo podemos llevar contenidos inconscientes a la consciencia? Como ustedes comprenderán, en el marco de una conferencia no puedo mencionar todos los caminos que conducen a esta meta. El método mejor en la práctica y al mismo tiempo el más difícil es el *análisis y la explicación de los sueños*. Los sueños son sin duda productos de la actividad anímica inconsciente. Surgidos mientras dormimos, sin nuestra intención y sin nuestra participación, los sueños se presentan ante nuestra mirada interior, y mediante un pequeño resto de consciencia conseguimos trasladarlos a la consciencia despierta. Su naturaleza a menudo extraña, irracional e incomprensible nos hace desconfiar de ellos como fuente de información. Nuestros intentos de comprender los sueños están

muy lejos del método de las ciencias naturales, no consisten en contar y medir. Más bien, nos encontramos en la situación de un arqueólogo que tiene que descifrar una escritura desconocida. Y sin embargo los sueños son lo que mejor nos puede comunicar algo de los contenidos inconscientes, suponiendo que éstos existan. Freud tiene el gran mérito de haber sido el primero en llamar la atención sobre esta posibilidad. Es verdad que todos los siglos anteriores a nosotros se han ocupado del misterio de los sueños, y no siempre de una manera supersticiosa. La interpretación de los sueños del viejo Artemidoro de Daldis es incluso una obra científica importante a su manera, y Flavio Josefo cuenta algunas interpretaciones de sueños de los esenios que no podemos despreciar. Pero sin Freud la ciencia no habría recurrido a los sueños como fuente de información, aunque los médicos de la Antigüedad prestaron mucha atención a los sueños. También hoy en día las opiniones sobre los sueños son muy dispares. Hay incluso muchos psicólogos médicos que renuncian a analizar los sueños porque el método les parece demasiado inseguro, arbitrario o difícil y porque creen no necesitar lo inconsciente. Yo soy de la opinión contraria: mi experiencia me ha convencido de que en todos los casos difíciles los sueños del paciente le pueden prestar al médico del alma unos servicios valiosísimos como fuente de información y como instrumento terapéutico.

263 Por cuanto respecta al controvertido método del análisis de los sueños, actuamos igual que un descifrador de jeroglíficos. Primero recopilamos toda la información que el propio soñante puede darnos sobre sus sueños. A continuación excluimos las observaciones que proceden de una teoría, pues suelen ser unos intentos arbitrarios de interpretación. Le preguntamos al soñante sobre lo que le pasó la víspera y sobre su estado de ánimo, sus planes y sus intenciones en los días o las semanas anteriores al sueño. Necesitamos un conocimiento más o menos íntimo de las circunstancias y el carácter del soñante. Este trabajo requiere mucha atención y esmero si se quiere comprender un sueño. No creo en interpretaciones de sueños elaboradas automáticamente a partir de una opinión teórica previa. Al contrario, hay que cuidarse de aportar al sueño unos presupuestos teóricos; para protegerse de los prejuicios, al principio hay que hacer como si el sueño no tuviera sentido. Los resultados del análisis de un sueño pueden ser inesperados. A veces salen a la luz unas cosas muy penosas cuya discusión habríamos preferido evitar a toda costa. Tal vez se den unos resultados que al principio son oscuros e incomprensibles porque nuestra interpretación consciente todavía no está a la altura de los misterios del

alma. En estos casos es mejor adoptar una actitud de espera que forzar una explicación convulsa. En este trabajo hay que ser capaz de soportar muchos interrogantes.

264 Mientras recopilamos el material antes mencionado se van aclarando poco a poco las diversas partes del sueño y empezamos a reconocer en el caos de imágenes aparentemente absurdas un texto, primero sólo en forma de frases incoherentes, pero luego como un nexo que va creciendo. Lo mejor será que les presente algunos ejemplos de sueños que se dan en el curso de una educación médica individual.

265 Primero tengo que explicarles quién es el soñante, pues de lo contrario ustedes no podrán trasladarse a la atmósfera peculiar de los sueños.

266 Algunos sueños son unas invenciones puras, por lo que sólo se pueden comprender desde la atmósfera a la que pertenecen. El soñante es un chico de poco más de veinte años y de aspecto todavía infantil. Su presencia y sus expresiones tienen incluso cierto aire femenino. Ha recibido una educación muy buena. Es inteligente y cultiva unos intereses marcadamente intelectuales y estéticos. Lo estético está claramente en primer plano. Se percibe de inmediato que este chico tiene buen gusto y comprende todas las formas del arte. Sus sentimientos son delicados y blandos, ligeramente exaltados, con el carácter de la pubertad, pero de naturaleza femenina. El predominio considerable del elemento femenino es innegable. No hay ni huella de gamberradas de pubertad. Sin duda, este chico es demasiado joven para su edad, es un caso claro de desarrollo atrasado. Con esto concuerda el hecho de que este chico ha venido a verme debido a su homosexualidad. La noche antes de que viniera por primera vez a verme tuvo este sueño: «*Me encuentro en una catedral grande, llena de un crepúsculo misterioso. Al parecer es la catedral de Lourdes. En el centro hay un pozo oscuro y profundo al que debo lanzarme*».

267 Este sueño es la expresión coherente de un estado de ánimo. Las observaciones del soñante dicen así: «Lourdes es la fuente mística de curación. Naturalmente, ayer pensé que usted me iba a tratar para curarme. En Lourdes hay un pozo así. Debe de ser muy desagradable entrar en ese agua. El pozo de esa iglesia era muy hondo».

268 ¿Qué dice este sueño? En apariencia es muy claro, y podríamos conformarnos con entenderlo como una especie de formulación poética del estado de ánimo de la víspera. Pero nunca deberíamos conformarnos con esto, pues la experiencia muestra que los sueños son mucho más profundos y tienen mucho más significado. Podríamos suponer a partir de este sueño que el paciente acude al

médico con un estado de ánimo muy poético, que entra en el tratamiento (como si fuera una celebración religiosa) por la penumbra mística de un lugar misterioso y sagrado. Pero esto no concuerda con la realidad. El paciente acudió al médico para tratarse debido a esa cosa desagradable, a su homosexualidad. Esto no es poético. En todo caso, del estado de ánimo de la víspera no se desprende por qué el paciente soñó algo tan poético, si podemos suponer una causalidad tan directa en el surgimiento de un sueño. Pero tal vez podríamos suponer que fue precisamente la impresión de estos asuntos nada poéticos que movieron al paciente a solicitar mi tratamiento lo que dio pie al sueño. Podríamos suponer que el paciente soñó poéticamente debido precisamente al prosaísmo de su estado de ánimo de la víspera, igual que una persona que ha ayunado durante el día sueña durante la noche con banquetes opíparos. Es innegable que en el sueño reaparece la idea del tratamiento, de la curación y del procedimiento desagradable, pero transfigurada poéticamente, es decir, en una forma muy apropiada para la necesidad estética y emocional del soñante. El soñante será atraído inevitablemente por esta imagen sugerente, aunque el pozo sea oscuro, profundo y frío. Algo de este estado de ánimo onírico perdurará cuando el soñante se despierte y llegará a la mañana de ese día en el que el soñante se someterá a su deber desagradable y prosaico. La gris realidad será alcanzada tal vez por un leve resplandor dorado de los sentimientos oníricos.

269 ¿Será esto la meta de este sueño? Esto no es imposible, pues de acuerdo con mi experiencia la mayor parte de los sueños son de *naturaleza compensadora*. Subrayan el otro lado para mantener el equilibrio anímico. Pero la compensación del estado de ánimo no es la única meta del sueño. En el sueño también hay una corrección de las ideas. Naturalmente, el paciente no tenía unas ideas satisfactorias sobre el tratamiento al que estaba a punto de someterse. El sueño le da una imagen que presenta con una metáfora poética la esencia del tratamiento. Esto queda claro en cuanto seguimos estudiando las observaciones del soñante sobre la imagen de la catedral: «En cuanto a la catedral, se me ocurre la catedral de Colonia. Me interesa mucho desde que era muy joven. Recuerdo que mi madre fue la primera persona que me habló de ella y que, cada vez que yo veía una iglesia, preguntaba si era la catedral de Colonia. Quería ser un sacerdote en una catedral».

270 El paciente describe con estas ocurrencias un acontecimiento muy importante de su juventud. Como en casi todos los casos de este tipo, este chico tiene una relación muy estrecha con su madre. Pero no la entiendan como una relación *consciente* especialmente

buena o intensa con la madre, sino como una conexión secreta y subterránea que en la consciencia tal vez sólo se exprese en el atraso del desarrollo del carácter, en un infantilismo relativo. El desarrollo de la personalidad se aleja naturalmente de esa conexión infantil inconsciente, pues nada es peor para el desarrollo que permanecer en un estado inconsciente o, como también podríamos decir, psíquico-embrionario. De ahí que el instinto aproveche la primera oportunidad para sustituir a la madre por otro objeto. Este objeto tiene que ser en cierto sentido una analogía de la madre para poder sustituirla realmente. En nuestro paciente esto sucede plenamente. La intensidad con que su fantasía infantil atrapó el símbolo de la catedral de Colonia corresponde a una fuerte necesidad inconsciente de encontrar un sustituto de la madre. Esta necesidad inconsciente se incrementa más aún en un caso en el que la ligazón infantil amenaza con ser perjudicial. De ahí el entusiasmo con que la fantasía infantil del paciente acogió la idea de Iglesia; pues la Iglesia es en el sentido pleno y desde todos los puntos de vista una madre. No sólo se habla de la «madre Iglesia», sino también de su «seno»; en la ceremonia de la *benedictio fontis* de la Iglesia católica se dice que la pila bautismal es el *immaculatus divini fontis uterus*. Nosotros pensamos que alguien tiene que conocer conscientemente estos significados para que puedan actuar en su fantasía y que es imposible que un niño ignorante pueda ser atrapado por estos significados. Así pues, estas analogías no actúan a través de la consciencia, sino por un camino completamente diferente.

271 La Iglesia es un sustituto espiritual superior de la ligazón meramente natural, «carnal», con los padres. Libera de este modo a los individuos de una relación natural e inconsciente que *sensu stricto* no era una relación, sino un estado inicial de identidad inconsciente que (debido precisamente a su inconsciencia) posee una inercia enorme y ofrece gran resistencia a todo desarrollo espiritual superior. Apenas se puede indicar dónde hay en este estado una diferencia esencial con un estado animal. No es una prerrogativa de la Iglesia cristiana intentar despegar al individuo del estado inicial cuasi-animal, sino que se trata simplemente de la forma moderna y en especial occidental de un esfuerzo instintivo que tal vez sea tan antiguo como la propia humanidad. Este esfuerzo se encuentra con formas muy variadas en todos los primitivos que estén mínimamente desarrollados y no hayan retornado a la degeneración. Se trata de la institución de las iniciaciones masculinas: al llegar a la pubertad, el chico es conducido a la casa de los hombres o a otro lugar de iniciación, donde es apartado sistemáticamente de su familia. Al mismo tiempo es iniciado en los misterios religio-

sos, y de este modo entra no sólo en unas relaciones completamente nuevas, sino también en un mundo completamente nuevo como una personalidad renovada y cambiada, *quasi modo genitus* [«como un recién nacido»]. Muchas veces la iniciación va acompañada por todo tipo de torturas, no pocas veces por la circuncisión. Estas costumbres son antiquísimas y han dejado sus huellas en nuestro inconsciente, como tantas otras vivencias primitivas. Se han convertido casi en un mecanismo instintivo y se reproducen por sí mismas, sin necesidad de una obligación exterior, como en las novatadas estudiantiles. Están inscritas en lo inconsciente como una *imagen antiquísima*, como un *arquetipo*, como dice San Agustín.

272 Cuando la madre le habló al niño de la catedral de Colonia, este arquetipo fue tocado y despertado. Pero no había un educador sacerdotal que desarrollara este inicio. Se quedó en manos de la madre. Y el deseo de un hombre que lo guiara se desarrolló en el chico en forma de una tendencia homosexual; este desarrollo defectuoso tal vez no se habría producido si un hombre hubiera desarrollado su fantasía infantil. La desviación hacia la homosexualidad tiene muchos modelos históricos. En la Grecia antigua y en otras colectividades primitivas, la homosexualidad y la educación eran lo mismo. A este respecto, la homosexualidad de la adolescencia es una necesidad de hombre malentendida, pero adecuada.

273 Para el paciente, la entrada en el tratamiento significa (de acuerdo con el sentido del sueño) la realización del sentido de su homosexualidad: la introducción en el mundo del hombre adulto. Lo que aquí tenemos que exponer con unas reflexiones laboriosas y prolijas para comprenderlo por completo, el sueño lo comprime en unas pocas metáforas expresivas, creando así una imagen que influye mucho más sobre la fantasía, el sentimiento y la inteligencia del soñante que un tratado erudito. El paciente está ahora mejor preparado para el tratamiento que mediante una colección de sentencias médicas y educativas. Por esta razón veo en el sueño no sólo una fuente valiosa de información, sino también un instrumento eficaz de educación y tratamiento.

274 Ya sólo me queda contarles el segundo sueño que este paciente tuvo la noche tras la primera consulta. Este sueño completa a la perfección lo que hemos visto hasta ahora. Tengo que decirles que en la primera consulta no me ocupé del sueño que les acabo de contar. El paciente ni siquiera lo mencionó. No dijimos nada que tuviera la menor conexión con lo que hemos visto hasta ahora.

275 El segundo sueño dice así: *«Estoy en una gran catedral gótica. En el altar hay un sacerdote. Estoy ante él con mi amigo y tengo en mi mano una figura japonesa de marfil, con la sensación de que*

la van a bautizar. De repente aparece una señora mayor, quita de la mano de mi amigo el anillo de su asociación de estudiantes y se lo pone ella. Mi amigo tiene miedo a haber quedado comprometido de esta manera. Pero en este momento suena una música maravillosa de órgano».

276 Por desgracia, el estrecho marco de una conferencia no me permite abordar todos los detalles de este ingenioso sueño. Sólo voy a subrayar brevemente los puntos que continúan y completan el sueño de la víspera. El segundo sueño enlaza claramente con el primero: el soñante está de nuevo en una iglesia, en el estado de la iniciación masculina. Pero hay una figura nueva, el sacerdote, de cuya ausencia en la situación anterior ya hemos hablado. Así pues, el sueño confirma que el sentido inconsciente de la homosexualidad del paciente se ha realizado, por lo que ahora puede empezar un nuevo desarrollo. Ya puede comenzar la iniciación, el bautismo. El simbolismo del sueño confirma lo que he dicho antes: no es prerrogativa de la Iglesia cristiana llevar a cabo estas transiciones y estas transformaciones anímicas, sino que tras esto hay una imagen antiquísima que puede imponer estas transformaciones.

277 Lo que según el sueño va a ser bautizado es una pequeña figura japonesa de marfil. El paciente anota a este respecto: «Era un muñeco pequeño y grotesco que me recordaba el miembro viril. Es curioso que este miembro fuera a ser bautizado. Pero en los judíos la circuncisión es una especie de bautismo. Esto debe de referirse a mi homosexualidad, pues el amigo que está conmigo ante el altar es el amigo con el que estoy relacionado homosexualmente. El anillo representa nuestra relación».

278 Como ustedes saben, el anillo tiene en la vida cotidiana el significado de símbolo de una relación, como por ejemplo el anillo matrimonial. Por tanto, en este caso podemos interpretar tranquilamente el anillo de la asociación estudiantil como una metáfora de una relación homosexual, y lo mismo significa el hecho de que el soñante aparezca con su amigo.

279 El mal que hay que remediar es la homosexualidad. Desde este estado relativamente infantil, el soñante ha de ser trasladado a un estado adulto mediante una ceremonia parecida a la circuncisión y con ayuda de un sacerdote. Estas ideas corresponden exactamente a mi interpretación del sueño anterior. Así pues, el desarrollo se extendería hasta aquí desde el punto de vista de la lógica y del sentido, con la colaboración de nociones arquetípicas. Pero ahora se produce una perturbación. Una señora mayor se apropia del anillo, se queda con lo que hasta ahora era una relación homosexual, y el soñante teme haber entrado en una nueva relación,

en un nuevo compromiso. Como el anillo está ahora en la mano de una mujer, el soñante ha contraído una especie de matrimonio, es decir, la relación homosexual ha dado paso a una relación heterosexual. Pero esta relación heterosexual es muy peculiar, pues se trata de una señora mayor. El paciente dice: «Es una amiga de mi madre. La quiero mucho; para mí es casi como una madre». Estas palabras nos aclaran lo que ha sucedido en el sueño: como consecuencia de la iniciación, la ligazón homosexual se deshace y es sustituida por una relación heterosexual, en primer lugar por una amistad platónica con una mujer similar a una madre. Pese a esta similitud, esta mujer ya no es la madre. La relación con ella representa un paso más allá de la madre, un paso hacia la virilidad, un alejamiento de la madre y una superación de la sexualidad pubertaria.

280 El miedo a la nueva ligazón es fácil de comprender, en primer lugar como miedo a la similitud con la madre. Podría significar que, al romperse la relación homosexual, el soñante ha vuelto con su madre. En segundo lugar, como miedo a lo nuevo y desconocido del estado adulto, heterosexual, con sus posibles obligaciones, como el matrimonio, etc. Que esto no es un retroceso, sino un progreso, parece confirmarlo la música que empieza a sonar. El paciente es muy musical, y es especialmente sensible a la música solemne de órgano. Por tanto, la música es para él un sentimiento muy positivo, y en este caso un final personal del sueño, el cual es adecuado para crear la mañana siguiente un estado de ánimo bello y solemne.

281 Si ustedes toman ahora en consideración el hecho de que hasta este momento el paciente sólo me ha visto en *una* consulta en la que no hicimos mucho más que una anamnesis médica general, tendrán que darme la razón cuando digo que los dos sueños hacen unas anticipaciones sorprendentes. Iluminan las situaciones del paciente con una luz muy peculiar y extraña a la consciencia que además confiere a la banal situación médica un aspecto que parece hecho para la peculiaridad espiritual del soñante y que es capaz de poner en tensión a sus intereses estéticos, intelectuales y religiosos. Esto creó los mejores presupuestos imaginables para el tratamiento. El significado de estos sueños casi causa la impresión de que el paciente entró en el tratamiento con la mejor predisposición, con grandes esperanzas, decidido a dejar de ser un niño y a convertirse en un hombre. Pero esto no es lo que sucedió en la realidad. Su consciencia estaba llena de titubeo y resistencia, y durante el tratamiento el paciente se comportó de una manera conflictiva y difícil, siempre dispuesto a recaer en sus infantilismos. Por tanto,

los sueños son lo contrario de su comportamiento consciente. Se mueven en la línea avanzada y toman partido por el educador. En mi opinión, muestran con claridad la función de los sueños. He denominado *compensación* a esta función. El progreso inconsciente forma con el retroceso consciente una pareja de opuestos que se mantienen en equilibrio. La influencia del educador es el fiel de la balanza. De este modo, los sueños apoyan eficazmente al esfuerzo educativo, y al mismo tiempo hacen posible un conocimiento más profundo de las fantasías del paciente, a partir de las cuales el comportamiento consciente resulta mucho más comprensible e influenciable.

282 De lo que he dicho se desprende que los sueños, si en general se comportan así, hacen posible un acceso incomparable hasta a la vida anímica más individual. Y esto es lo que sucede en la medida en que los sueños se pueden comprender. Pero la gran dificultad es comprender los sueños. Esto no exige sólo mucha experiencia y tacto, sino también conocimiento. Interpretar los sueños a partir de una teoría general es una práctica no sólo ineficaz, sino también reprobable y perjudicial. Naturalmente, forzando un poco las cosas y aplicando todo tipo de suposiciones (como la inversión, la deformación, etc., entendidas como presuntos mecanismos oníricos) se puede construir cualquier sentido. Estas mismas arbitrariedades se produjeron cuando se empezó a descifrar los jeroglíficos. Ante todo intento de comprender un sueño habría que decir: «Este sueño puede significar cualquier cosa». Puede no oponerse a la consciencia, sino incluso acompañarla (lo cual también concordaría con su función compensadora). Otros sueños son inexplicables. A menudo lo único posible es una conjetura. En todo caso, hasta ahora no hay un *passe-partout* para sueños, no hay un método infalible y una teoría absolutamente satisfactoria. No puedo confirmar la hipótesis de Freud de que los sueños contienen realizaciones encubiertas de deseos sexuales y de otros deseos moralmente inadmisibles. Pienso que la aplicación de esta hipótesis y las operaciones técnicas basadas en ella son un prejuicio subjetivo. Estoy incluso convencido de que, debido a la monstruosa irracionalidad e individualidad de los sueños, tal vez sea imposible elaborar una teoría suficiente. No todo puede ser objeto de la ciencia. El pensamiento científico sólo es *una* de las aptitudes espirituales humanas que tenemos a nuestra disposición para comprender el mundo. Tal vez sería mejor entender los sueños como una especie de obras de arte en vez de como un material de observación para las ciencias naturales. Pienso que la primera idea conduce a mejores resultados porque se acerca más a la esencia de los sueños que la

seguida. Y al fin y al cabo lo más importante es llevar la compensación inconsciente a la consciencia y superar así la unilateralidad y deficiencia de la consciencia. Mientras otros métodos educativos sean eficaces y útiles, no necesitamos la colaboración de lo inconsciente. Sería incluso un error grave sustituir unos métodos acreditados y conscientes por el análisis de lo inconsciente. Este último método ha de quedar reservado estrictamente para los casos a los que ningún otro método puede llegar, y además sólo lo deberían aplicar los médicos o los legos controlados y asesorados por médicos.

283 Para el educador, los resultados generales de estas investigaciones y de estos métodos psiquiátricos son no sólo interesantes, sino también útiles, pues en ciertos casos pueden proporcionarle unos conocimientos que de otro modo no podría obtener.

7

SOBRE EL DEVENIR DE LA PERSONALIDAD*

* Conferencia dictada con el título *La voz del interior* en Viena en noviembre de 1932 y publicada con el título *Sobre el devenir de la personalidad* en el libro *La realidad del alma*, 1934.



284 Citando libremente a Goethe se suele decir:

> La mayor dicha de los mortales
> ha de ser sólo la personalidad[1].

Y de este modo se afirma que la meta más amplia y el deseo más fuerte de todos es desplegar esa totalidad del ser humano a la que se denomina *personalidad*. «Educar para la personalidad» se ha convertido hoy en un ideal educativo, a diferencia del ser humano colectivo o normal, estandarizado, que la masificación general exige; esto se deriva del conocimiento correcto del hecho histórico de que los grandes actos liberadores de la historia universal han partido de las personalidades dirigentes y nunca de la masa secundaria e indolente, que para hacer hasta el menor movimiento necesita a un demagogo. El júbilo de la nación italiana se refiere a la personalidad del *Duce*, y los lamentos de otras naciones lloran la ausencia de los grandes dirigentes[2]. El deseo de personalidad se ha convertido en un problema real que hoy ocupa a muchas cabezas, a diferencia del pasado, cuando sólo uno vislumbró esta pregunta, Friedrich Schiller, a cuyas *Cartas sobre la educación estética* no se les ha prestado atención desde que se publicaron hace cien años. Podemos afirmar tranquilamente que Alemania no se ha enterado

1. *Diván occidental-oriental*, libro de Suleika [Goethe, *Obra completa*, trad. de R. Cansinos Asséns, Aguilar, Madrid, 1957, vol. 1, pp. 1606-1607. *N. del T.*].

2. Desde que escribí esta frase, también Alemania ha encontrado su dirigente [*Führer*].

de la existencia del educador Friedrich Schiller. En cambio, el *furor teutonicus* se ha lanzado sobre la pedagogía, es decir, sobre la educación de los niños, ha cultivado la psicología infantil, ha buscado lo infantil en el adulto y ha convertido a la infancia en un estado tan importante para la vida y el destino que el significado y la posibilidad creativos de la posterior existencia adulta han pasado a segundo plano. Se ha llegado a ensalzar exageradamente a nuestra época como la «era del niño». Esta ampliación desmesurada del jardín de infancia equivale a olvidar por completo la problemática educativa que Schiller intuyó genialmente. Nadie negará ni infravalorará la importancia de la infancia; son demasiado patentes los graves daños (a menudo para toda la vida) que una educación estúpida en casa y en la escuela provoca y es demasiado clara la necesidad de métodos pedagógicos más racionales. Si queremos cortar este mal de raíz, tenemos que plantearnos seriamente esta pregunta: ¿cómo ha podido suceder y cómo puede seguir sucediendo que se apliquen unos métodos educativos estúpidos y cerriles? Sin duda, esto se debe únicamente a que hay unos educadores estúpidos que no son personas, sino métodos personificados. Quien quiera educar tiene primero que educarse. Aprender de memoria y aplicar mecánicamente métodos no es educación, ni para el niño ni para el educador. Se habla continuamente de que hay que educar al niño para la personalidad. Por supuesto, yo admiro este elevado ideal educativo. Pero ¿quién educa para la personalidad? En primer lugar y ante todo, los padres habituales e incompetentes, que en muchos casos no dejan de ser niños (a medias o por completo) en toda su vida. No podemos esperar que estos padres habituales sean «personalidades»; nadie ha elaborado un método para dar a los padres la «personalidad». Así que esperamos más del pedagogo, del especialista al que le han enseñado un poco de psicología: puntos de vista de esta o aquella observancia sobre cómo se supone que el niño es y cómo hay que tratarlo. Se presupone que los jóvenes que han elegido la profesión de pedagogo están educados. Pero nadie afirmará que además son personalidades. En general han tenido la misma educación defectuosa que los niños a los que han de educar, y no suelen ser personalidades, como tampoco los niños. Nuestro problema educativo consiste en que nos centramos en el niño al que hay que educar y nos olvidamos de la falta de educación de los educadores adultos. Cualquier persona con un título universitario se cree que ya está educada, que ya es adulta. Y tiene que creerlo, tiene que estar convencida firmemente de que es competente, para poder salir airosa de la lucha por la vida. Las dudas y los sentimientos de inseguridad serían un obstáculo, soca-

varían la fe que esa persona necesita tener en su propia autoridad y la incapacitarían para la vida profesional. Queremos oírle decir que es capaz y que domina su materia, no que duda de sí misma y de su competencia. El especialista está condenado irrecusablemente a ser competente.

285 Todo el mundo sabe que esta situación no es ideal. Pero en las circunstancias actuales es en cierto modo la mejor situación posible. No podemos imaginarnos cómo podría ser diferente. De un educador cualquiera no se puede esperar más que de unos padres cualesquiera. Si el educador es un buen especialista, tenemos que estar tan satisfechos como con los padres, que educan a sus hijos lo mejor que pueden.

286 Es mejor no aplicar a los niños el elevado ideal de la educación para la personalidad. Pues lo que se suele entender por «personalidad» (una *totalidad anímica determinada, resistente y vigorosa*) es un ideal *adulto* que sólo se achaca a la infancia en una época en la que el individuo todavía es inconsciente del problema de su «adultez» o en la que (peor aún) da vueltas conscientemente en torno a él. Sospecho que nuestro entusiasmo pedagógico y psicológico contemporáneo por el niño tiene una intención insincera: hablamos del niño, pero nos referimos al niño en el adulto. Pues en el adulto hay un niño, *un niño eterno*, algo que está en devenir, que nunca está acabado y que necesita del cuidado, la atención y la educación constantes.* Ésta es la parte de la personalidad humana que quiere desarrollarse hacia la totalidad. Pero el ser humano de nuestra época está muy alejado de esa totalidad. Así que, barruntando este defecto, se apodera de la educación del niño y se entusiasma con la psicología infantil a partir del popular supuesto de que en su educación y en su desarrollo infantil algo tuvo que salir mal, algo que en la próxima generación se podría corregir. Esta intención es laudable, pero fracasa ante el hecho psicológico de que yo no puedo corregir en el niño unos errores que sigo cometiendo. Los niños no son por naturaleza tan tontos como nosotros pensamos. Se dan cuenta de qué es auténtico y qué no lo es. El cuento de Andersen sobre el nuevo traje del rey contiene una verdad inmortal. Muchos padres me han manifestado la intención laudable de ahorrarles a sus hijos las experiencias que ellos mismos tuvieron que hacer en su infancia. Y cuando les he preguntado: «¿Están ustedes seguros de que han superado estos errores?», estaban plenamente convencidos de que el daño estaba corregido en ellos

* Cf. Jung y Kerényi, «El niño divino», en *Introducción a la esencia de la mitología*.

desde hacía mucho tiempo. Pero en realidad no lo estaba. Si de niños habían sido educados de una manera demasiado severa, echaban a perder a sus propios hijos con una tolerancia rayana con el mal gusto; si en la infancia ciertos campos de la vida les habían sido ocultados penosamente, ellos se los mostraban a sus hijos de una manera igualmente penosa. Habían pasado al extremo opuesto, lo cual es una prueba contundente de la pervivencia trágica del viejo pecado. Esto se les había escapado por completo.

287 Siempre que queramos cambiar algo en los niños, primero debemos examinar cuidadosamente si no sería mejor que lo cambiáramos en nosotros mismos, por ejemplo nuestro entusiasmo pedagógico. Tal vez esté hecho para nosotros. Tal vez ignoremos la necesidad pedagógica porque nos recordaría incómodamente que todavía somos niños en cierto sentido y que necesitamos en buena medida la educación.

288 Esta duda me parece adecuada para todos los casos en que se quiere educar a los niños para convertirlos en «personalidades». La personalidad es un germen en el niño que sólo se va desarrollando a través de y en la vida. Ninguna personalidad se manifiesta sin *determinación, totalidad* y *maduración*. Estas tres cualidades no pueden ni deben ser propias del niño, pues con ellas se privaría al niño de su infancia. El niño sería un sucedáneo de adulto precoz e innatural. La educación moderna ya ha producido estos monstruos: en los casos en que los padres se dedican con verdadero fanatismo a dar lo «mejor» de sí mismos para sus hijos y a «vivir sólo por ellos». Este ideal tan frecuente impide a los padres desarrollarse y los capacita para imponer a sus hijos lo «mejor» de ellos. Pero en realidad lo que los padres consideran lo mejor de sí mismos es lo que han desatendido en sí mismos. Los hijos son estimulados así a hacer cosas que sus padres nunca han hecho, y se les imponen unas ambiciones que sus padres no han realizado. Estos métodos e ideales producen monstruosidades educativas.

289 Para la personalidad no puede educar alguien que no la tenga. Y la personalidad no la puede alcanzar el niño, sino sólo el adulto como el fruto maduro de una vida dirigida hacia esta meta. Pues alcanzar la personalidad es nada menos que el mejor despliegue posible de un ser individual. El número de condiciones que hay que cumplir aquí es inmenso. Hace falta una vida entera, con todos sus aspectos biológicos, sociales y anímicos. La personalidad es la realización suprema de la peculiaridad innata de un ser vivo particular. La personalidad es una hazaña del coraje supremo de vivir, de la afirmación absoluta del ser individual y de la adaptación más exitosa a lo dado universalmente, junto con la mayor

libertad posible de la decisión propia. Educar a alguien para *esto* no me parece una nimiedad. Es la tarea más grande que el mundo espiritual moderno se ha planteado. Es en verdad una tarea peligrosa, y en una medida que ni siquiera Schiller (el primero que se atrevió proféticamente a abordar esta problemática) intuyó. Esta tarea es tan peligrosa como la empresa audaz y despiadada de la naturaleza de hacer que las mujeres tengan hijos. ¿No sería un sacrilegio prometeico o incluso luciferino que un sobre-hombre se atreviera a crear en su retorta un homúnculo que creciera hasta convertirse en un Golem? Pero este sobre-hombre no haría otra cosa que lo que la naturaleza hace todos los días. No hay ninguna monstruosidad humana que no haya estado en el vientre de una madre amorosa. Así como el Sol brilla sobre justos e injustos, así como unas madres sacrificadas y nutricias cuidan con el mismo amor a los hijos de Dios y del diablo, sin preocuparse por las posibles consecuencias, también nosotros somos unas partes de esta extraña naturaleza que, como ellas, llevan encima algo imprevisible.

290 La personalidad se desarrolla en el curso de la vida a partir de unos gérmenes difíciles (o incluso imposibles) de interpretar, y serán nuestros actos los que dejarán claro quiénes somos. Somos como el Sol, que alimenta la vida de la Tierra y produce todo tipo de cosas bellas, raras y malas; somos como las madres, que llevan en su vientre alegrías y sufrimientos desconocidos. Al principio no sabemos qué hazañas y qué crímenes, qué destino, qué bondad y qué maldad contenemos; el otoño mostrará qué ha creado la primavera, la tarde dejará claro qué ha comenzado la mañana.

291 La personalidad, en tanto que la realización plena de la totalidad de nuestro ser, es un ideal inalcanzable. El hecho de que un ideal sea inalcanzable no es un argumento contra él, pues los ideales son señales, no metas.

292 Así como el niño se tiene que desarrollar para poder educarse, también la personalidad tiene que desplegarse antes de poder ser sometida a la educación. Y aquí empieza el peligro. Nos encontramos ante algo imprevisible, no sabemos cómo y hacia dónde se desarrollará la personalidad, y la naturaleza y la realidad del mundo nos han enseñado a ser desconfiados. Además, hemos sido educados por la doctrina cristiana de la fe en la maldad originaria de la naturaleza humana. E incluso quienes ya no aceptan la doctrina cristiana desconfían por naturaleza y tienen miedo a las posibilidades que hay en el fondo de ellos. Incluso psicólogos ilustrados y materialistas como Freud nos dan una idea muy desagradable de los trasfondos y los abismos anímicos que están dormidos en la naturaleza humana. Por tanto, casi es una audacia defender el des-



pliegue de la personalidad. Pero el espíritu humano está lleno de las contradicciones más extrañas. Alabamos a la «sagrada maternidad» y no pensamos en hacerla responsable de todos los monstruos humanos, como los criminales, los enfermos mentales peligrosos, los epilépticos, los idiotas y los lisiados de todo tipo que también nacen. Nos invaden unas dudas muy serias a la hora de permitir el desarrollo libre de la personalidad humana. «Entonces todo sería posible», decimos. O desempolvamos la idea poco inteligente del «individualismo». El individualismo no ha sido nunca un desarrollo natural, sino una usurpación innatural, una pose inadaptada e impertinente que muestra su futilidad al desmoronarse ante la menor dificultad. Aquí se trata de otra cosa.

293 Nadie desarrolla su personalidad porque alguien le haya dicho que sería útil o recomendable hacerlo. La naturaleza nunca se ha dejado impresionar por los consejos bienintencionados. Sólo una obligación con fuerza causal mueve a la naturaleza, incluida la naturaleza humana. Nada cambia sin necesidad, y menos que nada la personalidad humana. Ésta es enormemente conservadora, por no decir *inerte*. Sólo una necesidad apremiante puede ponerla en movimiento. Tampoco el desarrollo de la personalidad obedece a los deseos, las órdenes o el conocimiento, sino sólo a la *necesidad*; el desarrollo de la personalidad precisa de la coacción motivadora de los destinos interiores o exteriores. Cualquier otro desarrollo sería individualismo. Por eso, el reproche de individualismo es un insulto ruin cuando se dirige contra un desarrollo natural de la personalidad.

294 La frase «Muchos son los llamados, pocos los escogidos» vale aquí más que en cualquier otro lugar; pues el desarrollo de la personalidad a partir de sus gérmenes hacia la consciencia plena es un carisma y al mismo tiempo una maldición: su primera consecuencia es el alejamiento consciente e inevitable del individuo respecto de la falta de diferencias y de consciencia del rebaño. Esto es *aislamiento*, y no se le puede llamar con una palabra más consoladora. De esto no nos libera ni una adaptación exitosa ni un ajuste sin fricciones al entorno, ni la familia, ni la sociedad ni la posición. El desarrollo de la personalidad es una suerte que sale muy cara. Quien habla mucho del despliegue de la personalidad piensa poco en las consecuencias, que asustan a los espíritus débiles.

295 El desarrollo de la personalidad es algo más que el miedo a los engendros anormales o al aislamiento. También es *lealtad a la ley propia*.

296 En vez de la palabra «lealtad» preferiría emplear aquí la palabra griega del Nuevo Testamento πίστις, que se suele traducir

erróneamente como «fe». En realidad significa confianza, lealtad confiada. La lealtad a la ley propia es una confianza en esta ley, una perseverancia leal y una esperanza confiada: la actitud que la persona religiosa ha de tener ante Dios. Y aquí queda claro que del trasfondo de nuestro problema emerge un dilema muy grave: la personalidad no puede desplegarse si la persona no elige conscientemente y con una decisión moral consciente *el camino propio*. No sólo el motivo causal, la necesidad, sino también la decisión moral consciente ha de prestar su fuerza al proceso de desarrollo de la personalidad. Si faltara lo primero, la necesidad, el «desarrollo» sería una mera acrobacia de la voluntad; si faltara lo último, la decisión consciente, el desarrollo se estancaría en un automatismo apático e inconsciente. Una persona sólo puede decidirse moralmente por su camino propio *si lo considera lo mejor*. Si considerara mejor otro camino, en lugar de su personalidad viviría y desarrollaría ese camino. Los otros caminos son las convenciones de naturaleza moral, social, política, filosófica y religiosa. El hecho de que las convenciones florezcan siempre de alguna manera demuestra que la gran mayoría de las personas no eligen su camino propio, sino la convención, de modo que no se desarrollan a sí mismas, sino a un método, a algo colectivo a costa de su totalidad.

297 Así como en el nivel primitivo la vida anímica y social de los seres humanos es una vida de grupo caracterizada por una inconsciencia grande del individuo, también el proceso posterior de desarrollo histórico es básicamente un asunto colectivo y seguirá siéndolo. Por esta razón creo en la convención como una necesidad colectiva. Es un remedio de emergencia, no un ideal, ni en sentido moral ni en sentido religioso, pues someterse a la convención implica renunciar a la totalidad y huir de las consecuencias últimas de uno mismo.

298 Acometer el desarrollo de la personalidad es una audacia impopular, un abandono antipático del camino ancho, una extravagancia propia de eremitas y *outsiders*. Así pues, no es asombroso que desde antiguo sólo unos pocos se hayan lanzado a esta extraña aventura. Si hubieran sido unos locos, podríamos considerarlos unos ἰδιῶται, unas «personas privadas» espirituales a las que no hace falta prestar atención. Pero por desgracia las personalidades suelen ser los héroes legendarios de la humanidad, los admirados, los amados, los adorados, los verdaderos hijos de Dios, cuyos nombres no se olvidan. Son las auténticas flores y los auténticos frutos, las semillas creadoras del árbol de la humanidad. Mencionar las personalidades históricas explica

suficientemente por qué el desarrollo hacia la personalidad es un ideal y por qué el reproche de individualismo es un insulto. La grandeza de la personalidad histórica nunca ha consistido en su sumisión incondicional a la convención, sino en su libertad *respecto de* la convención. Sobresalieron por encima de la masa (que se aferraba a los miedos, las convicciones, las leyes y los métodos colectivos) como las cumbres de las montañas y eligieron su camino propio. Y una y otra vez le pareció extraño al ser humano habitual que alguien prefiriera a los caminos trillados y a las metas conocidas una senda escarpada y estrecha que conduce a lo desconocido. Por eso siempre se ha pensado que una persona así, si no está loca, tiene dentro un dios o un demonio; pues este milagro de que alguien haga las cosas de una manera diferente a como la humanidad las ha hecho siempre sólo se podía explicar a partir de un talento con fuerza demoníaca o con espíritu divino. Al fin y al cabo, ¿qué otro ser, sino un dios, podría hacer de contrapeso a toda la humanidad y a la costumbre eterna? De ahí que los héroes siempre hayan tenido atributos demoníacos. De acuerdo con la interpretación nórdica, los héroes tenían ojos de serpiente y su nacimiento o su procedencia era peculiar. Algunos héroes de la Grecia antigua tenían alma de serpiente, otros eran magos o elegidos de Dios. Todos estos atributos, que podríamos seguir enumerando sin fin, muestran que para el hombre habitual la personalidad sobresaliente es un *fenómeno sobrenatural* que sólo se puede explicar mediante la intervención de un factor demoníaco.

299 ¿Qué mueve a una persona a elegir su camino propio, elevándose así sobre la identidad inconsciente con la masa como sobre una capa de niebla? La necesidad no puede ser, pues la necesidad afecta a muchos, y todos se refugian en las convenciones. Tampoco puede ser la decisión moral, pues lo más frecuente es decidirse por la convención. Así pues, ¿qué es lo que inclina implacablemente la balanza a favor de lo *inusual*?

300 Es lo que se denomina *determinación*; un factor irracional, un destino que apremia a emanciparse del rebaño y de sus caminos trillados. La personalidad auténtica tiene siempre determinación y cree en ella, tiene *pistis* en ella, como en Dios, aunque (como diría el hombre habitual) sólo es un sentimiento individual de determinación. Esta determinación actúa como una ley de Dios, que no admite excepciones. El hecho de que muchas personas perezcan en su camino propio no significa nada para quien tiene determinación. Esta persona *tiene* que obedecer a su ley propia, como si un espíritu le susurrara caminos nuevos, extraños. Quien tiene *determinación* escucha la *voz del interior*, está determinado*. Por eso, la leyenda cree que tiene un espíritu privado que le da consejos y cuyas órdenes él tiene que ejecutar. Un ejemplo célebre de este tipo es Fausto, y un caso histórico es el *daimónion* de Sócrates. Los curanderos primitivos tienen sus espíritus-serpiente, y también se representaba a Esculapio, el patrón de los médicos, mediante la serpiente de Epidauro. Además, Esculapio tenía el espíritu privado del cabir Telesforo, que al parecer le sugería las recetas.

301 *Tener determinación* significa originalmente: *ser apostrofado por una voz*. Ejemplos muy hermosos de esto se encuentran en las confesiones de los profetas del Antiguo Testamento. Y que no se trata simplemente de una manera antigua de hablar lo demuestran las confesiones de personalidades históricas como Goethe y Napoleón, por no mencionar más que dos ejemplos claros que no ocultaron su sentimiento de determinación.

302 La determinación o el sentimiento de determinación no es una prerrogativa de las grandes personalidades, sino también de las pequeñas; pero a medida que disminuye la talla, la determinación es más velada e inconsciente. Es como si la voz del espíritu interior se alejara cada vez más y hablara con menos frecuencia y claridad. Pues cuanto más pequeña es la personalidad, más indeterminada e inconsciente se vuelve, y al final se confunde con la sociedad, renuncia a su totalidad propia y se disuelve en el grupo. En lugar de la voz del interior aparece la voz del grupo social y de sus convenciones, y en lugar de la determinación aparecen las necesidades colectivas. Pero a no pocas personas les sucede que en este estado social inconsciente son llamadas por la voz individual, y de inmediato se diferencian de los demás y se sienten ante un problema que los demás desconocen. La mayor parte de las veces es imposible explicar a los demás lo que ha sucedido, pues la comprensión está obstaculizada por unos prejuicios fortísimos. «Tú eres como los demás», «Eso no existe»; y si existe, es «patológico», así como inadecuado; «Es una insolencia monstruosa afirmar que algo así podría tener significado», no es «nada más que psicología». Esta última objeción es muy popular hoy. Surge de un extraño menosprecio de lo anímico, que pese al entusiasmo por la psicología se suele considerar algo personal y arbitrario, completamente fútil. Lo inconsciente, dicen, no es «nada más que fantasía»: simplemente hemos «pensado» algo, etc. Nos sentimos como un mago que se

* Esta frase queda mejor en alemán que en español, ya que en alemán las palabras correspondientes a «determinación» (*Bestimmung*) y «voz» (*Stimme*) tienen la misma raíz, lo cual permite establecer fácilmente la conexión entre ambos conceptos. (*N. del T.*)

saca de la chistera lo anímico y le da la forma que más le apetece. Negamos lo incómodo, sublimamos lo no deseado, eliminamos con explicaciones lo que nos da miedo, corregimos los errores, y para acabar decimos que hemos organizado todo a la perfección. Pero hemos olvidado lo principal: que lo psíquico sólo es idéntico en su menor parte con la consciencia y con sus trucos, mientras que en su mayor parte es un hecho inconsciente que es duro y pesado, inmóvil e impenetrable como el granito, y que en cualquier momento, en cuanto plazca a unas leyes desconocidas, puede abalanzarse sobre nosotros. Las gigantescas catástrofes que *nos* amenazan no son acontecimientos elementales de naturaleza física o biológica, sino acontecimientos psíquicos. Nos amenazan en una medida terrorífica las guerras y las revoluciones, que no son otra cosa que epidemias psíquicas. En cualquier momento varios millones de personas pueden ser asaltadas por una locura, y habrá una nueva guerra mundial o una revolución devastadora. En vez de estar expuesto a animales salvajes, terremotos e inundaciones, el ser humano está expuesto ahora a sus fuerzas anímicas elementales. Lo psíquico es una gran potencia que es muy superior a todas las potencias de la Tierra. La Ilustración, que ha quitado su carácter divino a la naturaleza y a las instituciones humanas, ha pasado por alto al *dios del terror*, que vive en el alma. El temor de Dios es adecuado, si acaso, ante la supremacía de lo psíquico.

303 Pero todo esto son meras abstracciones. Todo el mundo sabe que el habilidoso intelecto es capaz de decir las cosas de muchas maneras. Pero la situación es completamente diferente cuando esto psíquico objetivo, granítico y pesado se presenta al individuo como una experiencia interior y le habla con voz clara: «Así será y así tiene que ser». Entonces el individuo se siente determinado, igual que los grupos sociales cuando hay una guerra, una revolución o cualquier otra locura. No es una casualidad que nuestra época busque la personalidad redentora, es decir, la persona que se distingue de la ineludible fuerza colectiva y se libera al menos anímicamente y enciende para los demás el fuego de la esperanza de que al menos *uno* ha conseguido escaparse de la funesta identidad con el alma del grupo. Debido a su inconsciencia, el grupo no tiene decisión libre, de modo que lo psíquico actúa en él como una ley natural sin freno. Surge un decurso causal que no se detendrá hasta que se produzca la catástrofe. El pueblo desea un héroe cada vez que percibe el peligro de lo psíquico; de ahí el deseo de personalidad.

304 ¿Qué tiene que ver la personalidad individual con la miseria de muchas personas? En principio, la personalidad individual es una

parte del pueblo, y está igual que los demás a merced de la fuerza que mueve al pueblo. Lo único que distingue a esta persona de las demás es su determinación. Ha sido llamada por eso psíquico poderosísimo y opresivo que es su miseria y la del pueblo. Si obedece a la voz, la persona se diferencia y aísla, pues ha tomado la decisión de seguir la ley que le llega desde su interior. «Su ley propia», dirán todos. Pero sólo ella sabe la verdad: es *la* ley, *la* determinación, no es «suya», como tampoco lo es el león que la mata, aunque sea indudablemente el león que la mata y no cualquier otro león. Sólo en este sentido puede hablar de «su» determinación, de «su» ley.

305 Con su simple decisión de poner su camino propio por encima de todos los demás caminos, esta persona ya ha realizado la mayor parte de su determinación redentora. Los demás caminos ya no son válidos para ella. Esta persona ha situado *su* ley por encima de las convenciones, y de este modo ha dejado de lado todo lo que no sólo no ha impedido el peligro grande, sino que incluso lo ha provocado. Pues las convenciones son en sí unos mecanismos sin alma que nunca servirán para nada más que para atrapar la rutina de la vida. La vida creativa siempre está más allá de la convención. A esto se debe que, si la mera rutina de la vida predomina en forma de convenciones antiguas, *tenga* que producirse una erupción destructiva de las fuerzas creativas. Esta erupción sólo es catastrófica como *fenómeno de masas*, nunca en el individuo que se subordina conscientemente a estas fuerzas superiores y se pone a su servicio. El mecanismo de la convención mantiene a las personas *inconscientes*, pues entonces pueden ir por los caminos habituales, sin la necesidad de una decisión consciente. Esta consecuencia involuntaria hasta de la mejor convención es inevitable, pero por esto no deja de ser un peligro terrible. Pues igual que los animales, también las personas a las que la rutina mantiene inconscientes sienten pánico (con todas sus consecuencias imprevisibles) cuando se presentan unas circunstancias nuevas, no previstas por las viejas convenciones.

306 La personalidad no se deja dominar por el pánico de los que están despertando, pues ha dejado atrás el miedo. La personalidad está a la altura de los cambios del tiempo y es un *guía* sin saberlo ni quererlo.

307 Sin duda, todos los seres humanos son iguales, pues de lo contrario no podrían sucumbir a la misma locura, y el fondo anímico sobre el que reposa la consciencia individual es homogéneo universalmente, pues de lo contrario los seres humanos no se entenderían unos a otros. Tampoco en este sentido la personalidad y su peculiar naturaleza anímica son algo absolutamente único. Lo úni-

co es sólo la *individualidad* de la personalidad, así como toda individualidad. Convertirse en una personalidad no es la prerrogativa absoluta del ser humano genial. Se puede ser genial sin tener o ser personalidad. Como cada individuo tiene su ley de vida innata, cada uno tiene la posibilidad teórica de seguir esta ley antes que cualquier otra y convertirse así en una personalidad, es decir, obtener totalidad. Y como lo vivo sólo existe en forma de unidades vivas, es decir, de individuos, la ley de vida busca en última instancia una *vida vivida individualmente*. Aunque lo psíquico-objetivo, que en el fondo no se puede pensar de otra manera que como un hecho universal y homogéneo, es la misma pre-condición anímica para todos los seres humanos, tiene que individualizarse si quiere hacer acto de presencia, pues no tiene otra opción que expresarse mediante el individuo. A no ser que asalte a un grupo, al que conduciría a la catástrofe simplemente porque lo psíquico-objetivo actuaría inconscientemente, sin ser asimilado por una consciencia e insertado en todas las demás condiciones vitales ya existentes.

308 Sólo quien puede decir *conscientemente* «sí» a la fuerza de su determinación interior se convierte en una personalidad; quien sucumbe a ella queda a merced del curso ciego de los acontecimientos y es aniquilado. Esto es lo grande y redentor de toda auténtica personalidad: que se sacrifica con una decisión voluntaria a su determinación y traslada con consciencia a su realidad individual lo que, vivido inconscientemente por el grupo, conduciría a la ruina.

309 Uno de los ejemplos más brillantes de la vida y el sentido de una personalidad que la historia nos ha conservado es la vida de Cristo. A la megalomanía romana, que no era propia sólo del emperador, sino de todo romano (*civis Romanus sum*), le surgió un rival en el cristianismo, que (dicho sea de paso) fue la única religión que los romanos persiguieron realmente. El antagonismo se mostraba cada vez que el culto del césar y el cristianismo colisionaban. Tal como sabemos gracias a las referencias de los evangelios al desarrollo anímico de la personalidad de Cristo, este antagonismo también fue fundamental en el alma del fundador de la religión cristiana. La historia de las tentaciones nos muestra claramente con qué fuerza psíquica chocó Jesús: con el diablo del poder de la psicología de su época, que en el desierto lo sometió a una tentación grave. Este diablo era lo psíquico-objetivo que había atrapado a todos los pueblos del imperio romano; por esta razón le prometió a Jesús todos los reinos de la Tierra, convertirlo en emperador. Siguiendo su voz interior, su determinación y vocación, Jesús se expuso voluntariamente al ataque de la locura imperialis-

ta que dominaba a todos, a los vencedores y a los vencidos. De este modo conoció la naturaleza de lo psíquico-objetivo que hacía sufrir al mundo entero y provocaba un deseo de redención que también se expresaba en los escritores paganos. Jesús no oprimió a este ataque anímico al que se enfrentó conscientemente, y tampoco se dejó oprimir por él, sino que lo asimiló. Y de este modo el césar que dominaba el mundo se convirtió en un rey espiritual, y el imperio romano en un reino de Dios universal y no mundano. Mientras que el pueblo judío esperaba que el Mesías fuera un héroe imperialista y enérgico, Cristo llevó a cabo la tarea mesiánica no para su nación, sino para el mundo romano, y recordó a la humanidad la vieja verdad de que donde impera el poder no hay amor, y donde impera el amor no hay poder. La religión del amor era la tendencia psicológica contraria al diabólico poder romano.

310 El ejemplo del cristianismo ilustra muy bien mi anterior exposición abstracta. Esta vida al parecer única se ha convertido en un símbolo santo porque es el prototipo psicológico de la única vida con sentido: de una vida que aspira a la realización individual (es decir, absoluta e incondicionada) de su ley propia. En este sentido podemos exclamar con Tertuliano: *Anima naturaliter christiana!* [«¡El alma es naturalmente cristiana!»].

311 La deificación de Jesús y de Buddha no sorprende, pero demuestra claramente el enorme aprecio que la humanidad siente por estos héroes y por el ideal de convertirse en una personalidad. Hoy parece que el predominio ciego y destructivo de las fuerzas colectivas sin sentido deja en segundo plano al ideal de personalidad, pero esto sólo es una rebelión pasajera contra el poder de la historia. Una vez que la tendencia revolucionaria, ahistórica e inculta de la nueva generación ha demolido suficientemente la tradición, los héroes vuelven a ser buscados y encontrados. El propio bolchevismo, que es insuperable en su radicalismo, ha embalsamado a Lenin y ha hecho de Karl Marx un salvador. El ideal de personalidad es una necesidad inextirpable del alma humana, la cual lo defiende con más fanatismo cuanto más inadecuado es. Incluso el culto del césar era un culto malentendido de la personalidad, y el protestantismo moderno, cuya teología crítica redujo cada vez más la *divinidad de Cristo*, ha encontrado su último refugio en la *personalidad* de Jesús.

312 Sí, lo que llamamos «personalidad» es algo grande y misterioso. Todo lo que podemos decir al respecto es insatisfactorio e inadecuado, y siempre corremos el riesgo de que la discusión se pierda en una cháchara tan exagerada como vacía. El propio concepto de personalidad es en el lenguaje habitual una palabra tan vaga y tan

mal definida que es difícil encontrar dos cabezas que la entiendan de la misma manera. Al proponer aquí una acepción determinada, no me imagino que he dicho la última palabra. Quiero que todo lo que digo aquí se entienda sólo como un intento de aproximarme al problema de la personalidad, sin la pretensión de haberlo resuelto. Preferiría entender mi intento como una descripción del problema psicológico de la personalidad. Los recursos psicológicos habituales fracasan aquí, igual que ante el problema del ser humano genial o creativo. La derivación desde la herencia familiar y desde el entorno no acaba de salir bien: el romanticismo de la infancia, tan popular hoy, se mueve (dicho suavemente) por lo inauténtico; la explicación a partir de la miseria (la pobreza, la enfermedad, etc.) se queda en lo exterior. Siempre hay que añadir algo irracional, no racionalizable, un *deus ex machina* o un *asylum ignorantiae*, ese conocido sobrenombre de Dios. El problema parece entrar aquí en un ámbito extra-humano para el que siempre se ha usado algún nombre de Dios. Obviamente, he tenido que mencionar la voz del interior, la determinación, y definirla como algo psíquico-objetivo muy poderoso para caracterizarla tal como actúa en la personalidad en devenir y puede llegar a aparecer subjetivamente. Mefistófeles está personalizado en *Fausto* no porque el resultado sea mejor desde el punto de vista dramático que si Fausto se moralizara a sí mismo. Las primeras palabras de la dedicatoria de *Fausto* («Os acercáis de nuevo, figuras oscilantes») son más que un efecto estético. Al igual que el concretismo del diablo, son una concesión a la objetividad de la experiencia psíquica, una confesión en voz baja de que las cosas *sí* que fueron así, no por deseos, temores o caprichos subjetivos, sino por sí mismas. Sin duda, sólo un estúpido puede pensar en fantasmas, pero algo parecido a un estúpido primitivo parece acechar bajo la superficie de la consciencia racional del día.

313 De ahí la duda eterna sobre si lo aparentemente psíquico-objetivo es realmente objetivo o sólo una imaginación. De inmediato se plantea la pregunta: ¿me he imaginado esto deliberadamente o esta imaginación se me ha impuesto? Es un problema parecido al del neurótico que padece un carcinoma imaginario. El neurótico sabe, y le han dicho mil veces, que se trata de una imaginación, y me pregunta intimidado: «¿Cómo es posible que yo me imagine algo así? Yo no quiero». La respuesta es que la imaginación del carcinoma *se le ha impuesto*, sin que él se haya dado cuenta ni lo haya permitido. La causa de este proceso es que en lo inconsciente del neurótico tiene lugar un crecimiento psíquico, una «excrecencia» que él no puede hacer consciente. Esta actividad interior le da

miedo. Pero como el neurótico está convencido de que dentro, en su alma, no puede suceder nada que *él* no sepa, relaciona este miedo con un carcinoma corporal que sabe que no existe. Y si sigue teniéndole miedo, cien médicos le confirmarán que su miedo no tiene fundamento. Por consiguiente, la neurosis es una protección contra la actividad objetiva interior del alma o un intento (pagado muy caro) de sustraerse a la voz interior y a la determinación. Pues esta «excrecencia» es esa actividad del alma objetiva, independiente de la voluntad consciente, que con la voz interior quiere hablar a la consciencia para conducir a la persona hacia su totalidad. Tras el retorcimiento neurótico están la determinación, el destino y el devenir de la personalidad, la realización completa de la voluntad de vivir innata al individuo. El ser humano sin *amor fati* es el neurótico; se pierde a sí mismo y no puede decir con Nietzsche: «Un hombre nunca se eleva más alto que cuando no sabe adónde lo conducirá su destino»*.

314 Una persona que sea infiel a su ley propia y no se convierta en personalidad ha dejado escapar el sentido de su vida. Por fortuna, la bondadosa e indulgente naturaleza no plantea a la mayor parte de las personas la difícil pregunta del sentido de su vida. Y si nadie pregunta, nadie tiene que responder.

315 El miedo del neurótico al carcinoma tiene razón, no es una imaginación, sino la expresión coherente de un hecho anímico que existe en el ámbito extra-consciente, fuera del alcance de la voluntad y del conocimiento. Si el neurótico se marchara al desierto consigo mismo y escuchara en la soledad hacia dentro, tal vez oiría lo que la voz del interior dice. Pero por lo general el deforme hombre de cultura es completamente incapaz de percibir una voz no acreditada doctrinariamente. Los primitivos están mucho más capacitados para esto, al menos los curanderos saben hablar con espíritus, árboles y animales; es decir, en estas figuras se les presenta lo psíquico-objetivo, el no-yo anímico.

316 Como la neurosis es un trastorno del desarrollo de la personalidad, los médicos del alma estamos obligados por nuestra profesión a ocuparnos del problema (aparentemente lejano) de la personalidad y la voz interior. Estos hechos anímicos, que por lo general son muy vagos y han degenerado en frases hechas, salen en la psicoterapia práctica de la oscuridad de su desconocimiento y se acercan a la visibilidad. Sin embargo, esto sucede de una manera espontánea muy rara vez, como en los profetas del Antiguo Testamento; por lo general hay que hacer conscientes con mucho esfuerzo esos hechos

* La edición angloamericana atribuye esta sentencia a Cromwell.



anímicos que provocan el trastorno. Los contenidos que salen a la luz corresponden a la «voz del interior» y representan una determinación por el destino que, cuando es acogida e integrada por la consciencia, promueve el desarrollo de la personalidad.

317 Así como la personalidad grande es socialmente liberadora, transformadora y curativa, también el nacimiento de la personalidad propia tiene un efecto curativo sobre el individuo. Es como si un río que se pierde en unos brazos cenagosos redescubriera de repente su cauce, o como si una piedra que estaba sobre una semilla se apartara, de modo que la planta puede empezar su crecimiento natural.

318 La voz del interior es la voz de una vida más plena, de una *consciencia* más amplia. De ahí que en sentido mitológico el nacimiento del héroe o el renacer simbólico coincida con la salida del Sol, pues convertirse en una personalidad equivale a un *incremento de la consciencia*. Por la misma razón, la mayor parte de los héroes se caracterizan por atributos solares, y el momento del nacimiento de su personalidad grande se denomina «iluminación».

319 El miedo que la mayor parte de los seres humanos naturales tienen a la voz del interior no es tan infantil como parece. Los contenidos que se presentan a la consciencia limitada no son, como muestran los ejemplos clásicos de la vida de Cristo y la experiencia Mara de la leyenda de Buddha, inocuos, sino que significan por lo general el peligro que es específico del individuo afectado. Lo que la voz del interior nos acerca suele ser algo malo. Esto tiene que ser así sobre todo porque no solemos ser tan inconscientes de nuestras virtudes como de nuestros vicios, y además porque lo bueno nos hace sufrir menos que lo malo. Como he dicho antes, la voz interior lleva a la consciencia el mal del que adolece el todo, es decir, el pueblo al que uno pertenece o la humanidad de la que formamos parte. Pero presenta este mal en forma individual, por lo que al principio se podría decir que toda esta maldad sólo es una propiedad del carácter individual. La voz interior acerca el mal en una forma tentadoramente convincente para conseguir que sucumbamos a él. Si no nos sometemos a él en parte, nada de esto aparentemente malvado entra en nosotros, y no puede haber ni renovación ni curación. (Digo que lo malvado de la voz interior es «aparente», y esto suena demasiado optimista.) Si el yo sucumbe por completo a la voz interior, sus conocimientos actúan como si fueran otros tantos diablos, es decir, se produce una catástrofe. Si el yo sucumbe sólo en parte y consigue salvarse de ser devorado por la autoafirmación, podrá asimilar la voz, y entonces se ve que lo malvado sólo era una apariencia mala, pero en realidad trae la

salvación y la iluminación. El carácter de la voz interior es «luciferino» en el sentido más propio e inequívoco de la palabra, y por esta razón sitúa a la persona ante decisiones morales últimas sin las que la persona no llegaría a la consciencia y a la personalidad. De una manera incomprensible, lo más bajo y lo más alto, lo mejor y lo peor, lo más verdadero y lo más falso, están mezclados en la voz del interior, abriendo un abismo de confusión, engaño y desesperación.

320 Naturalmente, es ridículo acusar de maldad a la voz de la naturaleza bondadosa y destructiva. Si a veces nos parece mala, esto se debe esencialmente a la vieja verdad de que lo bueno siempre es el enemigo de lo mejor. Seríamos estúpidos si no nos aferráramos mientras sea posible a lo bueno de siempre. Pero como Fausto dice:

> Cuando llegamos a lo bueno de este mundo,
> lo mejor es un engaño y una locura*.

Por desgracia lo bueno no es eternamente bueno, pues de lo contrario no existiría lo mejor. Para que llegue lo mejor, lo bueno tiene que cederle su sitio. Por eso dijo el Maestro Eckhart: «Dios no es bueno, pues si lo fuera podría ser mejor».

321 Por esta razón hay épocas en la historia universal (y nuestra época tal vez sea una de ellas) en que algo bueno tiene que ceder su sitio, y entonces lo que está determinado a ser mejor parece al principio malo. Que hablar de estos problemas es muy peligroso lo muestra esta frase que acabo de decir; pues a través de ella lo malo puede infiltrarse diciendo que es potencialmente mejor. La problemática de la voz interior está llena de cepos y trampas escondidos. Es un territorio muy peligroso y resbaladizo, tan peligroso y disparatado como la vida misma cuando renuncia a las barandillas. Pero quien no pueda perder su vida tampoco la ganará. El nacimiento del héroe y la vida del héroe siempre están amenazados. Ejemplos típicos son las serpientes de Hera, que amenazan al bebé Heracles, Pitón, que intenta anular el nacimiento del dios de la luz Apolo, y el asesinato de los niños en Belén. Convertirse en una personalidad es una audacia, y es trágico que precisamente el espíritu de la voz interior signifique al mismo tiempo un gran peligro y una ayuda imprescindible. Esto es trágico, pero lógico. Y es naturalmente así.

* Cf. Goethe, *Fausto I*, escena «De noche». (*N. del T.*)

322 ¿Vamos a enfadarnos con la humanidad, con todos los pastores bienintencionados del rebaño y con todos los padres preocupados de las multitudes de niños porque levantan unos muros para protegerlos, crean unas imágenes eficaces y recomiendan unos caminos transitables que serpentean en torno a los abismos?

323 Al fin y al cabo, también es héroe, guía y salvador quien descubre un camino nuevo hacia más seguridad. Se podría dejar todo tal como estaba si este nuevo camino no exigiera ser descubierto y no castigara a la humanidad con todas las plagas de Egipto hasta que encuentre el nuevo camino. El camino no descubierto en nosotros es como eso psíquico vivo que la filosofía china clásica llama «tao» y compara con un río que avanza implacablemente hacia su meta. Estar en el tao significa consumación, totalidad, determinación cumplida, comienzo y meta y realización plena del sentido de la existencia innato a las cosas. La personalidad es tao.



8

EL MATRIMONIO COMO RELACIÓN PSICOLÓGICA*

* Publicado por primera vez en *Das Ehe-Buch. Eine neue Sinngebung im Zusammenklang der Stimmen führender Zeitgenossen*, ed. de H. Keyserling, Celle, 1925. Reeditado posteriormente en el libro *Seelenprobleme der Gegenwart*, Zürich, 1931.

324 En tanto que relación psicológica, el matrimonio es una figura compleja. Está compuesto por toda una serie de hechos subjetivos y objetivos que en parte son de naturaleza muy heterogénea. Como en este artículo tengo que limitarme al problema psicológico del matrimonio, voy a excluir los hechos objetivos de naturaleza jurídica y social, aunque ejercen una influencia enorme sobre la relación psicológica entre los cónyuges.

325 Siempre que hablamos de una relación psicológica, presuponemos la *consciencia*. Una relación psicológica entre dos personas que se encuentren en un estado inconsciente no existe. Esas personas carecerían por completo de relación, desde el punto de vista psicológico. Desde otro punto de vista, por ejemplo el fisiológico, podrían estar relacionadas, pero esta relación no sería psicológica. La supuesta inconsciencia total no se da en esta medida, pero hay inconsciencias parciales de extensión considerable. En la medida en que estas inconsciencias existen, también la relación psicológica está limitada.

326 En el niño la consciencia emerge desde las profundidades de la vida anímica inconsciente, primero como islas dispersas que poco a poco se van uniendo para formar un «continente», una consciencia coherente. El proceso progresivo de desarrollo espiritual significa *expansión de la consciencia*. Con el instante del surgimiento de una consciencia coherente está dada la posibilidad de una relación psicológica. La consciencia es, por lo que sabemos, siempre consciencia de yo. Para ser consciente de mí mismo, tengo que poder distinguirme de otro. Sólo donde esta distinción existe puede haber una relación. Aunque en general se distingue, normalmente

la distinción tiene lagunas, pues tal vez campos muy amplios de la vida anímica sean inconscientes. Respecto de los contenidos inconscientes no hay distinción, y por tanto no se puede establecer una relación en su ámbito; en éste impera todavía el estado inconsciente inicial de *identidad primitiva* del yo con el otro, una carencia total de relación.

327 El joven en edad de casarse posee la consciencia de yo (las chicas normalmente más que los chicos), pero todavía no ha pasado mucho tiempo desde que emergió de las nieblas de la inconsciencia inicial. De ahí que posea amplios campos que todavía se encuentran en la sombra de la inconsciencia y en los que no es posible establecer una relación psicológica. En la práctica esto significa que el joven sólo tiene un conocimiento incompleto del otro y de sí mismo; por tanto, sólo puede estar mal informado sobre los motivos del otro y de él mismo. Por lo general actúa por motivos en su mayor parte inconscientes. Subjetivamente tiene la impresión de ser muy consciente; pues siempre sobrevaloramos nuestros contenidos conscientes, y es un descubrimiento grande y sorprendente que lo que consideramos una cumbre finalmente alcanzada es en realidad el escalón más bajo de una escalera muy larga. Cuanto mayor es la extensión de la inconsciencia, menos es el matrimonio una elección libre, lo cual se percibe subjetivamente mediante la *coacción del destino* típica del enamoramiento. Aunque no haya enamoramiento, puede haber coacción, pero en una forma menos agradable.

328 Las motivaciones todavía inconscientes son de naturaleza personal y general. En principio son motivos que proceden de la *influencia de los padres*. Lo determinante a este respecto para el hombre joven es la relación con la madre, y para la mujer joven la relación con el padre. En primera línea es el grado de vinculación con los padres lo que influencia, fomenta o dificulta inconscientemente la elección del cónyuge. Un amor consciente al padre o a la madre fomenta la elección de un cónyuge similar al padre o a la madre. Una vinculación inconsciente (que no tiene por qué manifestarse conscientemente como amor) dificulta esta elección e impone unas modificaciones peculiares. Para comprenderlas hay que saber ante todo a qué se debe la vinculación inconsciente con los padres y en qué circunstancias modifica por la fuerza la elección consciente o incluso la impide. *Por lo general, toda la vida que los padres habrían podido vivir, pero que no han vivido por motivos artificiales, es heredada en forma invertida por los hijos*; es decir, los hijos son forzados inconscientemente a llevar una vida que compense lo que no se ha realizado en la vida de sus padres. A esto se debe que unos

padres muy morales tengan unos hijos inmorales, que un padre irresponsable y bohemio tenga un hijo con una ambición patológica, etc. Las peores consecuencias las tiene la *inconsciencia artificial* de los padres. Por ejemplo, una madre que se mantiene inconsciente artificialmente para no destruir la apariencia de que su matrimonio es bueno se agarra inconscientemente a su hijo, en cierto modo como sustituto de su marido. De este modo el hijo es empujado, si no directamente hacia la homosexualidad, sí hacia otras modificaciones de su elección que propiamente no le corresponden; por ejemplo, se casará con una chica que es inferior a su (del hijo) madre y que no puede competir con ésta, o quedará a merced de una mujer de carácter tiránico y arrogante que lo separará de su madre. Si el instinto está íntegro, la elección de cónyuge puede mantenerse al margen de estas influencias, pero éstas se harán notar más tarde o más temprano como obstáculos. Una elección más o menos puramente instintiva sería lo mejor desde el punto de vista de la conservación de la especie, pero desde el punto de vista psicológico no siempre es feliz, pues a menudo hay una distancia enorme entre la personalidad puramente instintiva y la personalidad diferenciada individualmente. En este caso, la raza puede ser mejorada o refrescada por una elección puramente instintiva, pero a cambio se destruye una felicidad individual. (Naturalmente, el concepto de instinto no es más que un nombre para todo tipo de factores orgánicos y anímicos cuya naturaleza desconocemos en su mayor parte.)

329 Si pensamos el individuo sólo como un instrumento para la conservación de la especie, lo mejor es la elección de cónyuge puramente instintiva. Pero como las bases de esta elección son inconscientes, sólo pueden dar lugar a una relación impersonal, como vemos en los primitivos. Si en ellos podemos hablar de «relación», será una relación pálida y distante, de naturaleza marcadamente impersonal, regulada completamente por costumbres y prejuicios heredados, un modelo para todo matrimonio convencional.

330 En el caso de que ni la inteligencia, ni la astucia ni el «amor protector» de los padres hayan organizado el matrimonio de los hijos, y en el caso de que en los hijos el instinto primitivo no esté mutilado ni por una educación errónea ni por la influencia secreta de los complejos estancados y desatendidos de sus padres, la elección de cónyuge procederá normalmente de motivaciones inconscientes e instintivas. La inconsciencia provoca la ausencia de diferencias, la identidad inconsciente. La consecuencia práctica es que uno presupone en el otro una estructura psicológica homogénea. La sexualidad normal, en tanto que vivencia común y en apa-

riencia igual, refuerza el sentimiento de unidad e identidad. Este estado es calificado de *armonía* plena y alabado como una gran suerte («un solo corazón y una sola alma»); con razón, pues regresar a ese estado inicial de inconsciencia y de unidad inconsciente es como regresar a la infancia (de ahí el gesto infantil de todos los enamorados) o incluso como regresar al seno materno, a los mares misteriosos de una plenitud creativa todavía inconsciente. Es una experiencia auténtica e innegable de la divinidad, cuya fuerza anula y devora todo lo individual. Es una comunión con la vida y con el destino impersonal. La voluntad propia es quebrada, la mujer se convierte en madre, el hombre se convierte en padre, y ambos son privados de su libertad y se convierten en herramientas de la vida que sigue avanzando.

331 La relación se queda dentro de los límites de la meta del instinto biológico, que es la conservación de la especie. Como esta meta es de naturaleza colectiva, también la relación psicológica de los cónyuges es esencialmente de naturaleza colectiva y no se puede entender en sentido psicológico como una *relación individual*. Ésta sólo puede existir una vez que se ha conocido la naturaleza de las motivaciones inconscientes y se ha suprimido la identidad inicial. Pocas veces o incluso nunca un matrimonio se desarrolla con tranquilidad y sin crisis hasta convertirse en una relación individual. No es posible volverse consciente sin dolor.

331a Los caminos que conducen a volverse consciente son variados, pero siguen unas leyes determinadas. En general el camino comienza al *iniciarse la segunda mitad de la vida*. La fase central de la vida es una época de la máxima importancia psicológica. El niño empieza su vida psicológica en lo más angosto, en el marco de su madre y su familia. A medida que el niño va madurando, se ensanchan el horizonte y la esfera de influencia. La esperanza y la intención se proponen ampliar la esfera personal de poder y posesión, el deseo se dirige al mundo en una medida cada vez mayor. La voluntad del individuo es cada vez más idéntica a las metas naturales de las motivaciones inconscientes. Así, la persona insufla a las cosas su vida hasta que finalmente éstas empiezan a vivir por sí mismas y a multiplicarse, y sin que se dé cuenta ellas la superan. Las madres son adelantadas por sus hijos, los hombres por sus creaciones, y lo que fue traído a la vida laboriosamente, tal vez con un gran esfuerzo, ya no se puede detener. Primero fue una pasión, luego fue una obligación, y finalmente es una carga insoportable, un vampiro que ha chupado la vida de su creador. La fase central de la vida es el momento de máximo despliegue en que el ser humano todavía trabaja con toda su fuerza y con toda su voluntad. Pero en este ins-

tante nace el atardecer, comienza la segunda mitad de la vida. La pasión cambia su rostro y ahora es un deber, la voluntad se convierte implacablemente en una obligación, y los giros del camino, que antes eran sorpresa y descubrimiento, ya sólo son costumbre. El vino ha fermentado y empieza a aclararse. Se desarrollan inclinaciones conservadoras si todo está bien. En vez de mirar hacia delante, la persona mira involuntariamente hacia atrás y empieza a examinar el modo en que la vida se ha desarrollado hasta entonces. Busca sus motivaciones reales y hace descubrimientos. El examen crítico de sí mismo y de su destino permite a la persona conocer su peculiaridad. Pero estos conocimientos no los consigue sin más, sino sólo mediante conmociones violentas.

331b Como las metas de la segunda mitad de la vida son diferentes de las metas de la primera mitad, permanecer demasiado tiempo en la actitud juvenil provoca una desunión de la voluntad. La consciencia empuja hacia delante, obedeciendo en cierto sentido a su propia actividad; pero lo inconsciente refrena, pues la fuerza y la voluntad interior para una expansión ulterior se han agotado. Esta desunión consigo mismo provoca insatisfacción; y como la persona no es consciente de su estado, suele proyectar las causas al cónyuge. Surge de este modo una atmósfera crítica, la imprescindible condición previa para volver consciente. Este estado no suele empezar al mismo tiempo en ambos cónyuges. Ni siquiera el mejor matrimonio borra tan perfectamente las diferencias individuales que los estados de los cónyuges son idénticos. Habitualmente uno se adapta más rápidamente al matrimonio que el otro. Uno, basado en una relación positiva con sus padres, tendrá menos (o ninguna) dificultades en adaptarse a su cónyuge, mientras que el otro estará obstaculizado por una vinculación inconsciente profunda con sus padres. Obtendrá más tarde la adaptación completa; y como la ha adquirido con más dificultades, tal vez se aferrará más tiempo a ella.

331c Las *diferencias de ritmo* y el *alcance de la personalidad espiritual* son los momentos que generan una dificultad típica que entra en acción en el instante crítico. No quiero causar la impresión de que siempre entiendo por un gran «alcance de la personalidad espiritual» una naturaleza especialmente rica o generosa. No es así. Lo que entiendo por eso es cierta *complejidad* de la naturaleza espiritual, comparable con una piedra de muchas facetas a diferencia de un simple cubo. Son unas naturalezas multilaterales, por lo general problemáticas, con unidades de herencia psíquica más o menos difíciles de combinar. Adaptarse a estas naturalezas o que ellas se adapten a personalidades más sencillas es siempre difícil. Estas

personas con una disposición hasta cierto punto disociada suelen tener la capacidad de mantener separados durante mucho tiempo los rasgos incompatibles de su carácter, configurándose así de una manera en apariencia sencilla; o su «multilateralidad», su carácter variado, puede darles un encanto particular. En estas naturalezas laberínticas, el otro se puede perder fácilmente, es decir, encuentra en ellas tantas posibilidades de experiencia que su interés personal está muy ocupado con ellas; y no siempre de una manera agradable, pues esa ocupación consiste a menudo en seguir el rastro de ellas por todos los caminos posibles. En todo caso, hay tantas posibilidades de experiencia que la personalidad más sencilla está rodeada e incluso atrapada por ellas; se disuelve en la personalidad más amplia, no ve más allá de ella. Este fenómeno es muy habitual: una mujer que está contenida espiritualmente por completo en su marido, un hombre que está contenido sentimentalmente por completo en su esposa. Podríamos llamar a esto *el problema del cónyuge contenido y el cónyuge contenedor.*

332 El cónyuge *contenido* está por completo dentro del matrimonio. Se adhiere al otro, hacia fuera no tiene ninguna obligación esencial, ningún interés importante. El aspecto desagradable de este estado «ideal» es la dependencia inquietante respecto de una personalidad imprevisible y, por tanto, no plenamente fiable. La ventaja es que la persona no está dividida: un factor que no podemos menospreciar para la economía anímica.

333 El cónyuge *contenedor*, que de acuerdo con sus disposiciones algo disociadas tendría la necesidad de unirse a sí mismo en el amor indiviso a otra persona, es superado por la personalidad más sencilla en este esfuerzo, que le resulta difícil. Al buscar en el otro todas las sutilidades y complejidades que sirvan de complemento y adversario a sus propias facetas, perturba la simplicidad del otro. Como en las circunstancias habituales la simplicidad está en ventaja frente a la complejidad, el cónyuge contenedor tiene que renunciar pronto a sus intentos de incitar a una naturaleza sencilla a reaccionar de una manera sutil y problemática. El otro, que de acuerdo con su naturaleza sencilla busca en él respuestas sencillas, le causará muy pronto quebraderos de cabeza, pues mediante la expectativa de respuestas sencillas «constela» (como dice el término técnico) las complejidades del cónyuge contenedor. Éste tiene que retirarse *nolens volens* a sí mismo ante la fuerza convincente de lo sencillo. Lo espiritual (el proceso de consciencia en general) representa para el ser humano un esfuerzo tan grande que éste prefiere lo sencillo aunque no sea verdadero. Y si al menos es media verdad, el ser humano está a su merced. La naturaleza sencilla es para

la persona compleja como una habitación demasiado pequeña que no le proporciona espacio suficiente. Por el contrario, la naturaleza compleja le da a la persona sencilla demasiadas habitaciones con demasiado espacio, por lo que ésta no sabe a cuál ir. Y así acaba sucediendo que la persona compleja contiene a la persona sencilla. Aquélla no puede disolverse en ésta, la rodea, no está rodeada por ella. Pero como el cónyuge complejo tiene una necesidad de ser rodeado todavía mayor que la del cónyuge sencillo, se siente fuera del matrimonio y se convierte en el cónyuge problemático. Cuanto más aferra el cónyuge contenido, más se siente expulsado el cónyuge contenedor. Al aferrar, el primero se introduce; y cuanto más entra, menos puede el otro hacer lo mismo. Por esta razón, el cónyuge contenedor mira siempre por la ventana hacia fuera, al principio de manera inconsciente. Cuando llega a la mitad de la vida, despierta en él un deseo fuerte de esa unidad que necesita especialmente debido a su naturaleza disociada, y entonces suceden unas cosas que llevan el conflicto a su consciencia. El cónyuge contenedor se vuelve entonces consciente de que está buscando un complemento, el estar-contenido y estar-indiviso que siempre le ha faltado. Este acontecimiento significa para el cónyuge contenido una confirmación de la inseguridad, que siempre es dolorosa; piensa que en las habitaciones que aparentemente le pertenecían viven otros huéspedes que no desea. Pierde la esperanza de la seguridad, y esta decepción le obliga a volver a sí mismo si no consigue sojuzgar al otro mediante unos esfuerzos desesperados y violentos y forzarle a admitir que su deseo de unidad no es nada más que una fantasía infantil o patológica. Si este acto de violencia no tiene éxito, la aceptación de la renuncia le proporciona un bien grande: el conocimiento de que esa seguridad que buscaba en el otro se encuentra en él mismo. De este modo, el cónyuge contenido se encuentra a sí mismo y descubre en su naturaleza sencilla todas esas complejidades que el cónyuge contenedor había buscado sin éxito en él.

334 Si el cónyuge contenedor no se derrumba al contemplar el caos de su matrimonio, sino que cree en la justificación interior de su deseo de unidad, cargará con el *desgarramiento*. Una disociación no se cura separando, sino desgarrando. Todas las fuerzas que buscan la unidad, toda voluntad sana de ser uno mismo, se rebelará contra el desgarramiento, y de este modo tomará consciencia de la posibilidad de una unión interior que antes buscaba fuera. Encuentra en sí mismo como su posesión la indivisión.

335 Esto sucede a menudo durante la fase central de la vida; y de este modo la curiosa naturaleza del ser humano impone esa transi-

ción de la primera a la segunda mitad de la vida, la transformación desde un estado en que la persona sólo es un instrumento de su naturaleza impulsiva a otro estado en que la persona ya no es un instrumento, sino ella misma; una transformación de naturaleza en cultura, de impulso en espíritu.

336 Hay que evitar interrumpir este desarrollo necesario mediante actos de violencia moral, pues la creación de una actitud espiritual mediante la escisión y opresión de los impulsos es una *falsificación*. Nada es más repugnante que una espiritualidad secretamente sexualizada; es tan sucia como una sensualidad sobrevalorada. La transición es un camino largo, y la inmensa mayoría de las personas se quedan detenidas en este camino. Si se pudiera dejar inconsciente todo este desarrollo anímico en el matrimonio y a través del matrimonio (tal como le sucede al primitivo), estos cambios podrían suceder sin unas fricciones demasiado grandes y de una manera más plena. Entre los «primitivos» hay personalidades espirituales ante las cuales sólo se puede sentir reverencia porque son unas obras perfectamente maduras de una determinación no perturbada. Hablo desde mi propia experiencia. ¿Dónde hay hoy en Europa esas figuras no mutiladas por actos de violencia moral? Todavía somos suficientemente bárbaros para creer en el ascetismo y su contrario. Pero no podemos girar la rueda de la historia hacia atrás. Tenemos que avanzar hacia esa actitud que nos permite vivir tal como quiere propiamente la determinación no perturbada del ser humano primitivo. Sólo con esta condición somos capaces de no pervertir al espíritu en sensualidad y a la sensualidad en espíritu, pues ambos tienen que vivir, ya que uno toma su vida del otro.

337 El contenido esencial de la relación psicológica en el matrimonio es esta transformación que acabo de describir brevemente. Habría que decir muchas cosas sobre las ilusiones que están al servicio de la meta de la naturaleza y que provocan también los cambios que son característicos de la fase central de la vida. La armonía del matrimonio propia de la primera mitad de la vida (en el caso de que esta adaptación se haya producido) se basa esencialmente (tal como quedará claro en la fase crítica) en proyecciones de ciertas imágenes típicas.

338 *Cada hombre lleva en sí desde siempre la imagen de la mujer*, no la imagen de *esta* mujer determinada, sino de *una* mujer determinada. En el fondo, esta imagen es una herencia inconsciente, procedente de tiempos remotos e inscrita en el sistema vivo, un «tipo» («arquetipo») de todas las experiencias de los antepasados con la mujer, una sedimentación de todas las impresiones de la mujer, un sistema psíquico de adaptación heredado. Si no hubiera mujeres,

a partir de esta imagen inconsciente se podría indicar cómo tendría que ser una mujer desde el punto de vista anímico. Lo mismo le sucede a la mujer: tiene una imagen innata del hombre. La experiencia enseña que con más precisión habría que decir esto: una imagen de *los hombres*, mientras que el hombre tiene una imagen de *la* mujer. Como esta imagen es inconsciente, siempre está proyectada inconscientemente en la figura amada y es una de las razones esenciales de la atracción apasionada y de su contrario. He dado a esta imagen el nombre de *ánima*, y me parece muy interesante la pregunta escolástica *Habet mulier animam?* [«¿La mujer tiene alma, *ánima*?»] porque pienso que esta pregunta es muy inteligente, ya que la duda está justificada. La mujer no tiene ánima, sino *ánimus*. El ánima tiene un carácter erótico-emocional, el ánimus tiene un carácter razonador, y a esto se debe que la mayor parte de lo que los hombres dicen sobre el erotismo femenino y sobre los sentimientos femeninos se base en la proyección de su propia ánima y sea erróneo. Las sorprendentes suposiciones y fantasías de las mujeres sobre los hombres se basan en la actividad del ánimus, que es inagotable en la creación de juicios ilógicos y de causalidades erróneas.

339 Tanto el ánima como el ánimus se caracterizan por una pluralidad enorme. En un matrimonio es siempre el cónyuge contenido quien proyecta esta imagen al cónyuge contenedor, mientras que éste sólo consigue en parte proyectar esta imagen al otro. Cuanto más unívoco y sencillo es aquél, menos se produce la proyección. En este caso, esta imagen fascinante se queda suspendida en el espacio vacío y espera a ser rellenada por una persona real. Hay tipos de mujer que parecen hechos por la naturaleza para acoger proyecciones del ánima. Casi se podría hablar de un tipo determinado. Es imprescindible el carácter de «esfinge», la ambigüedad o plurivocidad; no una indeterminación vaga en la que no se puede introducir nada, sino una indeterminación prometedora, con el silencio elocuente de una Mona Lisa: vieja y joven, madre e hija, de castidad dudosa, infantil y con una astucia ingenua que desarma a los hombres[1]. No todo hombre de espíritu real puede ser ánimus, pues no ha de tener buenas ideas, sino buenas palabras, palabras llenas de significado a las que podamos añadir muchas cosas no dichas. Además, tiene que estar un poco no comprendido, o al menos ha de oponerse de algún modo a su entorno para que pueda surgir la idea de sacrificio. Tiene que ser un héroe ambiguo,

1. Hay descripciones magníficas de este tipo en Rider Haggard, *She*, y en Benoit, *L'Atlantide*.

un héroe con posibilidades, y no es seguro que una proyección del ánimus no encuentre antes un héroe real que la lenta inteligencia de una persona cualquiera[2].

340 Tanto para el hombre como para la mujer, en tanto que cónyuges contenedores, la realización de esta imagen es una experiencia con consecuencias importantes, pues aquí se presenta la posibilidad de que a la complejidad propia le responda una figura igualmente compleja. Aquí parecen abrirse esos espacios amplios en los que una persona puede sentirse rodeada y contenida. Digo «parecen» porque esta posibilidad es ambigua. Así como una proyección del ánimus de la mujer da con un hombre importante y desconocido por la masa y puede incluso ayudarle mediante su apoyo moral a alcanzar su auténtica determinación, también el hombre puede despertar en sí mismo mediante la proyección del ánima una *femme inspiratrice*. Pero tal vez más a menudo se trate de una ilusión con resultado destructivo. Esto es un fracaso porque la fe no fue suficientemente fuerte. A los pesimistas tengo que decirles que en estos arquetipos anímicos hay unos valores extraordinariamente positivos; por el contrario, a los optimistas tengo que advertirles contra la fantasía cegadora y la posibilidad de extravíos absurdos.

341 No hay que entender esta proyección como una relación individual y consciente. Al principio no lo es. La proyección crea una dependencia forzosa sobre la base de motivos inconscientes, pero no biológicos. La novela de Rider Haggard *She* muestra aproximadamente qué curiosas ideas hay a la base de una proyección del ánima. Son esencialmente contenidos espirituales, a menudo revestidos eróticamente, fragmentos clarísimos de una mentalidad mitológica primitiva que está formada por arquetipos y cuya imagen global conforma *lo inconsciente colectivo*. En el fondo, esta relación es colectiva y no individual. (Benoit, que en su novela *L'Atlantide* ha creado una figura de fantasía que concuerda en todos los detalles con *She*, niega haber plagiado a Rider Hagard.)

342 Si a uno de los dos cónyuges le sucede esta proyección, a la relación biológica colectiva se le opone una relación espiritual colectiva que provoca ese desgarramiento del cónyuge contenedor antes descrito. Si el cónyuge contenedor consigue mantenerse a flote, mediante el conflicto se encontrará a sí mismo. En este caso, la peligrosa proyección le ha ayudado a pasar de una relación colectiva a una relación individual. Ésta es lo mismo que una consciencia plena de la relación en el matrimonio. Como la meta de este artículo es

2. Hay descripciones aceptables del ánimus en Marie Hay, *The Evil Vineyard*, Elinor Wylie, *Jennifer Lorn: a sedate extravaganza*, y Selma Lagerlöf, *Gösta Berling*.

exponer la psicología del matrimonio, no puedo abordar la psicología de la proyección. Me conformo aquí con mencionar el hecho.

343 No se puede hablar de la relación psicológica en el matrimonio sin mencionar la naturaleza de las transiciones críticas, aun arriesgándose a ser malentendido. Como se sabe, en sentido psicológico no se entiende nada que uno mismo no haya experimentado. Este hecho no impide a nadie estar convencido de que su juicio es el único verdadero y competente. Este extraño hecho se debe a la necesaria sobrevaloración del contenido concreto de la consciencia. (Sin esta acumulación de atención, ese contenido no podría ser consciente.) Sucede así que cada fase de la vida tiene su propia verdad psicológica, igual que cada nivel del desarrollo psicológico. Hay incluso niveles que sólo unas pocas personas alcanzan; es cuestión de raza, familia, educación, talento y pasión. La naturaleza es aristocrática. El ser humano normal es una ficción, aunque haya ciertas legalidades de validez universal. La vida anímica es un desarrollo que se puede quedar detenido ya en los niveles más bajos. Es como si cada individuo tuviera un peso específico de acuerdo con el cual asciende o desciende a ese nivel en el que está su límite. Sus conocimientos y sus convicciones también son así. Por tanto, no es sorprendente que la mayor parte de los matrimonios alcancen su límite psicológico superior con la determinación biológica, sin perjuicio para la salud espiritual y moral. Relativamente pocos pierden la unidad consigo mismo. Donde hay mucha necesidad exterior, al conflicto le falta energía para alcanzar la tensión dramática. Pero en proporción a la seguridad social crece la inseguridad psicológica, primero de manera inconsciente y causando neurosis; después de manera consciente y causando separaciones, peleas, divorcios, etc. En un nivel más elevado todavía se presentan nuevas posibilidades psicológicas de desarrollo que tocan la esfera religiosa, donde el juicio crítico llega a su final.

344 En todos estos niveles se puede producir una detención duradera con inconsciencia total de lo que podría suceder en un nivel posterior de desarrollo. Por lo general, el paso al siguiente nivel está cerrado por las barricadas de unos prejuicios virulentos y unos miedos supersticiosos, lo cual es muy adecuado, pues una persona que por casualidad viviera en un nivel demasiado alto para ella se convertiría en un loco peligroso.

345 La naturaleza es no sólo aristocrática, sino también esotérica. Pero una persona inteligente no se dejará inducir por esto a ocultar secretos, pues sabe muy bien que no se puede delatar el secreto del desarrollo anímico, por la sencilla razón de que el desarrollo es una cuestión de la capacidad del individuo.

APÉNDICE

BIBLIOGRAFÍA

Adler, Alfred, *Studie über Minderwertigkeit von Organen*, Berlin/Wien, 1907 [*Estudio sobre la inferioridad de órganos*, trad. de A. L. Bixio, Paidós, Barcelona, 1980].

Benoît, Pierre, *L'Atlantide*, Paris, 1919 [*La Atlántida*, trad. de R. Cansinos Asséns, Debate, Barcelona, 1994].

Bernheim, Hippolyte, *Die Suggestion und ihre Heilwirkung*, trad. alemana de S. Freud, Leipzig, 1888.

Breuer, Josef y Sigmund Freud, *Studien über Hysterie*, Leipzig/Wien, 1895 [*Estudios sobre la histeria*, en S. Freud, *Obras completas*, ed. de J. Strachey, trad. de J. L. Etcheverry, vol. 2, Amorrortu, Buenos Aires, 1978].

Diagnostische Assoziationsstudien. Beiträge zur experimentellen Psychopathologie, ed. de C. G. Jung, 2 vols., Leipzig, 1906 y 1910 [los artículos de Jung están en OC 2].

Du Prel, Carl, *Das Rätsel des Menschen. Einleitung in das Studium der Geheimwissenschaften*, Leipzig, 1892.

Ehe-Buch, Das. Eine neue Sinngebung im Zusammenklang der Stimmen führender Zeitgenossen, ed. de H. Keyserling, Celle, 1925.

Freud, Sigmund, *Analyse der Phobie eines fünfjährigen Knaben*, Wien, 1924 [*Análisis de la fobia de un niño de cinco años*, en *Obras completas*, ed. de J. Strachey, trad. de J. L. Etcheverry, vol. 10, Amorrortu, Buenos Aires, 1980].

—, *Sammlung kleiner Schriften zur* Neurosenlehre. *Zweite Folge*, Leipzig/Wien, 1909.

—, *Das Unbehagen in der Kultur*, Wien, 1930 [*El malestar en la cultura*, en *Obras completas*, ed. de J. Strachey, trad. de J. L. Etcheverry, vol. 21, Amorrortu, Buenos Aires, 1979].

—, v. Bernheim.

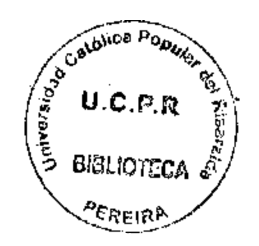
—, v. Breuer.

Frobenius, Leo, *Das Zeitalter des Sonnengottes*, Berlin, 1904.

Goethe, Johann Wolfgang von, *Werke. Vollständige Ausgabe letzter Hand*, 30 vols., Stuttgart/Tübingen, 1827-1835.
Haggard, Henry Rider, *She. A History of Adventure*, Londres, 1887 [*Ella*, trad. de A. Laurent, Edicomunicación, Barcelona, 1996].
Hay, Agnes Blanche Marie, *The Evil Vineyard*, London/New York, 1923.
Jordan, Pascual, *Anschauliche Quantentheorie. Einführung in die moderne Auffassung der Quantenerscheinungen*, Berlin, 1936.
—, *Die Physik des 20. Jahrhunderts. Einführung in den Gedankeninhalt der modernen Physik*, Braunschweig, 1936 [*La física del siglo* XX, trad. de E. Ímaz, FCE, México,1969].
—, *Die Physik und das Geheimnis des organischen Lebens*, Braunschweig, 1941.
—, «Positivistische Bemerkungen über die paraphysischen Erscheinungen»: *Zentralblatt für Psychotherapie* (Leipzig), IX, (1936), pp. 3 ss.
Jung, Carl Gustav, *Acerca de la psicología y patología de los llamados fenómenos ocultos* (1902), OC 1,1.
—, *Sobre la psicología de la* dementia praecox (1907), OC 3,1.
—, *Símbolos de transformación. Análisis del preludio a una esquizofrenia* (1952), OC 5 (reelaboración del libro *Transformaciones y símbolos de la libido*, 1912).
—, «El valor terapéutico de la abreacción» (1921/1928), OC 16,10.
—, «Espíritu y vida» (1926), OC 8,12.
—, «Alma y tierra» (1927/1931), OC 10,2.
—, *Las relaciones entre el yo y lo inconsciente* (1928), OC 7,2.
—, «Sigmund Freud como fenómeno histórico-cultural» (1932), OC 15,3.
—, «Consideraciones generales sobre la teoría de los complejos» (1934), OC 8,3.
—, «Sobre los arquetipos de lo inconsciente colectivo» (1934/1954), OC 9/1,1.
—, «Los aspectos psicológicos del arquetipo de la madre» (1939/1954), OC 9/1,4
—, «Paracelso como fenómeno espiritual» (1942), OC 13,4.
—, *Psicología y alquimia* (1944), OC 12.
—, «Acerca de la fenomenología del espíritu en los cuentos populares» (1946/1948), OC 9/1,8.
—, *Seminare. Kinderträume*, ed. de Lorenz Jung y Maria Meyer-Grass, Düsseldorf/Zürich, 1987.
—, y Karl Kerényi, *Einführung in das Wesen der Mythologie. Das göttliche Kind / Das göttliche Mädchen*, Zürich, 1951. (Los artículos de Jung son OC 9/1, 6 y 7).
—, v. *Diagnostische Assoziationsstudien.*
—, v. Meier.
—, v. Wickes.
Kerényi, Karl, v. Jung.
Keyserling, Hermann, *Südamerikanische Meditationen*, Stuttgart, 1932 [*Meditaciones suramericanas*, trad. de L. López Ballesteros, Espasa-Calpe, Madrid, 1933].
—, v. *Ehe-Buch, Das.*
—, v. *Mensch und Erde.*

Lagerlöf, Selma, *Gösta Berling. Eine Sammlung Erzählungen aus dem alten Wermland*, Leipzig, 1903 [*La saga de Gösta Berling*, trad. de R. J. Slaby, Círculo de Lectores, Barcelona, 2003].
Meier, Carl Alfred, «Moderne Physik - Moderne Psychologie», en *Die kulturelle Bedeutung der Komplexen Psychologie. Festschrift zum 60. Geburtstag von C. G. Jung*, ed. Psychologischer Club Zürich, Berlin, 1935.
Mensch und Erde, ed. de H. Keyserling, Darmstadt, 1927.
Riklin, Franz, *Wunscherfüllung und Symbolik im Märchen*, Wien, 1908.
Schiller, Friedrich von, *Sämtliche Werke*, Stuttgart/Tübingen, 1822-1826.
Wickes, Frances G., *The Inner World of Childhood*, New York/London, 1927; en alemán con un prólogo de C. G. Jung, *Analyse der Kindesseele. Untersuchung und Behandlung nach den Grundlagen der Jungschen Theorie*, Stuttgart, 1931.
—, *The Inner World of Man*, New York/Toronto, 1938; en alemán con un prólogo de C. G. Jung, *Von der inneren Welt des Menschen*, Zürich, 1953.
Wolff, Toni, «Einführung in die Grundlagen der Komplexen Psychologie», en *Die kulturelle Bedeutung der Komplexen Psychologie. Festschrift zum 60. Geburtstag von C. G. Jung*, ed. Psychologischer Club Zürich, Berlin, 1935.
Wylie, Elinor Hoyt, *Jennifer Lorn. A Sedate Extravaganza*, London, 1924.
Wyss, Walter H. von, *Psychophysiologische Probleme in der Medizin*, Basel, 1944.

ÍNDICE ONOMÁSTICO*



* Los números arábigos remiten a los números de los párrafos, mientras que los números en superíndice o asteriscos corresponden a las notas a pie de página (estas últimas no son mencionadas si la entrada en cuestión aparece también en el texto). La abreviatura «p.» (o «pp.») remite a página, seguida del número. Los números entre paréntesis indican que se trata de una alusión y no de una mención expresa. Abreviaturas: *v.* = véase; *v.a.* = véase allí; *v.t.* = véase también; s. o ss. = el siguiente o los dos párrafos (o páginas) siguientes.

ÍNDICE DE MATERIAS

LA OBRA DE CARL GUSTAV JUNG

A. OBRA COMPLETA*

Volumen 1. ESTUDIOS PSIQUIÁTRICOS

1. Acerca de la psicología y patología de los llamados fenómenos ocultos (1902)
2. Sobre la paralexia histérica (1904)
3. Criptomnesia (1905)
4. Sobre la distimia maniaca (1903)
5. Un caso de estupor histérico en una mujer en prisión preventiva (1902)
6. Sobre simulación de trastorno mental (1903)
7. Peritaje médico sobre un caso de simulación de trastorno mental (1904)
8. Peritaje arbitral sobre dos peritajes psiquiátricos contradictorios (1906)
9. Acerca del diagnóstico psicológico forense (1905)

Volumen 2. INVESTIGACIONES EXPERIMENTALES

ESTUDIOS ACERCA DE LA ASOCIACIÓN DE PALABRAS

1. Investigaciones experimentales sobre las asociaciones de sujetos sanos (C. G. Jung y F. Riklin, 1904/1906)
2. Análisis de las asociaciones de un epiléptico (1905/1906)
3. Sobre el tiempo de reacción en el experimento de asociación (1905/1906)
4. Observaciones experimentales sobre la facultad de recordar (1905)
5. Psicoanálisis y experimento de asociación (1905/1906)
6. El diagnóstico psicológico forense (1906/1941)
7. Asociación, sueño y síntoma histérico (1906/1909)
8. El significado psicopatológico del experimento de asociación (1906)
9. Sobre los trastornos de reproducción en el experimento de asociación (1907/1909)
10. El método de asociación (1910)
11. La constelación familiar (1910)

* Los paréntesis indican las fechas de publicación de originales y revisiones. Los corchetes señalan la fecha de elaboración del texto.

INVESTIGACIONES PSICOFÍSICAS

Volumen 3. PSICOGÉNESIS DE LAS ENFERMEDADES MENTALES

Volumen 4. FREUD Y EL PSICOANÁLISIS

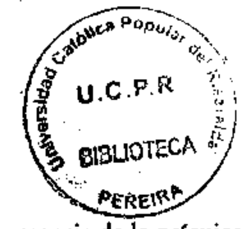
Volumen 5. SÍMBOLOS DE TRANSFORMACIÓN (1952)

[Reelaboración del libro *Transformaciones y símbolos de la libido* (1912)]

Volumen 6. TIPOS PSICOLÓGICOS

Volumen 7. DOS ESCRITOS SOBRE PSICOLOGÍA ANALÍTICA

Volumen 8. LA DINÁMICA DE LO INCONSCIENTE



7. La estructura del alma (1927/1931)
8. Consideraciones teóricas acerca de la esencia de lo psíquico (1947/1954)
9. Puntos de vista generales acerca de la psicología del sueño (1916/1948)
10. De la esencia de los sueños (1945/1948)
11. Los fundamentos psicológicos de la creencia en los espíritus (1920/1948)
12. Espíritu y vida (1926)
13. El problema fundamental de la psicología actual (1931)
14. Psicología Analítica y cosmovisión (1928/1931)
15. Realidad y suprarrealidad (1933)
16. El punto de inflexión de la vida (1930-31)
17. Alma y muerte (1934)
18. Sincronicidad como principio de conexiones acausales (1952)
19. Sobre sincronicidad (1952)

Volumen 9/1. LOS ARQUETIPOS Y LO INCONSCIENTE COLECTIVO

1. Sobre los arquetipos de lo inconsciente colectivo (1934/1954)
2. Sobre el concepto de inconsciente colectivo (1936)
3. Sobre el arquetipo con especial consideración del concepto de *anima* (1936/1954)
4. Los aspectos psicológicos del arquetipo de la madre (1939/1954)
5. Sobre el renacer (1940/1950)
6. Acerca de la psicología del arquetipo del niño (1940)
7. Acerca del aspecto psicológico de la figura de la Core (1941/1951)
8. Acerca de la fenomenología del espíritu en los cuentos populares (1946/1948)
9. Acerca de la psicología de la figura del pícaro (1954)
10. Consciencia, inconsciente e individuación (1939)
11. Acerca de la empiria del proceso de individuación (1934/1950)
12. Sobre el simbolismo del mándala (1938/1950)
13. Mándalas (1955)

Volumen 9/2. AION (1951)

Volumen 10. CIVILIZACIÓN EN TRANSICIÓN

1. Sobre lo inconsciente (1918)
2. Alma y tierra (1927/1931)
3. El hombre arcaico (1931)
4. El problema anímico del hombre moderno (1928/1931)
5. Sobre el problema amoroso del estudiante universitario (1928)
6. La mujer en Europa (1927)
7. El significado de la psicología para el presente (1933/1934)
8. Acerca de la situación actual de la psicoterapia (1934)
9. Prólogo al libro *Reflexiones sobre la historia actual* (1946)
10. Wotan (1936/1946)
11. Después de la catástrofe (1945/1946)
12. El problema de la sombra (1946/1947)
13. Epílogo a *Reflexiones sobre la historia actual* (1946)
14. Presente y futuro (1957)
15. Un mito moderno. De cosas que se ven en el cielo (1958)
16. La conciencia moral (1958)
17. El bien y el mal en la Psicología Analítica (1959)
18. Prólogo al libro de Toni Wolff *Studien zu C. G. Jungs Psychologie* (1959)
19. El significado de la línea suiza en el espectro de Europa (1928)
20. El amanecer de un mundo nuevo. Reseña del libro de H. Keyserling: *Amerika. Der Aufgang einer neuen Welt* (1930)
21. Reseña de H. Keyserling *La révolution mondiale et la responsabilité de l'esprit* (1934)
22. Complicaciones de la psicología norteamericana (1930)
23. El mundo ensoñador de la India (1939)
24. Lo que la India puede enseñarnos (1939)
25. Apéndice: Nueve comunicaciones breves (1933-1938)

Volumen 11. ACERCA DE LA PSICOLOGÍA DE LA RELIGIÓN OCCIDENTAL Y DE LA RELIGIÓN ORIENTAL

RELIGIÓN OCCIDENTAL

1. Psicología y religión (Terry Lectures) (1938/1940)
2. Ensayo de interpretación psicológica del dogma de la Trinidad (1942/1948)
3. El símbolo de la transformación en la misa (1942/1954)
4. Prólogo al libro de V. White *God and the Unconscious* (1952)
5. Prólogo al libro de Z. Werblowsky *Lucifer and Prometheus* (1952)
6. Hermano Klaus (1933)
7. Sobre la relación de la psicoterapia con la cura de almas (1932/1948)
8. Psicoanálisis y dirección espiritual (1928)
9. Respuesta a Job (1952)

RELIGIÓN ORIENTAL

10. Comentario psicológico al *Libro Tibetano de la Gran Liberación* (1939/1955)
11. Comentario psicológico al *Libro Tibetano de los Muertos* (1935/1960)

12. El yoga y Occidente (1936)
13. Prologo al libro de D.T. Suzuki *La Gran Liberación. Introducción al budismo zen* (1939/1958)
14. Acerca de la psicología de la meditación oriental (1943/1948)
15. Sobre el santón hindú. Introducción al libro de H. Zimmer *Der Weg zum Selbst* (1944)
16. Prólogo al *I Ching* (1950)

Volumen 12. PSICOLOGÍA Y ALQUIMIA (1944)

Volumen 13. ESTUDIOS SOBRE REPRESENTACIONES ALQUÍMICAS

1. Comentario al libro *El secreto de la Flor de Oro* (1929)
2. El espíritu Mercurio (1943/1948)
3. Las visiones de Zósimo (1938/1954)
4. Paracelso como fenómeno espiritual (1942)
5. El árbol filosófico (1945/1954)

Volumen 14/1. MYSTERIUM CONIUNCTIONIS I (1955)

Volumen 14/2. MYSTERIUM CONIUNCTIONIS II (1956)

Volumen 15. SOBRE EL FENÓMENO DEL ESPÍRITU EN EL ARTE Y EN LA CIENCIA

1. Paracelso (1929)
2. Paracelso como médico (1941/1942)
3. Sigmund Freud como fenómeno histórico-cultural (1932)
4. Sigmund Freud. Necrología (1939)
5. En memoria de Richard Wilhelm (1930)
6. Sobre la relación de la Psicología Analítica con la obra de arte poética (1922)
7. Psicología y poesía (1930/1950)
8. *Ulises*: un monólogo (1932)
9. Picasso (1932)



Volumen 16. LA PRÁCTICA DE LA PSICOTERAPIA

PROBLEMAS GENERALES DE LA PSICOTERAPIA

1. Consideraciones de principio acerca de la psicoterapia práctica (1935)
2. ¿Qué es psicoterapia? (1935)
3. Algunos aspectos de la psicoterapia moderna (1930)
4. Metas de la psicoterapia (1931)
5. Los problemas de la psicoterapia moderna (1929)
6. Psicoterapia y cosmovisión (1943/1946)
7. Medicina y psicoterapia (1945)
8. La psicoterapia en la actualidad (1945/1946)
9. Cuestiones fundamentales de psicoterapia (1951)

PROBLEMAS ESPECIALES DE LA PSICOTERAPIA

10. El valor terapéutico de la abreacción (1921/1928)
11. La aplicabilidad práctica del análisis de los sueños (1934)
12. La psicología de la transferencia (1946)

Volumen 17. EL DESARROLLO DE LA PERSONALIDAD

1. Sobre conflictos del alma infantil (1910/1946)
2. Introducción al libro de F. G. Wickes: *Analyse der Kinderseele* (1927/1931)
3. Sobre el desarrollo y la educación del niño (1928)
4. Psicología Analítica y educación (1926/1946)
5. El niño superdotado (1943)
6. El significado de lo inconsciente para la educación individual (1928)
7. Del devenir de la personalidad (1934)
8. El matrimonio como relación psicológica (1925)

Volumen 18/1. LA VIDA SIMBÓLICA

1. Sobre los fundamentos de la Psicología Analítica (1935)
2. Símbolos e interpretación de sueños (1961)
3. La vida simbólica (1939)

Complementos a los volúmenes 1, 3 y 4 de la *Obra Completa*

Volumen 18/2. LA VIDA SIMBÓLICA

Complementos a los volúmenes 5, 7-17 de la *Obra Completa*

Volumen 19. BIBLIOGRAFÍA

Los escritos publicados de C. G. Jung
Obras originales y traducciones
La *Obra Completa* de C. G. Jung
Seminarios de C. G. Jung

Volumen 20. ÍNDICES GENERALES DE LA OBRA COMPLETA

B. SEMINARIOS

Conferencias en el Club Zofingia ([1896-1899] 1983)
Análisis de sueños ([1928-1930] 1984)
Sueños infantiles ([1936-1941] 1987)
Sobre el Zaratustra de Nietzsche ([1934-39] 1988)
Psicología Analítica ([1925] 1989)
La psicología del yoga kundalini ([1932] 1996)
Visiones ([1930-1934] 1998)

C. AUTOBIOGRAFÍA

Recuerdos, sueños, pensamientos (con A. Jaffé) (1961)

D. EPISTOLARIO

Cartas I [1906-1945] (1972)
Cartas II [1946-1955] (1972)
Cartas III [1956-1961] (1973)
Correspondencia Freud/Jung (1974)

E. ENTREVISTAS

Conversaciones con Carl Jung y reacciones de A. Adler, de I. Evans (*The Houston films*) (1946)
Encuentros con Jung (1977)